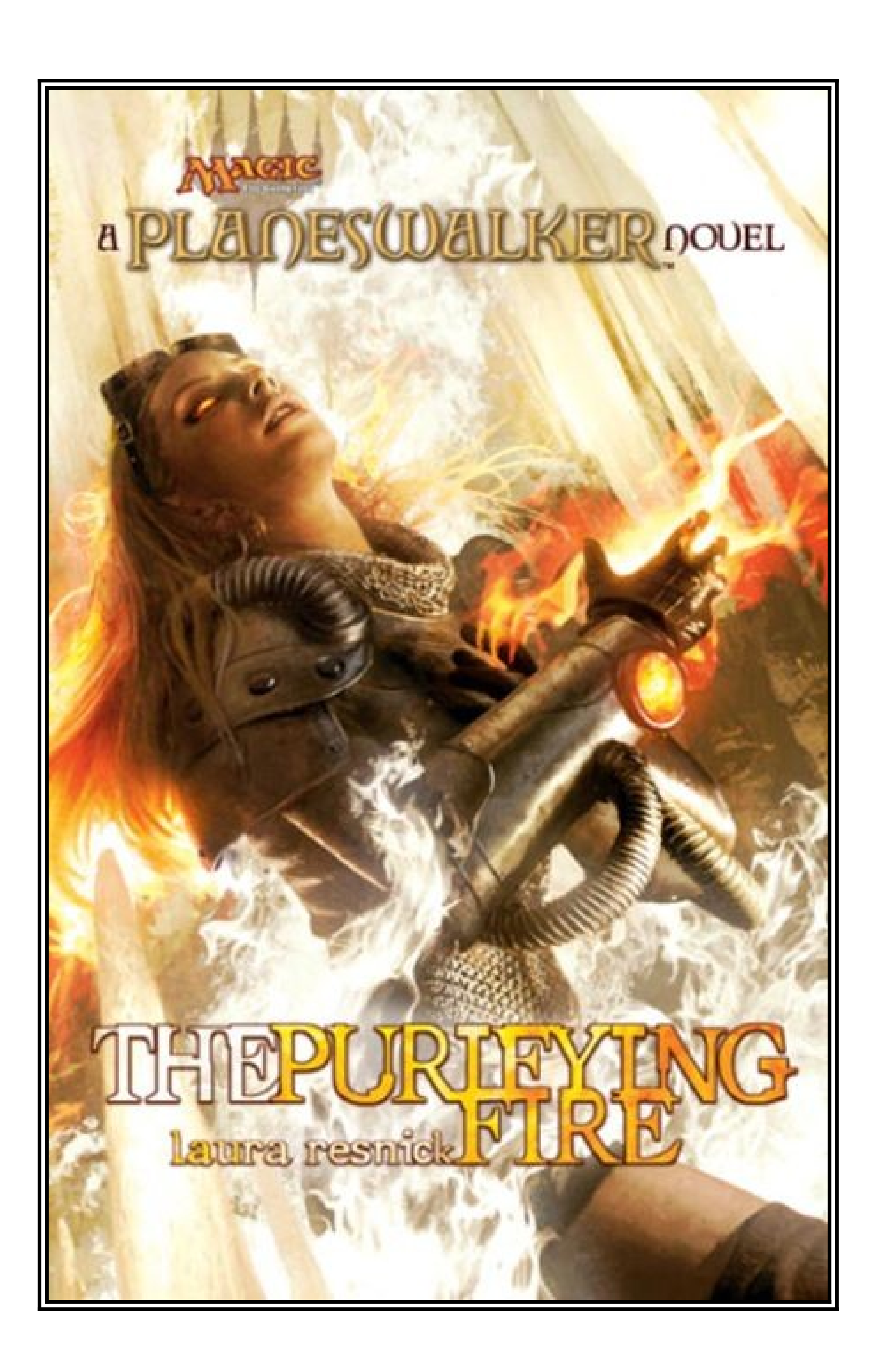

MAGIC
A PLANESWALKER NOVEL
THE PURIFYING FIRE
laura resnick

El Fuego Purificador

Novelas de los Caminantes de Planos



Laura Resnick

Indice



Capítulo 1

"¿Ese es el pergamino del que están hablando los monjes?" preguntó Brannon.

"Así es," respondió Chandra Nalaar sonriendo al niño con cabeza de jenjibre mientras sostuvo la hoja cuidadosamente enrollada y guardada en una funda de cuero antiguo. "Los hermanos han terminado con su trabajo así que pensé en echarle un vistazo, ver a que se debe toda esa emoción."

"He oído que tiene una escritura extraña que sólo unos pocos de los monjes pueden leer," dijo el niño.

"Eso es correcto," dijo Chandra sentándose junto a Brannon. "Yo no puedo leerlo pero los monjes me dirán lo que dice."

Ambos estaban en una sala común en la Fortaleza Keral, un lugar de aprendizaje y estudio para los magos de fuego de Regatha.

"¿De dónde sacaste el pergamino?" preguntó Brannon

"De lejos." Era usual que Chandra esquivara preguntas sobre sus viajes por todo el Multiverso. Para la mayoría de las personas era más fácil aceptar mentiras que entender lo que significaba avanzar y retroceder entre los infinitos planos de la realidad. "¿Quieres verlo conmigo?"

Ella ya había mirado antes el rollo pero eso había sido en un plano llamado Kephalai donde lo había "liberado" del Santuario de las Estrellas. Una vez de vuelta en Regatha había entregado el pergamino a los monjes de la Fortaleza Keral.

Se decía que el pergamino era insuperable, el único registro de un hechizo de fuego más poderoso que cualquiera conocido. Su origen era completamente misterioso y había sido ferozmente protegido en Kephalai. Chandra podría no ser capaz de interpretar su significado por si sola pero tuvo la curiosidad suficiente como para querer echarle otra mirada.

Los monjes en el escritorio del monasterio estaban muy interesados en el pergamino, lo suficiente como para que el joven Brannon también sintiera curiosidad acerca de el.

"Sí," dijo él con entusiasmo, "veámoslo. ¡Desenróllalo!"

"Muy bien. Pero recuerda," le advirtió ella. "Es muy viejo y frágil, tan..."

"¿Em, Chandra?"

"…que tenemos que tener cuidado de no…"

"*Chandra.*" Brannon estaba mirando más allá de ella, sus ojos bien abiertos en señal de alarma.

Ella giró para mirar a lo que había capturado su atención y se puso velozmente de pie cuando vio a un extraño alto y amenazante de pie en un extremo de la habitación.

"¡Chandra Nalaar, dame ese pergamino!" dijo él con su tono de voz tan demandante como sus palabras.

¿Cómo sabe mi nombre?

"¡Brannon, sal de aquí!" dijo ella. "*Ahora.*"

"Pero…"

"*¡Ve!*"

El muchacho, reconociendo su tono, se dio la vuelta y echó a correr, buscando la seguridad de los pasillos de piedra del monasterio y la presencia de otros.

"Dame el pergamino," dijo el extraño, "y nadie saldrá herido."

La atención de Chandra se vio inmediatamente atraída por la fría intensidad cerúlea de sus ojos, brillando en la sombra de su capa con capucha. Ella pudo sentir su intrusión en sus pensamientos. *Un telépata*.

Chandra acababa de regresar a ese plano y sus idas y venidas en el monasterio habían pasado sin fanfarria. Nadie en Regatha sabía sobre el pergamino a menos que uno de los monjes hubiera renunciado a sus votos y se hubiera convertido en un “labios flojos.” Este extraño, se dio cuenta con una inundación caliente de sorpresa, debía haber venido de Kephalai.

"Tú eres un caminante de planos," dijo tranquilamente.

"No voy a pedírtelo otra vez," le advirtió él. "Y tú no vivirás lo suficiente como para lamentarte haberte resistido."

Si él había seguido su rastro a través del éter de las Eternidades Ciegas debía ser muy hábil. Un truco como ese no era para principiantes.

Pero había escogido a la persona equivocada a quien seguir.

"Veo que sólo hay uno de ustedes," dijo ella sintiendo su sangre calentándose para el combate.

"Uno es todo lo que se necesitará," respondió él.

Los puños de Chandra, con una velocidad de gatillo, se encendieron como antorchas mientras ella los empujó hacia el desconocido, lanzando un par de bolas de fuego como meteoros.

Pero el mago estaba listo. Como si hubiera sabido lo que ella iba a hacer incluso antes de que ella lo hiciera hizo chocar las bolas



de fuego con una masa líquida azul que emitió desde sus brazos extendidos.

El contraataque fue seguido por una oleada de poder que fluyó y onduló hacia Chandra, brillando con la misma intensidad celeste que sus ojos. El mago mental, con Chandra momentáneamente paralizada, empezó a explorar su conciencia, buscando la pieza clave que podría utilizar para deshabilitarla.

Chandra detestaba a los magos mentales. ¿Qué podría ser más despreciable que hurgar en los pensamientos y sentimientos privados de otra persona? La violación, junto con el dominio absoluto del hechizo, encendió su ira como un fósforo.

Para ese entonces el pensamiento consciente ya no fue una opción para Chandra. El mundo a su alrededor desaceleró a un ritmo geológico y ella pudo sentir el poder de la montaña en su interior. Inamovible, dominador, volcánico en su furia, creció desde la parte más oscura de sí misma, ese diamante de rabia hundido en lo profundo de su núcleo hasta que...

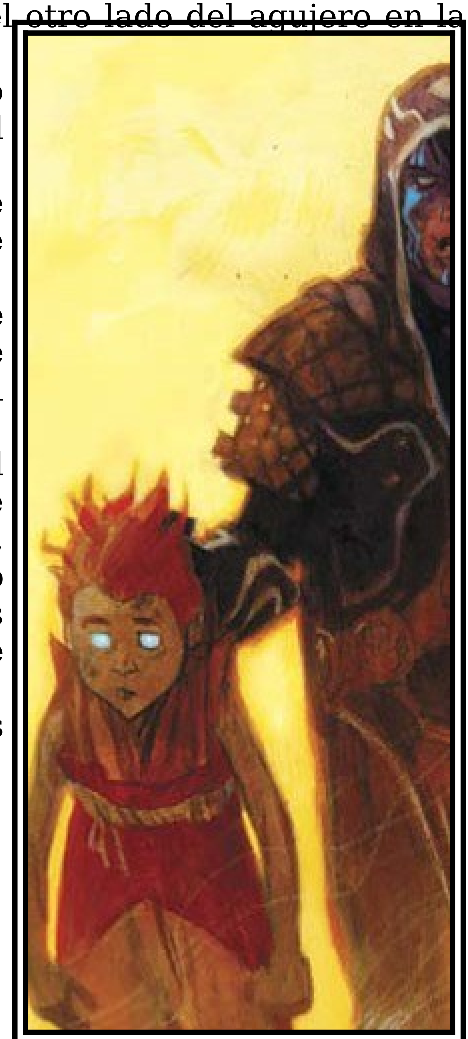
Boom.

Una incomparable explosión dejó a Chandra en la zona cero, derribando todo a su alrededor y abriendo un agujero en la pared donde había estado el mago mental.

Una misteriosa tranquilidad impregnó la habitación. Chispas titilaron y murieron en el aire muerto. "Yo no quería enojarme así," murmuró a nadie en particular mientras inspeccionó los daños.

Sin embargo Chandra estaba segura de que él no había muerto. Sabía que no sería tan fácil matar a un caminante de planos con experiencia.

"¡Chandra!" gritó Brannon desde el otro lado del agujero en la pared exterior.



"¡Brannon! ¿Qué estás haciendo ahí fuera?" exclamó ella. "Entra en el monasterio. ¡Ahora!"

El muchacho, en lugar de escucharla, giró y volvió a correr. ¿Qué es lo que pasa con él? se preguntó.

Chandra, sin atreverse a dejar ese asunto atrás, tomó el pergamino y fue tras él. No podía dejarlo sin protección con un mago mental suelto.

Cuando salió por el agujero vio al desconocido de pie sobre una saliente rocosa con vistas a su posición, sosteniendo al pequeño muchacho pelirrojo por la garganta. Como si los niños no se interpusieran en medio de las cosas, pensó ella.

Brannon luchó por respirar, sus pies colgando justo por encima del suelo.

"¡No!" A Chandra se le hizo un nudo en el estómago por el miedo de ver a su joven amigo en el poderoso agarre del caminante de planos.

"No me hagas matar al niño," dijo el desconocido.

Brannon pataleó y gritó de dolor incluso mientras trató de hablar. "Déjame li... aaagh..." La frase se desvaneció en un gorgoteo ahogado. Lágrimas de dolor y miedo rodaron por sus mejillas enrojecidas.

Chandra odiaba perder. ¡Ella absolutamente lo odiaba!

Pero sabía que el pergamino en su mano, aunque único, no valía la pena la vida de Brannon. Ella lo sostuvo en alto como una ofrenda y gritó, "¡No le hagas daño! Puedes quedarte con el rollo."

Chandra escuchó cuán ronca de temor sonó su voz y observó al mago mental darle a Brannon una fuerte sacudida para hacer que dejara de retorcerse.

"Eso es todo lo que vine a buscar," dijo el caminante de planos. "Siempre y cuando lo consiga ahora él estará bien."

El se mostró frío pero no cruel. Supuso que haber atrapado a Brannon sólo había sido por negocios y no por placer.

Así que ella le arrojó el pergamino.

Este aterrizó a unos metros delante de él. "Una sabia decisión. Mi impresión es que tú no tomas muchas."

Pero antes de que él pudiera entregarle al chico Chandra escuchó su nombre siendo llamado desde el monasterio. Se volvió para ver a Brannon mirando desde el agujero que había abierto en la pared.

"¡Chandra! ¿Qué está pasando?" gritó él desde la distancia.

¡Una ilusión!

"Muy bien, tuerce mentes... ¿Quieres jugar?"

Chandra, con una rapidez que coincidió con su temperamento, saltó en el aire y un aura de fuego la rodeó mientras recitó un hechizo. Extendiendo sus brazos y ampliando su pecho como un fuelle todo el aire en un radio de nueve metros murió cuando ella minó el oxígeno que necesitaba como combustible para su fuego. Se detuvo en la parte superior de su respiración hasta que se sintió como si fuera a explotar por el esfuerzo y cuando ella lo soltó casi lo hizo. Exhaló con todas sus fuerzas, con sus ojos abiertos como platos y su lengua extendida como un tótem primal. Su respiración tuvo la fuerza de un cañón y quemó con una intensidad química.

El desconocido se hizo una bola, protegiendo su cuerpo con su capa. La fuerza de la explosión lo desestabilizó pero obviamente fue capaz de evocar algún tipo de protección. Emergió apenas chamuscado cuando todo a su alrededor se había convertido en carbón. El pergamino había caído de sus manos pero yacía a su alcance.

"Bonito truco," se burló él. "Apuesto a que eres un gran éxito con los chicos."

¿Bromas? Este tipo me las va a pagar, pensó Chandra.

Pero eso fue sólo el comienzo. Los ojos del mago brillaron intensamente y su piel cambió, llenándose completamente de rayas azules y grises. Chandra supo que algo iba a venir pero no supo qué. Aún así ella debería haber sabido que ese tipo no pelearía él mismo sus propias luchas. Y así fue. El extraño invocó un enorme elemental de las nubes que se abalanzó para derribar a Chandra antes de virar hacia donde yacía el pergamino en el suelo.



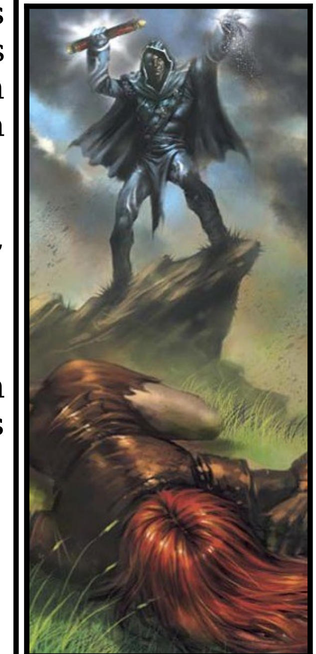
Este juego será más divertido de a dos, pensó Chandra mientras invocó a su propio elemental de fuego para que chocara contra el de las nubes. Los dos titanes colisionaron con un agudo silbido, llamas y vapor encerrados en un abrazo mercurial.

El mago mental, con los elementales ocupados, hizo un movimiento para recuperar en persona el pergamino, pero Chandra estuvo atenta y levantó un muro de fuego entre él y su presa.

"Vas a tener que trabajar por ello tuerce mentes," Chandra estaba empezando a divertirse.

Aún así el desconocido no se dejó intimidar. Bajó corriendo por la pared hacia donde había visto el pergamino por última vez y pasó a través de las llamas, una corona de hielo rodeándolo. Aún así Chandra estaba esperando, su puño ladeado, ardiendo de calor. Lo golpeó con un cross de izquierda que tuvo el peso del mundo detrás de él y envió al mago volando hacia atrás, su cuerpo como el de un muñeco de trapo mientras cayó sobre las rocas.

Chandra investigó la escena mientras las llamas se apagaron. Lo había hecho bien. Los elementales habían muerto luchando y había un montón de tierra arrasada pero ella lo había hecho bien.



"¡Chandra, eso fue increíble!"

Ella se volvió para ver a Brannon. "Niño, no deberías estar aquí fuera."

"¿Qué le pasó?"

"Tuvo una fea caída. No volverá."

"¿Estás segura?" preguntó él señalando en la dirección del mago. Había varias figuras

encapuchadas, todas exactamente iguales, moviéndose en diferentes direcciones.

"Sólo está tratando de engañarme. No quiere que sepa cuál es el verdadero," dijo Chandra apuntando hacia las ilusiones. "Mira, él está huyendo."

"No lo creo," dijo el muchacho con voz extraña. "Creo que él va a conseguir ese pergamino."

Cuando se volvió Chandra vio el misterioso resplandor azul ya conocido en los ojos de Brannon y lo supo... Pero justo en ese momento de realización el mago le golpeó con un ataque mental que la atrapó completamente con la guardia baja. Entonces se dobló en dos mientras su visión se desvaneció a negro.

* * * * *

"Chandra, ¿estás bien?" Dijo el verdadero Brannon llegando a su lado y comenzando a ayudarla a levantarse del suelo. "¿Que pasó? Yo vi tu elemental de fuego. ¡Guau, nunca había visto algo tan grande! Ni siquiera Madre Luti puede hacerlos así de grandes." El muchacho quedó casi extático. "Y luego hubo una especie de... una onda azul de luz o algo así. ¿Qué fue eso?"

"Ese fue el extraño," dijo Chandra malhumorada. "Siendo... inteligente."

"¡El pergamino!" dijo Brannon al ver que las manos de ellas estaban vacías. "¿Dónde está el pergamino?"

"¿De qué estás hablando, Brannon?"

"Él lo consiguió. ¡Debe habérselo llevado!"

"¿El pergamino?"

"Sé que dijiste que los monjes habían terminado su trabajo. ¿Pero acaso ya no lo necesitamos más?" preguntó él.

"¿Qué quieres decir?"

"¿Acaso ellos lo copiaron en su taller? ¿Es eso lo que dijiste?"

"Niño, ¿Qué locuras dices? Todo está bien. Él no volverá," le aseguró ella.

"Bueno así lo espero, porque él era espeluznante," dijo Brannon mirando a su alrededor con cierta ansiedad.

"Sí," dijo ella. "Pero se ha ido."

Chandra intentó despejar su cabeza. Algo le faltaba. ¿Por qué había ocurrido esa lucha? ¿Quién era ese tipo?

Pero cuanto más trató de pensar en ello, más le dolió. ¿Qué era lo que ese chico había querido decir acerca de un pergamino?



Capítulo 2

Chandra enloqueció. Y cuando ella enloquecía le gustaba prender fuego a las cosas. Llámenlo su pequeña debilidad.

Sintió el calor corriendo a través de ella, convirtiendo su sangre en llamas encrespadas de poder que chispearon a través de sus dedos, sus ojos, y las trenzas castañas de su pelo largo.

"¿Estás diciendo que han copiado mal el pergamino? Le preguntó al Hermano Sergil. "¿Después de todos los problemas que pasé para robarlo? ¿Después de lo importante que les dije que era? ¿Estás diciendo que tú y los otros hermanos hicieron un lío de su parte del trabajo? ¿Después de que casi me matan haciendo bien mi parte?"

El Hermano Sergil, que evidentemente no se sintió profundamente apegado a su existencia mortal, le espetó: "¡Tal vez si tú no hubieras dejado que alguien robara el pergamino tan pronto después de que lo trajiste aquí ahora nosotros no tendríamos un problema!"

"¿Ah, sí?" Chandra pudo sentir su piel brillando intensamente con el poder que su ira desataba. Era cierto, ella había perdido el pergamino, pero ese mago había sido bueno. "¡Y si alguien se hubiera molestado en ayudarme a luchar contra ese mago tal vez el pergamino todavía estaría en el monasterio en lugar de quién sabe dónde!" Su recuerdo del pergamino no había regresado. El mago mental había sido minucioso cuando había limpiado su mente. Ella recordaba todo lo que había hecho para obtenerlo, todo sobre la lucha... Pero él había cortado al pergamino con una precisión artesanal.

"Muy bien, eso ya fue suficiente," dijo Luti, la madre maga de la Fortaleza Keral. "A los dos."

Chandra dijo, "¿Cuál es el punto de que yo te traiga algo tan valioso si ustedes no pueden siquiera...?"

"*Alto*," dijo Luti.

"¡Nosotros hicimos nuestra parte tan bien como lo hubiera esperado cualquier persona!" dijo el Hermano Sergil. "Todo lo que estoy diciendo es..."

"¡No tan bien como yo esperaba! ¿Cómo es que ustedes...?" Chandra dio un paso atrás con una brusca inhalación cuando una pequeña bola de fuego explotó entre ella y el Hermano Sergil. El monje también se tambaleó hacia atrás tropezando con las ásperas piedras rojas que pavimentaban el patio del monasterio.

Ambos miraron a Madre Luti en sorprendido silencio.

"Eso está mejor," dijo Luti con sus dedos brillando por el efecto persistente de haber formado y lanzado ese proyectil de fuego entre ellos. Su mirada salió disparada hacia Chandra. "Apacigua tu cabello jovencita."

"¿Qué? Oh." Dijo Chandra notando la bruma del calor del fuego y llamas crepitando que rodeaban su cabeza. No era un incendio rugiente pero indudablemente era una pérdida de control. Ella respiró tranquila y rozó su cabello con sus palmas, alisando las llamas danzantes para que volvieran al interior de su melena pelirroja hasta que el asentimiento de Luti le indicó que habían desaparecido por completo.

"Hasta que no puedas dominar mejor tu poder," dijo Luti, "sería una buena idea que aprendas a manejar tu temperamento."

Chandra dejó pasar el comentario sin protestar. No le gustaban las órdenes o las reprimendas pero, después de todo, había llegado

al Monasterio Keraliano para aprender a dominar su poder. Y ahora había acabado de demostrar una vez más el poco control que tenía sobre ello.

"Chandra, tú tienes un don extraordinario," dijo Luti. "Un tremendo poder. Pero lo mismo que pasa con nuestras pasiones pasa con el fuego que tú manejas; son buenos sirvientes pero malos amos."

"Sería de gran ayuda," dijo Chandra mirando al Hermano Sergil, "si la gente no…"

"Nada te va a ayudar," dijo Luti. "Y menos que menos otras personas. Sólo tú puedes cambiar la manera en que se manifiesta tu poder. Sólo dentro de ti misma puedes encontrar una manera de dominarlo en una realidad que, después de todo, siempre contendrá molestias, distracciones, miedos y tristezas."

"Claro." Dijo ella con la esperanza de evitar otra de las conferencias de Luti sobre la naturaleza de la vida y se apresuró a cambiar de tema. "Ahora ¿qué pasa con el pergamino?"

* * * * *

Los piromantes, académicos e iniciados en la Fortaleza Keral no tenían ni idea de donde había venido el pergamino. Y, si vamos al caso, tampoco lo hacía Madre Luti, pero sólo ella sabía donde lo había conseguido Chandra. Luti era la dueña del refugio para piromantes y magos de fuego que acudían a estudiar y practicar en el monasterio en el Monte Keralia, una poderosa fuente de poder. La mujer sabía mucho.

No había duda que Madre Luti era muy sabia pero los grandes muros de piedra de la fortaleza que coronaba la cima del Monte Keralia latían con un maná tan rojo como la roca sobre la que habían sido construidos. Esa era la razón por la que los magos venían de todo Regatha.

Los magos de fuego más cualificados en todo el plano habitaban dentro de los pasillos de piedra del monasterio pero ninguno de ellos, incluyendo a Luti, eran tan poderosos como Chandra.

Quizás Luti habría sospechado la verdad sobre Chandra incluso si ella no se lo hubiera dicho: Chandra era una caminante de planos.

Luti estaba bien versada en la leyenda de Jaya Ballard, la grandilocuente maga de fuego cuya lejana estancia en Regatha había inspirado la fundación de ese monasterio. Jaya también había sido una caminante de planos. Y los caminantes de planos eran... diferentes.

Cuando ella fue testigo, de primera mano, de la magnitud del poder de Chandra, Luti sólo pudo pensar en la célebre piromancia de Jaya Ballard, historias que ella asumió habían crecido como hongos atómicos con el paso del tiempo. En cualquier caso Chandra escogió revelar de forma privada su naturaleza a Luti poco después de llegar a Regatha, después de decidir que no tendría sentido buscar

enseñanzas sobre como controlar su poder al tiempo que ocultar lo que podía hacer.

Aquella fue una elección, le dijo Luti más tarde, que demostró que Chandra era capaz de tomar decisiones razonadas cuando se las aplicaba a sí misma.

Luti mantuvo en secreto a Chandra sobre todo por el deseo de que el fuego siguiera siendo lo más tangible de los misterios visibles de Regatha. Temía que los acólitos de la Fortaleza Keral buscaran respuestas en Chandra en lugar de encontrar su propio camino. Para todos los demás en el monasterio Chandra era simplemente una joven maga inusualmente poderosa que había venido de otro lugar. Y como Chandra, al igual que tantos otros, no quería hablar de su pasado, nadie presionó.

Aparte de Luti ninguno de los Keralianos sabía que Chandra había viajado por las Eternidades Ciegas, ese intervalo caótico entre los planos del Multiverso, para robar ese pergamino en Kephalai, un mundo del que ellos nunca habían oído hablar y que nunca podrían visitar por sí mismos.

Chandra había oído hablar del pergamino en sus viajes y estaba intrigada por su reputación. Así que, después de haber pasado algún tiempo estudiando y practicando en la Fortaleza para mejorar su control errático de la piromancia, Chandra había decidido ir a buscar y robar el pergamino, el cual resultó estar un poco mejor vigilado de lo que ella había anticipado. Sin duda aquel fue un paseo salvaje pero aún así ella logró hacerse con el pergamino.

Dado que el pergamino era frágil el primer acto de los hermanos había sido hacer algunas copias de el. Ellos habían copiado laboriosamente la antigua escritura a mano sobre un nuevo pergamino.

Fue algo afortunado considerando lo que había pasado después. Así que Chandra se dijo para sus adentros que estaría lista por si alguna vez volvía a ver a ese mago. El no la volvería a engañar.

Mientras tanto ella supo por la expresión de Luti que era mejor permanecer en silencio mientras el Hermano Sergil explicaba el problema que estaban teniendo los monjes con sus copias del pergamino.

"La escritura es arcaica, una variante que no hemos visto antes, por lo que nos ha costado algo de tiempo interpretar su significado. Sin embargo nosotros estamos seguros," dijo Sergil con una mirada sombría hacia Chandra, "que lo hemos copiado correctamente. El valor de varios hermanos cada uno haciendo una copia significa, por supuesto, que podemos comparar nuestros resultados del proceso y llegar a un consenso sobre el contenido exacto del original. Hasta en la más mínima pincelada."

"Eem." Chandra se cruzó de brazos y no trató de ocultar su aburrimiento.

Madre Luti, a quien Chandra le llevaba una cabeza más de altura y era del triple de su edad, le dirigió una mirada sofocante.

"El lenguaje del pergamino es una variante que nuestros estudiosos no han encontrado por lo que nuestras conclusiones no

son tan firmes como uno podría desear. Pero parece estar describiendo algo de inmenso poder como había creído Chandra." El Hermano Sergil hizo la concesión a regañadientes hacia la caminante de planos con una leve inclinación de cabeza.

"¿Un artefacto? ¿Un hechizo? ¿Qué?" dijo Chandra sorprendida.

"Podría ser cualquiera... o algo completamente distinto," respondió el Hermano Sergil

"Yo podría haber dicho eso," dijo Chandra exasperada.

"¿Quieres decir que nos podrías haber dicho eso si tenías memoria…?"

Madre Luti levantó una mano para evitar que el Hermano Sergil terminara la frase con la cabeza inclinada en un gesto de contemplación. Su cabello blanco brilló poderosamente en la luz del sol del patio del monasterio donde estaban parados los tres. "¿Qué clase de poder?" preguntó cuando obtuvo su atención.

"El pergamino describe ya sea una extraordinaria fuente de maná o es la clave para acceder a maná con resultados extraordinarios. De cualquier forma, de acuerdo al pergamino, es algo que le concederá un enorme poder a quien lo libere." El se encogió de hombros. "Lo que a nosotros no nos ha quedado claro es si el texto del pergamino declara esto como una promesa o como una advertencia. Madre, la intención del autor, al igual que el de su origen, es un misterio."

"¿Y a ti el texto te parece algo real o ficticio?" preguntó Luti.

"Bueno..." El le lanzó una mirada a Chandra. "Eso hubiera sido más fácil de contestar si todavía tuviéramos el original."

Chandra frunció el ceño. "Si me estás culpando porque…"

"No, sólo quería decir," le interrumpió el monje, "que el texto parece decir que el propio pergamino contiene la clave para desentrañar el misterio."

"¿Pero la ubicación no está en el texto que ustedes tienen?" preguntó Luti.

"No."

"¿Y han copiado todo el rollo?"

"Sí."

"¿Así que estás diciendo que falta una parte del pergamino?" supuso Chandra.

"No lo creo," dijo el Hermano Sergil. "Todavía lo estamos discutiendo... pero el texto parece estar completo. Y, físicamente, el pergamino en si estaba ciertamente completo. Era frágil pero no estaba roto, o chamuscado, o comido por la polilla."

"Entonces, ¿qué estás diciendo?" preguntó Chandra.

"La supuesta ubicación de este poderoso artefacto parece estar oculto en un rompecabezas interno," dijo el monje. "La respuesta puede estar en el mismo texto, podría estar ofuscada por capas de magia, pero..." El se interrumpió, claramente reacio a continuar.

"¿Pero?" le apuró Luti.

"Hemos intentado varias formas de interpretar el texto, diversos modos de codificación de las palabras y las letras, y

numerosos métodos de traducción de los caracteres en números, varios hechizos de descifrado..." Él negó con la cabeza. "Pero hasta ahora sólo tenemos un galimatías. Por supuesto, vamos a seguir intentándolo, porque si lo que sea que es esto existe, si el texto tiene alguna base en la realidad, entonces esta es una información muy importante. Aquel que posea el poder del que este habla podría gobernar mundos. Sin embargo... bueno, esto en realidad está empezando a verse en un como si, cuando el texto dice que la clave para la comprensión está contenida en el propio pergamino..."

"¿O sea que tú crees que el poder está en el pergamino físico?" dijo Luti. "¿En el original?"

"Tal vez sí. Cada vez que lo discutimos entre nosotros todos caemos en esa posibilidad," dijo el Hermano Sergil.

"Oh, eso es decepcionante," dijo Luti.

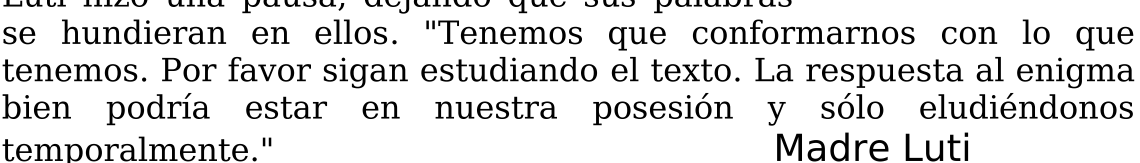
Chandra dijo: "Miren, yo hice todo lo posible por evitar que se lle..."

"Chandra, yo no me refería a eso," dijo Luti. "Nosotros ni siquiera habríamos sabido sobre el pergamino si no hubiera sido por ti y ciertamente nunca lo hubiéramos visto o tenido la oportunidad de estudiarlo. Créeme soy muy consciente de lo duro que luchaste por evitar que el, em, intruso se lo llevara. De hecho la huerta en el lado sur del monasterio quizás nunca vuelva a recuperarse por tu lucha con él. Bueno, no este año." Ella se encogió de hombros. "Sólo quiero decir que es frustrante haber descubierto algo tan intrigante... y ahora enfrentarse a la posibilidad de nunca poder llegar a resolver el rompecabezas."

"Ya que el extranjero que tomó el pergamino de nosotros no tuvo la cortesía de identificarse a sí mismo," dijo Luti a Sergil, "probablemente nunca sabremos quien lo envió. Si es que, de verdad, alguien lo envió. Después de todo el pudo haber sido un agente libre actuando en su propio nombre."

"Pero nosotros podríamos ser capaces de calcular mejor la veracidad del texto si supiéramos más acerca de sus orígenes," dijo Sergil. "Es decir, del lugar en donde lo encontró Chandra."

"Hermano, puede que en dónde lo encontró y de dónde viene sean cosas completamente diferentes. Ese es un tema que es mejor dejar en paz," dijo Luti, "por el bien de la seguridad de todos. Todos hemos sido testigos de primera mano de la destrucción que siguió tan de cerca a la llegada del pergamino," Luti hizo una pausa, dejando que sus palabras se hundieran en ellos. "Tenemos que conformarnos con lo que tenemos. Por favor sigan estudiando el texto. La respuesta al enigma bien podría estar en nuestra posesión y sólo eludiéndonos temporalmente."



Madre Luti

El Hermano Sergil, mostrándose insatisfecho pero claramente no preparado para pelear con Luti, inclinó la cabeza. "Sí, Madre."

Luti se volvió hacia Chandra después de que él dejó el patio soleado. "¿Y bien?"

Chandra se encogió de hombros. "Si te estás preguntando si noté algo inusual en el pergamino que estaba en mi poder en realidad no puedo responder a eso. Y juro por todo lo que arde que si alguna vez vuelvo a ver a ese bastardo lo haré volar tan alto en el cielo que sus cenizas no caerán hasta que la gente haya olvidado que alguna vez nació."

Luti no sonrió ante su promesa. "Ten cuidado Chandra. El fuego que enciendes para tu enemigo te puede quemar más a ti que a él."

"¿Frase de Jaya?"

"No, de Luti. Escucha, el Multiverso es un lugar muy grande," dijo Luti. "Es probable que nunca te vuelvas a encontrar con ese mago. Es mejor pensar en lo que si puedes controlar..."

La atención de Chandra se desvaneció mientras Luti continuó. Ella estaba agradecida por su sabiduría pero a veces podía ser tediosa.

"En una batalla con otro caminante de planos se dice que Jaya derrotó astutamente a su oponente…"

"Esa rata apestosa me hizo creer que iba a matar a Brannon," dijo Chandra.

Luti se interrumpió. Sabía que Chandra no había estado escuchando en absoluto, pero había tenido la esperanza de penetrar el obvio desinterés de la caminante de planos. "Apagar el fuego de la ira con palabras es tan rápido como encender un fuego con nieve," dijo ella más para sí misma que para Chandra.

"¿Qué tiene eso que ver con Brannon o lo que dije?" preguntó Chandra incapaz de ver la relevancia de las palabras de Luti.

Brannon vivía en el monasterio. Sus padres, ordinarios campesinos, le habían enviado allí al darse cuenta de que estaba siendo cada vez más incapaz de hacer frente al poder del fuego que había estado manipulando desde su primera infancia. Hacía varios años que su familia, debido a que necesitaba instrucción y supervisión de personas que entendieran su don, lo había consignado a la atención de los Keralianos.

Chandra también había sido una niña muy poderosa con padres que se habían sentido mal capacitados para hacer frente a sus regalos explosivos. Ella había sentido alguna afinidad con el niño y se había encariñado con él durante su estancia allí.

Había sido un golpe terrible verlo en las garras de otro caminante de planos. Y un alivio así como una exasperante sorpresa haber descubierto que no era más que una ilusión.

Chandra quedó disgustada por el subterfugio de las estratagemas de ese caminante de planos. Entendía cómo eran efectivas sus tácticas pero no tenía por que respetarlas. Chandra estaba acostumbrada a tratar abiertamente con el conflicto.

"De todos modos, todas las veces que reproduzco la lucha en mi cabeza yo ni siquiera se si ese imbécil también logró borrar algún que otro recuerdo. Por más que yo hubiera visto o sentido algo

especial en el pergamino ahora yo no tengo memoria de ello." Ella se encogió de hombros. "Ni siquiera sé qué pensar acerca de lo que dijo el Hermano Sergil. Ojala me acordara todo acerca del pergamino."

"¿Supongo, entonces, que ni siquiera recuerdas dónde escuchaste hablar de el? ¿Que no tienes idea de dónde pensabas ir primero?"

"No." preguntó Chandra. "¿Tú qué crees?"

"Yo creo en lo que nos dijo el Hermano Sergil. Creo que el pergamino habla de un gran poder y creo que es antiguo. Y a pesar de su supuesta edad también me inclino a creer que el pergamino, si somos capaces de interpretarlo, podría conducir a lo que sea que sea."

"¿Realmente crees que existe algo como eso? ¿Que se puede encontrar?" preguntó Chandra con ansiedad.

"Oh, sí. Después de todo si el texto es simplemente la fantasía de algún viejo escriba, o si el poder del que habla ya ha sido aprovechado o destruido..." Luti se encogió de hombros. "¿Entonces por qué el pergamino era guardado en un lugar tan seguro y fuertemente custodiado como tú describiste cuando regresaste? ¿Cómo era que dijiste que se llamaba? ¿El Santuario de las Estrellas?"

"Sí."

"¿Lleno de objetos de gran valor?"

"A mi así me pareció." Sin embargo Chandra no era una ladrona de profesión por lo que el valor de los objetos casi no le era conocido, sobre todo por el apresuramiento de robar el pergamino.

"Suena como si ellos hubieran estado dispuestos a matar por recuperar el pergamino y, de hecho, a destruir su propio reino para encontrarlo... Bueno, su comportamiento sin duda confirma que el pergamino era importante." Luti hizo una pausa. "Y eso sin importar si fueron los propietarios anteriores del pergamino los que emplearon al caminante de planos para que viniera tras él o si él te siguió y lo arrebató por sus propias razones..."

Chandra dijo: "Ya veo tu punto."

"A veces es beneficioso pensar lógicamente en las cosas." Dijo la voz seca de Luti.

"Sí, Madre."

* * * * *

Esa noche Chandra soñó con fuego.

No el fuego que explotó de ella en la batalla con el mago mental. Y no el calor embriagador que sacó de las piedras rojas del Monte Keralia.

El fuego en sus sueños de esa noche no fue la vacilante seducción de un nuevo hechizo. No fue la escalofriante llama de su creciente habilidad lo que lamió los bordes de su mente esa noche. Y ciertamente no fue el palpitante arte de la explosión que tanto amaba, con sus lluvias de fuego y luz.

Este fue el fuego de la tristeza y el dolor, el fuego de la vergüenza y el arrepentimiento. Este fue el fuego que consumía al inocente.

Ella pudo oír los gritos de ellos en su sueño, con tanta claridad como si estuviera sucediendo de nuevo. Pudo ver sus cuerpos retorciéndose. Gimió cuando el hedor de la carne quemada asaltó sus fosas nasales. Su garganta ardió con sollozos que no saldrían. Intentó moverse pero sus miembros estaban inmóviles. Quiso gritar pero sus labios se movieron sin sonido.

Y cuando la hoja de una espada cortó su garganta ella despertó con un gorgoteante grito de horror y se levantó de inmediato, jadeando.

Estaba atrapada en la asfixiante oscuridad. Levantó instintivamente su mano derecha y la prendió fuego, para evitar el peligro e iluminar su entorno.

Chandra, entrecerrando los ojos por la luz repentina de su magia de fuego, miró confusa a su alrededor.

Entonces se dio cuenta de dónde estaba; la cama de su recámara en la Fortaleza Keral. El corazón le latía con fuerza. Su piel resbaladiza por el sudor. Temblaba. Por un momento creyó que iba a vomitar. Sus dientes castañetearon un poco cuando ella se concentró en respirar.

Dentro, dos, tres. Fuera, dos, tres. Dentro, dos, tres. Fuera...

Sacudió la mano para apagar las llamas antes de envolver sus brazos alrededor de sus rodillas.

Tragó saliva. Ella no lloraría. No pensaría.

No recordaría.

Mientras se balanceaba adelante y atrás, tratando de calmarse, comenzó a recitar sus pasajes favoritos de las sagas Regathanas, al principio sólo en su mente, las palabras fluyendo a través de su cerebro en rápida sucesión.

Entonces, mientras recuperaba cierto control de sí misma, empezó a decirlas en voz alta, y después de un tiempo funcionó como casi siempre lo hacía. Su corazón desaceleró a un ritmo normal. Sus manos dejaron de temblar. Sus dientes dejaron de castañear. Las lágrimas dejaron de amenazar con llenar sus ojos.

Pero ella no volvería a dormir. No esa noche.

Así que se levantó de la cama, se quitó su simple vestido de lino, y comenzó a ponerse su ropa como si las prendas fueran una armadura contra sus sueños.

Chandra se puso sus polainas y sus botas hasta el muslo y colocó la túnica que le llegaba hasta la pantorrilla sobre su cabeza. Esta se dividía desde la cadera hasta el dobladillo para permitirle moverse con libertad. Su vestimenta era de color marrón rojizo, el material simple. Eran las prendas de trabajo de una mujer con demasiado poder mágico y demasiada seria intención de perder el tiempo en frivolidades y ostentaciones. Pero como era de noche y ella no iba a ninguna parte no se puso ni sus guantes ni el chaleco de cuero que solía llevar. La armadura que necesitaba en ese momento era mental, no física.

Su habitación era pequeña y sencilla, como la de todo el mundo en el monasterio. Tenía una estrecha cama de madera con sábanas de lino y mantas de lana en bruto, una pequeña mesa, una sola silla y un modesto baúl. Y eso era todo lo que ella necesitaba. La gente en el Monasterio Keraliano, así fueran visitantes o residentes permanentes, venían allí en busca de sabiduría, conocimiento y poder, no por las comodidades de la riqueza material.

El aire de la montaña era fresco por la noche, incluso en esa época del año en que los días eran especialmente cálidos. Chandra le dio la bienvenida al leve escalofrío en su piel cuando salió de su habitación, hacia el aire nocturno, y cerró la puerta detrás de ella. Se movió en silencio a lo largo de la pasarela, dejando atrás otras cámaras sin despertar a nadie, hasta que llegó a la amplia terraza en la parte oriental del monasterio.

Esa noche la luna estaba llena y brillante. Al oeste de la montaña del monasterio había más montañas pero desde esa terraza ella miró a través de los bosques que yacían pacíficamente por debajo de las imponentes alturas del Monte Keralia. Y más al este, pasando los bosques, se hallaban las llanuras y la ciudad de Zinara. Cuando el aire estaba así de claro y quieto en la noche ella podía ver las pequeñas motas de luz en la distancia que eran las antorchas encendidas encima de las torres de vigilancia de la gran ciudad.

"Duerman profundamente, pequeños corderos," murmuró con desprecio.

La ciudad estaba completamente dominada por la Orden de Heliud, una secta de magos cuya dedicación a una sociedad ordenada y a un estricto cumplimiento de la ley se estaba convirtiendo en dictatorial. La ciudad era próspera bajo la influencia de la Orden pero el número de leyes se había triplicado bajo su gobierno por lo que uno apenas era capaz de caminar por una calle sin romper una regla o dos. Y cuando se trataba de magia hacía faltan licencias hasta para practicar siquiera el más simple de los hechizos. Con el tiempo la Orden se había vuelto tan audaz como para ilegalizar muchas formas de magia, juzgando a cualquier cosa salvo su propia clase de sacromancia (una magia mantenedora de paz, como a ellos les gustaba decir, que hacía hincapié en la ley y el orden) como perjudiciales para la salud pública. Incluso se rumoreaba que la práctica de la magia de fuego en Zinara podría resultar en encarcelamiento y cualquier acto violento que involucrara magia de fuego era castigado con la muerte.

Huelga decir que estas historias de la ciudad hicieron poco por fomentar las relaciones entre la Fortaleza Keral y la Orden de Heliud.

A Chandra le habían dicho que, desde que Madre Luti se había encargado del monasterio, la Orden había pasado de ser una mera secta influyente en Zinara y algunas otras ciudades a dominar toda la región de llanuras de Regatha. Bajo el actual reinado de Walbert III y su política de "civilización para el bienestar civil" incluso se llegó a decir que su influencia se estaba extendiendo a través de los mares. Pero para ir más al punto la Orden estaba buscando agresivamente

"civilizar" a las regiones montañosas y boscosas. Todos tenían claro que Walbert (que habitaba en el enorme Templo lleno de columnas de Heliud, el corazón del temporal y místico poder de la Orden) aspiraba al control de todo el plano.

Según los informes de Samir Mia Kauldi, el jefe de una aldea de buena posición entre las muchas razas del Gran Bosque Occidental, los soldados Zinaranos patrullaban los bosques entre el Monte Keralia y las llanuras. Samir había dicho que dos druidas humanos habían sido recientemente detenidos por invocar criaturas que la Orden había declarado como "enemigos del orden." La invocación de criaturas; especialmente para el combate ritual que solucionaba las disputas entre tribus; era una práctica aceptada y de eones de antigüedad por los habitantes del bosque, pero los de la Orden creían que el camino hacia la civilización se pavimentaba con la ley y que la ley era igual ante todos. Había verdades inviolables, normas objetivas acerca del bien y el mal, y estaba en manos de la Orden de Heliud el ver que todos los seres inteligentes en Regatha se beneficiaran de la aplicación de dichas normas.

Para Chandra esto era tan irrazonable como para parecer una locura. ¿Cómo podría un grupo de personas ser tan ciego como para no ver los tonos de gris entre las verdades blancas y negras que tenían como sagradas? Seguramente era necesario un enfoque más relativo para acomodar la amplitud de la diversidad racial y cultural en ese gran plano. Sin embargo, como Samir había informado morosamente a Luti, no era tan fácil hacer entrar en razón a soldados bien armados a caballo.

Solo deja que ellos traten esas tonterías aquí, pensó Chandra. Ella los enviaría huyendo de nuevo a Zinara con las colas de sus caballos prendidas fuego.

En cualquier caso los soldados que patrullaban el Gran Bosque Occidental tuvieron la suerte de que Samir no hubiera estado entre uno de los arrestados. Habría sido divertido, sin embargo, si los soldados se llevaban a un prisionero elfo la próxima vez que se estuvieran entrometiéndose en donde no pertenecían. Chandra imaginó la tormenta que ocasionaría un movimiento así. Los elfos nunca permitirían que su modo de vida se viera comprometido por la Orden.

Oh, sí, eso sería digno de ver.

"No te metas con los elfos," murmuró ella mirando hacia abajo en dirección al bosque oscuro al pie del Monte Keralia.

Capítulo 3



"¿Protector fantasmal?" dijo Chandra. "¿Qué es un protector fantasmal?"

"Normalmente se trata de un espíritu de la tierra de los muertos invocado para proteger a los vivos," dijo su anfitrión, Samir Mia Kauldi.

Brannon exclamó: "¡Yo he oído hablar de los protectores fantasmales! ¡Tienen una larga cabellera blanca y una armadura blanca y sin piernas reales sólo tenues jirones de polvo mágico donde deberían estar sus pies! ¡Flotan en silencio alrededor, espiando a los enemigos de sus amos!"

Chandra miró a Samir en busca de la confirmación de esa descripción mientras ellos caminaban por el bosque, las ramas y hojas secas crujiendo bajo sus pies.

Él asintió con la cabeza. "'Espiar' podría ser una exageración. Como ya he dicho, ellos normalmente sirven para proteger, pero la Orden los usa para monitorear el bosque."

"¡Ellos tienen armas sin tener manos y rayos blancos salen disparados desde el lugar donde deberían estar sus dedos!" dijo Brannon.



Samir Mia Kauldi

"A mi me han dicho que se siente más como un fuerte picadura que un rayo," dijo Samir. "Más que nada para asustar."

Samir Mia Kauldi era uno de los más firmes aliados de la Fortaleza Keral en el Gran Bosque Occidental. Era muy respetado entre sus compañeros elfos y compartía los valores Keralianos relativos a la libertad personal y al derecho a la autodeterminación pero, algo más importante, entendía las consecuencias de la influencia cada vez mayor de la Orden de Heliud sobre el plano de Regatha. Si se le permitía a la Orden seguir afirmando su agenda de "civilización" sobre el resto de Regatha eso, tarde o temprano, significaría el fin de la forma de vida de los elfos. Sus tribus se separarían y los individuos serían reubicados en campamentos donde serían "entrenados" como miembros productivos de la sociedad. Los bosques, despojados de sus protectores, se convertirían en recursos para las ciudades, los árboles en una mercancía a ser gestionada por ministros. Samir había oído cómo algunos de los bosques más pequeños en el lejano este habían sido talados por completo y utilizados para madera sólo para ser replantados en filas ordenadas de modo que su próxima cosecha pudiera ser más eficiente. La geometría de su colocación, y la red plana de caminos establecidos, cortaron la espina viviente de esas arboledas y casi detuvieron el alguna vez rico flujo de maná. Los elfos que fueron capaces de huir de los campamentos y ciudades volvieron a un terreno irreconocible, pinares estériles, monocultivos de fresnos o abetos. La Orden había roto estos bosques en pedazos y se había asegurado de que no volvieran a estar juntos.

Samir le había contado todo esto a Madre Luti pero durante años sólo habían sido historias de muy lejos. Ahora se estaban

convirtiendo en una realidad en todas partes. Aunque el espíritu de lucha de Luti rabió ella ya no era tan joven. Debido a que el viaje por la montaña hasta el bosque de abajo era físicamente exigente rara vez lo hacía en persona. Lo que si insistía era en tener un contacto regular con las razas de los bosques que rodeaban el Monte Keralia y era frecuente que enviara a otros en su lugar. Tenían que mantener vigilado el poder de la Orden especialmente desde que las montañas parecían ser las próximas en línea para las prácticas civilizadoras de la Orden.

Era cierto que los piromantes Keralianos y las razas del Gran Bosque Occidental llevaban existencias independientes pero todos compartían el mismo deseo de limitar la influencia de la Orden sobre las llanuras y las ciudades de Regatha. Como solía decir Luti, se les debía enseñar que el fuego y el bosque, al igual que su gobierno, no sabían nada de misericordia.

Samir Mia Kauldi, junto con los otros habitantes del bosque, coincidía activamente con Luti sobre esto. Se había dado cuenta de que los protectores fantasmales y las patrullas montadas sólo habían sido el comienzo de lo que estaba por venir pero muchos en el bosque seguían sin estar convencidos y desestimaban la usurpación de la Orden como escaramuzas fronterizas. La mayoría creía que las historias de bosques enteros arrasados y replantados en el este serían imposibles en un área tan vasta como el Gran Bosque Occidental.

Samir era bajo para ser un elfo, con la piel lisa del color de la tierra recién removida. Tenía una construcción esbelta, una voz suave y un rostro redondo que parecía más viejo que sus años, posiblemente debido a la mirada perpetuamente acosada que llevaba con él como un monedero vacío: es decir, sin entusiasmo. Aunque era un respetado jefe tribal y experto invocador sus exhortaciones contra la Orden le hicieron encontrar con poca aceptación entre otros de los habitantes de los bosques. Eso no quería decir que no tuviera apoyo. Samir era conocido a lo largo y ancho por invocar a las más grandes bestias de Regatha. Debido a esto su estatus como jefe había permanecido sin ser cuestionado y ninguna tribu se atrevería a dudar de su autoridad pero eso podría no ser necesariamente lo correcto entre los habitantes del bosque. De igual forma que pasaba con los Keralianos, a las tribus (y a los individuos que las componían) se les daba el derecho a determinar su propio futuro, ya sea para bien o para mal, con tal de que no fuera perjudicial para la armonía de la vida en el bosque.

La primera vez que Samir había ido al monasterio lo había hecho como un suplicante. Desde entonces los Keralianos habían estado preparados para ofrecer toda la ayuda necesaria. Chandra disfrutaba de la oportunidad de dejar el monasterio por lo que a menudo se ofrecía para actuar como enlace entre Samir y su libre asociación de druidas, elfos y oufés.

Habían pasado dos días desde su acalorada discusión con el Hermano Sergil sobre el pergamino y Chandra había decidido traer a

Brannon como compañía por el largo camino a la pequeña aldea de Samir situada en lo profundo del bosque.

El chico estaba claramente emocionado por la noticia de que se habían visto protectores fantasmales en el Gran Bosque Occidental.

"¿Entonces, qué hace un protector fantasmal además de flotar alrededor y aguijonear a la gente?" preguntó Chandra a Samir.

"Sólo aguijonea," dijo Samir, "si se siente amenazado."

"Lo que sea," dijo Chandra. "¿De qué sirven si no hacen nada?"

"La Orden los utiliza como espías," dijo Samir. "En lugar de hacerlos proteger a un ser vivo, como era originalmente la intención de un protector fantasmal, les hacen vigilar el bosque en general. Los invocadores comparten un vínculo psíquico con el protector y así son capaces de detectar cuando las cosas se han puesto fuera de lo común."

"¿Sus invocadores? ¿Te refieres a la Orden de Heliud?"

"Sí. Se dice que el invocador, una vez alertado por el protector fantasmal, enviará una patrulla a la zona en cuestión."

"¿Y tú estás seguro acerca de estos avistamientos?"

"Tan seguro," dijo Samir, "que he vuelto recientemente de Zinara, donde fui a hablar con Walbert en persona. Y te digo Chandra que nunca encontrarás un lugar más ridículo que ese. Ellos pusieron plantas en macetas para decorar ventanas que dan a otras ventanas con aún más plantas en macetas. Idearon fuentes que son absurdas estructuras de piedra que gotean agua en una mansa imitación de..."

"Espera, yo ya sé lo que es una fuente. ¿El sumo sacerdote de la Orden acordó verte?" preguntó Chandra sorprendida. Walbert III no tenía fama de ser un hombre muy accesible.

"Sólo después de que pasé dos días insistiendo en que no dejaría los terrenos del templo hasta que se me concediera una audiencia. Fue una tarea más difícil de lo que imaginas haberse sentado en losas en medio de esos árboles torturados. ¿Puedes creer que derriban los árboles para atrofiar su crecimiento? Imagina la arrogancia que impone los valores estéticos de la Orden en la naturaleza. Incluso las flores están hechas para parecer heridas en sus tallos horriblemente desnudos."

"¿Así que lo enfrentaste?" dijo Chandra con fruición.

"Sí. Le exigí saber con qué derecho la Orden enviaba soldados a nuestras tierras a arrestarnos y le dije que estos protectores fantasmales debían ser retirados del Gran Bosque Occidental."

"¿Y qué dijo Walbert?"

Samir hizo un sonido de disgusto. "Fue indignante, mi amiga. Walbert afirmó que en aras de la "unidad" a lo largo de estas tierras las leyes que gobiernan las ciudades y las llanuras también se están ampliando para gobernar los bosques. Los protectores fantasmales han sido invocados para patrullar estos enormes bosques para nuestra protección." Su tono torció la última palabra en un epíteto. "Y los soldados sólo están haciendo cumplir leyes justas y equitativas que han sido aprobadas con el interés de preservar la seguridad y

el… orden. Como si ellos tuvieran alguna comprensión de la protección y mucho menos de la equidad y la justicia."

Chandra se horrorizó. "¿Walbert está reclamando que la Orden tiene autoridad sobre los bosques?"

Samir asintió. "Y está haciendo cumplir esa afirmación con la fuerza de sus soldados y la habilidad de los magos del Templo."

"¡Él no puede hacer eso!"

"Yo le dije lo mismo." Samir negó con la cabeza. "En respuesta él me ofreció un especie de título pomposo a cambio de alentar a mi pueblo a cumplir con las leyes de las llanuras. Eso o yo podría seguir violando alguna ley y él me encarcelaría. Yo decidí retirarme y luchar otro día."

"Así que él está tratando de apoderarse del Gran Bosque Occidental." Dijo Chandra en indignación. "¡Eso es increíble!"

"Pues descubrirá que es una tarea más difícil de lo que supone," dijo Samir sombríamente. "Las otras tribus han sido reacias a entrar en conflicto con la Orden pero si ellos siguen deteniendo druidas por invocar cazadores tal vez pueda traerme a otros a mi lado."

"¿Y luego que querrán?" dijo Chandra con desprecio. "¿Controlar la Fortaleza Keral? ¿Acaso ellos se imaginan que el gobierno de la Orden puede extenderse hasta las montañas?"

"Puede que eso no esté más allá del alcance de sus ambiciones," le advirtió Samir. "Ellos ven al monasterio como una amenaza. Piensan que los Keralianos son destructivos y sus enseñanzas peligrosas."

"¿No fue suficiente que ellos proscribieran la magia de fuego en sus propias tierras? ¿Acaso piensan que pueden prohibirla en el Monte Keralia?" Chandra negó con la cabeza. "Tendrían que estar locos para creer eso."

"¿Por qué ellos odian el fuego?" Las cejas rojas de Brannon se arquearon en un ceño fruncido en su rostro joven y pecoso. "A mi me gusta. Y todo el mundo lo necesita, después de todo."

"Chico, lo odian porque el fuego no se toma vacaciones," dijo Chandra pero el muchacho sólo pareció confundido. A decir verdad Chandra también quedó confundida por la declaración pero ella había oído a Madre Luti decirla tan a menudo que había parecida apropiada para este caso.

"Ellos no odian precisamente el fuego," dijo Samir al muchacho. "Ni siquiera estoy seguro de que odien la magia del fuego."

"Por supuesto que sí," dijo Chandra. "¿Por qué si no iban a castigar la piromancia con la muerte en Zinara?"

"La castigan con penas de prisión," dijo Samir. "Sólo te ejecutan si cometes algo violento con tu magia de fuego."

"Lo que sea," dijo ella. "De cualquier manera es evidente que ellos odian de verdad la magia de fuego. O más probablemente, tienen miedo de ella."

"Yo creo que lo que a ellos no les gusta," dijo Samir, "es la naturaleza de aquellos que la ejercen. La Orden de Heliud cree que

nadie está por encima de la ley. La ley nos iguala a todos." El se encogió de hombros. "¿No es cierto que ustedes Keralianos creen que no hay una ley superior a la voluntad del fuego? ¿Qué ustedes creen que el fuego quema de igual forma al criminal y al fiscal? La Orden cree que los justos pueden pasar ilesos por el fuego."

Chandra frunció el ceño. "¿De qué estás hablando?"

"Del Fuego Purificador."

"¿El qué?"

"El Fuego Purificador." Cuando Chandra y Brannon se limitaron a mirarlo fijamente él dijo, "Oh. Por supuesto. ¿Ninguno de ustedes ha estado alguna vez en Zinara?" Ellos negaron con la cabeza. "Y, probablemente, pocos miembros del monasterio tampoco han estado allí. O saben mucho acerca de la Orden de Heliud."

"Madre Luti nos dice que las relaciones entre el monasterio y la ciudad han estado tensas durante años," respondió Chandra. Ella sabía que los habitantes del bosque habían estado en términos civiles con la gente de los llanos y la ciudad hasta que las ambiciones de Walbert se habían vuelto demasiado evidentes como para ignorarlo por más tiempo.

"Sí," asintió Samir. "Aquellos que sienten la tentación del Monte Keralia tienen poco en común con aquellos para los que el orden y la estructura son de suma importancia. Es una especie muy... diferente de perspectiva."

"Ciertamente lo es," dijo Chandra con disgusto. "Entonces, ¿qué es lo que tiene que ver el fuego con la Orden de Heliud?"

"Se dice que el poder de la Orden viene de algo llamado el Fuego Purificador. Nadie que yo conozca lo ha visto jamás y se dice que sólo un selecto grupo dentro de la Orden tiene acceso al mismo pero se cree que es una fuente de maná puro que baila perpetuamente como una llama en las antiguas cavernas bajo el Templo. La leyenda dice que Heliud fue una figura santa en la ciudad de Thold situada al otro lado del Gran Mar. Se le acusó de herejía, de crímenes contra Thold, o algo por el estilo. Independientemente de ello Heliud fue exiliado junto con sus seguidores que creyeron su promesa de fundar una ciudad brillante era de hecho la orientación de la Voluntad Divina. El viaje a través del mar fue largo, ellos perdieron a muchos de sus miembros por enfermedades y cuando llegaron a tierra muchos más se perdieron por los caprichos de la naturaleza."

"Cuando por fin llegaron al lugar donde se fundó Zinara los seguidores de Heliud estaban empezando a dudar de su plan o incluso si él tenía uno. Así que él se encontró enfrentado a la oposición de uno de sus seguidores, un hombre llamado Zin, que creía que no podían ir más allá. Deberían establecerse allí. Heliud no era apto para liderarlos. La tierra prometida de la que hablaba era un sueño febril. Zin contó con el apoyo de la mayoría y Heliud, demacrado y débil por el viaje, volvía a enfrentarse a un exilio."

"Pareces saber mucho sobre esto, Samir," dijo Chandra. "¿Sientes alguna simpatía con el personaje de la que no nos estás informando?" Ella sonrió para quitar el aguijón de las palabras.

"Durante el tiempo que pasé en señal de protesta en los terrenos del templo un acólito salía y me educaba sobre la historia de Heliud. De todos modos, para llegar al punto, Heliud regresó al campamento unos días más tarde. Había vuelto a tomar forma física salvo que su pelo negro otrora lustroso se había puesto tan gris como el zorro plateado. Cuando se le preguntó acerca de su transformación Heliud dijo que había encontrado la manifestación física de la Voluntad Divina en una parpadeante llama blanca en algunas cavernas cercanas. Él se había arrojado en ellas como penitencia por no reconocer los signos que le habían dado pero en lugar de morir como era de esperar salió revivido, incluso más fuerte de lo que había sido antes, la prueba de su justicia. Afirmó que el fuego lo había limpiado de sus errores y lo había elegido como el único árbitro de la Ley Divina en Regatha."

"Zin todavía tenía seguidores leales, muchos de los cuales creían que la revitalización de Heliud era de alguna manera demoníaca en su origen. Heliud desafió a Zin diciendo que el fuego sería el juez de lo correcto e incorrecto. Así que ellos fueron a hacer frente al Fuego Purificador. Como puedes imaginar sólo Heliud surgió."

"¿Qué pasó con Zin?" preguntó Brannon.

"Es interesante que preguntes, Brannon, porque yo me pregunté lo mismo. Heliud le dijo a sus seguidores que el cuerpo de Zin se había vaporizado en la llama. Los seguidores de Zin no creyeron esta explicación pero nunca encontraron su cuerpo durante el tiempo que buscaron en las cavernas. Finalmente fueron apaciguados cuando Heliud nombró su asentamiento en honor de Zin. Ellos sostienen que Zin sigue siendo sagrado, argumentando que su oposición fue inspirada divinamente para probar la verdad del liderazgo de Heliud."

El hizo una pausa, aparentemente dispuesto a terminar el cuento, pero finalmente añadió: "Walbert es el sucesor de este legado y el custodio del Fuego Purificador."

"Bueno, eso si que no tiene sentido," dijo Chandra con disgusto. "¿Los miembros de la Orden han prohibido la magia del fuego a todo el mundo en su tierra mientras sacan su propio poder del fuego? ¿O de algo que es casi similar al fuego?"

Una llama fría y blanca a ella no le sonó muy parecido a fuego. Le sonó tan rígida y mortalmente aburrida como se imaginó que eran los miembros de la Orden.

Chandra era una apasionada del calor y la furia de la magia de fuego. Amaba el dorado, anaranjado y amarillo de las explosiones, las llamaradas pirománticas rojo sangre. ¿Qué sentido tenía algo frío, blanco, y oculto bajo tierra? Seguramente no había nada de belleza en eso. Ni gloria, ni pasión, ni emoción.

"La Orden ha prohibido la magia de fuego en sus tierras," dijo al fin Samir, "y ahora también quieren restringir nuestra forma de vida en el Bosque Occidental. Walbert me dijo que todavía se permiten ciertas prácticas porque él dice que las leyes emitidas por la Orden no son, a su juicio, razonables. Pero ahora nos han

prohibido otras prácticas supuestamente peligrosas como las invocaciones." La expresión normalmente suave de Samir se volvió estruendosamente enojada. "¡Y los protectores fantasmales son los medios que tiene la Orden para espiarnos en nuestra propia tierra!"

"No tienen derecho," dijo Chandra.

"¡Nadie lo tiene!" Samir rara vez levantaba su voz pero en ese momento lo hizo.

"Pero por lo menos un protector fantasmal no suena como que pueda ser un muy buen espía," dijo Chandra con el ceño fruncido. "Quiero decir, yo estoy segura de que me daría cuenta si me está espiando a mí si se ve como lo describió Brannon."

"¡Yo también!" dijo Brannon.

"En realidad son más eficaces de lo que tú supones," dijo Samir. "Son completamente silenciosos después de todo. No tienen pies o manos. Nosotros tenemos muchas cosas inusuales en los bosques…"

"Eso no lo dudo," dijo Chandra.

"…pero no estamos acostumbrados a entidades sin extremidades. Bueno, aparte de las serpientes, pero tú ya entiendes a lo que me refiero."

"A mi no me gustan las serpientes," dijo Chandra francamente.

El sombrío bosque era claustrofóbico para Chandra, que estaba mucho más acostumbrada a las vistas panorámicas de la vida de montaña. Los bosques bullían de vida, gran parte de ella extraña y desconcertante: flores carnívoras cuyo dulce aroma atraía a los insectos desprevenidos y venenosos que se hacían pasar por plantas, animales malhumorados que se parecían a rocas cubiertas de musgo y monstruos que se parecían a árboles, entre muchos otros. Tierra, ruido, hongos. Nada de eso atraía a Chandra pero sí le ofrecía un tiempo lejos de los demás Keralianos que podrían llegar a ser bastante aburridos en su devoción.

Aun así, sentada en el suelo seco fuera de la frondosa cabaña de Samir, y cortésmente pretendiendo beber alguna bebida insípida aromatizada con raíces de plantas hechas puré, Chandra se sintió con ganas de regresar al monasterio y contarle a la madre Luti lo que había aprendido ese día. Si las criaturas de la Orden estaban ahora vagando por el bosque ¿cuánto tiempo más pasaría antes de que la Orden intentara inmiscuirse en el Monte Keralia?

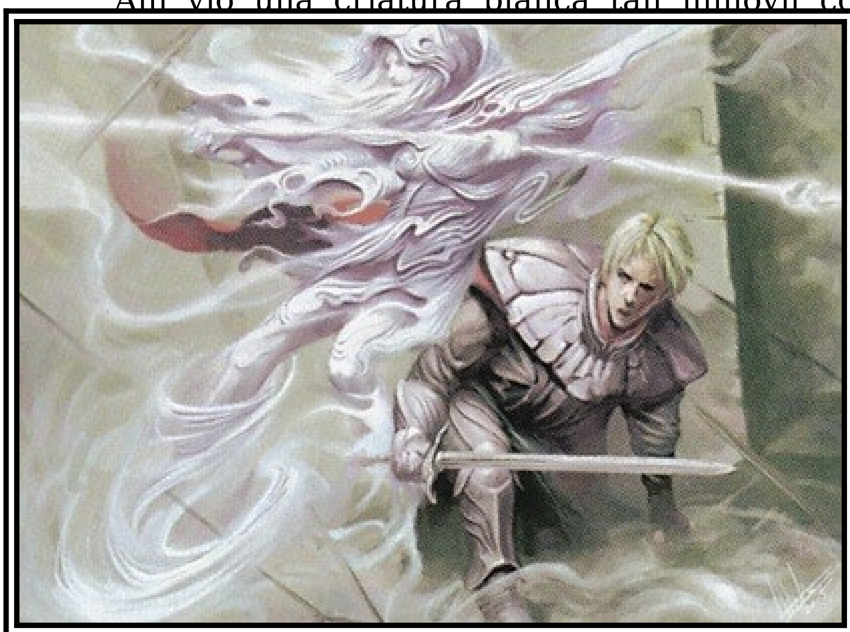
"Casi nada se mueve a través del bosque sin hacer ruido," dijo Samir. "Pero estas criaturas lo hacen. Últimamente numerosos habitantes del bosque se han sorprendido al notar un protector fantasmal observándolos sin tener ni idea de cuánto tiempo había estado allí."

"Eso sería espeluznante," dijo Brannon.

"Por ejemplo," dijo Samir con calma, "desde que ustedes llegaron y nos sentamos juntos aquí no he mirado a esos arbustos a nuestra izquierda hasta hace un momento." En ese momento él volvió la cabeza y miró fijamente a los exuberantes arbustos. "Así que no sé cuánto tiempo hace que ese protector fantasmal ha estado escuchando nuestra conversación."

Brannon quedó boquiabierto. Chandra saltó como si hubiera sido mordida, poniéndose en pie al mismo tiempo que se dio la vuelta para hacer frente a los arbustos que Samir estaba mirando.

Allí vio una criatura blanca tan inmóvil como una roca. No respiraba. Sus pálidos ojos no parpadearon. Ni siquiera reaccionó ante el movimiento repentino de Chandra, ni a Brannon apuntando a ella y gritando. Y su largo cabello blanco se mantuvo quieto a pesar de la brisa que hacía que las hojas se movieran ligeramente en la zarza ocultándolo de la vista de Chandra.



Ella rodeó el claro, trasladándose para tener una mejor vista de la criatura. Desde su nueva posición Chandra vio que, tal y como Brannon había descrito, no tenía manos o pies, aunque cuatro apéndices estaban unidos a su torso en una preocupante sugerencia de brazos y piernas que se perdían en remolinos de brillante polvo blanco en donde deberían haber existido los dedos de las manos y pies.

"¿Cómo funciona?" preguntó Chandra a Samir.

El protector fantasmal giró la cabeza hacia ella cuando habló. De alguna manera el movimiento fue aún más inquietante que lo que había sido la quietud de la criatura. Su movimiento fue fluido y refinado, como el paso del tiempo.

"¿Funciona?" Samir, también, se había puesto de pie. En ese momento empujó a Brannon detrás de su cuerpo, protegiendo al niño de la criatura.

"¿Su amo puede ver a través de sus ojos y escuchar a través de sus oídos?" preguntó Chandra sin dejar de mirar al protector fantasmal. "¿Acaso su creador puede vernos y escucharnos en este mismo momento? ¿O es que esta cosa tiene que volver a su maestro para transmitir de lo que ha sido testigo?"

"No estoy seguro," dijo Samir. "Pero, como he dicho, se dice que activan una alerta para las patrullas."

"No creo que puedan hacer eso," dijo Chandra con decisión. "Deberíamos acabar con él para poner a prueba la teoría."

Fue entonces que la criatura mostró una reacción casi misteriosamente humana. Se encogió de hombros ante ella en reconocimiento por la amenaza que planteaba.

"Chandra..." dijo Samir con inquietud. "Puede que eso no sea prudente en este momento."

Pero la sola idea de una pelea elevó el latido del corazón de Chandra. Mientras aceleró su pulso también lo hizo el fuego en su interior. Ella podía sentirlo florecer en la base de su cráneo mientras su pelo se convirtió en una melena de llamas y se movió bajando por su columna y saliendo de sus manos, las que se iluminaron como antorchas.

"Ten cuidado," le advirtió Samir. "Ha estado inusualmente seco este año."

El protector fantasmal señaló con un miembro tenue hacia Chandra y un rayo de luz blanca salió disparado de las flotantes partículas brillantes en sus jirones sin dedos.

"¡Ay!" Chandra se tambaleó hacia atrás cuando este la golpeó en el estómago. El golpe fue suficiente como para apagar el fuego que ardía a su alrededor.

Ella se dobló, tratando de recuperar el aliento, y oyó a Brannon gritando su nombre. Un momento después sintió una mano en su espalda y oyó a Samir preguntando si se encontraba bien.

"Estoy bien," dijo con voz ronca. "Me siento como si me hubiera... picado la avispa más grande que jamás haya existido, pero estoy bien. ¡No se preocupen! ¡Agarren a esa cosa!"

"¡Se ha ido!" exclamó Brannon.

"¿Ido?" Chandra levantó la cabeza y miró hacia los arbustos. No había nada salvo vegetación. "¡Maldita Sea!"

"¡Lo veo!" Samir, cuyos ojos estaban mucho más acostumbrados que los de ellos al oscuro bosque, había visto a la criatura mientras huía a través de los árboles. El señaló. "¡Por ahí!"

"¡Vamos!" Chandra corrió en la dirección que había indicado Samir agarrándose su estómago palpitante.

"¿Acaso podemos matarlo?" gritó él corriendo tras ella.

"¡Averigüémoslo!" gritó ella de nuevo. Fantasma o no fantasma Chandra pensaba que ella debía ser capaz de convertir cualquier cosa en un montón de cenizas si conseguía calentarlo suficientemente.

"¡Por aquí!" gritó Samir detrás de ella, virando a la derecha y desapareciendo en la vegetación.

Chandra giró para seguirlo. Había una amplia maraña de arbustos en su camino pero no parecían muy gruesos. En lugar de perder el tiempo rodeándolos ella se abrió paso a través de estos. Resultó ser un error. Los arbustos y sus espinas se aferraron a su ropa y le arañaron la piel. En unos momentos se encontró con que estaba atrapada, incapaz de moverse hacia adelante. Cuanto más lucho por liberarse más enredada se convirtió.

"¡Lo veo!" Gritó Samir, su voz significativamente más lejos ahora. "¡Vamos!"

"¡Estoy... yendo!" Chandra hizo una mueca mientras luchó por liberarse.

Estaba jadeando, dolorida, se estaba quedando atrás y, lo peor de todo, había sido atrapada por un maldito arbusto. Exasperada, su

temperamento se encendió mientras un fuego ardiente corrió por su cuerpo, entrando en erupción en un aura de llamas que prendió fuego el matorral y convirtió la zarza infractora en restos carbonizados.

Sólo había dado unos pasos cuando oyó un estridente chirrido y un traqueteo por encima. Algo pesado cayó sobre su espalda desde las ramas colgantes de un árbol, envolvió sus piernas alrededor de su cuello, y le mordió el hombro.

"¡Agh!" Chandra se lanzó al suelo y rodó para ponerse en la parte superior de su atacante. Golpeó al pequeño combatiente luchando con su codo y tan pronto como sintió aflojar el agarre se puso de pie y se volvió hacia el.

¿Un oufe? Chandra se detuvo en seco. A ella no le gustan las pequeñas criaturas del bosque pero tampoco tenía nada en contra de ellos.

Agraciadas extremidades verdes, diminutos rasgos y una áspera ropa más bien inmodesta se borroneó en una maraña de movimiento cuando su atacante se puso de pie de un salto y se volvió a arrojar sobre ella, dejando al descubierto sus pequeños dientes afilados en un gruñido de rabia.

Chandra lanzó instintivamente un rayo de fuego sobre el oufe. Este saltó hacia atrás, chillando de miedo y dolor, lo que la hizo sentirse culpable. La pequeña criatura era apenas la mitad de su tamaño y el arbusto que ella acababa de destruir podría haber sido su lugar de culto o algo así. Los oufés eran un poco raros en esas cosas.



Aún así al ver que la pequeña criatura frenética no había resultado herida de gravedad por su ataque de fuego Chandra dijo, "¡Siento lo de tu arbusto! ¡Pero yo no tengo tiempo para esto!"

Se dio la vuelta y echó a correr en dirección a los gritos lejanos de Samir instándola a darse prisa. Oyó más parloteos estridentes detrás de ella y se arriesgó a mirar por encima del hombro. Chandra vio que a su agresor se le estaban uniendo dos más pero tropezó con una raíz de un árbol y decidió mantener los ojos sobre dónde iba.

"¡Samir!" gritó.

"¡Por aquí!" respondió él.

"¡Chandra!" Gritó Brannon. "¡Ahora lo puedo ver! ¡Date prisa!"

Chandra escuchó más chillidos detrás de ella pero no volvió a mirar hacia atrás, ni siquiera cuando los ruidos se hicieron más ensordecedores. Corrió a través de un bosque muy unido de árboles, saltando por encima de ramas caídas y troncos derribados, siguiendo el sonido de las voces de sus amigos mientras gritaban para que ella los alcanzara.

Cuando ella lo hizo Brannon y Samir estaban en el borde de un claro.

"¡Allí! ¡Cruzando el arroyo!" exclamó Samir. "¡Ahora está justo delante de nosotros!"

Respiraba con dificultad y se volvió para mirar a Chandra mientras esta se acercó junto a él. Luego él miró más allá de ella y su rostro lleno de gotas de sudor experimentó la más sorprendente de las transiciones.

"¿Por qué hay un batallón de oufés persiguiéndote?"

"¿Qué?" Chandra miró sobre su hombro. "Oh, no."

"Cielos," dijo Brannon. "Se ven muy enojados."

Parecía haber una veintena de ellos mirando hacia ella, chillando con furia asesina mientras blandían palos, lanzas y dagas. Sus ojos brillaban con una furia salvaje, tenían sus dientes afilados al descubierto y su piel teñida de verde oscuro por la ira.

"¿Qué es lo que pasa con los oufés?" murmuró ella.

"Esto podría ser un problema," dijo Samir.

"¿Y qué van a hacer?" preguntó Chandra con desdén. "¿Mordisquear mis tobillos?"

Samir dijo: "Bueno, dada la oportunidad..."

"¡Yo voy a detener a ese protector fantasmal!" Chandra lo vio flotando por encima de un pequeño arroyo mientras huyó a través del claro.

Samir dijo: "¿Pero que pasa con...?"

"¡Tú eres un jefe! ¡Trata con ellos!"

Chandra cerró la distancia entre ella y su presa, extendiendo sus brazos mientras sintió la energía fluyendo libremente a través de ella, respondiendo a sus invocaciones con un satisfactorio calor. Luego moldeó su voluntad en un proyectil en llamas y lo arrojó al protector fantasmal.

La criatura se agachó para escapar a un golpe directo, un signo, según Chandra estimó, que de hecho podría ser destruida. No gastaría energía huyendo o defendiéndose si no fuera vulnerable a sus ataques. Chandra saltó sobre el estrecho arroyo que su presa flotante había cruzado hacía sólo unos momentos.

Oyó un caballo relinchar en algún lugar más allá del claro mientras lanzó otra bola de fuego que le erró al protector fantasmal. Su dos siguientes también salieron desviadas hacia la maleza que se encontraba en el borde del claro, donde la maraña de ramas muertas y hojas estallaron en llamas.

"No te muevas, maldita sea," murmuró Chandra volviendo a tratar incluso mientras oyó a los cascos atronadores acercándose a

ella desde un costado mientras oufés chillaron ruidosamente desde el otro.

El protector fantasmal verdaderamente parecía temerle al fuego, toda su forma deslizándose horizontalmente lejos de los proyectiles con sólo un momento escaso de sobra. Entonces arrojó bruscamente dos haces de luz blanca en rápida sucesión. Chandra esquivó el primero y contrarrestó el otro con una bola desviadora de llamas.

"¡Oh no, no lo harás!" Tiró otra bola de fuego, y otra, y otra después de esa. Para ese entonces la zona que rodeaba el claro era un muro de llamas, cada explosión sucesiva de fuego añadiéndose a la ardiente furia. Los oufés estaban histéricos y Samir les gritaba palabras que ella no podía oír.

Chandra, moviéndose a la carrera, rodeó el claro para bloquear la única ruta de escape que le quedaba al protector fantasma. Este flotó con incertidumbre, frente a Chandra, rodeado por todos lados por otros incendios.

Los caballos acercándose estaban ahora tan cerca que Chandra pudo oír el tintineo de sus bridas directamente detrás de ella cuando lanzó tres bolas de fuego más a la criatura en rápida sucesión. Sus rápidos movimientos evasivos lograron esquivar los ataques pero el resultado fue una hoguera que no pudo evitar y el protector fantasmal pronto fue consumido por las llamas.

Por sobre el rugido del fuego y los gritos de los oufés Chandra se volvió plenamente consciente del traqueteo de las bridas y el resoplar de los caballos detrás de ella, así como de fuertes exclamaciones de voces masculinas. Ya estaba girando hacia los sonidos cuando se dio cuenta que era lo que Brannon había estado frenéticamente gritando.

"¡Chandra! ¡Soldados! ¡Detrás de ti! ¡Soldados a caballo!"

Había cuatro de ellos. Sus caballos estaban danzando nerviosamente, asustados por el fuego. Los soldados, todos llevando armaduras de cuero repujado sobre túnicas de color azul pálido, se mostraron asombrados mientras miraron fijamente. Tres de ellos habían sacado sus espadas. Uno parecía haber olvidado por completo que estaba armado y se limitó a mirar a Chandra con la boca abierta.

Ella sonrió mientras levantó sus brazos en alto, una melena de remolinos de fuego en su cabeza y hombros. Llamas lamieron su piel, rodeando su cuerpo en un aura llameante. Las antorchas al final de sus brazos se volvieron inmensas cuando ella gritó: "¡Abandonen este bosque! ¡No vuelvan nunca más! ¡Díganle a Walbert lo que han visto! ¡La Orden está acabada aquí!"

Ya que ellos parecían necesitar un poco de aliento ella arrojó una bola de fuego sobre sus cabezas. Uno de los caballos hizo cabriolas de lado, sus ojos rodando con miedo. Otro se encabritó, casi derribando a su jinete.

Cuando Chandra lanzó una segunda bola de fuego, dejando que esta pasara un poco más cerca de golpear a uno de los hombres, los cuatro se volvieron y huyeron. La vista de sus caballos desapareciendo al galope haciéndola sonreír con alegría.

Ella los observó hasta que el bosque verde se los tragó, ocultándolos de su vista mientras huían, supuso, en la dirección de las llanuras. Sintió que alguien tiraba de su manga.

"Chandra," dijo Brannon con los ojos muy abiertos mientras la miró hacia arriba. Él todavía era un niño y ella era alta para ser mujer. "Samir dice que deberíamos irnos antes de que los oufés te arranquen la carne de tus huesos y se la den como alimento a los lobos."

"¿Qué?" Chandra frunció el ceño mientras miró por encima del hombro en dirección a Samir. "Oh."

El mago estaba conteniendo a una masa de las criaturas del bosque con una ondulante red verde de vides trenzadas y retorcidas que había conjurado entre ellos y el claro. Algunos de ellos se estaban arrojando contra la barrera, chillando mientras se enredaban en la misma, mientras que otros estaban tratando de subir por ella en un intento de pasar por encima y continuar desde allí.

El claro ardía todo a su alrededor. Ella había comenzado un incendio forestal, uno que se estaba volviéndose completamente fuera de control.

"Uups."

Y ella sabía que los oufés podrían ser muy susceptibles sobre este tipo de cosas. De hecho Samir se estaba arriesgando considerablemente con su propia gente al interceder para protegerla. Sin embargo ella había destruido a un protector fantasmal y ahuyentado a cuatro soldados armados de Walbert. Con algo de esperanza, cuando los oufés se calmaran, se darían cuenta de que ella había hecho lo mejor.

Por el momento, sin embargo...

Chandra se dirigió hacia Samir, con la intención de ayudarlo.

El miró en su dirección y una expresión de terror contorsionó su rostro cuando la vio acercarse. "¡Vete!" ordenó. "¡Vete ahora!"

Brannon la agarró por la camisa. "Chandra..."

Ella se dio cuenta que Samir tenía razón. Esos oufés estaban apuntando hacia ella y gritando. Su presencia sólo aumentaría su frenesí. Odiaba dejar a Samir para que tuviera que hacer frente a esto por sí solo pero esa era la mejor opción disponible en ese momento.

"Está bien, sí," dijo Chandra agarrando la mano de Brannon. "Vámonos. Por aquí."

Ellos corrieron juntos a través del claro, sus pasos llevándolos a un muro de fuego. Sabiendo que ningún habitante del bosque los seguiría por ese lado huyeron a través del acogedor abrazo de las llamas.

Capítulo 4



El primer ataque ocurrió la noche siguiente. Chandra yacía despierta en su estrecha cama, dividida entre la ira por los últimos sermones de Luti acerca de su autocontrol y una cierta conciencia reacia a que la madre maga estuviera en lo cierto.

Afortunadamente el fuego de Chandra (como ella había sido rápida en hacerle recordar a Luti temprano esa noche), sólo había quemado una pequeña parte del Gran Bosque Occidental. Samir había enviado a uno de sus muchos parientes al monasterio antes para informarles de que el incendio forestal de Chandra había sido contenido y reprimido después del anochecer. Las lluvias habían sido esporádicas ese año pero la magia de los elfos había mantenido confinado el fuego al claro donde Chandra había destruido al protector fantasmal.

"Sin embargo," le había dicho Luti a principios de esa noche, "hiciste mucho más daño que bien, Chandra."

"Pero yo..."

"Eliminar un protector fantasmal puede haber sido servicial..."

"¿Puede haber sido? ¡Esa cosa era un espía de la Orden!"

"...o puede haber sido una mala decisión. En cualquier caso..."

"¿Mala decisión cómo?" exigió Chandra.

"En cualquier caso," había dicho Luti perdiendo claramente la paciencia con ella, "el posible beneficio de eliminar un protector fantasmal no puede equilibrar la catástrofe de quemar un bosque."

Luego siguieron más amonestaciones. "Jugar con fuego es malo para aquellos que se queman a sí mismos," dijo Luti citando a algún que otro sabio. "Pero para el resto de nosotros es un gran placer. Yo quiero que seas capaz de experimentar este placer como yo, Chandra, pero hasta que aprendas a controlar tus impulsos continuarás quemándote a ti misma y a los que te rodean."

Chandra yacía despierta en la cama pensando en esta última afirmación y luchando con las emociones que agitó.

Odiaba ser reprendida y amonestada. Eso le hacía desear irse de Regatha, de la Fortaleza Keral, y dejar a Madre Luti muy por detrás. Ella era un hervidero de indignación y se sentía como si quisiera prender fuego a algo, a pesar de que eso era precisamente lo que la había metido en este problema desde el principio.

Por otra parte...

Chandra exhaló un suspiro mientras yacía de espaldas, mirando hacia la oscuridad.

Por otra parte, era verdad que ella había destruido una porción, aunque fuera pequeña, del bosque, enfurecido a una tribu de oufés y sin duda causado un montón de problemas a Samir. Los habitantes del bosque nunca le habían hecho daño alguno. Samir la consideraba una amiga y los Keralianos solicitaban la cooperación de las razas de los bosques contra la potencial invasión de la Orden. No era del todo irrazonable que Luti dijera que hacer enemigos en el bosque causando destrucción había sido una mala decisión o, más bien, en palabras de ella, "un estúpido paso en falso." La decisión real habría sido librar a los bosques de un espía de la Orden. Esa había sido una buena idea, pensó Chandra.

Sin embargo, dada la forma en que habían resultado las cosas, era posible que los habitantes del bosque encontraran que un solo protector fantasmal entre muchos fuera un poco menos perjudicial para su rutina diaria que lo que había hecho ella.

Chandra siguió rememorando los acontecimientos de ese día y se preguntó que debería haber hecho de otra forma. ¿Capturar al protector fantasmal en lugar de matarlo? ¿Cómo podría haber hecho eso? La criatura había sido tan rápida y escurridiza que ella apenas había sido capaz de acercarse lo suficiente como para lanzarle bolas de fuego. ¿Debería haberlo dejado espiarla y luego seguir su camino feliz? ¡De ningún modo! ¿Quizás en lugar de matarlo en el bosque debería haberlo perseguido hasta los llanos y con ello prender fuego accidentalmente las tierras de cultivo? ¿Luti habría estado ahora menos exasperada con ella si los que se hubieran enfurecido hubieran sido los agricultores en lugar de los habitantes del bosque?

Chandra rodó de costado y trató de darle alguna forma a su almohada plana con un golpe.

¿De todos modos por qué matar a un protector fantasmal iba a ser una mala decisión? ¿Seguramente Luti no debe pensar que es una buena cosa tener esas criaturas espeluznantes vagando por los bosques y espiando para la Orden? Por lo que había dicho Samir, no pasaría mucho tiempo antes de que comenzaran a aparecer en las montañas para proteger a los Keralianos de sí mismos y de cualquier cosa que pudieran hacer que a la Orden no le gustara.

Chandra, cansada de darle vueltas y vueltas al tema en su cabeza, cerró los ojos y trató de relajarse y dormir un poco. Se obligó a despejar su mente, a concentrarse en su respiración, y a dejar que la oscuridad absorbiera las voces que clamaban en su cabeza.

Pero entonces se dio cuenta de que no todas esas voces estaban en su cabeza. Frunció el ceño, irritada al reconocer el sonido de susurros directamente fuera de su puerta. Era muy tarde pero algunos de los acólitos Keralianos eran noctámbulos que preferían estudiar y practicar hasta el amanecer y luego dormir toda la mañana. La vida en el monasterio era bastante desestructurada y los residentes rara vez interferían con los hábitos de los demás siempre que no incidieran en los derechos o en la comodidad de cualquier otra persona.

Chandra decidió que los susurros y murmuraciones junto a su puerta, especialmente mientras ella estaba tratando de dormir,

contaban como incidencias sobre sus derechos y comodidades. Oyó dos voces bajas. Sonaban como si estuvieran discutiendo. Deseó que se fueran a argumentar a otro lugar. Estaba a punto de salir de la cama y decírselo cuando la puerta de su habitación se abrió.

Chandra abrió los ojos mientras su cuerpo se puso tenso. ¿Quién estaba entrando en su habitación en el medio de la noche?

Volvió a oír las mismas dos voces, ahora en su puerta. El cuarto de Chandra daba directamente a una pasarela al aire libre con vistas a las montañas al sur y al cielo en lo alto. Entrecerró los ojos en la oscuridad y vio a dos figuras de pie en ella, débilmente iluminadas por la luz de la luna.

Los dos intrusos eran bajos, ciertamente más bajos que Brannon, cuya cabeza apenas llegaba hasta el hombro de Chandra. También eran anchos y cuadrados, con cabezas deformes, y se movían de un modo extraño y torpe, como si trataran de mantener el equilibrio en la cubierta de un barco en aguas turbulentas. Pero no fue hasta que Chandra vio sus brillantes ojos de color naranja que se dio cuenta de lo que eran.

"¿Trasgos?" preguntó con incredulidad, tan sorprendida que se olvidó de fingir estar durmiendo...

El que estaba más cerca se tambaleó hacia atrás por la sorpresa de sus palabras, chocando contra el otro. El segundo trasgo dio un grito ahogado, saltando sobre un pie alrededor, al parecer su otro pie había sido pisoteado por su asombrado compañero.

Chandra inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una bocanada de fuego directamente hacia arriba. La llama resultante voló hasta el techo y rebotó tentativamente allí por un momento antes de adherirse, ardiendo como una antorcha para iluminar la habitación de Chandra.

Se levantó de la cama y miró a los intrusos con inocultable repulsión. "Trasgos."

La piel enrojecida que cubría sus deformes cabezas calvas tenía la textura de una masa grumosa. Pelos brotaban de sus oídos como hongos y sus manos escamosas tenían uñas tan largas como los colmillos amarillentos que sobresalían de sus bocas chorreando saliva.

"¡Están babeando en mi piso!" dijo Chandra con disgusto.

Ella también notó que olían fatal.

El trasgo saltando sobre un pie farfulló hacia su compañero en una lengua que Chandra no reconoció. El otro siseó.

"Diré esto una sola vez," les dijo dejando que las llamas ondularan audazmente a lo largo de su piel en un intento de intimidarlos. "¡Fuera de mi habitación! ¡Ahora mismo!"

El trasgo que había silbado hacia ella le dio un codazo a su compañero, que seguía obsesionado con el dolor en su pie y, al no obtener reacción, repitió el codazo. Esto molestó al segundo trasgo, quien dejó su pie dolorido y con irritación le dio una bofetada al primero. Este gruñó molesto, se dio la vuelta, y le devolvió el golpe.

Los dos, como si Chandra no existiera, comenzaron repentinamente a aporrearse entre sí con vehemencia, gruñendo y

balbuceando. Chandra los observó por unos momentos pero su diversión se esfumó rápidamente y ella los interrumpió con una descarga de fuego que atrajo su atención.

"¿Me pueden decir por todo el Multiverso que están haciendo ustedes aquí?" preguntó.

Ellos parpadearon, como si se hubieran sobresaltado por el recuerdo de que habían invadido el dormitorio de una mujer en un monasterio donde no tenían nada que hacer. Aunque los trasgos practicaban la magia del fuego ellos no eran bienvenidos allí. Los Keralianos no tenían ningún interés en estudiar y trabajar junto a criaturas que tenían las costumbres, los valores y los hábitos sanitarios de animales rabiosos.

Uno de los trasgos, evidentemente recordando el asunto que los había llevado allí, mostró sus aserrados colmillos amarillentos y gruñó, "Matar a mujer."

Y ambos dieron un pequeño grito gutural de guerra antes de lanzarse sobre Chandra.

Ella movió las manos hacia adelante, llamando un calor dorado a sus palmas, y desvió las garras de sus atacantes lanzando una gran bola de fuego en sus rostros. Sin embargo los trasgos fueron tal vez más competentes de lo que habían aparecido originalmente. Quedó claro que tenían algún tipo de protección moderada contra el fuego, ya sea un encantamiento o hechizo. La primera descarga de Chandra los dejó intactos aunque un poco desorientados.

Chandra, aprovechando ese momento, recogió la única silla en su habitación y la descargó sobre los trasgos confundidos. Uno de ellos gritó y se agarró su cabeza calva, tambaleándose. Luego, aparentemente repensándose su compromiso con el asesinato, salió huyendo por la puerta.

El otro trasgo simplemente pareció quedar enfurecido por el duro golpe. Gruñó con saña y, doblándose, se arrojó directamente hacia las rodillas de Chandra. La silla voló de las manos de esta mientras perdió el equilibrio y cayó contra la pared, impulsada por la velocidad y el sorprendente peso de su atacante.

El trasgo intentó desgarrarle la garganta con sus colmillos pero Chandra le hundió los feroces ojos anaranjados de la bestia con una mano y tiró de su oreja peluda tan duro como pudo con la otra, tratando de apartar su cabeza del cuello de ella. Mientras la bestia quedó temporalmente ciega, ella apretó el puño y transfirió toda su energía allí. Sus nudillos se sobrecalentaron como lava fundida y ella le dio un puñetazo en el estómago. A medida que su agresor expulsó el aire y una considerable cantidad de saliva, ella empujó con su puño de nuevo, retorciéndolo de un lado a otro en un esfuerzo por cocinar a la cosa de adentro hacia afuera.

Entonces se retorció debajo de su adversario, tratando de cambiar su peso para que la saliva que goteaba y el aliento repugnante del trasgo no estuvieran tan cerca de su rostro.

"¿Chandra? ¡Chandra!"

Ella se arriesgó a alejar su mirada de su oponente y vio al Hermano Sergil de pie en la puerta, parpadeando ante ella. Había un

par de otros Keralianos detrás de él, también atraídos por la conmoción.

"¡Hay un segundo trasgo!" gritó Chandra. "¡Se ha escapado! ¡Deténganlo! ¡Atrápenlo!"

"Un segundo..." Dijo Sergil boquiabierto, sin dejar de mirarla. "¡Por los fuegos en lo alto! ¿Qué le estás haciendo a ese trasgo?"

"¡Ve por el otro!" gritó Chandra mientras el trasgo aprovechó su distracción para lanzar su peso. Ella empezó a rodar por el suelo con su horripilante oponente.

"¿Quieres un poco de ayuda con eso?"

"¡Sergil! ¡Atrapa al... Agh!" Ella gritó de dolor repentino cuando las uñas de la bestia sacaron sangre de su muslo. "¡...otro!"

"¿Hay otro?" dijo el Hermano Sergil sonando horrorizado pero él y los otros monjes desaparecieron antes de que ella pudiera responder.

Chandra, tratando de mantener los colmillos del trasgo lejos de su garganta, siguió apretando su puño fundido en su vientre muscular. Sabía que su magia era mucho más fuerte que cualquier habilidad que poseyera esa maloliente criatura. Ella sólo necesitaba un poco más de tiempo... Y, por supuesto, un momento después ella sintió la piel del trasgo comenzando a chisporrotear. El hedor de tela quemándose se alzó del lugar seguido por el olor nauseabundo de carne asándose. El trasgo se estremeció, gruñó de nuevo... y entonces dio un aullido de dolor y soltó su agarre sobre Chandra, ahora con la intención de huir de ella. Ella trató de aferrarse a él, diciéndose a tomarlo cautivo pero con verdaderas ganas de matarlo. Sin embargo, su instinto de lucha o huida había tomado un giro distinto hacia la huida y Chandra lo liberó para que este no le arrancara el brazo de un mordisco.

El trasgo se puso de pie y salió corriendo por la puerta. Chandra se levantó de un salto y lo siguió fuera de la habitación. Fue entonces que la herida de la garra en su muslo le ardió fuertemente, desacelerándola. Trató de no pensar en qué clase de horrible y purulenta infección obtendría de una sucia garra de trasgo.

El trasgo corrió por la pasarela exterior y chocó contra una mujer asustada, que gritó, pero la colisión no detuvo la huida de la criatura. Otros Keralianos corrían gritando alrededor, al parecer buscando al trasgo que había huido previamente. Chandra siguió a este por el pasillo y hacia la terraza oriental.

"¡Chandra!" gritó una voz familiar.

Ella miró por encima del hombro y vio a Brannon corriendo hacia ella, tratando de alcanzarla. "¡Atrás!" le ordenó ella.

"¡Te ayudaré!"

"¡Quédate atrás!" Chandra dudó de que el trasgo no tuviera ningún escrúpulo en matar a un niño.

"¡Brannon!" exclamó el Hermano Sergil. "¡Quédate conmigo!"

Chandra se mantuvo tras su presa.

El horrible asesino, moviéndose con torpeza pero bastante rápido, cruzó la terraza oriental y se dirigió directamente hacia la escalera que conducía al jardín de hierbas de abajo, del que podría

escapar saltando por encima del muro de piedra roja y desapareciendo en la noche oscura.

Chandra extendió los brazos, muy enojada de que todo eso estuviera sucediendo. Pero la ira era buena para Chandra. La ira le daba un codazo a esa parte de ella que hacía calentar el fuego en su interior. La ira era el acelerador que convertía el fuego en un infierno. Esa pequeña bestia no se iba a escapar. Chandra levantó un muro de fuego alrededor del trasgo huyendo. Este trató de atravesarlo a la corrida pero la pared se hizo más densa, moviéndose con él mientras huía, el círculo encogiéndose sobre él para que no pudiera escapar. El trasgo, gritando en pánico, vaciló, sin saber si una dirección era mejor que otra. Y las llamas lo cercaron sin importar en qué dirección giró mientras trató de huir del hambre destructiva del fuego.

La magia de Chandra era mucho más fuerte que cualquier poder patético del que pudiera clamar ese torpe asesino. Ella sólo necesitaría un momento... Y, efectivamente, el trasgo gritó de dolor mientras fue consumido por el fuego, su cuerpo retorciéndose perceptible incluso a través de la pared moviéndose que se cerró sobre él como una doncella de hierro fundido.

Chandra soltó su hechizo recién cuando los restos ardientes del trasgo moribundo desaparecieron y todo lo que quedó fue su propio fuego. Las llamas se calmaron, ya sin moverse y trasladarse para encarcelar a su enemigo. El fuego que ella había invocado, con nada más que pudiera alimentarlo, comenzó a morir. En unos momentos desaparecería por completo.

Chandra respiraba con dificultad pero ya no estaba enojada. Sólo su pierna palpitante sirvió como un recordatorio de la rabia que había golpeado tan furiosamente en su corazón unos momentos antes. Se limpió el sudor de su rostro, alisó su cabello rojo para apagar las llamas que seguían allí, y se inclinó, apoyando las manos en las rodillas mientras trató de recuperar el aliento.

Su cabeza giró rápidamente cuando oyó pasos acercándose a ella pero se relajó cuando vio a Luti, vestida con una túnica larga y de color cobrizo. El cabello blanco de la maga madre estaba vagamente trenzado y colgante sobre un hombro. Sus ojos oscuros se mostraron alertas mientras miró el moribundo fuego de Chandra en la terraza oriental.

"Me han dicho que fue un ataque de trasgos," dijo Luti.

Chandra asintió. "Dos de ellos."

"Sí, lo he oído. Desafortunadamente nadie pudo encontrar al otro. Debe haber escapado."

"Oh." Chandra estabilizó su respiración y se volvió a parar. "No creo que vuelva. No parecía ser del tipo persistente."

Luti notó su pierna sangrando. "Estás herida."

"Las garras del trasgo."

Luti hizo una mueca. "Vamos a tener que limpiarla y vigilarla. Afortunadamente no parece grave. Pero va a arder por algunos días."

"¡Chandra!" exclamó Brannon corriendo hacia ella. "¿Estás bien?"

"Estoy bien," le aseguró ella cuando él llegó a su lado.

"¿De verdad fue un trasgo como están diciendo?" preguntó con impaciencia.

"Sí."

"Me hubiera gustado haberle echado un buen vistazo. ¡Nunca he visto uno!"

"Son repugnantes," dijo ella. "En realidad yo no puedo creer que esos trasgos femeninos... bueno... es todo lo que hacen."

Luti le preguntó: "¿Ya conocías a tus atacantes?"

"¿Si los conocía?" dijo Chandra parpadeando. "Eran trasgos."

"¿Nunca los viste antes?"

"Supongo que si has visto uno, has visto a todos."

"Me gustaría que te tomes esto en serio, Chandra," dijo Luti. "Pero si tú no crees que eran enemigos personales tuyos, y teniendo en cuenta que no hemos tenido un ataque de trasgos aquí en muchos años... creo que podemos adivinar quienes los enviaron."

"¿Quiénes los...?" Chandra se dio cuenta de lo que quería decir. "¿Te refieres a los oufés? No hay duda de que pueden guardar un gran rencor para ser pequeños individuos."

"Sí," dijo Luti. "A pesar de que fue, por supuesto, sólo una pequeña parte del bosque."

* * * * *

"No, no," dijo Samir sentado en el taller privado de Madre Luti en el monasterio cinco días después. "No todos los habitantes del bosque. Hay un poco de sensación de malestar acerca del fuego entre otras facciones, por supuesto, pero sólo son los oufés los que están pidiendo tu ejecución Chandra."

Samir, quien parecía más acosado que de costumbre, había hecho el viaje a la montaña ese día para actualizar a Madre Luti y Chandra sobre la situación en el Gran Bosque Occidental.

"Sólo los oufés," repitió Chandra cambiando su posición para estirar su pierna dolorida. La herida estaba sanando bien pero todavía le dolía un poco.

Luti dijo: "Supongo que podemos considerar eso como una buena noticia."

"En realidad es una tribu en particular de oufés." Añadió Samir con cansancio, "Una tribu grande."

"¿Supongo que la tribu en cuyo territorio se produjo el fuego?" dijo Luti.

"Sí. He tratado de razonar con ellos. De explicarles que Chandra estaba luchando con un protector fantasmal que había invadido nuestras tierras para espiarnos." Samir suspiró. "Pero tú ya sabes cómo son los oufés."

Luti dijo: "No son susceptibles a razonar."

"En realidad no." El se encogió de hombros y añadió: "Para ellos el bosque es sagrado. Lo qué pasó ese día en el bosque les ha ofendido profundamente. Imagínate lo que harían los Keralianos si alguien viniera y prendiera fuego su monasterio... Está bien, mal

ejemplo, pero ya se dan cuenta de lo que quiero decir. Ellos insisten en que la muerte de Chandra es lo único que expiará la destrucción del bosque. Están pidiendo su muerte."

"Así lo supusimos," dijo Luti, "ya que desde aquel entonces han habido tres enérgicos intentos contra la vida de Chandra."

Samir dijo: "Y puesto que esos intentos fracasaron esta mañana la tribu aumentó el tamaño de la recompensa que están ofreciendo por su muerte."

"¿Qué clase de recompensa ofrecen los oufés?" dijo Chandra con el ceño fruncido. "La mayoría de los asesinos con los que me he encontrado no están tan interesados en árboles de sauce."

"Bueno, yo no sé lo que están ofreciendo," dijo Samir. "Pero tú has visto el calibre de los asesinos que están atrayendo."

"Gracias a los dioses por los pequeños favores," dijo secamente Luti. "Aún así tenemos que resolver este asunto."

Chandra dijo: "Tal vez si yo hablara con ellos…"

"No," dijeron Luti y Samir al unísono.

Chandra parpadeó.

Samir dijo más tranquilamente, "Los oufés no salen del bosque por lo que sin duda no vendrán aquí. Y si tú entras en el bosque, mi amiga, no habrá nada que pueda decir o hacer para protegerte de la ira de la tribu. Al menos no en su forma de pensar actual."

"Yo puedo manejar un poco de ira oufe," dijo Chandra con desdén.

"¿Y quemar más del bosque?" dijo Luti. "No."

"Chandra, Madre Luti tiene razón," dijo Samir. "Mientras la tribu siga sintiéndose así de enojada estoy seguro de que una confrontación sólo empeoraría la situación. Nosotros no queremos eso. Sobre todo en un momento en que la cooperación entre el monasterio y los habitantes del bosque es vital."

"Entonces, ¿cuál es la solución?" dijo Chandra mostrando su frustración. "¿Seguir ahuyentado a los asesinos que vienen detrás de mí cada uno o dos días?"

"No, por supuesto que no," dijo Samir. "Tenemos que encontrar una manera de resolver este asunto pacíficamente. ¿Ustedes mencionaron que hubo otros ataques?"

"Sí," dijo Luti, "y tú ya sabes acerca de los trasgos. Pero también vino un hombre muy grande con un hacha fuera de los muros del monasterio. Por suerte estaba más acostumbrado a cortar leña que a otra cosa o podría haber herido a Brannon."

"¿Brannon fue atacado?" preguntó Samir claramente horrorizado.

"Tal vez no intencionalmente pero él estaba con Chandra cuando el idiota trató de acabarla. Luego, más recientemente, un arquero envió algunas flechas desde ese afloramiento de rocas cerca de la pared oeste. Afortunadamente," dijo Luti, "el arquero tuvo mala puntería y careció de sigilo por lo que ni siquiera sobrevivió hasta el mediodía. Pero después de esto ¿qué? ¿Cuántos intentos contra su vida deberá soportar Chandra? ¿Y cuánto tiempo antes de que alguien resulte herido en uno de estos ataques? ¿O incluso muerto?"

"Ese es un excelente punto," dijo Samir con un movimiento de cabeza. "Voy a apelar a la tribu sobre la base de la justicia. Si persisten en su búsqueda de venganza podrían ser responsables de la muerte de una persona inocente. ¡Hasta de un niño!"

"¿Acaso ese argumento influirá en ellos?" preguntó Luti.

"No inmediatamente," admitió Samir. "La empatía no es una característica de los oufe."

Luti sacudió la cabeza con exasperación. "Oufés. Incluso la más pequeña chispa dejada desatendida puede provocar un incendio."

"Ten paciencia por ahora," le instó Samir, "y dame tiempo. Creo que puedo convencerlos de que cancelen estos ataques. Los oufés también tienden a tener poca memoria."

Luti suspiró y asintió. "Muy bien Samir. Tengo fe en tu liderazgo y en tus poderes de persuasión. Trataremos de ser pacientes. Mientras tanto..." Ella frunció el ceño hacia abajo a sus manos cruzadas.

"¿Mientras tanto?" le presionó Chandra.

"Mientras tanto infórmale a la tribu que Chandra ha dejado el monasterio."

Samir negó con la cabeza. "Si les digo una mentira y se enteran entonces yo voy a perder…"

"No es una mentira," dijo Luti. "Por lo menos no lo será mañana a esta hora."

"¡Yo no voy a huir!" dijo Chandra.

"Por supuesto que no," dijo Luti. "A petición mía te estarás yendo en una misión en nombre del monasterio."

"¿Yo?" dijo Chandra sospechosamente.

"Sí. Una misión que sólo tú puedes lograr." Sus ojos se encontraron. "Discutiremos los detalles más tarde."

Una misión que sólo tú puedes lograr...

¿Acaso Luti quería que caminara por los planos? La curiosidad de Chandra se encendió pero una caminata no era algo que pudieran discutir delante de Samir por lo que ella asintió con la cabeza aceptando la declaración de Luti.

"Así que..." Samir miró de Luti a Chandra, luego de vuelta a Luti. "¿Si le digo a la tribu mañana que Chandra ha dejado el monasterio voy a estar diciendo la verdad?"

Luti asintió. "Y si piensas que va a ayudar a enfriar su rabia diles que Chandra ha sido enviada como castigo por lo sucedido. Obviamente esa no es nuestra forma de proceder aquí pero yo más bien dudo de que los oufés sepan, o les importe, nuestras formas de proceder."

"¿Decirles que estoy siendo castigada?" Chandra se sintió insultada. "Yo no quiero que un montón de oufés piensen…"

"Chandra, ¿realmente te importa lo que piensen los oufés de ti?" dijo Luti con impaciencia. "Si eso sirve para que cesen estos ataques disruptivos que así sea. ¡Yo sólo quiero resolver este asunto lo antes posible para que podamos volcar toda nuestra atención en hacer frente a la Orden!"

Chandra se encogió de hombros y se cruzó de brazos. A ella no le gustó pero Luti tenía un buen punto, por lo que lo dejó pasar.

"Y hablando de la Orden," continuó Luti. "La muerte del protector fantasmal ha atraído la atención de Walbert."

"¿Qué?" dijo Chandra sorprendida.

"¿Cómo lo sabes?" preguntó Samir.

"Los soldados de Zinara que te vieron en el bosque," dijo Luti a Chandra, "informaron lo que vieron. Y la historia anduvo todo el camino hasta llegar a los oídos del sumo sacerdote del Templo."

"¿A Walbert?"

Luti asintió. "Esta mañana recibí una carta del mismo Walbert, traída por un mensajero." Ella hizo un gesto a un fajo de papeles situados en la mesa a su lado. "Una carta muy larga."

"¿Qué quiere?" preguntó Chandra.

"Su objetivo final es cerrar la Fortaleza Keral y proscribir la magia de fuego como la practicamos en todo Regatha."

"¿Qué él quiere qué?" dijo Chandra con indignación.

"Es obvio que eso es lo que quiere," dijo Samir. "El gobierno de la Orden no podrá extenderse a las montañas mientras siga existiendo la Fortaleza Keral."

"Precisamente," dijo Luti. "Oh, la carta de Walbert (que es tan larga que uno sólo puede sentir lástima por lo que debieron pasar sus escribas) prosigue sobre el deseo de la paz, la armonía y la unidad; aspiraciones aparentemente inofensivas. Pero su lenguaje justiciero no puede ocultar el hecho de que lo que realmente quiere es el dominio indiscutible sobre todas las tierras de Regatha. Lo que quiere es el poder total." Luti frunció el ceño cuando añadió: "El poder sobre nosotros."

"Y nosotros," añadió Samir.

"Sí," respondió Luti en señal de acuerdo. "Sobre todo el mundo."

"Y para tener ese poder," dijo Samir, "para gobernar sobre todo Regatha sin oposición, para asegurarse de que la Orden ostente el dominio sobre los bosques y las montañas, así como sobre las llanuras... Walbert debe eliminar todo otro poder. O al menos anularlo."

"¿Particularmente la magia de fuego?" supuso Chandra.

"Sí," dijo Luti. "Si Walbert puede sofocar la magia de fuego entonces todas las otras prácticas indeseables (las que a él no le gustan) también se volverán más fáciles para que él las pueda controlar."

"¿Qué pasa con ese Fuego Purificador del que me hablaste, Samir?" preguntó Chandra. "¿Es realmente tan importante para la Orden?"

"Eso es lo que la gente dice en Zinara."

"¿Puede ser... no se... destruido? ¿Dañado? ¿Eliminado?"

"¿Qué cosa creada no puede ser destruida? Supongo que la respuesta es sí pero eso significaría entrar en el Templo de Heliud e infiltrarse en las cavernas. Uno supondría que está fuertemente

custodiado. No me puedo imaginar que permitan entrar a cualquiera ahí."

"Era sólo una pregunta," murmuró Chandra.

"De todos modos tú no irás a Zinara," dijo firmemente Luti.

"¿Qué más dice la carta?"

"Exactamente lo que se podría esperar. Walbert condena las enseñanzas 'irresponsables' del monasterio y el 'peligroso reinado' de la piromancia en las montañas."

"¿Todo porque maté a un protector fantasmal?" dijo Chandra.

"Su carta continúa con cierto detalle sobre la naturaleza *indisciplinada* de los magos de fuego y la influencia *destructiva* de la piromancia en la magia." Luti frunció el ceño, su entonación destacando las palabras de Walbert con las que ella estaba en desacuerdo. "Bueno, si se me permite parafrasear a la gran Jaya Ballard: 'Otros han criticado a la destrucción y ¿sabes qué? están todos muertos."

Chandra preguntó, "¿Es la reacción de Walbert a lo que te referías cuando dijiste que la destrucción del protector fantasmal podría haber sido una mala decisión?"

"Sí," dijo Luti. "Yo nunca he visto uno pero sé que se supone que esas criaturas son difíciles de eliminar. Pensé que podrías haber atraído la atención de Walbert cuando lo mataste. Pero he cambiado de opinión acerca de que fue una mala decisión."

"¿Por qué?"

"Walbert siempre ha estado buscando una excusa para enfrentarse abiertamente a los Keralianos." Dijo Luti encogiéndose de hombros. "Ahora ya ha encontrado una... Me doy cuenta de que es un alivio. La creciente tensión ha sido agotadora. Yo, también, estoy lista para la confrontación."

"¿Pero esto hará...?" Chandra frunció el ceño. "Madre, ¿acaso no fui yo quien ha puesto en peligro al monasterio?"

"No. Oh, tú quemaste parte del Gran Bosque Occidental, convertiste el monasterio en un objetivo para asesinos ineptos, y volviste la vida de Samir en una pesadilla de oufés frenéticos y leñadores descontentos," dijo Luti. "Pero si Walbert no hubiera obtenido la destrucción de ese protector fantasmal para utilizar como excusa entonces él hubiera encontrado algo más. Así que no creo que esto..." Luti recogió la carta de Walbert de la mesa a su lado y la agitó hacia Chandra. "...sea tu culpa. Iba a pasar con el tiempo."

Samir dijo: "Estoy de acuerdo Chandra. Walbert se ha estado preparando para desafiar al monasterio durante años. Si él no se hubiera sentido listo para tratar de imponer las leyes de la Orden aquí no habría utilizado la desaparición del protector fantasmal como una excusa." Y añadió: "Recuerda, yo he conocido a Walbert. Nada de lo que hace lo hace sin pensárselo profundamente."

"¿Cómo es él?"

"Es de la edad de Luti, alto, de pelo gris, delgado. Se sostiene erguido y está muy bien cuidado. Su sonrisa es fría al igual que sus ojos. Habla en un tono tranquilo y civilizado aunque se las arregla

para ser amenazante." Samir pensó por un momento. "Las cosas que dice son escandalosas y egoístas pero al escucharlo hablar uno se da cuenta de que realmente cree lo que dice."

Luti hizo un sonido de disgusto. "Entonces él debe creer que me conmoverá la postura transparente en su carta. ¿Acaso imagina que a la montaña le preocupa, siquiera por un momento, la sombra que arroja sobre la llanura? Si él supone que su absurda retórica de alguna manera frenará nuestra creencia en el poder del fuego entonces le esperará una sorpresa muy desagradable."

"Oh, dudo que Walbert piense que una carta así hará que ustedes cooperen con sus demandas," dijo Samir. "En lugar de ello creo que espera que la carta les incite a un comportamiento precipitado."

El ceño enojado de Luti cambió a una mirada de sorpresa para luego sonreír con tristeza. "Es por eso que tú eres un amigo tan valioso, Samir." Ella asintió. "Sí. Por supuesto que tienes razón. Walbert no es sólo un arrogante y un hambriento de poder. También es astuto y manipulador. Va a necesitar el apoyo popular por lo que está tratando de provocarnos."

"Pero es importante," dijo Samir, "que reflexionen cuidadosamente su próximo movimiento. Porque un pensamiento cuidadoso no es lo que él está esperando."

"En realidad mi próximo movimiento no hace falta pensarlo mucho," dijo Luti.

"¿Ah, no?"

"Lo que Walbert exige es que le entregue a Chandra o, mejor dicho, 'la piromante pelirroja femenina que atacó a cuatro soldados de la Orden después de destruir penalmente a un protector fantasmal'". Luti miró a Chandra mientras añadió: "Lo cuál es la razón por la que yo creo que lo primero que debo hacer es enviarte fuera por un tiempo. A algún lugar donde Walbert no te busque."

"Así que no son los oufés sobre lo que estabas preocupada después de todo," dijo Chandra.

"Oh, yo también estoy preocupada por ellos," dijo Luti. "Nunca subestimes lo vengativo que puede llegar a ser un oufe."



Capítulo 5

"En realidad es una misión que te estoy pidiendo que hagas para el monasterio," le dijo Luti a Chandra mientras paseaban por el jardín de hierbas, apenas acabando de despedir a Samir en la puerta oriental. "Teniendo en cuenta el peligro que sospecho que está involucrado me habría sentido reacia a enviarte en circunstancias normales. Pero ya que es obviamente una buena idea que tú estés ausente por un tiempo..."

"¿Quieres que me marche del plano?" supuso Chandra. "Eso no es peligroso."

"De acuerdo con Jaya," dijo Luti, "es bastante peligroso. No hay carreteras o señales o mapas entre los planos del Multiverso, ¿o si? No hay puertas convenientes que indiquen por dónde entrar y salir de las Eternidades Ciegas. Y supongo que no hay ningún heraldo diciendo amablemente cosas como, '¡Bienvenida a Regatha!'"

"Bueno, supongo que es un poco peligroso," dijo Chandra con un encogimiento de hombros. "Pero nada que no pueda manejar."

"Un lugar sin tiempo ni lógica. Sin forma física o sustancia. Ninguna persona común puede sobrevivir en el éter que existe entre los planos. Sólo un caminante de planos puede hacerlo," reflexionó Luti. "Y ellos dicen que un caminante de planos sólo puede sobrevivir allí por un tiempo limitado. Si te desorientas y te pierdes en las Eternidades Ciegas quizás nunca vuelvas a emerger. En poco tiempo te consumirás allí y morirás."

"¿Ellos dicen? ¿Ellos, quién?" dijo Chandra con desdén. "¿Además de ti quién por aquí sabe algo acerca de los caminantes de planos?"

"¿Es verdad?" le exigió Luti.

Chandra miró hacia el inmenso bosque debajo de la montaña y las llanuras que yacían más al este. "Está bien, sí. Yo podría perderme y morir en las Eternidades Ciegas. ¿Y qué? Tú, o Brannon, o Samir, también podrían perderse y morir en las montañas. ¡La primera vez que me enviaste a encontrarme con Samir yo pensé que me iba a perder y morir en el Gran Bosque Occidental!"

"Sí, lo recuerdo. Cuando finalmente lograste regresar aquí estabas... irritable por tu desventura en el bosque."

"Pero la única alternativa a no tomar ese tipo de riesgo es quedarte toda tu vida en casa."

"Y de todos modos que tú te quedes en casa no es tan seguro en estos días," dijo Luti secamente mientras se sentó en un banco debajo de uno de los antiguos olivos del jardín. Su mirada inspeccionó la vegetación. "¡Dioses, el romero realmente necesita ser podado! Se está apoderando de todo el lugar."

Chandra, sin estar ni remotamente interesada en la jardinería, se sentó junto a ella y le preguntó: "Entonces, ¿dónde quieres que vaya?"

Luti cruzó las manos sobre su regazo. "Kephalai. Que también forma parte del peligro que me preocupa."

"Kep..." Chandra rió. "¿Quieres que vuelva a robar el pergamino?"

"Todo depende."

"¿De qué?"

"Supongo que de ti." Ella volvió a fruncir el ceño por el crecimiento desmesurado del romero y luego dijo: "El Hermano Sergil y los otros monjes que trabajan en el pergamino creen que han resuelto el enigma. ¿Supongo que no te acuerdas del borde decorativo que rodeaba el texto en el pergamino original?"

"No. Como dije..."

"Sí, el caminante de planos que lo robó de nosotros le jugó una mala pasada a tu memoria. Bueno, después de varios días de estudiar el texto los hermanos creen que el borde decorativo (que ellos no copiaron o estudiaron durante el breve tiempo que tuvimos el original aquí) contiene la clave para encontrar el artefacto."

"¿El borde? ¿De qué manera?"

"No están seguros. Puede que sea un mapa, un texto oculto, un hechizo..." Luti se encogió de hombros. "Así que si tú puedes volver a *echarle un vistazo* al pergamino quizás seas capaz de ver la información oculta dentro del borde decorativo."

"Y para *echarle un vistazo* al pergamino tengo que volver a Kephalai."

"Si es que todavía está allí. Si el caminante de planos que lo robó de nosotros no se lo llevó a algún lugar completamente distinto."

"Digamos que el pergamino vuelve a estar allí, quizás yo no sea capaz de interpretar lo que está en el borde," dijo Chandra.

"En ese caso a los monjes les gustaría la oportunidad de estudiarlo por sí mismos. Por lo que necesitarás volver a traerlo aquí, si es que puedes." Luti la miró. "Si el pergamino está de vuelta en el Santuario de las Estrellas sin duda va a estar bajo una mayor vigilancia. Robarlo una segunda vez será muy peligroso."

"Afortunadamente," dijo Chandra, "a mi me gustan los desafíos."

"Sí, pensé que dirías eso. Aun así por favor ten cuidado. Aunque sólo sea por el bien de una anciana que se ha encariñado demasiado contigo aún cuando es un terrible montón de problemas el tenerte cerca."

"Sí, Madre."

"Creo que sería..." Pero el comentario de Luti terminó en un grito de asombro cuando la planta de romero se levantó de la tierra y las atacó.

Chandra vio garras y colmillos escondidos en medio de las puntiagudas hojas de la planta cuando esta de repente se convirtió

en una alta criatura móvil con brazos y piernas que terminaban en los mismos picos.

El calor fluyó a través de ella en respuesta inmediata al peligro y Chandra amputó una de las extremidades atacando de la planta con un rayo de fuego que extendió hacia abajo mientras fue asaltada. La criatura siseó de dolor, se tambaleó, luego se dobló y se reformó en una especie de pequeña cosa frondosa con aspecto de lobo.

"¿Cómo hizo eso?" exclamó Chandra mirando con sorpresa.

Luti jadeó de nuevo. "¡Cuidado!" gritó y lanzó una bola de fuego a la criatura mientras esta se agachaba para atacar. El proyectil golpeó el arbusto de cuatro patas gruñendo en el rostro pero el lobo de hojas se sacudió el golpe con facilidad y saltó hacia Chandra.

La bola de fuego de esta fue considerablemente más poderosa que la de Luti y cuando llegó a la criatura la cosa cayó hacia atrás con un chillido, rodó en una bola, y se reformó a sí misma en una araña gigante.

"Odio las arañas," dijo Chandra de todo corazón.

Levantó las manos para suscitar un flujo caliente de lava y lo volcó por completo sobre la desagradable criatura que ya estaba acechando hacia ella con intenciones asesinas. La enorme cosa arácnida fue tapada por la lava e incinerada por el fuego líquido.

Las dos mujeres se quedaron mirando la pila resplandeciente de lava enfriándose que había destruido a su atacante.

"Bueno." Dijo Luti jadeando. "Eso fue... diferente."

"¡Uf! ¿Acaso dijiste que sabías que era esa cosa?"

"Sí. Estoy bastante segura de que era un cambiaformas del bosque," dijo Luti todavía sin aliento. "He oído hablar de ellos... pero este es el primero... que he visto..." Ella se volvió a sentar en el banco temblando. "Ya estoy demasiado vieja para un susto así."



"Incluso yo soy demasiado vieja para un susto así." El corazón de Chandra palpitaba después de la breve pelea.

"Ahora me doy cuenta por que el romero se veía tan cubierto de maleza," murmuró Luti.

"Tengo que admitir que eso fue muy inteligente."

"Chandra, no es que no te vayamos a extrañar," dijo Luti apoyando su mano sobre su corazón palpitante, "pero ¿qué tan pronto puedes irte?"

* * * * *

Chandra habló esa noche con el Hermano Sergil tratando de tener una idea de lo que debía buscar en el borde decorativo si ella volvía a ver el pergamino. No aprendió mucho. Como Luti ya le había dicho, aquello podría ser un patrón, podría ser texto ingeniosamente oculto, podría ser un mapa ornamentado. O no podría ser nada de eso. Pero él si le dijo lo suficiente como para que ella fuera capaz de identificar el pergamino teniendo en cuenta que ella no tenía ningún recuerdo de este.

Maravilloso.

Decidió ir a la habitación de Brannon mientras él se preparaba para ir a la cama y decirle que se iba a ir de nuevo pero que estaría de vuelta en poco tiempo.

"¿No estás huyendo de lo oufés, verdad?" le exigió él.

"No, por supuesto que no," le aseguró ella.

"Porque nosotros somos mejores hechiceros que un grupo de elfos y extrañas criaturas del bosque."

"Sí que lo somos." Ella le metió en la cama y dijo: "Pero los hermanos quieren saber más sobre el pergamino que traje... ¿Tú recuerdas el rollo?"

"Sí. El que robó el desconocido."

"Claro. Así que Madre Luti me pidió que tratara de encontrarlo."

"Yo debería ir contigo." Dijo él y comenzó a levantarse de la cama. "¡Yo puedo ayudarte!"

"Necesito que te quedes aquí y protejas el monasterio," dijo ella con firmeza, empujándolo hacia atrás sobre su estrecha cama. "Hoy hubo otro ataque. Este es el cuarto. Y si yo no hubiera estado allí algo terrible podría haberle sucedido a Madre Luti."

"¡Me enteré! ¡Un cambiaformas del bosque!" Los ojos de Brannon brillaron con entusiasmo. "Como desearía que no lo hubieras matado de inmediato Chandra. Madre Luti nunca había visto uno antes y ella es muy vieja así que tal vez nunca voy a tener otra oportunidad de ver uno."

"Lo siento por eso," dijo ella. "Fue bastante interesante."

"¿Pero no te asustaste?"

"Un poco," admitió ella. "Especialmente cuando tomó forma de araña."

"¡Ooh! ¡Ojalá hubiera visto eso! ¿Madre Luti tuvo miedo?"

"Sí, creo que se asustó bastante. Y ahora, ni siquiera yo voy a estar aquí después de esta noche y puede que a Samir le tome un poco de tiempo convencer a esa tribu de oufés que dejen de enviar asesinos al monasterio. Entonces, ¿quién sabe lo que podría pasar después?"

"¡Puede ser que incluso envíen un bramador malicioso!" dijo él con entusiasmo.



Chandra no sabía lo que era eso pero ella dijo: "Exactamente. Así que mientras yo este lejos buscando el pergamino necesito saber que alguien está aquí protegiendo a Madre Luti y el monasterio. Alguien en quien confíe. Alguien con el que puede contar."

Brannon suspiró, el peso del mundo sobre sus hombros. "Oh, está bien. Me quedaré."

"Bien. Gracias."

"Pero sólo por esta vez. La próxima vez yo también iré."

"Ya lo veremos chico."

"Chandra." La injusticia de su equivocación claramente le indignó.

"Se está haciendo tarde," dijo apresuradamente ella. "Trata de dormir un poco."

"¿Cuándo volverás?"

"Pronto," prometió ella. "Buenas noches."

"Aquí, toma esto." Dijo el niño entregándole a Chandra una pequeña pieza de cuarzo en una cadena. "Es para la suerte."

"Gracias, chico."

Chandra dejó a Brannon sabiendo que permanecería despierto por un tiempo al pensar en las cosas emocionantes que habían ocurrido y que podrían volver a ocurrir. Regresó a su habitación y empezó a prepararse para caminar por los planos.

Idealmente ella prefería hacer eso afuera, a solas en las montañas. Allí era donde se sentía más tranquila y concentrada, mejor preparada para caminar por los planos. Pero sería algo difícil concentrarse en entrar en el éter si tenía que mantener los dos ojos bien abiertos en busca de asesinos fuera de la relativa seguridad de los muros del monasterio.

Hasta dentro de las paredes ella tendría que estar alerta teniendo en cuenta que los trasgos habían invadido su habitación y un pequeño arbusto habían intentado matarla en el jardín de hierbas.

Una sentencia de muerte de los oufés si que es una molestia, pensó.

Pero sola en su habitación, con la puerta cerrada y la mesa colocada delante de esta para mantener alejados a los intrusos, ella se podría preparar con seguridad y marcharse sin ser vista.

Por supuesto, en caso de emergencia ella podía caminar por los planos sin tanta preparación, pero era peligroso. También bastante nauseabundo. La primera vez había sido así. Ella no había sabido lo que estaba pasando y la desorientación había sido como una horrible combinación a ser envenenado, golpeado, arrojado en un pozo, y escaldado. Sin la menor idea de lo que estaba pasando o dónde estaba yendo ella había pensado que se estaba muriendo. De hecho casi había muerto. Fue cuestión de suerte, instinto de supervivencia, y algún talento innato antes no reconocido lo que la había guiado a través de las Eternidades Ciegas para encontrar la relativa seguridad de otro plano.

Allí ella había aprendido lo que era realmente y también había aprendido a viajar de forma más segura entre los planos del Multiverso. Y, con la práctica, se estaba volviendo más hábil en ello.

Se sentó en el suelo de su habitación a oscuras y comenzó centrándose en su respiración.

Dentro, fuera. Lenta. Equilibrada. Relajada. Inhalar, exhalar.

Cada vez que se entrometió un pensamiento ella lo desterró y se centró de nuevo en su respiración.

Deeeentro. Fuuueeera.

Con cada ciclo de su respiración lenta y rítmica su unión se fortaleció con el flujo eterno del maná en todo el Multiverso y sus infinitos planos. Su unión con el maná, ese combustible etéreo para toda la magia, era fuerte en Regatha, y ella lo utilizaría para que la transportara, pero había otros planos y otras fuentes de maná listas para aquellos que entendían el uso del poder.

Chandra sintió un acogedor cosquilleo de calor comenzando a fluir a través de ella. Ella se abrió aún más, aceptando el intenso flujo. Sintió fuego en su sangre, en sus huesos, en su vientre. Oyó el rugido de las llamas a su alrededor y sintió su brillo por todo su cuerpo.

Ella, aún concentrándose en mantener un profundo y relajado patrón de respiración, sintió su presencia física en Regatha comenzando a disolverse en llamas mientras se deslizaba dentro de los Eternidades Ciegas. Cuando desapareció de su humilde alcoba en la ardiente llamarada de un abismo de fuego reconoció el vacío sin forma que existía fuera del tiempo y del espacio.

Verde, azul, blanco, rojo, negro. Ondulantes ríos de vibrante maná multicolor se arremolinaron a su alrededor en un vertiginoso torbellino. En lo alto. Bajo sus pies. En todos los lados. Cayendo como cascadas, entrelazándose como cintas. Vibrando como las cuerdas de un arpa, llenando sus sentidos, fluyendo sin cesar...

Ella se movió como si nadara en lava invisible, abriéndose paso a través de algo rico y pesado que no podía ver ni tocar, pero que la rodeaba, la envolvía, y se fundía con ella. Su ardiente calor la energizó pero también la drenó, asociándola con esa Chispa dentro de ella, esa calidad innata que le impedía ser devorada por el vacío.

Extendió ampliamente las manos con las palmas hacia afuera y se concentró, tratando de sentir la energía de los planos retumbando en todo el Multiverso. Ya había estado antes en Kephalai por lo que ese viaje era más fácil que el otro. A pesar de que no había ningún camino ella reconoció uno. Sintió donde yacía Kephalai en el tumulto de su entorno y se esforzó para caminar hacia el. No hubo ningún heraldo, ningún marcador. Ella sintió la energía fluyendo de una fuente en particular y la reconoció con reconfortante certeza como Kephalai.

Buscó la entrada al plano, un camino a través de los velos cambiantes en su andar, viniendo entre ella y su meta. Basándose en todo su poder se impulsó a sí misma hacia el plano como una flecha de fuego, disparándose a sí misma en la realidad física una vez más.

"¡Ungh!" gruñó Chandra cuando golpeó físicamente contra algo muy duro, plano y ancho. Rebotó y cayó sobre una superficie igual de dura. Yació allí inerte, sin aliento, tratando de no perder el conocimiento.

Muy bien, el viaje había ido bien pero la llegada fue un poco accidentada.

Quedó tendida boca abajo en el suelo pedregoso, sus costillas inflándose mientras jadeó en busca de aire, y un frío arrastrándose a través de sus brazos y su espalda empapada de sudor cuando el aire fresco de Kephalai la cubrió por completo.

Abrió un ojo y vio que había rebotado contra un muro de piedra. No era de extrañar que le hubiera dolido. El edificio cercano y el pavimento de piedra bajo su mejilla eran ambos de un fresco y pálido gris. Pensó que olía a pescado muerto, un olor tan rancio que incluso las gaviotas que vio sobrevolando en círculos podrían rechazar una comida gratis.

"¡Mami mira!" gritó un niño.

"No, querido, mantente alejado de ella," respondió una voz de mujer.

Chandra se dio la vuelta y miró a la mujer y al niño pequeño que pasaron caminando junto a ella. Ambos eran de piel blanca, con el pelo rubio y los ojos azules que eran comunes en Kephalai. La mujer estaba sosteniendo la mano del niño y tenía un bebé dormido bien atado en sus mantas siendo acunado en el otro brazo. Ambos llevaban capas sobre su ropa.

"¿Es por la mañana o por la tarde?" preguntó Chandra temblando un poco. La capa de nubes hacía que fuera imposible decirlo.

La mujer frunció el ceño. "¡Las mujeres como tú deberían mantenerse fuera de las calles durante el día y dejarlas a salvo de gente decente y niños inocentes!"

Chandra se quedó mirando a la mujer mientras se marchó dando enojados pisotones y arrastrando a su pequeño hijo con ella. "Hay cosas que no cambian donde quiera que uno vaya," murmuró.

Respiró profundo y se puso lentamente en pie, haciendo una ligera mueca mientras lo hacía. Definitivamente le quedarían algunas contusiones como recuerdos de su llegada a ese plano. Se frotó una

mano por su muslo y se alegró de que la herida de garra no se hubiera abierto como consecuencia de su aterrizaje forzoso. Quizás le quedaría una cicatriz pero aún así estaba sanando bien.

Chandra miró a su alrededor para orientarse y reconoció el lugar después de haber estado allí antes. Elevándose por encima del agua al otro lado del puerto estaba el puente en donde ella había tenido que hacer explotar en serio algunas cosas para poder irse de Kephalai. Sonrió cuando vio que aún había un montón de piedras caídas por el daño que ella había hecho, incluyendo una horrible estatua que había destruido. Eso no había sido intencional pero no se podía negar que Kephalai tenía un mejor aspecto sin ella.



Chandra se tensó cuando oyó un chillido por arriba. Miró hacia el cielo y se relajó cuando vio sólo aves volando en lo alto. Una de las sorpresas más desagradables de su anterior aventura allí habían sido las gárgolas del palacio del Prelado. Dos de ellas habían capturado a Chandra y se la habían llevado cautiva por encima de la ciudad. Si ella iba a robar de nuevo el pergamino tendría que hacer algo acerca de esas criaturas.

Orientándose, Chandra se alejó del puerto y comenzó a abrirse camino por las concurridas calles de losa de la ciudad. La primera orden del día, obviamente, era ver si el pergamino estaba de vuelta en el Santuario de las Estrellas. Luego ella podría decidir qué hacer a continuación.

El Santuario de las Estrellas era una especie de museo y tesorería combinados en el corazón de la ciudad. Un depósito de objetos tan ricos, diversos y raros que su fama se extendía más allá del plano. Ella lo divisó fácilmente aunque todavía estaba a cierta distancia de el. Su pálido capitel de piedra se elevaba majestuosamente por encima de los edificios abovedados que lo rodeaban. Chandra cruzó otro puente que se extendía sobre uno de los muchos canales de la ciudad. Caminó en la dirección de su objetivo mientras consideró la forma de abordar esa situación.

Durante su anterior visita ella había sido vista por algunos de los guardias del Prelado cuando había eludido su captura. Y por lo que sabía ese habilidoso mago que la había seguido a Regatha bien podría estar al acecho debajo de una roca en algún lugar cercano. Obviamente ella debía evitar ser reconocida por alguien que la hubiera visto antes o al que le hubieran distribuido una descripción de sus

rasgos. El problema era cómo saber quién podría ser ese. El aspecto de Chandra era distintivo, especialmente en Kephalai. Era más alta que la mayoría de los habitantes del plano y su pelo rojo, su piel dorada y sus ojos con motas de ambar se destacaban en una sociedad donde la mayoría de la gente era de piel clara, ojos azules y pelo rubio.

Como el aire era frío decidió confiscar una capa con capucha. Si se cubría el cabello con una capucha y mantenía los ojos tímidamente abatidos ella debía ser capaz de entrar en el Santuario de las Estrellas sin despertar muchas sospechas. Después de todo ese era un lugar muy visitado y a pesar de que su altura y coloración eran allí inusuales Chandra no creyó que esas características por si solas fueran a llamar la atención.

Encontró el barrio de los confeccionistas preguntándole a un desconocido que pasaba por el camino. Una vez allí pronto halló su oportunidad de adquirir una capa cuando un par de muchachos descuidados se tomaron un descanso durante la carga de un carro con prendas. Chandra no quería perder un día entero ganando suficiente moneda local como para comprar una capa mediante un espectáculo de trucos de fuego en una plaza de la ciudad. Se disculpó en silencio del comerciante a quien le estaba robando y sigilosamente tomó un manto de la parte posterior del carro.

Mientras se aproximaba al Santuario de las Estrellas Chandra se apartó el pelo de su rostro, lo metió debajo del cuello de su capa lo mejor que pudo y colocó la capucha sobre su cabeza. Se alegró por su calidez en el aire frío.

Si había una vigilancia extra allí ahora esta no era evidente desde el exterior. El edificio todavía se veía exactamente de la misma forma en que lo había hecho antes. Chandra admiró el vitral circular en el centro del capitel de color gris pálido. El vidrio azul zafiro tenía una enorme y brillante estrella blanca de ocho puntas incrustada en él. Miró con recelo a las gárgolas acuclilladas estratégicamente alrededor de la torre ya que parecía probable que ellas también pudieran convertirse en peligrosos perseguidores si se les daba la orden. Pero por el momento, al menos, seguían quietas.

Sabía por el reconocimiento previo que la admisión al Santuario de las Estrellas estaba abierta a todos durante el día aunque a los visitantes se les prohibía entrar con armas al edificio. En la puerta nadie registraba los cuerpos de los visitantes pero sí había una pena de muerte y una pronta ejecución para cualquier persona que violara la regla, un elemento de disuasión que había librado el Santuario de asesinos durante casi un siglo.

Chandra, manteniendo la mirada baja, añadió una ligera curvatura a su postura y comenzó a cojear un poco. En general fue un débil disfraz pero su cabello estaba cubierto y ella podría ser tomada por una inválida de alguna clase.

Ella cojeó hasta la entrada y, con la mirada en los escalones de piedra a sus pies, habló con una voz tímida y desgastada por la edad para pedir permiso para entrar al museo. El guardia aburrido de la puerta se lo otorgó y la dejó entrar. Chandra, en lugar de hacer una

línea recta hacia la vitrina donde esperaba volver a encontrar el pergamino, se obligó a zigzaguear durante un tiempo entre las exposiciones, fingiendo admirar los muchos objetos exóticos y raros artefactos en los que ella no tenía ningún interés.

Moviéndose lentamente y manteniendo la apariencia exterior de una tímida inválida se acercó de a poco a la enorme urna de cristal en donde, en su última visita, se habían mostrado cuatro preciosos rollos. Aquella vez ella simplemente había aplastado la urna y retirado el rollo que había querido. Pero ahora, mientras se acercaba, pudo ver que el vidrio había sido reemplazado y que había cuatro pergaminos en su interior.

El corazón de Chandra dio un vuelco. Sí. ¡El pergamino estaba allí! Ella pudo identificarlo fácilmente con la descripción que había hecho el Hermano Segril. También había una distintiva marca de quemadura en la cubierta de cuero y una gran abolladura en el extremo dorado de la pieza.

Por desgracia ella todavía no tenía idea de lo que contenía. Teniendo en cuenta que estaba enrollado, su contenido firmemente oculto, ella no pudo entender por qué estaba a la vista del público. ¿Qué era lo interesante acerca de un trozo de papel enrollado? Aquello podría ser alguna lista de tareas pendientes de un escribano por lo que cualquier persona sabría.

Aun así no había duda: ella tendría que robarlo una segunda vez.

Chandra todavía estaba mirando, tratando de pensar en un plan, cuando dos pares de manos fuertes la agarraron por detrás; un asaltante para cada brazo; y una profunda y resonante voz dijo, "¡Chandra Nalaar, por la autoridad que me enviste, queda usted arrestada por delitos contra el Prelado, el Santuario de las Estrellas, y el pueblo de Kephalai!"



Capítulo 6

Chandra se quedó atónita y sin habla. Levantó la cabeza cuando sus dos captores le giraron con fuerza bruta; su capucha cayó hacia atrás y una mano áspera sacó de un tirón su largo cabello pelirrojo de su cuello para que cayera libremente alrededor de sus hombros.

Allí había una multitud de un tamaño bastante grande de visitantes. La mayoría de ellos estaban mirando con sorprendida fascinación a Chandra, que estaba siendo sostenida firmemente por dos guardias, uno de los cuales habían presionado la hoja de su espada contra su garganta. Ella miró con desconcierto al tercera guardia, un hombre fornido de mediana edad que no parecía ni

remotamente familiar. Este había acabado de usar su nombre cuando la había arrestado.

¿Cómo era posible que él supiera...?

Oh, no.

¡El caminante de planos que había venido a Regatha! El también había sabido su nombre. ¿Acaso ella había verdaderamente pensado que él acababa de regresar el pergamino y se había vuelto a marchar?

Miró rápidamente alrededor del Santuario pero no vio al caminante de planos. Sin embargo se quedó paralizada por la horrorizada sorpresa cuando ella si vio...

"¿Telépatas?" supuso.

Había dos de ellos. Ambas mujeres. Salieron caminando de su escondrijo unidas por los brazos. Sus cabezas calvas reflejaron las luces del Santuario mientras sus cejas sin pelos proyectaron sombras sobre ojos anormalmente brillantes. Ella vio que su piel era misteriosamente blanca y que llevaban capas idénticas de un azul pálido con un símbolo azul oscuro desconocido bordado en el hombro izquierdo. Miraron fijamente a Chandra. Ella asintió, respondiendo a su propia pregunta. "Telépatas."

Chandra se dio cuenta de que su disfraz físico había sido inútil. ¡Es probable que estas dos hayan estado leyendo a todo aquel que entraba en el edificio!

Bien, lean esto: ¡Muéranse ustedes dos, espeluznantes brujas calvas!

Las dos mujeres parpadearon al unísono.

Bueno, eso había salido simplemente genial. El intruso había devuelto el pergamino al Santuario de las Estrellas, les había dicho su nombre, y les había dicho que podría volver. Era obvio que ellos se habían preparado para esto y ella había entrado en una trampa igual de obvia.

Ese hecho se volvió aún más evidente cuando unas dos docenas de soldados se vertieron en ese momento en la sala, moviéndose con rápida eficiencia bien ensayada.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Ocho de los soldados se encargaron de organizar la salida de los boquiabiertos visitantes. El resto rodeó a Chandra, sus armas desenfundadas. Además de los espadachines había seis arqueros entre ellos que sacaron sus arcos y apuntaron sus flechas directamente hacia ella.

"Vamos, vamos, ¿qué tal si todos mantenemos la calma?" dijo ella. "Estoy segura de que podemos discutir nuestras diferencias como adultos razonables."

Uno de los magos mentales les advirtió a los guardias: "Ella tiene la intención de luchar."

Chandra frunció el ceño y trató de bloquear sus intrusiones. Sabía que era más fuerte si podía concentrarse. Pero para Chandra en realidad era todo lo contrario. Su mente estaba corriendo con las posibilidades. Los pensamientos se estaban moviendo en su cabeza con tanta imprecisión que ella apenas sabía en que estaba pensando.

Sin embargo ella si supo que toda esta situación la estaba poniendo muy enojada.

Ellas lo sintieron o más bien sintieron que la mecha de Chandra era corta. La telépata que había hablado antes dijo al jefe de los guardias, "No podemos leerle. Ella es demasiado errática."

La otra dijo: "Sosténganla firme."

El jefe de los guardias dijo con impaciencia a uno de sus hombres, "¿Dónde están los Enervantes? ¡Se supone que ya deberían estar aquí! "

"¿Enervantes?" preguntó Chandra. "Deben estar muy enervados para llegar tarde a la fiesta." No era momento para bromas pero ella no pudo evitarlo.

"El Prelado me dijo que volverías," dijo el jefe de los guardias. "Yo le respondí que no había nadie que fuera tan imprudente pero ella dijo que tú podrías serlo."

Así que el Prelado de Kephalai había alistado de verdad al caminante de planos para recuperar el pergamino de Regatha. Y había sido él quien la había reportado al Prelado.

"Muy bien, así que he vuelto," dijo Chandra evaluando la situación. "¿Y ahora qué?"

"Ahora yo te entregaré a los Enervantes."

"Suena divertido."

"En realidad," dijo el guardia, "Yo no creo que te gusten. Son especialmente adecuados para quebrar la voluntad de incluso el más obstinado. Se dice que disfrutan torturando a sus víctimas de la misma manera que la mayoría disfrutaría de una buena comida. Las saborean. Se toman su tiempo entre cada plato pero no son tan glotones como para no dejarle algunas migajas a las ratas. Me imagino que pasarán un momento particularmente bueno contigo."

Había más de veinte guardias armados, un espacio cerrado, ninguna salida visible, un pergamino del que apoderarse, un par de magos mentales que podrían tener otros trucos bajo sus ondulantes mangas azules... Y los Enervantes que, fueran lo que fueran, no sonaban como un grupo que Chandra realmente quisiera conocer.

"Tienes razón," dijo ella. "Los Enervantes están llegando tarde. Y a mi no me agrada la gente impuntual."

Lo que a ella le preocupaba era la fragilidad del pergamino. No había hecho ese peligroso viaje hasta Kephalai para destruirlo por accidente. Sin embargo, le gustara o no, en ese instante ella sólo vio una opción viable.

"¿Alguna vez has oído hablar de Jaya Ballard? ¿No? No, por supuesto que no. Mi maestra siempre la está citando y yo ya me estoy cansado un poco de ello. Pero tengo que admitir que, de vez en cuando, hay algunos buenos consejos allí."

Ella tomó su decisión. Fuego, pergamino, fuego.

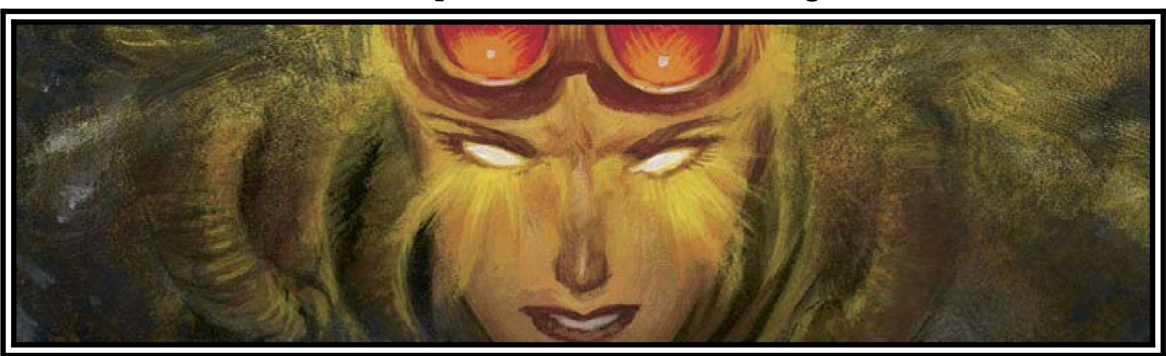
"Por ejemplo," dijo Chandra sintiendo el calor vertiéndose a través de ella. "Jaya dijo: ‘En caso de duda..." El fuego lamió sus venas, su piel, la yema de sus dedos. "'...utiliza la mayor explosión que conozcas."

El sonido de acero siendo extraído de las vainas fue decisivo. Los guardias se prepararon para el ataque, la flechas estaban colocadas y apuntadas, pero ellos dudaron cuando una pequeña bola de fuego al rojo vivo emanó del núcleo de Chandra. A ellos no les pareció gran cosa.

Chandra, mientras tanto, se concentró en la bola de la mejor manera que pudo. Cuando la energía mágica fluyó dentro de ella la esfera se expandió rápidamente hasta adquirir el tamaño de una cabeza humana y Chandra trastabilló un poco, como si el hechizo hubiera fallado. La bola se quedó donde estaba, temblando con impotencia como una masa de gelatina.

"Eso no es una gran explosión," dijo uno de los guardias y la tensión desapareció de la habitación mientras muchos bajaron sus armas riendo.

Mientras lo hacían Chandra agudizó su concentración y la bola colapsó en un punto infinitesimal antes de explotar con tanta fuerza que derribó a todos en la habitación. Las flechas fueron incineradas, las ropas se incendiaron, y las espadas de los guardias les quemaron de repente la carne de sus palmas. Afortunadamente las telépatas no tenían cabello que pudiera arder pero el hedor de los demás en la habitación fue más de lo que Chandra había imaginado.



Chandra, inmune a la explosión, giró para romper la caja de cristal pero vio que su explosión ya lo había hecho. Metió la mano y agarró el pergamino, que parecía ileso.

Oyó gritos a su alrededor. Gente entrada en pánico, ardiendo. Gente dolorida.

"¡Mátenla! ¡Mátenla!" gritó alguien con voz ronca.

Chandra, llamando todo su poder, todo lo que le quedaba, formó otra bola de fuego en su mano libre y la arrojó hacia la pared. La explosión hizo volar todo un muro del Santuario. Entrecerró los ojos contra el polvo y los escombros en el aire, tosiendo mientras inhalaba, y salió corriendo fuera del edificio a través del caos ardiente. Cuatro guardias que habían sobrevivido a las explosiones le pisaron sus talones, gritando: "¡Detengan a esa mujer!"

El gentío en las calles estaba gritando, demasiado aterrorizado por la explosión como para prestar alguna atención a una mujer huyendo y a los sangrientos y sucios soldados corriendo detrás de ella.

La estructura del Santuario era más precaria de lo que parecía. El edificio, sin esa pared soportando su cuarto lado, empezó a derrumbarse sobre sí mismo.

Chandra escuchó el tremendo crujido de piedra quebrándose y el estruendo del derrumbe de paredes y pisos. A pesar de los soldados justo detrás de ella, se volvió para mirar. Lo que vio fue tan sorprendente que dejó de correr y se quedó allí parada en estado de shock por su obra. Lo mismo hicieron los soldados que, hacía unos momentos, habían estado tan concentrados en matarla.



El alto capitel del Santuario había empezado a balancearse en lo alto. Las gárgolas acuclilladas alrededor reaccionaron lentamente, sus alas estremeciéndose con incertidumbre mientras se desarrollaron desde sus posiciones encorvadas y se prepararon para tomar vuelo. Era probable que todos los soldados y las dos magas mentales dentro del edificio ya estuvieran muertos; si no, morirían en cuestión de momentos.

El enorme capitel se derrumbó y cayó y el Santuario de las Estrellas colapsó por completo. Todo pareció suceder con una espantosa lentitud. El inmenso peso de piedras cayendo creó un rugido aterrador. La gente en las calles gritó en pánico y huyó a buscar protección. Chandra, también, se dio la vuelta y huyó.

El enorme impacto del Santuario colapsando sobre sí mismo lanzó rocas, llamas, cenizas, polvo y escombros a través de la plaza principal y a lo largo de todas las calles de los alrededores. Chandra fue derribada de sus pies cuando la tierra se sacudió y una ola de rocas y cenizas salió disparada hacia delante. Alguien pisoteó su cuerpo tendido mientras se alejó a toda velocidad del desastre. Dolorida y sin aliento, Chandra quedó boca abajo en la calle, una lluvia de escombros aún cayendo sobre ella mientras el polvo de piedra pulverizada llenó sus pulmones.

Tosiendo y sangrado, se quedó allí aturdida.

¡Por los fuegos de arriba, eso fue toda la cosa! ¡Todo el edificio! Yo no quise hacer eso.

Los gritos de niños llenaron sus oídos. Una mujer sollozando. Un caballo relinchando de terror.

Ella sólo quería escapar con vida con el pergamino.

¿Soldados muertos? Claro. ¿Telépatas muertos? Juego limpio.

Pero ella no había tenido la intención de destruir todo un sector de la ciudad, aterrorizando a todos sus ciudadanos y tal vez matando a inocentes.

Contrólate. ¡Vamos! Levántate. Sal de aquí o te unirás a los muertos.

Ella se puso de pie tosiendo y temblando. El pergamino estaba todavía en su mano. Chandra lo miró, tratando de pensar.

No podría caminar por los planos. No bajo esas circunstancias. Y no con su fuerza tan agotada. En ese momento a ella no le quedaba nada. Necesitaba reagruparse y tener una idea de los hechos.

Caminó aún con tos tambaleándose por la calle, alejándose del Santuario, yendo en la misma dirección en que huía la multitud. Para el momento en que sintió que realmente necesitaba sentarse ya estaba mucho más allá del polvo, los escombros, y las multitudes aterrorizadas. Muchas personas estaban llenando la calle del mercado donde ella se detuvo a descansar. Noticias del desastre, así como variadas explicaciones acerca de ello, circularon rápidamente.

Alguien que la vio sentándose en la calle en una aturdida depresión le ofreció amablemente comida y agua. Chandra se dio cuenta de que estaba temblando de fatiga y la aceptó con gratitud. En realidad no había pensado que tenía hambre pero una vez que empezó a comer descubrió que no pudo dejar de hacerlo. Consumió la comida tan ávidamente como un niño en crecimiento que no se había alimentado en dos días. También tenía sed después de todo el polvo que había recubierto su garganta cuando se había derrumbado el Santuario. Así que bebió hasta saciarse y luego vertió agua sobre su cabeza, su cuello y sus manos, lavando la sangre, el polvo y la suciedad.

Sólo entonces miró hacia el cielo y se dio cuenta que los cazadores ya estaban sobre ella.

Vio gárgolas volando en lo alto, sus grandes alas abiertas de par en par y sus delgadas piernas arrastrándose detrás de sus cuerpos regordetes mientras patrullaban el cielo. Notó a dos de ellas directamente por encima. Como era de esperar de criaturas hechas de piedra eran extraordinariamente minuciosas y metódicas en su trabajo. Las dos se movieron adelante y atrás a través del cielo en un patrón uniforme y entrecruzado, cambiándose la ruta entre si para hacer una doble comprobación de una sección de tierra con otro implacable par de ojos.

Chandra se movió lentamente para no atraer su atención mientras se escabulló por debajo del dosel de un comerciante de la calle protegiéndose a sí misma de su vista.

Se preguntó qué tan bien podrían ver esas gárgolas; si podrían vislumbrar su pelo rojo desde arriba. Ella tenía que volver a cubrírselo incluso si las criaturas tuvieran algún otro sistema para detectarla. ¿Cuántas de ellas sobrevolarían la ciudad? En ese momento Chandra estaba demasiado débil como para tener que encargarse de ellas si la arrancaban de la calle.

Pasado un instante se dio cuenta de algo aún más alarmante. La mujer que le había dado comida ya la estaba señalando a un

hombre. O, mejor dicho, señalando el lugar donde había estado sentada Chandra un momento atrás. Frunció el ceño en señal de perplejidad mientras escudriñó la calle, en busca de dónde ella podría haber ido.

"Ella estaba justo allí así que no puede haber ido muy lejos," fue lo que Chandra adivinó que la mujer le dijo al hombre mientras escudriñaba la calle con los ojos.

Este no llevaba el uniforme de guardia del Santuario, o de soldado del Prelado, pero parecía estar lejos de ser inofensivo.

Era mayor que Chandra pero todavía era joven, en los últimos veinte, tal vez treinta. Era más alto que el promedio pero sólo un poco. Tenía la piel clara, ojos azules y cabello negro. Cuando volvió la cabeza ella vio que tenía el pelo largo y ondulado y atado prolijamente en la parte posterior de su cuello. Vestía sencillamente, pantalones color canela y top, con botas de cuero estropeadas y un chaleco muy gastado de cuero oscuro. Había un pequeño monedero atado a su cinturón junto con otra cosa que parecía ser una herramienta o un arma. Esta era brillante, como de metal, y enrollada como una cuerda… o como un látigo.

Se veía esbelto, ágil y en forma. Más que eso, se veía tan alerta como un animal salvaje sospechando de una presa. Sus movimientos fueron económicos, incluso algo tan simple como girar la cabeza cuando su mirada la buscó bajo el dosel del comerciante. No hizo ningún movimiento innecesario ni malgastó su energía.

Y su rostro no delató ninguna reacción cuando la vio.

Asintió cortésmente a la otra mujer sin apartar la mirada de Chandra, como si fuera consciente de que tendría que utilizar la más mínima oportunidad para correr. Sus ojos permanecieron sobre los de ella mientras se acercó. No se apresuró pero su andar fue directo y decidido.

Ella se paró de un salto, su corazón acelerando mientras intentó invocar el poder para defenderse. Pero Chandra todavía seguía demasiado débil. No se había calmado ni había conservado ninguna fuerza. Cuando había estado en el Santuario de las Estrellas ella sólo había pensado en superar la confrontación con los guardias. No había pensado en lo que iba a hacer después.

Varios sermones repetidos de la Madre Luti flotaron brevemente por su mente. Ella necesitaba tranquilizarse, controlar su poder, y gestionar sus emociones con más disciplina. Tenía que aprender los límites de su fuerza y racionar su magia de forma inteligente.

Y no sólo los límites. Ella también necesitaba conocer el alcance de su poder y cómo dominarlo. Pensó en el Santuario colapsando y en el caos en las calles de Kephalai y sintió el peso de ese acto.

La mirada de Chandra permaneció fija en la del extraño aproximándose. Ella no podría entrar en el éter y escapar de esa manera de él. No podría evocar fuego y luchar contra él. Chandra se sintió desnuda cuando él se detuvo y se irguió delante de ella.

La mirada de él se apartó mientras escudriñó su apariencia, mirándola de pies a cabeza. No fue insolente, insultante o simpático. Simplemente pareció reconocer su condición desaliñada y el evento que había causado.

Entonces él dijo sin preguntar, "Chandra Nalaar."

Ella cambió su peso. Como era obvio que la estaba buscando ella no se sintió realmente sorprendida de que él supiera su nombre. En esos días parecía que todos lo hacían. Pero aún así eso la inquietó.

Ella preguntó: "¿Quién eres?"

"Mi nombre es Gideon."

"¿Y qué es eso para mí?"

"Creo que deberíamos sacarte de aquí."

"¿Qué?," dijo ella.

El miró a su alrededor. Sólo un leve giro de su barbilla, un rápido parpadeo de sus ojos para abarcar el panorama de la calle y las gárgolas guardianas en lo alto. "Esta situación es volátil. Nosotros deberíamos irnos."

"¿Y tú quién eres?"

"Tenemos muy poco tiempo."

"Entonces responde rápidamente a mi pregunta," le espetó ella.

"Lo que pasó allí," dijo él en voz baja inclinando la cabeza para indicar el desastre en el Santuario de las Estrellas. "Esa fuiste tu."

Ella no respondió.

El presionó aún más, "¿No lo fue?" Cuando ella se quedó sin respuesta él dijo: "Por supuesto que si. ¿Quién más podría haberlo hecho?"

"Será mejor que retrocedas y me digas cómo siquiera sabes quién soy." Ella estaba empezando a pensar que él no estaba trabajando para el Prelado o el Santuario en ruinas.

"Es que te has estado haciendo notar cada vez más," dijo.

"Tal vez sea así. Pero tú no. Así que te sugiero que empieces a explicarte."

"¿Qué fue eso?" El bajó la voz para que ellos no lo oyeran pero en ese momento mostró algo de emoción. ¿Tensión? ¿Desdén? Ella no estuvo segura. "¿Una explosión de esa magnitud? ¿Dentro del Santuario?" Ella no lo negó y el susurró: "¿En qué estabas pensando?"

Chandra admitió cansadamente, "En sobrevivir."

La mirada de él cayó sobre el pergamino agarrado en su mano. "¿Y también en robar?"

"Muy bien, muy bien, así que soy una mala persona," dijo ella. "Tuve una juventud problemática."

"Tú todavía estás teniendo una juventud problemática."

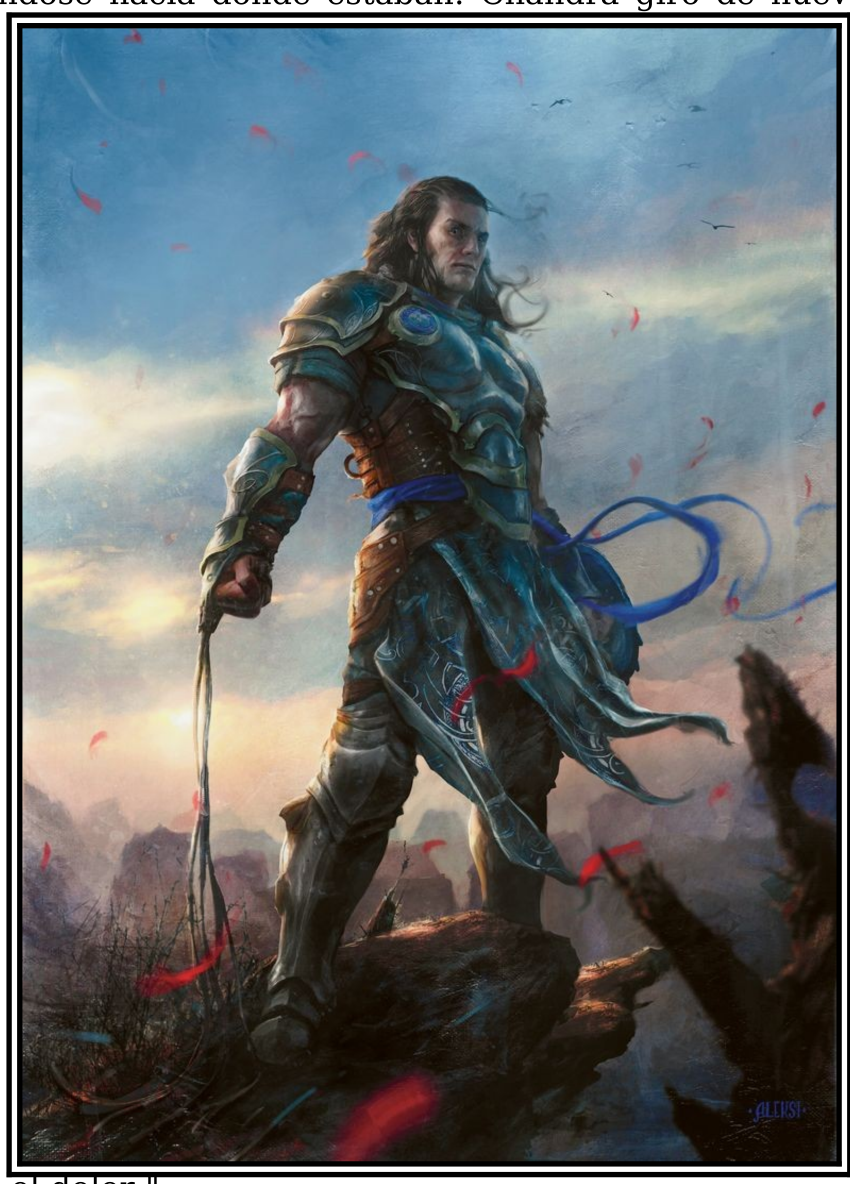
"Razón de más para estar lejos de mí, Gideon." Respondió ella volviéndose para irse.

El agarre en su brazo la detuvo. "Cazarte ha sido problemático. Y yo no tengo la intención de volver a pasar por ello."

Ella lo miró fijamente. "¿Y por qué me has estado cazando?"

El miró más allá de ella aunque no se movió y ella sintió su tensión aumentar bruscamente. "Eso ahora no importa. Creo que los dos sabemos por qué ellos te están cazando."

Ella se volvió para seguir su mirada y vio a media docena de soldados dirigiéndose hacia donde estaban. Chandra giró de nuevo para escapar en la otra dirección sólo para ver a más soldados acercándose desde allí.



"¿Acaso tu eres su explorador?" preguntó ella.

"No, yo tenía la esperanza de evitar esto." Dijo Gideon levantando la vista hacia la horripilante patrulla celeste. "Y creo que puede que te hayan visto desde arriba."

"¿Y ahora qué?"

"Ahora nada. Ellos te detendrán." Y añadió: "Espero que sepas resistir bastante el dolor."

La adrenalina se apoderó de ella y Chandra sintió que conseguiría reponerse.

Gideon Jura

"Creo que puedo pelear."

"¡No!"

"¿Acaso tú vas a ayudarme?"

"No."

"¡Entonces sal de mi camino!"

Chandra se sintió más fuerte. Estaba pensando en volver a sobrevivir y el miedo tenía un maravilloso efecto energizante.

Mientras los soldados se acercaron desde ambos lados de la colmada calle Chandra sintió el calor comenzando a fluir a través de

ella, acogedor e inspirador. Sintió el fuego moviéndose una vez más a través de su sangre.

Gedeon se movió rápidamente agarrando la cosa colgando de su cinturón; el rollo de metal. Este se desplegó en su mano, brillando tan intensamente que Chandra se distrajo. El extendió su brazo y entonces la cosa se enredó alrededor de su cuerpo.

"¡No!" exclamó Chandra conmocionada y atrapada con la guardia baja. "¡Detente!"

La cosa tenía anchas cuchillas flexibles y bordes afilados y estaba fría... tan fría. Se apretó a su alrededor, como una boa constrictora, ahogándola. Y su terrible frío atrapó su fuego, contuvo su calor, sofocó su rabia... Mientras ella luchaba por respirar y temblaba de frío el arma le robó de su conciencia.

Pero justo antes de que todo se volviera negro ella pensó que le oyó decir: "Lo siento."



Capítulo 7

Cuando Chandra despertó se encontró mirando a los pequeños y brillantes ojos de una serpiente negra. La criatura le sacó su lengua bífida y ella se estremeció y trató de retroceder, pero no pudo. Estaba de pie pero tenía la espalda contra la pared, sus extremidades incómodamente encadenadas en una posición de brazos abiertos. Con sus muñecas y tobillos atados su movimiento estaba casi totalmente restringido.

Cuando el gran rostro de la serpiente se acercó aún más Chandra apartó la cabeza e hizo un sonido ahogado de protesta. A ella de verdad no le gustaban las serpientes.

"Ah." Dijo alguien con una voz baja y entrecortada. "Essstá desssspierta."

Ella se quedó boquiabierta ante la serpiente. "¿Perdón?" Su voz fue un graznido seco de asombro.

Pero la serpiente no dijo nada más por el momento.

Chandra parpadeó y trató de enfocar su visión. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la "serpiente" estaba de pie en posición vertical sobre un conjunto de piernas y que vestía una túnica negra con capucha.

"Oh." Gimió Chandra cuando el descubrimiento penetró su confusión. "¿Tú debes ser uno de los Enervantes de los que tanto he oído hablar?"

"Ssssi."

El error de ella fue comprensible. La criatura estaba de pie tan cerca de ella que su cabeza llenaba casi completamente su campo de visión. Y desde el cuello hacia arriba esa cosa lucía exactamente igual que una serpiente. Una grande.

Ella bajó la mirada y vio que la cosa tenía manos; manos que eran delgadas, casi delicadas, y con escamas negras de las que salían largas uñas arrugadas. Por más que fuera extraño una serpiente con manos tuvo en este punto sentido para Chandra. Las serpientes reales eran bastante limitadas en sus actividades, después de todo; y ninguna, por lo que ella sabía, hablaba o practicaba magia.

Chandra no estuvo segura de qué pensar sobre estas criaturas pero sí que no les gustaría el infierno que ella les traería. Pero mientras luchaba contra sus ataduras ella se dio cuenta de que

apenas podía moverse. Y no era porque las cadenas estaban muy apretadas. Ella se sentía absolutamente agotada, como si no hubiera comido ni dormido durante días.

Parpadeó varias veces para aclarar su visión borrosa y miró a su alrededor. Claramente estaba siendo retenida en un calabozo. Las paredes, el piso y el techo eran de piedra. No había ventanas. Tampoco antorchas. No había velas, ni fuego, ni llamas de ningún tipo.

La única iluminación en la sala venía de viscosas cosas fosforescentes aferradas aquí y allá a las paredes. Chandra supuso que los hechiceros serpiente las habrían traído allí desde cualquier pantano que ellos llamaran hogar.

La habitación, con una luz así de tenue y sin ventanas, estaba a oscuras, mal ventilada y húmeda. Y apestaba.

El olor a descomposición húmeda, sospechó, venía de sus compañeros. Había siete Enervantes en la habitación con ella. Uno todavía estaba mirando su rostro; moviendo su lengua dentro y fuera cada pocos momentos, como si probara el olor de Chandra. Los otros seis, que parecían idénticos al primero, estaban caminando en silencio alrededor de la sala haciendo una forma de ocho. Sus cuerpos permanecieron uniformemente espaciados mientras siguieron haciendo el patrón a un ritmo constante. Sus caminos se entrecruzaron pero ellos nunca se chocaron entre sí ni hicieron una pausa en su flujo.

Chandra encontró esto espeluznante. "¿Qué están haciendo?" Preguntó tosiendo un poco mientras habló. Tenía la garganta seca y se estaba muriendo de sed. Pero hubiera preferido morir antes de pedir algo.

Para su sorpresa su captor le respondió. "Recolectando fuerzzzza."

"Oh. ¿Acaso ellos no pueden hacer eso en algún otro lugar?"

El Enervante no respondió. Solo siguió mirándola.

Ella intentó otra pregunta. "¿Dónde estoy? ¿Las mazmorras del Prelado?"

La serpiente asintió, su cabeza moviéndose en su cuello musculoso con un lento y vigoroso movimiento.

Ella trató de pensar en qué más quería preguntar pero estaba tan cansada. Era difícil combinar sus ideas para hacer una pregunta o hacer un esfuerzo para hablar.

Chandra trató de recordar lo que había sucedido para que ella estuviera en esa posición.

Recordó al hombre, Gideon, y su arma. Nunca había visto algo así pero estaba razonablemente segura de que él había usado una especie de magia basada en maná blanco para someterla. Por más débil que ella hubiera estado el arma por sí sola no podría haberla dejado inconsciente como había quedado.

Como si la Orden en Regatha no hubiera sido ya suficiente carga ¿ella estaba ahora en un calabozo en Kephalai debido a la intromisión de algún hieromante? ¿Pero por qué él iba a estar aliado con estas criaturas? No parecía justo.

Chandra recordó la sensación de esas frías cuchillas brillando blanquecinamente y envolviéndose a su alrededor, apretándola, atrapando el flujo de su fuego. Encarcelando su poder en su interior para que ella no pudiera luchar o defenderse. O incluso respirar...

Le sorprendió que este Gedeon manipulara magia. Ella no lo había tomado por un mago sino que había creído que era un guerrero. O tal vez una especie de rastreador; uno con habilidades especiales para una presa inusual.

Chandra frunció el ceño, perpleja.

En ese caso, ¿dónde estaba él ahora? ¿Le había entregado o era que había abandonado a su presa a fuerzas superiores?

Era cierto que Chandra no había estado en su mejor momento pero la fuerza de Gedeon había sido impresionante. Teniendo en cuenta que era poderoso, así como rápido con sus manos, ¿seguramente él no habría tenido que dar marcha atrás al verse enfrentado por unos pocos soldados?

Tal vez había decidido que no podía acabar con los soldados y las gárgolas al mismo tiempo.

Mientras Chandra observaba a los Enervantes deslizándose silenciosamente una y otra vez a través de su patrón en el oscuro calabozo se dio cuenta de que si Gideon había recibido la orden de matarla entonces dejarla en manos de los hombres del Prelado podría haberle hecho lograr su objetivo.

Aunque ella no estuvo segura de que él hubiera dejado tal cosa al azar.

Chandra tiró de sus cadenas, poniendo a prueba la fuerza de estas así como la suya, y comenzó a pensar en cómo salir de allí.

Se estiró con sus sentidos, con la esperanza de aprovechar el flujo de maná. A pesar de que podía sentir su presencia estaba teniendo problemas en concentrarse lo suficiente como para establecer un vínculo sólido.

¿Qué le estaba pasando?

El Enervante que la estaba custodiando siseó de repente y volvió su cabeza lejos de ella, lo que fue un especie de alivio. A ella no le gustaba ser el objeto de la inquebrantable mirada de sus ojos pequeños y brillantes. La atención de este se centró en la angosta puerta de metal situada al otro lado del cuarto. Chandra también miró hacia ese lado preguntándose qué había atraído su interés.

Un momento después, las bisagras chirriaron un poco cuando la puerta se abrió.

"Oh, que bien," dijo Chandra. "Visitantes."

Entraron dos de los soldados del Prelado acompañados por otro que ella supuso era un telépata. Basándose en su apariencia física Chandra asumió que la mujer pertenecía a la misma orden que los dos magos que habían muerto en el Santuario de las Estrellas más temprano ese día. ¿O había sido el día anterior? Ahora que lo pensaba Chandra no tenía idea de cuánto tiempo había estado encadenada inconsciente en esa habitación aunque la rigidez en sus miembros le sugirió que había sido bastante.

Los Enervantes no levantaron la vista a los recién llegados, ni siquiera hicieron una pausa en su deambular. Simplemente continuaron yendo y viniendo en silencio, trazando su figura de ocho en el suelo, una y otra y otra vez.

"El sólo verlos ya me hace sentir cansada," dijo Chandra cuando la maga, moviéndose alrededor de los hechiceros con cabeza de serpiente, se acercó a ella.

"No," dijo la mujer. "No es la observación. Es lo que tú estás viendo."

"Eso no es un comienzo muy alentador para esta conversación," murmuró Chandra.

"Nosotros no estamos aquí para alentar. En realidad todo lo contrario."

Chandra la miró.

"Ellos son Enervantes." El mago hizo un gesto hacia los seis individuos moviéndose constantemente en su patrón. "Este es su trabajo."

"Sí, me lo han dicho. Ellos están recolectando fuerzzzza," dijo Chandra imitando a su captor. "Sin embargo yo no veo por qué tienen que reunirla aquí."

La mujer asintió. "Ellos están recolectando tu fuerza."

"Pensé que estaban haciendo un pequeña danza de serpiente en mi honor." Dijo Chandra burlonamente.

Pero Chandra había entendido. Esa era magia oscura. Esas extrañas criaturas le estaban minando sus fuerzas. Ella podía sentir el asalto directo sobre su energía ahora que sabía al respecto.

Y ellos eran efectivos. Teniendo en cuenta lo exhausta que se sentía sospechó que ellos podrían convertir rápidamente un mago ordinario en una cáscara inútil.

Chandra miró a la telépata. "Tus amigos trataron de leerme y murieron por sus esfuerzos. Abandona mientras estés a tiempo."

"Yo puedo ser paciente," dijo la mujer con frialdad. "Quizás todavía seas lo suficientemente fuerte como para resistir. Incluso puede que lo sigas siendo en mi próxima visita. Pero ahora eres mucho más débil que ayer y mañana lo serás aún más. Y cuando estés lo suficientemente débil nosotros tendremos éxito. Entonces tú ya no serás capaz de ocultarme nada. Yo averiguaré lo que hiciste con el pergamino."

"¿El pergamino? ¿Eso es lo que quieres? Yo no..." Una fría sorpresa se apoderó de todo el cuerpo de Chandra como si le hubieran arrojado un baldazo de agua congelada.

El pergamino.

"Yo no sé dónde está," dijo Chandra desconcertada por la confirmación de que ellos no pudieran saber esto.

"Sí, tú pareces convencida de eso. Pero hay muchos rincones en la mente, muchos lugares en los que ocultar cosas," dijo la telépata con sus claros ojos azules refulgiendo en la oscuridad de la habitación. "¿Sabes que no tuviste éxito en matar a todos los que estaban en el Santuario de las Estrellas? Cuatro soldados

sobrevivieron. Fueron ellos quienes te vieron huir por las calles de la ciudad con el pergamino."

"Eem." Ella no iba permitirse pensar en lo que había sucedido. A decir verdad estaba demasiado cansada para pensar en ello de todos modos.

"Si quieren el pergamino de vuelta," dijo Chandra, "¿por qué no hablan con el hombre que lo recuperó la última vez?"

"El Prelado dice que se ha ido." Era obvio que la mujer sólo estaba respondiendo porque se sentía curiosa por ver cuál sería la reacción de Chandra.

"¿Ido dónde?"

"Yo no pongo en duda al Prelado."

"No, por supuesto que no," dijo Chandra con el mismo tono de voz que la telépata había usado momentos antes.

"¿Dónde está el rollo?" Le exigió la maga al darse cuenta que se estaban burlando de ella.

"¿Por qué es tan importante para ustedes?"

"Tú arriesgaste tu vida dos veces para adquirirlo. ¿Por qué lo es tanto para ti?"

"Si les digo donde está el pergamino," dijo Chandra, "¿entonces qué?"

"Destruiste el Santuario de las Estrellas, un lugar sagrado lleno de los artefactos más valiosos de Kephalai. Asesinaste soldados, guardias, y magos dedicados a su protección. Tú dañaste más que una propiedad. Dañaste la voluntad del pueblo de Kephalai. Creaste pánico por toda la ciudad. La cifra de muertos aún no se ha medido." La mirada de la maga fue hostil. "Pero si cooperas ahora y nos dices donde está el pergamino tu sentencia será indulgente."

"¿Cuán indulgente?"

"Serás ejecutada. De forma rápida y humanamente. De lo contrario te dejaremos a los Enervantes y ellos no son famosos por su humanidad."

"Que bien," dijo Chandra. "Siempre es bueno tener opciones."

"Si no cooperas," dijo la maga, "si me obligas a esperar hasta que estés lo suficientemente débil como para que yo pueda sondear tu mente por las respuestas que buscamos entonces ya no tendrás elección. Nosotros aprenderemos todo lo que queremos saber. Yo, personalmente, espero que decidas ayudarnos a encontrar el pergamino. Me asquea la forma de proceder de los Enervantes. Nadie merece lo que tienen guardado para ti."

"¿Todo lo que quieren saber?" preguntó Chandra. "¿Y qué respuestas están buscando además de la ubicación del pergamino?"

"Para empezar, ¿quién eres tú y qué piensas hacer con el pergamino?"

"En realidad no me gusta hablar de mí misma," dijo Chandra.

"¿Donde naciste? ¿Quién es tu pueblo?"

"Y sobre todo no hablo sobre mi pasado."

La maga la miró por un momento más y luego dijo: "No importa. Pronto yo sabré todo lo que quiero saber."

"Pues no averiguarás la ubicación del pergamino," dijo Chandra verazmente.

"Sí, lo haré. Pero, en cualquier caso, tú ya has hecho tu elección. Le informaré al Prelado: muerte por tortura lenta."

"Ardo de deseos por ello."

"Estoy seguro de que sí," dijo ella mirando a Chandra con lo que pareció ser lástima. "Estos guardias permanecerán fuera de la puerta si decides darnos las respuestas que buscamos."

"¿Y cómo sabrán cuándo entrar?"

"Éste es Dirk," dijo ella señalando a uno de los guardias. "Grita su nombre y él vendrá."

Fue sólo después de que la maga dejó la mazmorra que Chandra se arriesgó a pensar en lo que la mujer le había dicho.

Ellos no saben donde está el pergamino.

Este había estado en la mano de Chandra cuando había perdido el conocimiento en las calles de la ciudad y luego había despertado en cautiverio. Desde ese entonces ella había asumido que sus captores lo habían recuperado.

Era obvio que Gideon ocultaba más de lo que ella pensaba. Había visto por sí misma que era rápido, que se movía rápidamente. Así que debía haber tenido tiempo para ocultar el pergamino de los soldados después de haberla incapacitado.

Después de todo en ese momento había sido un caos. Quizás Gideon había afirmado, al entregarles su cuerpo inconsciente a ellos, que ella no había tenido el pergamino en su poder y había plantado la idea de que lo había escondido en algún lugar.

¿Había sido por eso que había permitido que la capturaran? ¿Para poder quedarse con el rollo?

Lo mataré por esto.

La rabia se sintió bien. La despertó, despejó su cabeza y refrescó sus sentidos.

Ella se concentró en su ira, en la furia en su corazón por haber sido engañada por ese hombre. Se reprendió a sí misma por la forma en que la había tomado por sorpresa y la había dominado. Se lo imaginó disfrutando en algún lugar ese mismo momento, con su pergamino, riendo socarronamente por su difícil situación.

¡Gracias a él Chandra estaba encadenada a la pared de una mazmorra y siendo drenada de energía por esas serpientes! Enloquece, esto es bueno. La ira es el acelerante. El enojo es el combustible. La furia es el fuego.

Tenía que escapar. Una muerte lenta por tortura no era una buena manera de morir para un caminante de planos. Y si vamos más al punto si ella moría allí no podría cazarlo, no podría vengarse de Gideon.

Una gran explosión recorrería un largo camino hacia la solución de su problema actual. Pero incluso con el brillo tranquilizador de la ira corriendo por ella en ese momento Chandra sabía que no había manera de que ella pudiera invocar ese tipo de poder. No hasta que se recuperara de los conjuros absorbentes de

los Enervantes. Y ella sólo empezaría a recuperarse una vez que se alejara de ellos.

Tenía que actuar ahora mismo. Inmediatamente. Cuanto más tiempo estuviera bajo su custodia más débil se pondría.

Chandra cerró los ojos y se concentró en su respiración, centralizándose, centrándose a sí misma en la rabia. Abrazó la ira, se nutrió de la ardiente sed de venganza. Con cada inhalación sintió su tenue vínculo con el maná volviéndose cada vez más fuerte, más a su alcance. Con cada inhalación, sintió el poder enrollándose firmemente en su interior.

Dirigió su atención al séptimo Enervante. Este se había movido a un costado de la habitación donde estaba buscando en una caja. De ella sacó lo que parecía ser una cadena negra retorciéndose. Era de unos treinta centímetros y delgada. La sostuvo con una mano y se acercó lo suficiente como para que Chandra pudiera ver que en realidad era una serpiente.

"¿Qué vas a hacer con eso?" preguntó.

Los ojos del Enervante parecieron brillar en respuesta.

"Hará falta algo más que eso para quebrarme." Chandra estaba tratando de presentar un frente valiente pero, en verdad, la serpiente era aterradora. Esta, suspendida por la cola, se trasladó con propósito, como si se estuviera deslizando hacia el suelo, su aguda cabeza tratando de alcanzar un objetivo. El Enervante sostuvo en alto la serpiente y la volvió a apretar desde debajo de la cola con su otra mano. Luego deslizó esta poco a poco y sin dejar de apretar por el cuerpo de la serpiente, estirándola. Cuando llegó a la cabeza y soltó el animal se mantuvo tan recto y rígido como una vara de madera.

El hechicero negro la volvió a tender, mostrándole a Chandra lo que había hecho, tal vez burlándose de ella con la cosa, la tenue luz fosforescente reflejándose enfermizamente en sus ojos.

"Ahora comenzamos," dijo con evidente placer.

Chandra, sin saber qué esperar, se armó de valor. El Enervante caminó hasta su mano derecha y la inspeccionó por un momento, su lengua entrando y saliendo con suavidad de su boca. Chandra formó un puño en respuesta pero en retrospectiva fue lo peor que puede hacer. La criatura apuntó con la serpiente enderezada hacia los nudillos de ella, colocó la cabeza del animal rígido directamente entre su índice y el dedo medio y empujó. La cabeza de la cosa se introdujo fácilmente en su piel, haciéndole arder con el dolor más intenso que cualquier cosa que ella jamás había sentido.

Chandra gritó cuando toda la serpiente entró en la mano, su forma abultándose debajo de su piel mientras comenzó a deslizarse subiendo por su brazo. El dolor no se asemejó a nada que hubiera conocido.

"¡DIRK!" gritó tan fuerte como pudo. "¡Ven aquí ahora!"

Los dos guardias entraron en la habitación sin ninguna petición adicional. "Saquen esta cosa de mi brazo," exclamó ella. "Les voy a decir todo lo que quieren saber."

El guardia llamado Dirk le dio la orden al Enervante que hiciera lo que ella había dicho. Este sacó un cuchillo e hizo una pequeña incisión justo por encima de la cabeza de la serpiente, que surgió de inmediato. El Enervante se apoderó de ella con sus uñas desgastadas y la sacó, derramando sangre y líquido intersticial descuidadamente. Los rostros de ambos guardias se pusieron cenicientos. Chandra estuvo segura de que el que estaba detrás de Dirk estuvo a punto de desmayarse. Por su parte lo único que mantuvo consciente a Chandra fue una furia tan pura como el corazón de un volcán. Pero supo que no podía dejar mostrar esto. En cambio dejó caer la cabeza como si se hubiera desmayado.

El guardia llamado Dirk se recompuso. "Bueno, escúpelo, entonces. ¿Dónde está el pergamino?" Cuando Chandra no contestó él le dio un codazo pero ella no dio ninguna respuesta. "Trae un poco de agua," le dijo al otro.

Dirk abrió las esposas de su muñeca derecha y dejó que su brazo herido colgara. Este estaba palpitando pero Chandra no lo sintió como si hubiera sufrido un daño duradero. Permaneció inmóvil, con la cabeza colgando hasta que el guardia regresó con un cubo y un cucharón. En ese momento Chandra levantó la cabeza débilmente y miró al guardia. Este le tendió el cucharón lleno y ella lo tomó, inclinando la cabeza como para beber, su pelo cayendo alrededor para ocultar el cucharón de la vista.

Chandra centró su ira en el agua y llamó a su poder para calentarla. La pequeña cantidad de líquido comenzó a hervir en cuestión de segundos y ella lo arrojó al rostro del guardia, cegándolo y escaldando su carne. Este tropezó con el Enervante, quien dejó caer su cuchillo y cayó hacia atrás, alterando la trayectoria de los otros enervantes. El efecto fue inmediato. Chandra pudo sentir su fuerza regresando, su poder floreciendo como una flor en la base de su cráneo y precipitándose hacia sus extremidades.

Cuando el fuego llegaba a ella de este modo era como si el tiempo desacelerara para Chandra. Todo a su alrededor se movía en cámara lenta mientras que ella era capaz de pensar y moverse libremente. Mientras los demás en la sala aún estaban tratando de darle sentido a lo que estaba sucediendo Chandra agarró el cuchillo en el suelo con su mano libre y lo utilizó para abrir las trabas en su brazo izquierdo. Se liberó a sí misma y estuvo encima del Enervante antes de que este supiera lo que estaba pasando, hundiendo el cuchillo en su cuello en la parte blanda debajo de su mandíbula. El hombre serpiente quedó fláccido como un saco de granos.

Se dio la vuelta para hacer frente al otro soldado pero este estaba de rodillas como un penitente, rogando por su vida. Chandra no le hizo caso y cambió su atención a los seis Enervantes restantes.

Estos estaban siseando ruidosamente, sus cabezas ondulando y flotando en cuellos que eran mucho más largos de lo que habían parecido desde un principio. Estaban tratando de rodearla pero Chandra notó que estaban regulando su separación y sus movimientos se estaban volviendo a sincronizar. Sintió que estaban

tratando de iniciar otro ritual para drenarla de su poder. Tendría que actuar con rapidez.

Chandra se dio cuenta de que estaba sudando y jadeando. El breve uso de su poder ya la había cansado mucho más de lo que debería haberlo hecho gracias a la labor de los Enervantes. Chandra buscó un acto que afectara a seis adversarios y llamó a su poder restante para producir una sábana de fuego entre ella y las serpientes silbando. Como había esperado esto detuvo su avance hacia ella.

Sin embargo estos todavía estaban entre ella y la puerta. No sólo podrían impedir su fuga sino que también podrían salir de la habitación y pedir ayuda. Afortunadamente estos estaban totalmente concentrados en ella y obviamente no estaban dispuestos a pasar a través de su fuego. Aún así ella tendría que actuar con rapidez antes de que fueran capaces de volver a actuar en concierto para minar su fuerza.

Chandra, luchando contra el agotamiento y esforzándose por invocar más poder en su condición debilitada, extendió los brazos y luego pronunció un corto hechizo que le había enseñado la Madre Luti. Aplaudió mientras miró fijamente a los seis magos, abarcando a todos con su mirada. Su muro de fuego se extendió alrededor de ellos como una trampa, curvándose para rodearlos.

Su siseo amenazador creció en pánico cuando el fuego se cerró sobre ellos. Chandra juntó las manos y apretó con fuerza, ordenando a sus llamas que abrazaran y consumieran a sus enemigos. Cuando las serpientes gigantes encapuchadas y sus ropas se incendiaron, sus cuerpos se retorcieron frenéticamente. Se estiraron una hacia la otra y sus fauces se abrieron en agonía dejando al descubierto sus terribles colmillos. El hedor fue increíble y Chandra encontró alguna manera inquietante que no gritaran o hicieran algún ruido más allá de ese torturado siseo.

El soldado quemado seguía aullando de dolor y el acobardado lloró, abiertamente aterrorizado. Los Enervantes todavía estaban vivos pero retorciéndose en su agonía mientras las llamas los consumían.

Chandra, con sus captores casi vencidos, huyó junto a su fatal incendio y por la puerta de su celda. Afortunadamente los soldados la habían dejado destrabada cuando habían entrado.

Más allá de la puerta había un estrecho pasillo que conducía en dos direcciones. Chandra miró a su derecha y pudo ver un callejón sin salida. No tenía más remedio que ir a la izquierda. Cuando llegó a una esquina fue descubierta por dos soldados que estaban de guardia en el pasillo de intersección.

"¡La prisionera escapó!" gritó uno de ellos.

Ella corrió directamente hacia ellos, lanzándoles todo su peso corporal antes de que pudieran desenvainar sus espadas. Su mejor oportunidad de mantenerse con vida ahora era huir caminando de Kephalai y tendría que conservar lo que quedaba de su poder si ella iba a entrar en el éter. Derribó a uno de ellos contra la pared tan fuerte como pudo y pisoteó el estómago del otro cuando cayó.

Entonces, con la esperanza de haberlos retrasado, corrió hacia adelante.

Vio una escalera de piedra al final del pasillo donde esperaban otros cuatro guardias.

Los soldados que había acabado de derribar gritaron detrás de ella, "¡Prisionera escapando! ¡Prisionera escapando!"

Los soldados a los que ella se acercaba los oyeron con claridad. Uno de ellos, en la parte superior de las escaleras, gritó esta misma frase a través de los barrotes de la puerta que tenía a su lado y pidió ayuda.

Otro de los soldados que custodiaban la escalera la vio y le advirtió en voz alta: "¡En cuestión de segundos treinta soldados vendrán a través de esa puerta! ¡Ríndete ahora!"

Se equivocó. Aquello no pasó en segundos. Apenas terminó de hablar que la puerta se abrió y soldados armados comenzaron a verterse a través de ella.

Y, en todo caso, ella había subestimado su número.

Chandra dio media vuelta y echó a correr por el camino desde donde había venido.



Capítulo 8

Afortunadamente los dos soldados que había acabado de arrojar al suelo no habían esperado que ella regresara sobre sus pasos y los volviera a pisotear. Esta vez su débil interferencia apenas la ralentizó cuando ella pasó como un rayo a su lado.

Chandra sabía que no podía hacer frente a todos esos refuerzos. Como Gideon tan obviamente había declarado, ella se había hecho notar. Así que tuvo que asumir que aquella era sólo la primera oleada. Ahora que la alarma había sonado todo el ejército del Prelado se dedicaría a mantenerla prisionera o a despacharla. Y en su condición actual ellos tendrían éxito; no inmediatamente y no sin dolor, pero ellos tendrían éxito.

Ella no tenía tiempo para buscar otra manera de salir de la prisión. Lo más seguro era que quizás no hubiera una sola. Pero incluso si hubiera otra manera de salir ella no tenía ninguna posibilidad de evadir docenas de soldados mientras la buscaba.

Su única opción restante no era una buena pero al menos había una posibilidad de que ella fuera a sobrevivir.

Giró una esquina y corrió de vuelta hacia la gran celda donde había estado cautiva. Detrás de ella podía escuchar los pasos, el tintineo de las espadas y los gritos de una gran cantidad de soldados.

Frente a ella, bloqueando la puerta de la celda, estaban los dos guardias originales, el cobarde sosteniendo a Dirk. Cuando el cobarde la vio una nueva mirada de horror apareció a través de su hinchado rostro transpirado.

"¡Fuera de mi camino!" les espetó Chandra mientras se movía hacia adelante. Ellos la hubieran obligado a hacerlo por completo si es que no hubiera llegado a ellos antes de que los dos hubieran podido moverse, arrojándolos al suelo fuera de la puerta.

Una vez dentro ella cerró la puerta. De ese lado no había traba. Por supuesto que no. Las mazmorras eran construidas para encerrar a los presos dentro y no dejar soldados fuera.

Una fétida nube de humo flotaba en la celda. Los Enervantes estaban muertos pero sus restos humeantes llenaban el ambiente con un olor tan asqueroso que Chandra apenas pudo permitirse el lujo de respirar.

Entonces, tosiendo ante el asalto del humo y el hedor, apretó su espalda contra la puerta y oyó pasos pesados acercándose. Ahora ella sólo tenía unos momentos. Una explosión de fuego corta y controlada soldó la puerta a sus bisagras. No resistiría por mucho tiempo pero tendría que servir.

Ella se concentró con todas sus fuerzas mientras forjó un camino hacia el éter. Los soldados comenzaron a aporrear la puerta pero Chandra fue capaz de alcanzar el estado meditativo que necesitaba. *Respira de manera constante y regular*. Apenas obtuvo un primer vistazo del vacío se arrojó imprudentemente hacia el.

Detrás de ella, en Kephalai, dos guardias (uno hecho un desastre emocional, el otro horriblemente quemado) insistirían en

que la habían visto entrar en la cámara. Su relato sería desestimado como un intento de encubrir la incompetencia cuando ella no fuera encontrada en el interior de la celda. Aún así, habría una búsqueda minuciosa de toda la prisión, y eso llevaría tiempo. Al final ellos nunca sabrían cómo había desaparecido. Y cuando el Prelado recibiera el informe de la fuga de Chandra apenas sería capaz de adivinar lo que había sucedido. En cualquier caso, y sin el mago que había seguido la última vez a Chandra a Regatha, ellos nunca la encontrarían. Chandra estaría fuera de su alcance en el momento en que entrara en el éter.

Lo cual no era lo mismo que estar a salvo.

Chandra cayó a través de un túnel de fuego. Y, al no haber tenido tiempo para prepararse para el caminar por los planos, quedó sin protección de la roja y furiosa fuerza en bruto de este fuego. Este le quemó de forma tan brutal que ella gritó en agonía, sintiéndolo arder a través de su carne, su sangre, sus huesos, y hundirse en su alma con un calor enojado y destructivo.

Ella, desorientada y dolorida, siguió cayendo en picada a través de las interminables extensiones de vacío entre los planos del Multiverso. Sintió todo su cuerpo siendo consumido por el fuego y desgarrado por su implacable caída. Había entrado en las Eternidades Ciegas en una repentina desesperación, sin suficiente poder de concentración, y ahora estaba pagando el precio de un acto tan apresurado.

Ella había entrado una sola vez en el éter sin preparación (la primera vez que había caminado) y aquello había estado a punto de matarla. En ese entonces, como ahora, ella había estado huyendo de la muerte. Pero ahora, al menos, ella sabía lo que estaba pasando. Esta vez ella no sintió el enceguecedor terror animal que había sentido entonces. Esta vez ella luchó por hacerse cargo de su caminar por los planos en lugar de simplemente sucumbir en un miedo indefenso a sus efectos.

Chandra trató de concentrarse en su respiración, en los latidos de su corazón, en los ritmos de su cuerpo... pero el aire en sus pulmones se sintió como agua hirviendo, el fuego chamuscó su vientre y hielo llenó sus venas. Trató de concentrarse en sus ataduras de maná para mantener su poder pero las Eternidades Ciegas fluyeron a su alrededor con el brillo de mil millones de soles, cegándola y aturdiéndola, mientras que al mismo tiempo la sumió en una oscura fatiga. Ella trató de extenderse y sentir la energía de diferentes planos, de buscar una realidad física donde poder anclarse, pero todo a su alrededor giró en un caos multicolor.

El canal por el que Chandra se precipitó se volvió terriblemente negro, un vacío entrópico succionando su fuerza vital. Justo cuando pensaba que iba a perder la conciencia el fuego se convirtió en agua, frío y viscoso. Chandra entró en pánico cuando una sensación de ahogo la envolvió antes de que todo se volviera blanco, cegador y sofocante, y la rodeara como un peso insoportable. Un cambio a verde creó un dolor que ella no entendió, como si sus huesos estuvieran tratando de empujar a través de su piel. Y cuando

el fuego la envolvió de nuevo ella le dio la bienvenida a la agonía ya familiar.

Cuando el dolor se hizo tan conocido que dejó de registrarse Chandra quedó tan desorientada y exhausta que no pudo moverse o pensar o reaccionar. Flotó erráticamente en la giratoria tormenta de maná que la rodeaba, atontada e inerte durante lo que pareció un tiempo muy largo. La inconciencia se había convertido en un estado relativo: a ella le estaba resultando más difícil separarse de su entorno. Se dijo muchas veces a si misma que reuniera sus sentidos y encontrara una manera de salir de allí antes de que muriera, sin embargo permaneció inmóvil, incapaz de moverse, como si su mente se hubiera desconectado de su cuerpo. Tenía que centrarse en algo tangible.

Kephalai...

Su memoria penetró la neblina del caos. Cadenas en sus manos y pies. El combate con otros seres. Correr. Jadear.

Se concentró en estos recuerdos, coaccionándolos en una vida vivida en su dispersa mente confusa. *Kephalai... Santuario de las Estrellas...*

El conocimiento de su realidad física, de su vida en los planos del Multiverso, comenzó a regresar a ella. Y con este conocimiento llegó el ferviente y contundente deseo de reincorporarse a las dimensiones de la existencia física. De superar su gradual absorción por el éter. De escapar de las Eternidades Ciegas y encontrar un plano en el que recuperar su poder, su vida física, y su coherencia mental.

Se concentró en el más vívido de los recuerdos que estaban bailando alrededor del borde de su conciencia. Recuerdos de miedo, ira, dolor, urgencia. En ese momento ella no recordó los detalles pero supo vagamente que había perdido el pergamino, que había fracasado en lograr su objetivo. Esto la enfureció y ella le dio la bienvenida a la rabia, dejando que calentara su sangre y agudizara sus sentidos.

Pero todavía no era lo suficientemente fuerte. Reconoció instintivamente que necesitaba incluso una conexión más visceral con su vida física. Así que, con aprensión, se abrió a los viejos recuerdos, a su pasado, a las sensaciones que había desterrado al reino de sus pesadillas, a los acontecimientos en los que ella nunca pensaba, recordaba, o reconocía.

Se abrió al fuego de la tristeza y el dolor, de la vergüenza y el arrepentimiento, a aquello que consume la inocencia.

Escuchó sus gritos en los retumbantes pasillos de su memoria, sus gritos de agonía sonando ahora con tanta claridad como si estuviera sucediendo de nuevo. Con el atormentado ojo de su mente vio en ese instante sus cuerpos retorciéndose, tal como ella los había visto entonces. Desamparada. Horrorizada. Consumida por la culpa. Se esforzó por detenerse en la memoria de cómo había olido su carne quemada. Sintió el dolor de los sollozos que no saldrían de su boca.

Y cuando la hoja de una espada se deslizó por su garganta, para poner fin a su vida...

Chandra saltó a la conciencia.

¿Cuánto tiempo había estado vagando allí, cayendo y flotando entre los planos físicos del Multiverso?

Desterró la pregunta. En todo lo que debía pensar era en escapar del caótico laberinto deformador de sentidos que eran las Eternidades Ciegas. Hasta que ella volviera a estar a salvo en un plano físico nada más importaba y no podía permitir que ningún otro pensamiento penetrara su vulnerable concentración.

Desplegó sus sentidos y trató de encontrar algo conocido que la orientara. Sintió el flujo de maná, lo que fue tranquilizador, pero este se mezcló con tantas otras fuerzas en un desconcertante torbellino de color que ella se sintió agotada y frustrada mientras trató de enlazarse con él. Aún así, con ninguna otra forma de sobrevivir y escapar, ella se concentró, convocando toda su voluntad, toda su rabia y calor y pasión, y se centró en canalizar la energía mágica.

Cuando por fin se sintió lista Chandra se propulsó a sí misma a través de los ondulantes colores arremolinados que la consumían, en busca de la energía sólida de un plano físico. Era vagamente consciente de que había un lugar al que quería volver, un lugar donde ella tenía una comunidad y un propósito... pero ni siquiera podía recordarlo lo suficientemente bien como para buscarlo, mucho menos controlar ese caminar por los planos en esa medida. En ese momento lo único que importaba era encontrar un plano, cualquier plano en absoluto. Más tarde ella pensaría en el lugar exacto del Multiverso en el que querría estar.

Entonces ella la sintió. Una energía oscura y amarga... pero afortunadamente física, sólida y tangible. Y porque ella podía sentirla, porque su voluntad la atrajo hacia esta, un camino hacia esa energía comenzó a abrirse ante ella en el éter.

Chandra vaciló. El plano al que se aproximaba no se sentía en absoluto familiar y ciertamente no se sentía acogedor.

¿Debía viajar más lejos? El siguiente plano podría ser una mejor opción.

No. El siguiente plano que encontrara bien podría ser una peor opción. O, en su debilidad y confusión, ella no podría encontrar otro plano en absoluto. No antes de que sucumbiera al absorbente torbellino del que estaba tratando de escapar.

Tiene que ser ahora. Aquí. Ve.

Ella se movió a través del éter, siguiendo el camino que le hacía señas hacia el plano físico que sentía. Dejó que la hosca energía del plano la atrajera hacia adelante mientras se concentró con todas sus fuerzas en hacer la transición de la corriente eterna que la rodeaba a la realidad finita y sólida que le esperaba.

Su cuerpo, sus sentidos, su mente, todo se sintió siendo desgarrados, estirados hasta el límite entre dos realidades. Chandra luchó contra el miedo y se esforzó por tomar el control. Se estiró hacia el plano oscuro que sintió, extendiéndose hacia el con toda su voluntad.

Los pies de Chandra tocaron tierra firme.

La sensación fue tan sorprendente, el peso de su propio cuerpo tan inesperado, que ella cayó, colapsando en un torpe ovillo con un grito ahogado.

Entonces ella se quedó allí, con los ojos cerrados, el rostro pegado a la tierra húmeda con un alivio agradecido. Extendió las palmas de las manos contra el suelo, deleitándose con su sólida e inflexible presencia.

Estoy viva. ¡Viva!

Lo peor ya había pasado. Ella había escapado de Kephalai y el calabozo del Prelado; escapado de la muerte por tortura lenta a manos de los Enervantes.

En ese momento, estar perdida en algún plano totalmente desconocido que irradiaba energía oscura no importó. Incluso haber perdido el pergamino a manos de ese mago no importó. Ella estaba muy, muy feliz de no estar muerta.

Chandra, tendida en el suelo, absorbiendo la maravillosa sensación de estar viva, se volvió poco a poco conciente de un sonido cercano a forcejeos y pies corriendo. Cuando abrió los ojos para ver lo que había hecho el ruido se dio cuenta de que era de noche. Se sentó de un empujón y miró a su alrededor, parpadeando mientras sus ojos se acostumbraban a las oscuras sombras de lo que la rodeaba.

En lo alto, una luna llena brillaba blanquecinamente en el infinito negro sin estrellas del cielo nocturno. Su fresca luz plateada refulgía intensamente en un misterioso paisaje de árboles retorcidos, arbustos achaparrados, extensiones oscuras de vacío, y las ruinas desmoronadas de estructuras de piedra caídas. Los árboles y arbustos que Chandra podía divisar en la luz de la luna lucían extrañamente rígidos y huesudos.

Se dio cuenta de que ninguno de ellos tenía hojas.

Eso le pareció extraño. La temperatura era suave. El aire era fresco pero no tan incómodo, ciertamente no lo suficiente como para sugerir invierno o una temporada de inactividad. La tierra húmeda sugirió precipitaciones. De hecho el propio aire se sentía húmedo. Era obvio que la sequía no había causado la ausencia de hojas de todos los árboles y arbustos de allí.

Se preguntó qué lo había causado. ¿Acaso había habido un incendio recientemente?

Chandra, curiosa, se puso en pie con la intención de examinar algunas de las ramas desnudas más de cerca. El acto de levantarse, sin embargo, la hizo sentirse tan mareada que casi volvió a caer. Su visión se oscureció y se sintió aturdida.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba desesperadamente sedienta. En ese instante recordó que había tenido sed incluso desde la mazmorra en Kephalai. ¿Y quién sabía cuánto tiempo había pasado de eso? Lo que parecían haber sido días también podrían haber sido minutos; o incluso más tiempo. En cualquier caso, sus necesidades físicas estaban ahora volviendo a imponerse.

Chandra tomó aire y se dio cuenta que debía encontrar agua. Su estómago rugió y se dio cuenta de que encontrar algo para comer también sería una buena idea.

El aire estaba cargado de humedad y descomposición. No el olor fétido de los Enervantes en su celda de Kephalai sino el rico olor oscuro del suelo empapado, de vegetación putrefacta mezclándose con la niebla. Este parecía ser un plano donde saciar su sed no debía resultar demasiado difícil. Allí seguramente debía haber agua sustancial.

Oyó de nuevo un forcejeo en la maleza cercana. El crujido de plantas muertas siendo hecho a un lado por el paso de alguna pequeña criatura le pareció extraño. Al igual que los árboles estériles y arbustos desnudos el susurro de vegetación muerta no parecía coincidir con la rica humedad del suelo y el aire.

La curiosidad de Chandra volvió a despertar así que ella pasó junto a los muros de piedra caídos y cubiertos de musgo que rodeaban el lugar donde ella había entrado en ese plano y se acercó a un árbol oscuro y retorcido que se recortaba por la luz de la luna. Sus pies encontraron una superficie más densa y suave a medida que se acercó al árbol y que le hizo mirar hacia abajo.

Mantillo, se dio cuenta, alrededor de todo el árbol donde alguna vez habían caído las hojas. Envolvió sus dedos alrededor de una rama de árbol escuálida y le dio un ligero apretón. Ella no era ninguna experta pero la madera no se sintió bien. Era ligeramente suave, como si el árbol se estuviera pudriendo.

Chandra se preguntó si el árbol había enfermado y se había despojado de sus hojas en las etapas iniciales de su malestar.

Miró a su alrededor al paisaje iluminado por la luna y lo único que vio fueron las ramas desnudas caídas en la luz plateada.

Parecía que todos los árboles de la zona habían sido infectados con la misma enfermedad. Chandra comenzó a preguntarse si se trataba de un fenómeno local o si todo el plano estaba cubierto de vegetación moribunda.

Comenzó a sentirse incómoda, cada vez más consciente de la energía oscura y amarga que impregnaba ese lugar. El instinto le advirtió que fuera lo que fuera que estaba acabando con la vida de las plantas de allí la causa más probable era más mágica que mundana.

Chandra, con sus sentidos restaurados y su mente volviendo a funcionar, notó que ya estaba más que lista para regresar a la Fortaleza Keral. Informaría que no había podido conseguir el pergamino y que ni siquiera sabía dónde estaba ahora.

Bueno, era de suponer que estaba en manos de algún oportunista de Kephalai, pensó con el ceño fruncido.

Encontró esto exasperante.

También sería difícil para ella volver a Kephalai y cazar a Gideon. Verdaderamente imposible. Tal vez ella no era una astuta planificadora estratégica, y odiaba perder, pero tampoco era tonta. Sabía que ya nunca tendría grandes posibilidades de moverse libremente por Kephalai. Ninguna posibilidad, en realidad. Había

destruido el Santuario de las Estrellas, causado estragos en la ciudad y robado el pergamino por segunda vez.

Debido a sus acciones sería cazada en Kephalai durante mucho tiempo. Indudablemente habría un precio por su cabeza. Circularían descripciones de ella. Si había mujeres altas y pelirrojas en el reino del Prelado serían acosadas. Ella podría incluso convertirse en el criminal más famoso que jamás hubieran conocido. A pesar de que lo que sabía era cierto esto le dio a Chandra una sensación de vértigo. Ella pasaría a ser una leyenda, o al menos eso esperó.

Chandra se acercó a un seto de arbustos y examinó distraídamente sus ramas, preguntándose si podría haberse escapado con el pergamino si ese mago de cabello negro con su brillante y filoso látigo no hubiera interferido. A ciencia cierta nunca lo sabría pero era más fácil echarle la culpa a él por como habían ido las cosas. Y ella se deleitó por unos momentos en una visión de él asado vivo en los fuegos de la retribución.

Chandra, reconociendo que probablemente ese sueño nunca se haría realidad, suspiró. Mientras tanto, su examen de los arbustos reveló que ellos, también, estaban muriendo.

Decidió que, a pesar de lo hambrienta que estaba, si se encontraba con árboles o arbustos que tuvieran su fruto ella no se los comería. Fuera lo que fuera que estaba matando a esas plantas podría fácilmente haber infectado a otro follaje aparentemente sano.

Chandra volvió a mirar al paisaje oscurecido a su alrededor y se dio cuenta que, de hecho, ella era escéptica acerca de encontrar cualquier planta de aspecto saludable en absoluto. El hosco sudario de magia oscura que había sentido antes parecía extenderse a lo largo y ancho de todo ese lugar.

Tenía que salir de allí y volver a Regatha. Allí habría problemas que afrontar y resolver. Con suerte la tribu de oufés que la querían muerta se habría calmado un poco para ese entonces. Y en cuanto a la Orden de Heliud y la demanda de Walbert de que Chandra fuera entregada a su custodia... Bueno, simplemente deja que los soldados de Walbert traten de venir a llevarla de las montañas. Ella se aseguraría de que no pasara mucho tiempo para que ellos se replanteasen ese plan.

Aun así, a pesar de lo mucho que ella quería abandonar de inmediato ese plano, ella sabía (sobre todo después de su reciente experiencia) que necesitaba recuperar parte de su fuerza antes de tratar de volver a entrar en las Eternidades Ciegas. Tenía que buscar un poco de agua y luego descansar un poco. La oscuridad almibarada del cielo nocturno y el brillo de la luna llena sugirió que todavía faltaba un largo camino que recorrer para que llegara la mañana. Para ese entonces Chandra ya debería estar lista para volver a caminar a Regatha.

"Muy bien," dijo mirando a su alrededor al paisaje misterioso. "Agua."

A pesar de su acuciante sed sus alrededores eran tan espeluznantes que no fue sino con cierta reticencia que ella se encaminó en cualquier dirección. Aunque era indiscutiblemente

mejor que estar encadenada a una pared con su poder siendo succionado por siete serpientes gigantes como preludio a una muerte por tortura vagar sola por la oscuridad fue igualmente un esfuerzo menos que agradable.

No había avanzado mucho cuando oyó un ruido procedente de un grupo de arbustos por los que ella estaba pasando, el susurro de vegetación muerta bajo fuertes pisotones, algún leve chillido agudo, algunos gruñidos.

Chandra se agachó y se acercó más a la conmoción. La intensidad de los chillidos aumentó de forma pronunciada, raspando en sus sentidos. El gruñido fue reemplazado por refunfuños satisfechos y el ruidoso chasquido de... ¿un robusto masticar?

Chandra se introdujo más en la espesura, teniendo cuidado de moverse en silencio. Miró entre las ramas sin hojas y vio a su presa.

Se encontró a si misma observando a una especie de trasgo. Era petiso y desgarbado, con grumosa piel gris, piernas peludas y brazos tan largos que seguramente arrastraría por el suelo cuando se pusiera de pie y caminara. Su cabeza calva era inmensa y sus orejas largas y puntiagudas caídas de lado de manera ridícula. Estaba encorvado y gruñendo mientras que algo en sus garras chilló. Chandra vio una cola y pequeñas patas agitándose...

Cuando se dio cuenta de que la bestia estaba comiendo a un pequeño animal vivo ella jadeó en voz alta en repulsión.

El trasgo la oyó y se dio la vuelta para mirarla. Sus colmillos gotearon sangre y entrañas cuando le gruñó. El animalito en sus garras continuó chillando agónicamente. La mirada horrorizada de Chandra pasó al torso eviscerado del animal y a sus patas meneándose.

"¡Puaj! ¿Qué estás haciendo?" le exigió. "¡Esto es increíble hasta para un trasgo!"

El trasgo la miró fijamente por un momento, congelado en cuclillas mientras su presa agonizante se sacudió y chilló. Entonces, como si tuviera miedo de que Chandra intentara robarle su delicia, la criatura se metió todo el topo en su boca y mordió con fuerza. Chandra hizo una mueca por el grito final y estridente del topo, seguido de cerca por el sonido de sus huesos crujiendo. Las mejillas del trasgo se hincharon mientras masticó, aún sin dejar de mirar a Chandra.

Entonces la criatura tragó su comida en una enorme engullida y se quedó completamente inmóvil. El trasgo y Chandra se miraron en silencio.

"Bueno," dijo ella al fin. "Puede que esa no sea la única cosa más asquerosa que he visto en mi vida pero definitivamente está en la lista."

"¿Lista?" La voz del trasgo fue profunda y ronca.

"No importa."

"No mates," dijo la criatura.

"De acuerdo. Tú no me matas y yo no te mataré."

Este asintió. Sus orejas algo ladeadas.

"¿Dónde estamos?" preguntó Chandra.

El trasgo miró a su alrededor por un momento, luego volvió su mirada a Chandra. "Arbusto."
"Quiero decir, ¿cuál es el nombre de este reino?"
"Diraden."
"Nunca he oído hablar de él."
El trasgo la señaló. "¿Qué nombre?"
"Chandra. ¿Y tú?"
"Jurl."
"Jurl, muéstrame donde hay agua." Cuando el trasgo no se movió sino que simplemente siguió mirándola ella añadió: "No me gusta presumir, Jurl, pero yo soy una poderosa maga de fuego. Estaría bien que me lleves al agua. Si no lo haces me enojaré."
"Agua." El trasgo miró sobre su hombro. "Tal vez no segura."
"¿No es segura? ¿El agua está en mal estado?" Eso podría explicar por qué todo por allí estaba muriendo.
Jurl negó con la cabeza. "Agua buena."
"¿Entonces, cuál es el problema?"
"Tal vez vigilada."
"¿Por quién?"
"Príncipe Velrav. A veces."
"¿Un príncipe vigila el agua?" dijo Chandra con escepticismo.
"Siervos."
"Oh, los siervos del príncipe vigilan el agua." Eso tenía un poco más de sentido. Pero no mucho. "¿Por qué proteger el agua en un lugar tan húmedo como Diraden?"
"Miran quien viene. Tal vez tomar."
"¿Tomar? ¿Quieres decir que los siervos del príncipe capturan a los que vienen al agua?"
"A veces."
"¿Se llevan a todos? ¿O sólo a los trasgos?"
"A todos."
"Hasta ahora tú eres la única, eem, persona que he conocido. ¿Quién más vive en Diraden?"
"Algunos como yo. Algunos como..." Jurl se encogió de hombros. "Otros. Muchos otros. Y algunos como tú."
"¿Y los siervos del Príncipe Velrav se los llevan a todos?"
"Algunos de todos."
"¿Por qué?" preguntó Chandra.
"Hambre."
Eso fue desconcertante. "¿Se los llevan cuando están cerca del agua?"
El trasgo se encogió de hombros. "Cerca del agua. Cerca del bosque. Cerca de las ruinas. Cerca de la colina. Cerca de la aldea. Cerca del castillo. Cerca..."
"¿Así que estás diciendo que los siervos del príncipe se han llevado individuos de todas partes?" Qué bonito plano al que he venido a parar.
"Sí."
"En ese caso yo también podría conseguir agua." Y entonces tal vez ella intentaría dejar Diraden de inmediato, sin molestarse en

hacer una pausa para descansar. La situación de ese lugar sonaba desquiciada y mortal y en perfecta armonía con el ambiente que había detectado. Si se sentía mejor después de beber hasta saciarse entonces tal vez marcharse mientras ella aún estaba fatigada (pero esta vez con una preparación adecuada) sería mejor que quedarse por allí hasta que se sintiera más fuerte. "Jurl, apuesto a que tú conoces bien este lugar. ¿Sabes cómo conseguir agua sin ser molestado por los siervos del Príncipe Velrav?"

El trasgo la miró fijamente en silencio. Aunque su rostro grotesco no mostró expresión ella sintió que sospechó de su petición.

"Si me llevas allí," dijo Chandra, "No voy a decírselo a nadie. No voy a traicionarte. Tengo sed. Sólo quiero conseguir agua y luego desaparecer."

"¿Desaparecer?"

"Sí. Nunca me volverás a ver." Y esa fue una promesa que ella tuvo la intención de cumplir.

Jurl la estudió. "¿Desaparecer pronto?"

"Muy pronto."

"¿Qué tan pronto?"

"Por la mañana".

"No." El trasgo sacudió su cabeza.

Chandra frunció el ceño. "¿Por qué no?"

"No mañana."

"¿Qué?"

"Mañana nunca viene," dijo Jurl. "No aquí."

* * * * *

Tras una breve discusión Chandra adivinó que el príncipe Velrav era un especie de nigromante que había arrojado un velo de noche eterna a través de ese plano. Probablemente había una buena razón para esto pero Jurl no sabía cual era. El trasgo tampoco recordaba una época en que las cosas hubieran sido diferentes por lo que al parecer aquello había estado ocurriendo desde hacía bastante tiempo.

Cuando Chandra preguntó cuánto tiempo hacía que los árboles estaban desnudos y moribundos este dijo, "Siempre."

Ella supuso que la oscuridad perpetua explicaba por qué estaban muriendo. Y la magia negra probablemente explicaba por qué estaban muriendo tan lentamente para que, según Jurl pudiera recordar, tuvieran exactamente el aspecto que tenían en ese momento.

También era posible que así fuera justo como lucían lo árboles normales en el plano oscuro de Diraden, hundido en la magia negra y gobernado por un mago demente que en ocasiones hacía capturar a sus súbditos y se los llevaba de vuelta a su castillo para satisfacer su "hambre". Jurl no parecía saber nada más que eso acerca de la "captura" de varias personas en los últimos años; ni parecía pensar que hiciera falta saber algo más sobre ello.

Después de todo la vida de un trasgo giraba en torno a intereses muy simples: cazar, comer, beber, reproducirse, hacer festines, luchar, matar, ser matado. Rara vez se ponía más complicado que eso.

Fue un alivio acogedor que el agua a la que Jurl la llevó no hubiera estado muy lejos. Ambos pasaron por un bosquecillo iluminado por la luna de altos y delgados árboles con gruesas raíces arácnidas que serpenteaban a través de la superficie del suelo, cubriendo el camino en largos y abultados giros de madera podrida y gruesas vides enfermizas. Más allá del bosque llegaron a una laguna. La luz plateada de la luna se reflejaba en la superficie inmóvil del agua, que estaba bordeada por un denso matorral de vegetación.

Chandra observó el gran charco de agua de aspecto siniestro. "¿Cuánto tiempo has estado viniendo aquí?"

"Siempre."

Debido a que algunas especies de trasgo maduran rápidamente, llegando a la edad adulta luego de un par de años de su nacimiento, "siempre" podría significar sólo un año o dos. Por otro lado algunos trasgos tenían una vida muy larga. Chandra no estaba segura de a qué categoría pertenecía Jurl pero no se atrevió a preguntar.

"Agua buena," dijo Jurl alentadoramente. Se recostó boca abajo al lado de la laguna, metió la cabeza en el agua y empezó a beber.

Chandra se alejó juiciosamente unos pasos de sus ruidosos tragos, luego se arrodilló, estiró una mano ahuecada hacia la laguna y recogió una pequeña cantidad de agua que estudió en la luz de la luna. Era transparente y fría. Cuando la acercó a la nariz no tenía olor. Se inclinó sobre su mano para tomar un sorbo con cautela y cuando lo hizo le supo muy bien.

Dio un inestable suspiro de alivio y yació boca abajo en el borde de la laguna, apoyando sus manos por sus hombros y bebiendo hasta llenarse. Después de saciar su sed descansó brevemente y luego bebió un poco más. Cuando terminó se dio cuenta de cuán deshidratada había estado. Los pensamientos de Chandra, ya agradecidos por el agua, se sintieron más claros, su cuerpo más sensible, sus sentidos más agudos. Todavía seguía cansada pero volvía a ejercer un control completo sobre sí misma.

De repente el trasgo emitió un sonido sibilante.

Chandra lo miró y vio que estaba congelado en su lugar y mirando a través de la laguna. Siguió su mirada pero no notó nada, lo que no era de extrañar. Probablemente los ojos de Jurl estaban mejor acostumbrados que los de ella a esa tenue luz.

"¿Qué pasa?" susurró.

"Aparición de la Ciénaga," gruñó el trasgo. "Mala."

Chandra se quedó inmóvil, mirando hacia la oscuridad y tratando de ver a la criatura que Jurl había vislumbrado. "¿Es eso lo que se lleva a la gente?"

"No. No llevar. Decir."

"¿Decir?" Repitió Chandra. "¿Le dirá a su amo que nos vio aquí?"

"Sí."

Y presumiblemente su amo era el Príncipe Velrav. "Que bien."

"Matar," dijo Jurl.

"¿Qué la mate? Ni siquiera puedo verla."

"Allí." Un brazo largo y abultado señaló a un árbol retorcido que se inclinaba sobre el agua, sus ramas estériles tocando la superficie de la laguna.

Chandra, mirando fijamente, fue capaz de notar algo que se parecía a una pálida piel blanca brillando a la luz de la luna. Entonces se dio cuenta de que algunas de las formas que ella había asumido eran ramas eran en realidad largos apéndices oscuros del cabello de la Aparición de la Ciénaga



flotando misteriosamente en el aire quieto. La criatura también flotaba; una figura pálida y transparente velada en sombras negras.

"Mala," dijo Chandra en acuerdo, consciente de un escalofrío en su sangre mientras estudió la silenciosa criatura vigilante.

"Matar," repitió Jurl.

Esta cosa le parecía familiar... Entonces ella se dio cuenta de que le hizo recordar al protector fantasmal que había destruido en Regatha.

Ese no era el tipo de incidente que quería repetir allí. Ella tenía la intención de dejar Diraden desapercibida, no crear un alboroto y llamar la atención. Y quería entrar en el éter de una manera sana y estable, no recrear su huida frenética y casi fatal de Kephalai.

"No," le dijo a Jurl. "No voy a matarla. Todo lo que ha visto eso es una mujer y un trasgo bebiendo agua. ¿Y qué si lo dice? Vayámonos en silencio ahora mismo."

Cuando ella giró para irse el trasgo gruñó, obviamente insatisfecho.

Cuando habían recorrido cierta distancia Jurl dijo, "¿Ahora comer?"

Chandra pensó en la comida reciente de él, que había interrumpido, y dijo con sinceridad: "No tengo tanta hambre."

"¿Dormir?"

"No, yo voy a irme," dijo ella con decisión. Diraden no era un lugar para quedarse.

"¿Irte dónde?"

"Es complicado."
"¿Irte ahora?"
"Pronto." Y como ella no quería que el trasgo le fuera a hacer preguntas mientras se preparaba para caminar por los planos ya era hora de despedirse de él. "Gracias por haberme llevado al agua Jurl. Has sido, em, un buen anfitrión."
"Todavía hambre." Respondió Jurl señalando con su cabeza a unos arbustos cercanos. "Cazar."
"Que lo disfrutes." Respondió Chandra sin tratar de pensar en ello. "Adiós."
"Espera aquí. Jurl traer comida."
El trasgo se dio la vuelta y entró en el matorral cercano. Chandra había estado equivocada en su suposición inicial de que sus largos brazos se arrastrarían por el suelo. El caminó con ellos doblados agudamente por los codos, sus hombros anchos y sus brazos colgando a los costados, y pudo moverse con sorprendente velocidad y silencio.
Chandra le dio la espalda y siguió caminando mientras consideró sus opciones. Al no querer estar allí cuando Jurl volviera decidió que lo mejor sería volver a las ruinas a donde había llegado ya que las paredes desmoronadas ofrecerían un poco de resguardo. También tenía sentido que ella abriera un camino a las Eternidades Ciegas en el mismo lugar por el que había entrado en el plano.
Afortunadamente el viaje al agua no la había llevado muy lejos del lugar que buscaba así que ella volvió sobre sus pasos sin dificultad y regresó a las ruinas después de poco tiempo. Las desmoronadas paredes cubiertas de líquenes parecieron escuetas y amenazantes en la extraña noche eterna.
A medida que su mirada viajó sobre su destino pedregoso Chandra se sorprendió al ver un destello de una resplandeciente luz blanca explotar en silencio desde dentro de las ruinas aunque no pudo ver lo que la había causado. Un muro de piedra se interponía entre ella y la fuente de la repentina llamarada.
Se congeló en seco. No creía que la fuente de esa luz brillante hubiera tenido algo que ver con ese oscuro Príncipe Velrav pero no obstante quería ser cauta.
Extendió sus sentidos con el fin de obtener el maná de las Montañas Keralianas como un medio para protegerse a sí misma. Un destello de pánico la invadió cuando se dio cuenta de que apenas podía sentirlas.
Respira, se dijo para sus adentros, sofocando el miedo. Respira.
Se concentró. Se centró en sus recuerdos de otros planos, de otras fuentes, pero igual no pudo sentir el flujo de maná rojo. ¿Cómo era posible? Ella se estaba sintiendo más fuerte, mejor de lo que lo había hecho por mucho tiempo, pero no podía establecer un vínculo de maná.
Detente. Piensa.
Chandra enderezó los hombros y siguió caminando, sus pisadas silenciosas en el suelo húmedo. Fuera lo que fuera que estaba

pasando dentro de esas ruinas pétreas ella necesitaba ese espacio para iniciar su regreso a Regatha. Y, si era necesario, le dejaría claro a los demás su demanda temporaria de esas ruinas. Con o sin el uso de la magia.

Se arrastró hasta las paredes, se acercó en silencio sobre algunas piedras caídas, y se asomó por una esquina, mirando hacia el lugar donde parecía haberse originado el estallido de luz.

Vislumbró a un hombre irguiéndose lentamente de pie mientras parecía recomponerse a sí mismo y reconocer su entorno.

Chandra vio dos manchas oscuras en sus polainas bronceadas donde se había arrodillado en el barro. Su cabello largo y despeinado colgó en su rostro cuando se volvió hacia Chandra.

El hombre la vio mirándolo fijamente y se quedó inmóvil.

Después de una breve pausa dijo: "Hola, Chandra."

Una fría sensación invadió a Chandra. "Gideon."

Capítulo 9



"No estaba seguro de que todavía estuvieras viva. Fue una buena caminata la que hiciste." La voz de Gideon estaba seca.

"¿Cómo hiciste...?" El corazón de Chandra estaba latiendo cuando se dio cuenta de cuál iba a ser la respuesta. "¿Me has seguido? ¿Seguiste mi rastro a través de las Eternidades Ciegas?"

Él asintió. Sólo un pequeño movimiento hacia abajo de su barbilla. Ningún movimiento desperdiciado.

"Caminante de planos," dijo ella respirando, todavía aturdida. No había olvidado las promesas que se había hecho a sí misma acerca de lo que haría si alguna vez lo volvía a encontrar pero esa revelación cambió un poco las cosas.

No era de extrañar que él hubiera sido capaz de atraparla con la guardia baja y capturarla tan fácilmente en esa calle de Kephalai. ¡Un caminante de planos! Él sería al menos tan poderoso como ella. Y era un poco mayor por lo que probablemente sería más experimentado, más hábil en el uso de su poder, dado que él había tenido más tiempo para aprender y practicar.

La mirada de Gideon viajó sobre ella. "Veo que ahora estás bien."

La apariencia de él, aparte del hecho de que se veía como si hubiera caído cuando había entrado en ese plano, era exactamente la misma como lo había sido.

Ella dijo: "Al parecer esa caminata no te hizo ningún daño."

Él hizo un pequeño y desdeñoso encogimiento de hombros. "Tenía tiempo para prepararme."

Y, evidentemente, él sabía que ella no lo había tenido.

Chandra estaba impresionada de que hubiera sido capaz de seguir el rastro errático de su confuso vagabundeo por las

Eternidades Ciegas. Ciertamente habría hecho falta bastante habilidad.

Impresionada y perturbada. ¿Por qué se había molestado en hacerlo?

Ella dudó de que le fueran a gustar sus razones, fueran las que fueran.

"¿Dónde estamos?" preguntó Gideon.

"¿Acaso no lo sabes?"

"Yo te estaba siguiendo," le recordó.

"Me perdí," dijo ella irritada.

"Me di cuenta." Dijo él mirando a su alrededor. "¿Así que no sabes dónde estamos?"

"Se llama Diraden. ¿Qué estás haciendo aquí?"

El pasó junto a ella, yendo más allá de los muros de piedra en ruinas para contemplar el paisaje. "Como he dicho, te seguí."

"¿Por qué?"

"Todo está muriendo aquí," observó Gideon.

"¿Dónde está mi pergamino?" le exigió Chandra al notar que no lo tenía en él en ningún lugar obvio.

"No es tu pergamino." Gideon se acercó a un árbol, examinó las ramas desnudas, y utilizó su pie para raspar un poco de tierra suelta.

"¡Tampoco es tuyo!" exclamó Chandra.

"No," respondió él distraídamente mientras se arrodillaba para tocar el suelo. Recogió un puñado de tierra húmeda, cerró el puño alrededor de ella, y aspiró profundamente mientras miró hacia el cielo.

"¿Dónde está?" le exigió Chandra.

Gideon apenas le estaba prestando atención, lo que le molestó. Se puso de pie de nuevo, miró a lo lejos, y dijo en voz baja: "Aquí todo está mal."

"Te he hecho una pregunta," dijo ella con los dientes apretados.

El, ignorando su comentario, pasó junto a ella y volvió a entrar en las ruinas. Chandra le siguió. Cuando ella empezó a hablar de nuevo él levantó una mano para hacerla callar. Estaba rodeando el lugar donde ella había llegado a ese plano. Había un gesto de concentración en su rostro.

Chandra decidió que ya había tenido suficiente. "¡Me engañaste! ¡Ayudaste a los soldados del Prelado para que me capturaran! Me robaste mi perg…"

"Tú también lo robaste," dijo él con desdén, todavía con el ceño fruncido mientras volvía a mirar hacia el cielo. "Y no es tuyo."

"¡Fui encarcelada por tu culpa! ¡Los Enervantes intentaron drenar todo mi poder!"

"¿Enervantes?" Eso llamó su atención por un momento así que miró en su dirección. "¿Es verdad que huelen tan mal como dice la gente?"

"Sí."

"Enervantes," murmuró Gideon. "Eso explica por qué tu caminar por los planos fue tan mal. Estabas debilitada."

"En parte," le espetó ella. "¡La otra parte es que tuve que entrar en el éter sólo momentos por delante de docenas de soldados! ¡Ellos me torturaron para averiguar dónde estaba el pergamino y lo habrían hecho hasta que muriera porque yo no sabía dónde estaba!"

"Sí, lo he oído." Gideon parecía perdido en sus pensamientos, su mente apenas en la conversación cuando dijo: "A fin de cuentas lo hiciste bien para sobrevivir. Pero es una lástima que hayas elegido este lugar para terminar tu caminata."

"Pues siento que no te guste," dijo Chandra ácidamente. "Pero ya que no fuiste invitado desde un principio ¿por qué no te vas?"

Él la miró. "Aún no te has dado cuenta."

El rostro de él estaba en sombras y su expresión vigilante, pero algo en su tono anodino la enfureció.

"¡Gideon, si me seguiste para apresarme y arrastrarme de nuevo a Kephalai entonces has cometido un gran error!" Ella lanzó las manos hacia él para rodearlo con un círculo de fuego...

Y no pasó nada.

Gideon se quedó allí con calma, sin mover un músculo, sin reaccionar físicamente en absoluto. Su voz sonó ligeramente divertida cuando dijo: "Por supuesto."

Chandra se miró las manos en un shock desconcertado, dándoles la vuelta y estudiando sus palmas, como si pudiera leer la respuesta allí para su repentina ausencia de poder.

"Pero yo me siento mucho mejor ahora," murmuró. "Así que..."

"Puede que te sientas mejor," dijo a Gideon, "pero ¿seguramente hay algo que no sientes?"

"Yo..." Ella frunció el ceño, dándose cuenta de lo que había querido decir. "Maná." De repente la dificultad que ella había tenido antes en sentirlo cobró sentido.

Él asintió. "Algo nos está bloqueando el acceso al maná."

Ella lo miró con sorpresa. "¿Bloqueando el maná?"

"No es completamente eficaz," dijo Gideon. "Es por eso que tú sientes algo. Pero es lo suficientemente eficaz como para ser un serio problema para nosotros."

"¿Nosotros?" Entonces ella se dio cuenta de la importancia de lo que él le estaba diciendo. "¿Tú también estás sin poder?"

"Tanto como tú," confirmó.

"Noté que era difícil sentir el flujo," dijo ella, pensando en volver. "Difícil de unirse. Pero pensé que era porque yo todavía estaba débil."

"No." Respondió él negando con la cabeza. "Es probable que si te concentras mucho puedas invocar suficiente maná aquí como para iniciar un pequeño fuego para cocinar. Pero eso será todo mientras lo estén bloqueando tan bien."

Chandra nunca había oído hablar de tal cosa. "¿Qué podría estar haciendo esto?"

"No estoy seguro. Obviamente algo muy poderoso."

"¿O alguien?" Preguntó ella pensando en el príncipe hambriento.

Gideon se encogió de hombros. "Se necesitaría una constante atención y gran cantidad de fuerza. El esfuerzo sería enorme. Un gran drenaje para una sola persona."

"Así que probablemente él tiene ayuda," reflexionó ella.

"¿Él?" repitió Gideon.

"Hay un nigromante llamado Príncipe Velrav que gobierna aquí."

"Por supuesto," dijo Gideon. "El maná negro es abundante aquí."

"¿Es por eso que siempre es de noche aquí?"

Él la miró fijamente. "¿Siempre?"

Ella le contó lo que había aprendido de Jurl.

"Un trasgo," reflexionó Gideon. "¿Y yo supongo que tú no pudiste sacarle alguna información de si este fenómeno es reciente o ha estado sucediendo durante siglos?"

"No."

Jurl había sido bastante típico para ser un trasgo, teniendo en cuenta la experiencia de Chandra: ni brillante, ni articulado.

Gideon levantó la vista hacia el cielo nocturno. "No hay nubes. Tampoco estrellas."

"Yo también me di cuenta de eso," dijo ella. "Nunca lo había visto antes."

"Dudo que eso sea el normal cielo nocturno de aquí."

"¿Crees que Velrav colocó un...?" Chandra se encogió de hombros. "¿Un sudario sobre este plano?"

"Esa es una forma de decirlo," dijo Gideon.

"¿Es eso lo que está restringiendo el maná?"

"No lo sé. Pero yo nunca había experimentado nada como esto y nunca había estado en un lugar donde había sucedido." Él hizo un gesto con la barbilla hacia el cielo. "Una noche perpetua atribuida al rey nigromante local..."

"Príncipe."

"Mi conjetura es que las dos cosas están relacionadas. ¿Qué más te dijo tu amigo trasgo?"

"'Amigo' sería una exageración."

"Él te llevó al agua. No trató de matarte. Para un trasgo eso suena bastante amable."

"Sí," dijo ella pensativa, reflexionando sobre el encuentro. Su primera impresión de Jurl, cuando lo había visto comiendo su ruidosa presa viva, había sido que él era como todos los demás trasgos que había encontrado... sólo que más. "Fue sorprendentemente bueno conmigo. Ahora me pregunto ¿por qué?"

"¿Supongo que no lo amenazaste con prenderle fuego?" dijo secamente Gideon.

"Oh sí. Tal vez fue por eso."

"¿Qué más te dijo sobre Velrav?"

Chandra relató los vagos comentarios de Jurl sobre los siervos de Velrav secuestrando a personas de todas las razas que vivían en Diraden con el fin de satisfacer su "hambre". Concluyó describiendo el encuentro con la Aparición de la Ciénaga.

Gideon dijo: "¿Así que no lo mataste y alertaste a todo el ejército de Velrav de tu presencia?"

"No," dijo ella fríamente.

"Es bueno ver que estás aprendiendo de tus errores."

"¿Y tú qué sabes acerca de mis…?"

"Antes de que nos pongamos a trabajar en el problema de la destrucción de este... sí, sudario es una buena palabra para ello, deberíamos asegurarnos..."

"Espera, ¿qué quieres decir con 'nos'?" dijo ella. "Si tú estás decidido a inmiscuirte en los problemas locales esa es tu elección. ¡Que lo disfrutes! Pero esto no tiene nada que ver conmigo. Todo lo que yo quiero hacer es salir como una tromba de este espeluznante plano y..." Todo el peso del problema que enfrentaban golpeó a Chandra como un golpe físico. Se tambaleó un poco al darse cuenta de lo que esto significaba.

"Ah," dijo Gideon. "Ahí radica el problema."

"No podemos irnos," dijo ella aterrada por el descubrimiento.

"No hasta que podamos establecer adecuados lazos de maná. Mientras estén restringidos..."

"Estaremos atrapados aquí."

Al huir de Kephalai en un estado debilitado Chandra se había arriesgado a morir en las Eternidades Ciegas. Y allí, sin acceso a ningún poder real, se arriesgaba a vivir el resto de sus días en una noche perpetua.

"Estoy varada." Dijo ella mirando a su apuesto compañero con horror. "Contigo."

"Bueno, si te aburres de mi," dijo él, "siempre estará Jurl."

"Supongo que vas a sugerir que tú y yo..." Chandra tragó saliva, asqueada por la idea de que ella tuviera problemas incluso de decirlo. "Que nosotros… trabajemos juntos. Para salir de aquí."

"Si tu prefieres darte por vencida y establecerte aquí yo solo no podré hacerlo. Pero, sí, yo…"

"¿Por vencida?"

"Imagino que será más fácil escapar de este plano si los dos nos ponemos a trabajar en el problema." Sus labios se relajaron momentáneamente en lo que podría haber sido una leve sonrisa. "Juntos."

Ella lo repensó. "Hay ciertas condiciones si quieres mi ayuda."

"Claro que sí, hagamos una pausa para negociar los términos en los que vamos a cooperar."

"Yo no te pedí que vinieras aquí," le recordó ella. "Tu presencia en este sitio es enteramente tu culpa. No deberías haberme seguido. ¡Y para no salir del tema tampoco deberías haber robado mi pergamino, ni ayudado a los soldados del Prelado a que me capturaran!"

"Pues yo creo que nos estamos desviando del tema."

Chandra dijo: "Mis condiciones son las siguientes."

"Continúa."

"No volveré a Kephalai. Tú no me volverás a llevar allí. No me engañarás o manipularás para que yo regrese allí."

"De acuerdo."

"Tampoco le informarás al Prelado, a sus fuerzas, o a cualquier otro habitante de Kephalai a donde iré cuando me vaya de aquí."

"De acuerdo," repitió él.

"No me entregarás al Príncipe Velrav o a sus secuaces con el fin de garantizar tu propia fuga y no me impedirás que salga de este plano."

Sus cejas negras se elevaron. "Si que tienes una mala opinión de mí."

"Si no te gustan mi términos," dijo ella, "eso está bien. Nosotros no tenemos por que trabajar juntos."

"No, los términos están bien. Estoy de acuerdo con ellos."

Ella investigó su rostro para ver si confiaba en su palabra en esto y la expresión de él lo delató un poco. Pero se negó a tener miedo de él... y reconoció, aunque de mala gana, que tenía más sentido que ellos cooperaran allí en vez de estar peleados entre sí.

Él dijo: "Como estamos negociando nuestra asociación..."

"Nosotros no somos socios," dijo Chandra bruscamente. "Sólo somos... eem..."

"Yo también tengo algunas condiciones."

"¿Ah, sí?"

"Mientras estemos aquí tú pensarás, por lo menos en la medida en que seas capaz de ello, antes de actuar."

"¿Cómo te atreves...?"

"Yo no quiero pasar el resto de mi vida aquí (y si vamos al caso probablemente una vida muy corta) porque tú no utilizaste la cabeza." Cuando ella sólo lo fulminó con la mirada él le empujó, "¿Y bien?"

"En la medida en que sea capaz," dijo sombríamente: "Pensaré antes de actuar."

"Bien. Siguiente condición: No matarás a nadie que no sea un peligro para nosotros."

"¿Y cómo vamos a decidir quién es o no es peligroso?" preguntó ella con suspicacia.

"Pongámonos de acuerdo en que confiarás en mi juicio sobre eso."

"No." Respondió ella dándose la vuelta.

La mano de él en su brazo la detuvo. "Chandra."

Ella volvió la cabeza y sus ojos se encontraron. Los de él muy serios. Para su sorpresa él no parecía enojado aunque ella no estuvo muy segura de lo que vio allí.

Entonces él dijo en voz baja: "Nosotros podríamos morir aquí."

Gideon era un poco más alto que ella así que Chandra inclinó la cabeza y dijo: "Entonces moriré a causa de mi juicio. No el tuyo."

Con su mano todavía sosteniéndole su brazo él dijo, "Yo no quiero matar a ningún inocente mientras estemos tratando de salir de aquí."

Pensar acerca de inocentes le molestó.

"Yo tampoco," dijo ella consciente de lo cerca que estaban de pie. Tan cerca que Chandra se dio cuenta en ese momento que

necesitaba afeitarse. La sombra oscura que empezaba a opacar su mandíbula se haría más evidente por la mañana... algo que, por supuesto, no vendría. No en Diraden.

Gideon dijo: "Puedes ser un poco... imprudente si vamos al caso."

La mirada de él cayó y sus pestañas oscuras bajaron. Chandra tuvo la sensación de que le estaba mirando sus labios. Ella les pasó la lengua y sintió el agarre en su brazo apretarse ligeramente.

"Yo estaba tratando de sobrevivir. Ellos me habrían matado en Kephalai." Oyó el aliento de su voz y no le gustó. Soltó su brazo de su agarre y se alejó. "De todos modos, ¿qué te hace pensar que nos encontraremos con inocentes? Hasta ahora yo solo he hablado con un trasgo, he visto a una Aparición de la Ciénaga, y oí hablar de un mago negro con un apetito siniestro."

"La noche es joven."

Él la miró sin inmutarse, como si ese extraño momento no hubiera pasado entre ellos.

Tal vez para él no lo había hecho.

Ella frunció el ceño. "Así que. ¿Vamos a trabajar juntos?"

"Sí."

"Bien," dijo ella. "Puesto que eres un defensor de pensar antes de actuar, ¿cuál es tu plan?"

"En primer lugar," dijo Gideon, "Creo que deberíamos averiguar quién nos está observando."

"¿Observando?" Preguntó ella frunciendo el ceño. "¿Qué te hace pensar que estamos siendo ob...?"

"¡Yaaagggh!"

El chillido sin palabras fue acompañado por algo grande y pesado chocando contra la espalda de Chandra. En ese mismo instante vio a Jurl saltar por encima de un muro de piedra derrumbado y atacar a Gideon que dio la vuelta para defenderse.

Chandra golpeó el suelo con una fuerza considerable y quedó sin aliento. Oyó gruñidos justo al lado de su oreja y sintió un cuerpo pesado yaciendo encima de ella. Entonces unas poderosas manos la arrebataron por sus hombros y comenzaron a golpearla contra el suelo. Una y otra vez. Duramente.

Chandra invocó el fuego, con la intención de incinerar a su atacante... y entonces se dio cuenta de que no podría hacerlo.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Mientras luchaba por conservar la conciencia vio una mano con garras peludas por el rabillo del ojo. Una grumosa piel gris. Otro trasgo.

¿Jurl? se preguntó en la confusión.

El trasgo siguió golpeándola contra el suelo como si tratara de ablandarla.

¡Suficiente!

Chandra, sin suficiente fuerza física en su posición actual como para ganar la ventaja, optó por una táctica diferente. "¡Yo...!" Afortunadamente el terreno no era duro pero aun así aquello fue

doloroso. "¡...me rindo!" Ella volvió a ser estrellada contra el suelo. "¡Me rindo! ¡Me rindo!"

"¿Qué?" dijo el trasgo haciendo una pausa en su asalto.

"¡Me rindo!" Ahora que ella no estaba siendo aporreada contra el suelo podía oír los gruñidos y golpes de Gideon y el otro trasgo luchando entre sí.

"¿Rindo?" dijo el trasgo respirando en su cuello.

"¡Sí! ¡Me rindo! ¡Me doy por vencida!" exclamó Chandra. "¡Tú ganas!"

El peso del trasgo cambió. Estaba evidentemente sorprendido y tal vez un poco confundido. Como los trasgos no eran conocidos por su misericordia aquel nunca podría haber encontrado antes esta reacción a un ataque. Lo típico era que una pelea con un trasgo fuera una lucha a muerte.

La pausa en el asalto del trasgo y el desplazamiento de su peso fue todo lo que ella necesitó. Chandra utilizó los músculos de las piernas para sacarse de encima el trasgo con una poderosa patada de tijera antes de rodar y recoger una de las rocas situadas en la base de una pared cercana en ruinas. Con la roca en la mano se lanzó sobre el trasgo y golpeó su enorme cabeza. La criatura gritó y se tambaleó hacia atrás. Chandra se levantó de un salto y lo volvió a atacar justo en la sien. La bestia cayó pesadamente al suelo y se quedó inmóvil, sangre goteando de su oreja. Ella lo dejó donde estaba y se alejó tambaleándose, sin saber si estaba muerto.

"¡Agj! ¡Odio a los trasgos! ¡Los odio!"

Se dio la vuelta, con la intención de ir en ayuda de Gideon. Él y el otro trasgo rodaban juntos por el suelo, sus cuerpos revolcándose frenéticamente en el barro alrededor de las paredes de piedra.

Chandra recogió otra piedra y se acercó a ellos. El trasgo soltó a Gideon, quien se alejó rodando y levantó su pie para patear al trasgo en el rostro con una fuerza considerable. Este cayó hacia atrás, luego se tambaleó en un círculo y se volvió hacia Gideon, quien rodó por el suelo rápidamente y extendió su brazo, buscando por algo. El trasgo vio a Chandra acercándose y se congeló. Volvió la cabeza y vio a su compañero tendido boca abajo en el suelo.

Entonces dio un estridente gritito, giró y huyó.

"¡Retrocede!" ordenó Gideon cuando Chandra se lanzó tras él.

"¡Se está escapando!"

"¡Al suelo!" Gideon levantó un brazo para hacer círculos rápidos y amplios por encima de su cabeza.

Chandra vio algo refulgir brillantemente en la luz de la luna mientras giraba sobre la cabeza del caminante de planos, haciendo un amenazante sonido susurrante. Se dio cuenta de que era su sural, desplegado y haciendo remolinos por encima de ellos con una velocidad mortal.

Ella, recordando que la cosa tenía tres cuchillas muy largas y afiladas, se tiró al suelo y se cubrió la cabeza. Sin su magia para guiar los tentáculos de acero del arma quien sabría si la puntería de Gideon sería igual de buena.

Chandra oyó el sonido silbante cambiando por un largo suspiro metálico cuando Gideon desató el látigo. Asomó la mirada entre sus dedos y vio que había lanzado toda el arma, dejando que volara a través de la noche oscura, con mango y todo. El trasgo era rápido y ya había recorrido cierta distancia pero no pudo dejar atrás el arma voladora.

Mientras Chandra se ponía de rodillas, con la mirada fija atentamente en el trasgo que huía, Gideon echó a correr. La piromante vio algo destellar brevemente en la luz de la luna y entonces el trasgo cayó. Entonces se puso de pie y también corrió tras él.

Cuando llegó al lado de Gideon la criatura estaba tendida en el suelo, gruñendo y refunfuñando mientras luchaba en la filosa maraña de cuchillas flexibles que estaban apretando sus piernas cortas.

"No debería haber dudado de tu puntería," dijo Chandra a Gideon jadeando por el esfuerzo.

"Solo un disparo afortunado," dijo este. "Para ser honesto apenas pude verlo."

"¡Chandra!" dijo el trasgo con una voz sonando familiar. "¡No matar!"

Ella suspiró. "Hola, Jurl. Nos volvemos a encontrar."

Capítulo 10



Gideon tomó el mango del látigo y tiró bruscamente. Los ojos de Jurl se hincharon y este hizo un horrible sonido de gemido por el dolor infligido a sus extremidades atrapadas.

Chandra preguntó a Gideon, "¿Cómo supiste que nos estaban mirando?"

"El que te atacó proyectaba una sombra en la pared de piedra cerca de ti. Me di cuenta cuando se movió."

Ella no había visto nunca el gesto de descubrimiento en el rostro de Gideon. Tendría que recordar que era bueno en ocultar cosas.

El caminante de planos le dio a Jurl un ligero golpecito con el pie. "Pero yo no sabía que también había uno detrás de mí. Se mueven en silencio, ¿no?"

"¡No patear!" dijo Jurl.

"Explícanos por qué nos has atacado," dijo Gideon al trasgo.

"Chandra desaparecer pronto."

Gideon miró a Chandra y luego dijo: "¿La atacaste porque ella se iba?"

"Porque no hay tiempo."

"Creo que quiere decir," dijo Chandra, "que atacó ahora porque yo le había dicho que me iba a ir muy pronto."

"¡Sí!" Jurl quedó aparentemente satisfecho con su interpretación. "No hay tiempo."

"¿Pero por qué la atacaste en absoluto?" le preguntó él al trasgo.

"Llevarla al Príncipe Velrav."

"¿Qué?" Chandra frunció el ceño. "¿Ibas a entregarme a Velrav? ¿Para alimentar su hambre?"

"Sí."

"Jurl, ahora entiendo por qué estabas siendo tan servicial. Me querías para ti mismo."

"Sí," confirmó Jurl.

"Y pensar que estabas empezando a gustarme," murmuró ella.

"¿Así que tú eres uno de los siervos de Velrav?" preguntó Gideon.

"Sí."

"Ya veo. ¿Por qué?"

"Llevar regalo a Velrav. Velrav dar algo."

"Ah. Y si le llevas una hermosa maga de fuego a Velrav obtienes algo bueno, ¿no?"

"Sí." Jurl pareció tan alicaído como hubiera lucido un trasgo cautivo retorciéndose. "Pero no ahora." Él miró a Gideon y añadió: "No matar."

"¿Por qué no?" Gideon le dio a la empuñadura de su arma otro tirón.

Jurl jadeó. "Darme vida. Yo les doy."

"¿Darnos qué?"

"Decirme que," dijo Jurl. "Yo obtengo."

"Lo que yo quiero," dijo Gideon, "es alguien que pueda responder a todas mis preguntas."

"¿Preguntas?" repitió Jurl.

"Mis preguntas sobre Velrav. Sobre Diraden. Sobre por qué nunca llega la mañana."

Jurl lo pensó y luego sugirió: "¿Mujer sabia?"

"Sí," dijo Gideon. "Quiero hablar con una mujer sabia."

"Aldea mujer sabia," dijo Jurl ansiosamente. "Conoce cosas."

"¿Cuán lejos?" preguntó Gideon.

"No lejos. Yo traigo."

"Esta bien, voy a quitar el sural de tus piernas."

"¿Qué?"

"El arma."
"¡Bien!"
"Y luego voy a usarlo para atar tus manos detrás de tu espalda."
"Mal."
"Si te resistes o intentas escapar mientras lo estoy haciendo te volveré a atrapar pero no seré amable."
"Podrías terminar como tu amigo, Jurl. Y tú no quieres eso, ¿verdad?" le dijo Chandra.
"No amigo," dijo Jurl con desdén.
"¿Entonces por qué lo has traído contigo?" preguntó. "¿No tienes que compartir con él lo que Velrav te vaya a dar?"
"Necesito ayuda ahora," dijo Jurl. "Matar más tarde."
"No hay honor entre los trasgos," murmuró Chandra.
"Supongo que la idea de atacar a una mujer sola era demasiado desalentador," dijo Gideon secamente.
"Seguro se sintió intimidado por mi belleza," dijo ella recordando el comentario anterior de Gideon.
"Tal vez." Respondió este sin un atisbo de burla en su voz. Estaba mirando hacia abajo al trasgo mientras comenzó a desenredar su arma de sus piernas. Su expresión estaba oculta en las sombras. Chandra se le quedó mirando con desconcierto hasta que él dijo, "Sostén la roca donde él pueda verla."
Gideon terminó de retirar el sural de las piernas de Jurl. "Date la vuelta."
"No atar las manos."
"Date la vuelta," dijo Chandra, "o mueres ahora mismo, exactamente de la forma en que murió tu amigo."
"No ami…"
"Cállate y haz lo que te dicen," le espetó ella.
Jurl, con evidente reticencia, se dio la vuelta y dejó que Gideon arrebatara sus brazos y empezara a atarle las manos con las cuchillas flexibles del sural.
Cuando el trasgo gritó de dolor y protestó Gideon le aconsejó dejar de resistirse. "Esto va a doler menos si cooperas."
Cuando el caminante de planos quedó convencido de que las ataduras quedaron lo suficientemente seguras, se puso de pie, sosteniendo el mango del sural. El rollo de acero que se extendía entre el mango y las muñecas atadas del trasgo sirvió como una especie de correa.
"Levántate," dijo Gideon.
"No puedo," dijo Jurl.
Chandra se trasladó para poner las manos debajo de los hombros del trasgo postrado y le empujó (con un poco de esfuerzo) hasta una posición de rodillas. A partir de ahí ella y Gideon tomaron cada uno un brazo y pusieron a Jurl en pie de un tirón.
"Ahora nos llevarás a la mujer sabia," dijo Gideon.
"Sí."
"Ah, una cosa más." Gideon torció el mango del sural. Jurl protestó cuando las filosas bandas de acero se apretaron alrededor

de sus muñecas y tiró sus brazos hacia atrás en un ángulo doloroso. "Si intentas engañarnos, o traicionarnos, o llevarnos a alguien más..." Gideon volvió a tirar del mango. "Apretaré esta cosa tan fuerte que te cortará las manos."

"¡No!"

"Sin manos el resto de tu vida será impotente y miserable. En el lado positivo," añadió Gideon,"sin duda también será muy, muy corta."

"¡Sin trucos!" prometió Jurl. "¡Solo mujer sabia!"

"Bien."

"Por aquí," dijo Jurl.

Ellos dejaron las ruinas de piedra atrás y salieron en una dirección diferente a la que Chandra había ido antes. Mientras caminaron por el tranquilo paisaje moribundo, siguiendo a su guía reacio, Gideon dijo: "Eres muy útil cuando hay problemas, incluso sin la magia de fuego."

Lo mismo él. Pero ella era renuente a hacerle cumplidos. En cambio preguntó: "¿De dónde sacaste tu...?" Ella señaló al arma cuyo mango sostenía.

"¿El sural?"

"Sí, tu sural."

"Me lo dio mi maestro."

"¿El sabía...?" Ella vaciló y luego preguntó: "¿Sabía acerca de lo que eras?"

Él no tuvo que preguntarle que había querido decir. "Sí."

"¿Era un...?" Chandra miró al trasgo caminando por delante de ellos. "¿Tu maestro era uno de nosotros?"

"No, pero sabía acerca de los de nuestra clase."

"¿Cómo?"

"Su maestro fue uno de ellos." Gideon añadió: "Y su maestro le dio el sural."

"¿De dónde viene originalmente?" Ella nunca había visto nada igual.

"No lo sé." Entonces Gideon se puso a su lado en la oscuridad y dijo en voz baja, "Su maestro murió sin decirle dónde lo había obtenido."

"¿Sabes cómo murió?" Para un caminante de planos había muchas posibilidades.

"Lo mató un piromante." Su voz fue tranquila, sin expresión.

Hubo un largo silencio entre ellos.

El suelo sobre el que pisaban estaba particularmente húmedo. Chapoteó bajo los pies de Chandra mientras ella siguió el ritmo junto a Gideon en la oscuridad, ambos sin hablar.

Jurl caminó dando pisotones por delante de ellos, con los hombros encorvados. Empezó a jadear un poco y sus pasos se volvieron más lentos. Al parecer el trasgo se estaba sintiendo fatigado. En un momento dado pidió descansar pero Gideon se negó a la solicitud.

El frío silencio continuó entre ella y Gideon poniendo a Chandra cada vez más nerviosa. Después de todo no era su culpa que

el maestro de su maestro hubiera sido asesinado por un mago de fuego. Por lo que sabía él se merecía lo que le había pasado.

"Así que ¿tú lo conociste?" preguntó ella bruscamente.

"¿Conocer a quién?" El sonó ligeramente desconcertado como si hubiera estado pensando en algo completamente distinto.

"Al cam..." Pero antes de que pudiera terminar la palabra recordó que Jurl podía oírlos. El trasgo era estúpido e ignorante pero no obstante capaz de planear y conspirar. Cuanto menos se enterara por las escuchas mejor. "Al que era el dueño del sural. El que murió."

"No. Murió muchos años antes de que conociera a mi maestro."

"¿Y a él cómo lo conociste?" preguntó ella.

Chandra se había encontrado con muy pocos caminantes de planos. Su experiencia le decía que eran una especie rara y que eran solitarios. No se congregaban y no eran necesariamente amigables entre sí.

"Él... me encontró," dijo Gideon.

"Después de que tú..." Ella lo expresó de una manera que no tuviera ningún sentido para el trasgo en caso de que la criatura estuviera fingiendo cansancio y estuviera escuchándolos. "¿Te lo cruzaste?"

"¿Quieres decir después de mi viaje?" Gideon sonó un poco divertido por el intento de ella de interrogarlo sin ser entendido por su cautivo.

"Sí."

"No, nos conocimos antes de eso."

"¿Cómo es que te encontró?"

"Jurl, dijiste que no era lejos," le recordó Gideon al trasgo. "Esto parece lejos."

"Sí," dijo Jurl con cansancio. "Parece lejos."

"Si nos has mentido..."

"No," añadió Jurl, "No tomar las manos."

"Bueno, tal vez estoy algo cansado," admitió Gideon a Chandra. "¿A ti no te parece lejos?"

Ella no podía ver su expresión. En lugar de responderle le presionó, "Estabas a punto de contarme cómo conociste a tu maestro."

"¿Lo estaba?"

"Sí."

"¿Por qué quieres saberlo?"

"Estoy aburrida." Cuando él no respondió ella dijo: "Por supuesto, podríamos hablar de otra cosa. El pergamino por ejemplo."

"Entonces yo me sentiría aburrido."

"Entonces, ¿cómo te encontró tu maestro?"

"Bueno, tú te identificarás con esto," dijo él. "Yo era un criminal."

"¿Por qué eso no me sorprende?" Ella le preguntó: "¿Qué hiciste? ¿Atacaste mujeres y le quitaste sus objetos de valor?"

"Muy graciosa. De hecho nosotros sacrificábamos a los animales más lindos que podíamos encontrar y bebíamos su sangre de los cráneos de nuestras víctimas a la luz de la luna."

"Entonces este lugar debería regresarte a tus raíces."
"Hablando en serio, nosotros sobre todo irrumpíamos en los hogares de los ricos..."
"¿Nosotros?"
"Había un grupo de nosotros. Yo era el líder, más o menos. Robábamos dinero, bienes, objetos de valor. Y, eem..."
Él pareció reacio a continuar su historia. "¿Sí?" le presionó ella.
"Luego los regalábamos." Cuando ella no respondió el agregó, "A los pobres."
Ella frunció el ceño. "¿Por qué?"
"Éramos..." El pareció buscar la palabra adecuada. "Idealistas."
"Eso está muy lejos de beber la sangre de los animales."
"Yo era muy joven. Quería cambiar las cosas," dijo él. "Pero no sabía cómo. Era bueno robando. Bueno en la lucha. Bastante bueno en el manejo de un grupo de muchachos salvajes de mi edad."
"Eso es fácil de creer."
"Pero tenía mucho que aprender."
"¿Dónde estaban tus padres? ¿No trataron de frenarte?" Los propios padres de ella sin duda lo habían intentado cuando era una niña.
"Mi madre ya había muerto para ese entonces," dijo Gideon.
"¿Y tu padre?"
"¿Quién sabe?" El sonó indiferente. "Nunca lo conocí."
Todos caminaron en silencio por un tiempo. Chandra realmente comenzó a sentir en lo más profundo de sus huesos lo indefensa que estaba allí sin su poder. Incluso si ellos llegaban a obtener algunas respuestas de esta mujer sabia a la que Jurl los estaba llevando, ¿qué iban a hacer ellos para salir de ese plano? Trató de dejar de pensar en ello.
Al fin ella rompió el silencio: tenía que encontrar algo que la distrajera de estos pensamientos.
"Tu maestro," dijo de repente.
"¿Qué?" La reacción de Gideon le dijo que los pensamientos de este habían estado vagando lejos. Tal vez perdido en pensamientos similares a los de ella.
"¿Cómo fue que te encontró tu maestro?" dijo ella con urgencia. "¿Cómo llegó a convencerte de que renunciaras a tu vida como forajido?"
Hubo una pausa y luego él dijo: "¿Y qué te hace pensar que renuncié?"
Ella soltó su aliento en una nube de sorpresa. Luego sonrió y se sintió agradecida que él la hubiera hecho sonreír. "Reconozco mi error."
De hecho, por lo que sabía, él era un proscrito. Chandra había asumido que la había seguido allí para capturarla y llevarla de regreso a Kephalai. Había supuesto vagamente que era una clase de cazarrecompensas inter-planar. La última vez el Prelado había empleado a alguien con habilidades extraordinarias para que fuera tras Chandra. ¿Por qué no esta vez?

Pero dado que las fuerzas del Prelado no sabían dónde estaba el pergamino era obvio que este caminante de planos no se lo había devuelto.

Quizás Gideon seguía siendo un proscrito. O por lo menos jugaba a todos los ángulos y trabajaba en ambos lados de la valla. La idea la reconfortó.

"Siempre y cuando te apegues a nuestro trato y no trates de entregarme al Prelado," dijo en voz alta: "Yo no soy quien para juzgar el camino que has elegido en la vida."

"Es muy amable de tu parte."

"¿Así que en dónde te encontró tu maestro?"

"En la cárcel," dijo él.

"De verdad que tenemos mucho en común."

"El era alguien respetado y la prisión no estaba bien equipada para retener a alguien con mis habilidades," dijo Gideon. "Así que fui liberado bajo su custodia."

"¿Y así es como comenzó tu educación?"

"Sí. Supongo que más fácil de lo que él había esperado. Después de mi primera resistencia (y un intento de escapar de su custodia) me convertí en un estudiante dedicado. Ansioso."

"Te gustó el poder," dijo ella recordando su propia obsesión por este cuando había empezado a descubrir algunas de las cosas que podía hacer, cosas que nadie en su comunidad había entendido ni consentido.

"Sí, me gustó el poder. Me gustó desarrollarlo y perfeccionarlo. Sin embargo, sobre todo..." Gideon se detuvo pensativo. "Sobre todo me di cuenta de que mi maestro fue la primera persona que había conocido que podría ayudarme a encontrar lo que estaba buscando."

"¿Y qué fue eso?"

"Dirección. Concentración. Un camino para mi vida."

"Dirección..." Chandra no había pensado antes en la dirección. Había ido al Monasterio Keraliano para aprender más acerca de su poder. Sobre cómo acceder a más del mismo pero también la forma de controlarlo mejor. Y sus experiencias recientes demostraban que todavía tenía mucho que aprender al respecto.

Pero en ese momento ella no quería pensar en nada de eso. Además, en ese momento ella ni siquiera tenía acceso a todo su poder. Y ese tampoco era un tema en el que quería detenerse en ese momento. Así que le preguntó a Gideon, "¿Cuándo descubriste lo que realmente eras?"

"Cuando llegó el momento," dijo. "Cuando se encendió mi Chispa."

A Chandra le habían enseñado que la Chispa era una difusión de las Eternidades Ciegas en el alma de un caminante de planos. Era lo que le daba a un individuo protección contra las fuerzas entrópicas del éter. El encendido de la Chispa de un caminante de planos, aunque sucedía de forma diferente para cada uno, era el detonante de su primera caminata.

Gideon añadió: "Pero mi profesor lo supo antes que yo."

"¿Cómo lo supo?"

"Debido a mi poder. Mientras me dedicaba a mi formación mi fuerza creció. Para mí aquello solo pareció ser el resultado de estudiar y aprender. Pero más tarde, después de que supe la verdad acerca de mí mismo, él me dijo que lo había sabido durante algún tiempo porque sólo había conocido a otro hieromante igual de poderoso que yo."

"Ah. El que le había dado el sural todos eso años atrás."

"Sí. Mucho tiempo antes de que sucediera él creyó en que mi Chispa se encendería y me convertiría en... lo que me convertí. Así que él me preparó."

"¿Fue él quien te dijo lo que eras?"

"No. El me habló de nuestra especie y sobre el que él había conocido. Relató lo que sabía sobre el Multiverso, sobre el éter y las Eternidades Ciegas. Cómo prepararse para una caminata. Cómo sobrevivir a ella."

"¿Así que supiste lo que estaba pasando?"

"Sí. Yo fui plenamente consciente de lo que estaba sucediendo."

"¿Lo supiste antes de que sucediera?" preguntó ella con asombro.

"No exactamente. Pero cuando sentí encender mi Chispa lo entendí. Fue..." Gideon dudó. "Yo maté a alguien," dijo en voz baja. "Alguien muy poderoso. Muy peligroso. Supe que no debería haber sobrevivido a esa confrontación. No lógicamente. Me sorprendió la cantidad de energía a la que había accedido. Sentí una claridad en el mundo que me rodeaba. Sentí una intensa experiencia, la conciencia de simplemente ser que nunca había conocido. Tuve un momento, aunque fugaz, en donde entendí todo lo que me rodeaba. Entendí el Multiverso en un nivel fundamental, si es que uno puede imaginar tal cosa, por lo que cuando me metí en el éter supe a dónde ir."

"¿Y todo el tiempo es así?"

"No. El sentimiento desapareció tan pronto como aterricé en otro plano. Desde entonces he tratado de alcanzar ese estado de conciencia durante la mayor parte de mi vida pero todavía no he estado ni cerca." Él dejó escapar un lento suspiro. "Pero la caminata por los planos funcionó. Muy parecida a la forma en que la había descrito mi maestro. Y fue también que siguiendo sus enseñanzas encontré mi camino de regreso. Así que le pude contar como era."

Chandra sintió una oleada mezclada de admiración y envidia. "No puedo imaginarme..."

"¿Imaginarte qué?" preguntó él.

"Como hubiera sido mi primera caminata si hubiera sabido esas cosas. Si alguien me lo hubiera dicho."

"¿No tuviste ninguna idea de lo que te estaba ocurriendo?"

"Ninguna. Ni siquiera había oído hablar del caminar por los planos."

Chandra parpadeó al darse cuenta de que se habían vuelto indiscretos. Miró con inquietud al trasgo que marchaba delante de ellos con sus manos atadas detrás de la espalda. Pero Jurl parecía no estar haciéndoles caso. En cambio parecía nervioso, ansioso, y

totalmente centrado en su entorno, como si esperara una emboscada en cualquier momento.

"Eso debe haber sido duro," dijo Gideon.

"Yo no experimenté nada de lo que tu me has contado. Pensé que me estaba muriendo," admitió. "O que había muerto. O... No sé. Fue muy doloroso. Y, em, aterrador."

No supo por qué le estaba diciendo esto. Ella nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Madre Luti. Nunca había tenido un maestro a excepción de Luti y a esta no hacía mucho que la había conocido. Chandra nunca había conocido a otro caminante de planos antes de sus dos encuentros más recientes. Todo lo que ella sabía acerca de caminar por los planos se lo había enseñado a sí misma y todo lo que había aprendido acerca de los de su especie, que no era mucho, lo había sabido de Madre Luti.

"Una combinación de desesperación, instinto de supervivencia, y..." Chandra se encogió de hombros. "Pura suerte, supongo, me ayudaron a encontrar mi camino de salida del éter y la entrada a un plano físico esa primera vez."

"Y voluntad," dijo él.

"¿Qué?"

"Voluntad," repitió Gideon. "Tú tienes una voluntad muy fuerte. Eso fue lo que hizo la diferencia para que sobrevivieras a un paseo como el primero. Y también para aquel que te trajo aquí."

"¿Cómo me seguiste?" Ella supo que eso no podría haber sido fácil.

"En realidad dejaste un rastro bastante brillante."

Ella supuso que era por eso que el mago mental del manto cerúleo había sido capaz de encontrarla en Regatha.

"Pero el camino fue errático y pareció..." Él buscó la palabra correcta "... rebotar por todo el lugar. Me di cuenta de que había sido un duro viaje." Y añadió, "Y venir aquí de todos los lugares..."

"No es que yo exactamente lo eligiera."

"Pues yo supe incluso mientras me acercaba de que se trataba de un mal destino."

"Entonces, ¿por qué me seguiste?"

"¿Por qué robaste ese pergamino?" le contrarrestó él. "¿Dos veces?"

"¿Y tú por qué lo hiciste?"

"Yo no lo robé exactamente."

"¿Entonces, dónde está?" preguntó ella.

"No lo sé. Ahora que no hay un Santuario de las Estrellas donde guardarlo supongo que está en algún lugar del palacio del Prelado, bajo llave."

"No, no lo está," dijo Chandra. "Las mascotas del Prelado me iban a torturar para encontrarlo."

"Eso fue antes de que escaparas. Desde entonces el pergamino ha sido encontrado."

"¿Qué?"

"Chandra, ni siquiera lo pienses," dijo él. "Si está en el palacio es posible que consigas entrar viva pero nunca volverás a salir. Ni

siquiera tú. Ellos te estarán buscando. Y ahora saben que cometieron un error al no matarte en el momento en que te identificaron. No volverán a ser tan descuidados."

"¿Tú les devolviste el pergamino?"

"Sí."

"¡No te creo!"

Ellos caminaron en silencio por unos cuantos pasos.

"¿En serio se los devolviste?" preguntó ella de nuevo.

"Sí."

"¡No, no lo hiciste!"

Gideon no dijo nada.

Chandra, con sus pensamientos girando, preguntó, "¿Por qué lo hiciste?"

"Me pareció lo más sensato. Ya sabes, para calmar los ánimos después de que te fuiste."

"¿Eso es todo?"

"Más o menos," dijo él.

"¿Más o menos como una recompensa?"

"Bueno, si había una recompensa."

"Así que fue por eso."

"No exactamente."

"¿Qué quieres decir?"

"Bueno, en realidad no lo devolví precisamente."

"Si no lo devolviste entonces, ¿qué hiciste precisamente?"

"Lo dejé donde fuera encontrado por alguien que lo reconociera y lo entregara por la recompensa."

"No lo entiendo," dijo ella. "Tú me lo robaste. No te lo quedaste. No lo vendiste. No te llevaste el crédito por recuperarlo y no recogiste la recompensa."

"En realidad pareces entenderlo a la perfección."

"Si no lo querías," dijo ella, "¿por qué tomarlo desde el principio?"

"Pensé que si el Prelado no tenía el pergamino y no sabía donde estaba entonces ella no te ejecutaría inmediatamente. Que le habría gustado encontrarlo antes de matarte. Y puesto que tú no sabías donde estaba habría algunos retrasos." Gideon concluyó, "Yo pensé que eso te daría tiempo para tratar de escapar."

"¿Tú querías que escapara?" Ella se sintió desconcertada. "¿Y por qué no me ayudaste en vez de manipularme con tu pequeño truco pasivo?"

"Yo no sabía nada acerca de los Enervantes. De lo contrario habría sido un poco más proactivo."

"¿Si no querías que me ejecutaran entonces por qué les ayudaste a prenderme?"

"Porque estabas a punto de comenzar una batalla con los soldados en una calle llena de gente inocente."

"En una... Yo estaba..." Ella se dio cuenta de lo que él estaba diciendo.

"Tú estabas pensando en ti misma," dijo el. "Yo estaba pensando en las decenas de personas que podrían haber sido asesinadas."

"Lo que sea." Después de unos largos momentos de tenso silencio ella dijo, "Así que tú no querías el pergamino." Cuando él no se molestó en responder ella continuó, "Y no quieres que vuelva a Kephalai."

"Creo que sería estúpido." Y él añadió, "Y asesino."

"Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?" le demandó ella. "¿Por qué me seguiste? ¿Por qué me estabas buscando en Kephalai? ¿Quién eres tú?"

En ese momento Jurl dijo: "Dejar de hablar."

"¿Qué?" le espetó Chandra.

El trasgo levantó la cabeza, sus orejas puntiagudas rígidas en señal de alerta.

"Él escucha algo," dijo Gideon en voz baja.

Su cautivo levantó la cabeza y olfateó el aire húmedo de la noche, aparentemente ajeno a su presencia.

Chandra miró a Gideon. El bosque de árboles retorcidos y sin hojas que estaban atravesando emitía tantas sombras en la luz plateada que ella no podía ver bien su rostro. Pero ella sintió que él estaba tan tenso como ella.

Entonces el comportamiento de Jurl cambió abruptamente. La criatura se estremeció, se agachó y se volvió hacia ellos, jadeando y haciendo ruiditos de angustia.

"¿Qué pasa?" le preguntó Gideon en voz baja.

"Jinetes," dijo el trasgo sollozando.

"¿Jinetes?"

Un momento después Chandra escuchó el golpeteo distante de cascos. Acercándose rápidamente.

"Malo," dijo Jurl, "¡Ocultar!"



Capítulo 11

Jurl corrió hacia unos arbustos. La correa de acero le impidió ir más de unos pocos pasos antes de detenerse, gruñendo de dolor.

"Ocultar." El trasgo sonó aterrorizado.

Gideon tomó el brazo de Chandra. "Vamos."

Moviéndose rápidamente siguieron a Jurl entre los arbustos. El tronar de los cascos ya estaba mucho más cerca. Cuando los tres se agacharon por lo bajo detrás de las ramas desnudas de los arbustos Chandra se sintió agradecida por la oscuridad. Esos arbustos eran gruesos, incluso sin hojas, pero supo que ella y sus compañeros hubieran sido visibles a la luz del día.

Se inclinó hacia delante y miró a la izquierda, más allá de Gideon, hacia donde venían los golpes de cascos. Como se tambaleó un poco en esa dirección, inestable al estar en cuclillas, su hombro entró en contacto con el de Gideon.

Este se volvió hacia ella. Estaba demasiado oscuro para ver la expresión de él pero ella pudo ver sus ojos mirando directamente a los de ella. Ninguno habló. Entonces él, también, miró en la dirección de los jinetes que se acercaban.

Chandra oyó un relincho agudo cuando los caballos al galope entraron en la arboleda. En ese momento miró hacia la oscuridad y pudo vislumbrarlos débilmente. Afortunadamente no se estaban dirigiendo hacia ese lugar. Atravesaron el bosque marchito a cierta distancia de donde estaban agazapados entre los arbustos, moviéndose en diagonal. Ella contó tres jinetes... No, cuatro, notó, mientras galopaban en un charco de luz lunar.

Los jinetes corrían a través de una densa nube de niebla baja...

No, se dio cuenta ella un momento después, la niebla se trasladaba con ellos, rodeándolos y viajando en su compañía, fluyendo rápidamente a través del paisaje. Esto hizo que los caballos se vieran como si estuvieran corriendo encima de una nube blanca en movimiento, galopando a través del aire en lugar del suelo. Sin

embargo sus pezuñas debían estar tocando la tierra porque hicieron un sonido más fuerte que el trueno.

Chandra sintió un escalofrío al observar este espectáculo. Los caballos eran todos negros y galoparon a través de la noche con una velocidad despreocupada. Tal vez sus ojos, como los de Jurl, estaban bien acostumbrados a esa noche perpetua. O tal vez, pensó ella mientras observaba la niebla moviéndose con ellos, no necesitan ver de verdad a dónde estaban yendo.

El caballo que los lideraba parecía estar llevando a dos jinetes, uno de los cuales estaba forcejeando, aparentemente cautivo por el otro. Ella vio extremidades pálidas luchando por liberarse y brazos revestidos de algo oscuro sujetándolas. Chandra creyó oír un llanto aterrorizado cuando los caballos se marcharon galopando fuera de la vista. Unos momentos más tarde el sonido de los jinetes se había desvanecido por completo.

En ese instante ella sólo oyó los latidos de su corazón y la respiración rápida de Gideon.

"¿Qué fue eso?" le preguntó a Jurl.

"Jinetes de Niebla."

"Buen nombre," murmuró ella.

"¿Quiénes son?" La voz de Gideon fue baja. Su cuerpo, tan cerca del de Chandra todavía seguía tenso. "¿Qué están haciendo?"

"Alguien huyendo," dijo Jurl. "Ellos encuentran. Trayendo de vuelta."

"¿De vuelta a dónde?" preguntó Chandra.

"Castillo Velrav."

Ella escuchó la respiración de Gideon y supo que ambos estaban pensando en el cautivo de ese caballo.

Después de un largo rato Gideon dijo, "Sigamos moviéndonos."

"Jinetes de Niebla, malos," dijo Jurl con sentimiento.

"Sí, creo que ya comprendimos eso." Gideon se levantó de un salto y se volvió para ayudar a Chandra a extraerse a sí misma de los brazos aferrados de la espesura.

Algo tiró de su cabello y ella hizo una mueca cuando trató de soltarlo.

"Espera," dijo Gideon con amabilidad. Extendió la mano para desenredar el cabello de una rama delgada y luego alisó la hebra rescatada encima del hombro de ella. "Ya está."

"Gracias."

Chandra, sintiéndose depresiva y enferma después de lo que acababa de presenciar, giró en la dirección hacia la que habían estado marchando antes de haber escuchado a los Jinetes de Niebla. Jurl se quejó un poco pero luego hizo lo mismo. Gideon parecía preocupado y ni siquiera se molestó en tirar de la correa improvisada del trasgo para conseguir que resumiera su ritmo de talón arrastrando.

Después de unos momentos caminando en silencio Jurl asintió. "Aldea, cerca. Ustedes caminar primero," dijo el trasgo.

"¿Por qué?" preguntó Gideon con sospecha.

"No gustan trasgos," explicó Jurl asintiendo con la cabeza en dirección a la aldea.

"No es de extrañar." dijo Chandra a Gideon: "Yo iré por delante. Tú mantén un férreo control de su correa. Si me pasa algo córtale las manos." Y ella añadió:" ¿Has oído eso Jurl?"

"Sí," respondió el trasgo sonando taciturno.

Chandra pasó junto a Jurl y caminó delante de él. Un instante después vio una choza con techo de paja. Luego varias otras. Eran parte de una pequeña aldea enclavada en la ladera de una colina y bañada en la luz de la luna. Parecía que había una veintena de viviendas allí.

Al acercarse vio a varias personas de pie en las puertas de sus chozas, mirándola. Para el momento en que llegó a las primeras chozas oyó jadeos y voces excitadas intercambiando comentarios apagados. La gente estaba saliendo de sus chozas y permaneciendo de pie en la luz lunar.

Al principio pensó que los gritos de asombro y emoción se debían al trasgo entrando en el pueblo pero entonces se dio cuenta, cuando quedó rodeada de personas, que a quien todos miraban era a ella. Y pensó que podía adivinar el por qué.

Aunque nadie de allí se parecía a Gideon (eran demasiado frágiles y de ojos demasiado hundidos para parecerse a él) tenían coloración similar: cabello oscuro, ojos oscuros, piel blanca. Mientras Chandra miró a las decenas de personas que iban saliendo de sus chozas y se juntaban para mirarla vio, incluso a la luz de la luna, que ella era la única pelirroja presente. Tal vez la única pelirroja que habían visto en toda su vida.

"Hola," dijo Chandra observando a la multitud congregada. "Hemos venido a hablar con la mujer sabia."

Una joven, una niña para algunas normas, dio un paso adelante, separándose de la multitud. Se acercó a Chandra vacilante y alargó poco a poco una mano para tocar su pelo rojo.

Su voz fue suave y tímida cuando dijo, "¡Eres tan hermosa!"

"Gracias," respondió Chandra.

Jurl, detrás de ella, dijo, "Mujer sabia."

"Mi nombre es Gideon. Nos gustaría hablar con la mujer sabia."

La niña dijo: "Sean bienvenidos aquí."

"Gracias."

"Mujer sabia." Volvió a repetir Jurl.

"Sí," dijo Chandra, "¿alguien podría decirle a la mujer sabia que hemos venido a verla? Es importante."

Jurl, sonando impaciente, repitió por segunda vez, "Mujer sabia."

"Oh." dijo Gideon, "Chandra..."

"Sí," dijo ella lentamente. "Creo que lo entiendo." Chandra miró a la chica de pie ante ella. "¿Tú eres la mujer sabia?"

Ella sonrió dulcemente. "Sí, yo soy la menarca del pueblo. ¿Por qué han venido a verme?"

* * * * *

La mujer sabia les dijo que su nombre era Falia y los llevó a una cabaña donde pudieran sentarse y hablar.

Cuando entraron por la puerta de la pequeña choza con techo de paja Jurl se quedó atrás, tirando un poco de su correa.

"Liberar a Jurl," insistió.

"¿Para que puedas volvernos a atacar?" dijo Chandra. "¿Y comerciarnos con tu príncipe hambriento a cambio de golosinas trasgo? No."

"Jurl traer aquí. Ahora poner en libertad," añadió el trasgo con reproche, "Ustedes prometen."

"No," dijo Gideon: "Yo prometí que no te mataría si nos traías aquí. Liberarte es una cuestión totalmente diferente."

Jurl gruñó indignado.

Gideon, luciendo aburrido, tiró bruscamente de la correa.

Jurl ahogó un grito de dolor, se quedó en silencio, y caminó hacia la cabaña con ellos. El interior estaba iluminado por velas cortas y gruesas.

"Siéntate en la esquina y quédate callado," le ordenó Gideon al trasgo.

La mirada de Jurl recorrió la cabaña circular. "Ninguna esquina."

Gideon suspiró. "Siéntate fuera del camino."

"Hambriento," dijo este hoscamente.

La mujer sabia dijo con su voz aguda y suave, "Nosotros podemos proporcionarles comida y bebida para todos."

"¿Qué comida?" preguntó Jurl sonando escéptico.

"Oh, no te hagas el quisquilloso," dijo Chandra.

"Gracias," dijo Gideon a Falia. "Apreciaremos mucho todo lo que nos ofrezcas."

La mirada de la niña viajó sobre la ensangrentada y manchada apariencia de Chandra, el barro en la ropa de Gideon y su mandíbula oscureciéndose. "Parece que han tenido un viaje largo y difícil. Después de que hablemos quizás a ustedes también les gustaría lavarse y luego descansar."

Lavarse, pensó Chandra con añoranza. Desde que habían quedado atrapados allí el descanso era obviamente también una buena idea aunque a ella no le entusiasmaba pensar en cerrar sus ojos en ese plano sombrío y siniestro.

"Sí, gracias," contestó Gideon. "Estamos agradecidos por su hospitalidad."

La mirada de Falia regresó a Gideon y se quedó allí. La expresión de naciente fascinación que Chandra vio en su rostro desmintió la apariencia juvenil de Falia. Gideon era un hombre apuesto, hermoso sin ser bonito, fuerte sin ser voluminoso. Su gracia depredadora era evidente en todos sus movimientos y su expresión fue amable y tranquilizadora cuando le devolvió la mirada firme a la joven.

Pero Chandra no vio a una niña asustada en necesidad de consuelo regresándole la mirada. Falia tenía la expresión de una mujer que se había encontrado con un atractivo extranjero en su pequeño pueblo monótono donde todos se conocían y donde la elección de los cónyuges era muy limitada.

Falia se sobresaltó un poco, evidentemente dándose cuenta de que había estado mirando demasiado, y les dijo: "Por favor, siéntense ahora." La joven sacó la cabeza fuera de la puerta de la choza para dar instrucciones a alguien mientras Gideon y Chandra ayudaron a sentarse a Jurl.

"Manos libres," dijo el trasgo.

"No seas ridículo," dijo Chandra.

"No puede evitarlo," explicó Gideon. "Es un trasgo."

Los dos se sentaron juntos en las esteras que cubrían el suelo de tierra.

Falia volvió a entrar en la choza y se sentó frente a ellos. A pesar de su aspecto frágil y palidez enfermiza era una chica bonita, con un delicado aspecto etéreo. Sus oscuros ojos hundidos parecían demasiado tristes y encantados para alguien tan joven pero le daban un cansino toque de trágica belleza y sabiduría interior.

Ahora que Chandra la observaba bien pensó que parecía un poco menos extraño que esa chica fuera la mujer sabia de la aldea.

Entonces Gideon dijo: "Por favor, créeme que no quiero insultarte o faltarte el respeto cuando digo que pareces muy joven para ser una mujer sabia."

Falia pareció perpleja. "¿Lo hago?"

Gideon preguntó: "¿Cómo hacen aquí para elegir a la mujer sabia, es decir, a la menarca?"

"Es hereditario," dijo. "Cuando yo mostré la primera sangre mi madre supo que estaba lista. Algún día me casaré y tendré hijos. Mi hija algún día asumirá este deber."

"Eso me parece un tiempo muy corto en el que ganar sabiduría," dijo Chandra.

Gideon la miró pero no le dijo que se callara. Así que al parecer él también era un poco sabio.

"Mi madre fue quien me pasó su sabiduría. Ahora su sabiduría es mía. A ella se la transmitió su madre y así ha sido por generaciones dentro de nosotros."

"¿Cómo la transmiten?" Preguntó Chandra.

"Compartimos nuestra sangre en el ritual de paso de nuestro poder," dijo la chica gratamente.

Chandra decidió que no quería más detalles. Eso no era para lo que ellos habían venido allí a hablar.

"Ah, aquí está su comida," dijo Falia.

Una mujer entró en la choza trayendo una olla grande. Un muchacho la siguió detrás llevando cuencos de madera y cucharas. La mujer sonrió amablemente a Gideon y Chandra mientras dejó la olla frente a ellos. Falia vertió sopa en los dos tazones que había traído el chico y luego se los entregó a Chandra y Gideon.

El niño, que también había colocado su mercancía frente a ellos, hizo una pausa para mirar boquiabierto con ojos como platos de curiosidad hasta que Falia puso una mano en el hombro para llamar su atención.

"Por favor dale comida al trasgo. Nosotros hemos de mostrar nuestro agradecimiento." El chico recogió la olla y la llevó a Jurl. La colocó frente a él, se dio la vuelta y salió de la choza.

Jurl, con las manos aún atadas a la espalda, se balanceó en una posición de rodillas, metió toda la cabeza en la olla y empezó a sorber ruidosamente.

Chandra miró su cuenco. Contenía un caldo translúcido de color gris pálido con bulbosas cosas blancas flotando en el. No parecía ni remotamente apetitoso, ni siquiera a alguien tan hambriento como ella.

"Qué bueno," dijo Chandra cortésmente tratando de no dejar que su rostro se contorsionara cuando tomó un sorbo. La cosa olía horrible. "¿Qué es este plato?"

"Sopa de larvas," dijo Falia.

Chandra se concentró en mantener su expresión cortés. "Ah."

¡No era extraño que todo el mundo de allí fuera tan delgado! ¿Quién iba a comer más de lo que necesitaban si aquel se trataba de un plato típico de la zona? De repente extrañó Regatha.

"Se ve delicioso," dijo Gideon con un tono admirablemente sincero. "Gracias."

"¡Ustedes son nuestros huéspedes y los huéspedes son un regalo de los dioses!" respondió Falia con una sonrisa brillante mientras se puso de pie. "Ese muchacho tonto olvidó traer agua. Iré por ella."

Tan pronto como la chica desapareció por la puerta Chandra dijo en voz baja: "No creo que pueda comer esto."

"Puede ser todo lo que tengamos por algún tiempo," dijo Gideon mirando su tazón sin entusiasmo. "¿Y cuando fue la última vez que comiste?"

"Ni siquiera puedo recordarlo," dijo ella. "Pero de repente no estoy tan hambrienta como pensaba que estaba."

"Escucha, es carne. Más o menos." El sonó como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo. "Te dará fuerza."

"No creo que muchas cosas crezcan en una tierra de constante oscuridad," dijo ella notando la ausencia de verduras en la sopa. Chandra llenó la cuchara con el caldo, que era mucho más viscoso de lo que había previsto, y la levantó para tomar un sorbo. Cuanto más se la llevó a los labios más difícil fue. Dejó caer la cucharada de nuevo en su cuenco, sin probar.

"Come. Se nos ha dado este alimento. No podemos rechazarlo," dijo Gideon también levantando una cucharada de sopa de su tazón.

Chandra reflexionó irritada que los ruidosos sorbos de Jurl tampoco estaban haciendo que la sopa pareciera menos desagradable. Fue entonces que dijo en voz alta: "Creo que hubiera preferido trasgo asado."

"La aldea parece pobre," dijo Gideon, "por lo que probablemente sólo sirven trasgo en ocasiones especiales."

Jurl dio un gruñido hosco antes de regresar a engullir la sopa de gusanos.

"Come," repitió Gideon.

"Tú primero."

El olió el caldo gris, espeso y brillante, llenó su cuchara y evidentemente decidió que la inhalación había sido un error. Pareciendo como si estuviera conteniendo la respiración tomó un sorbo. "Está... bien."

Ella supo que estaba mintiendo pero Chandra usó la cuchara para recoger un gusano hervido. Gideon tenía razón en una cosa. Aquello era carne. Ella necesitaba fuerza. Haciendo acopio de su voluntad se lo puso en su boca y mordió el gomoso bocado.

Falia volvió a entrar en la choza trayendo un cántaro de arcilla y dos tazas. "¿Están disfrutando de la sopa?"

"Es excelente." Dijo Gideon sorbiendo una cucharada llena.

Falia sonrió. "¡Bien!"

"Falia, tenemos algunas preguntas," dijo Gideon.

"Primero coman," dijo Falia. "Luego hablaremos."

"Por supuesto." Dijo Gideon asintiendo.

Chandra endureció su resolución y comió algunos gusanos más, haciéndolos descender con una cantidad generosa de agua. Como Gideon estaba bebiendo el caldo sin expirar en el acto ella también consumió algo más. La textura era asquerosa y el sabor podría describirse mejor como acuático. Se preguntó en qué se habrían convertido las larvas si hubieran crecido.

El pensamiento casi le dio arcadas por lo que trató de vaciar su mente y siguió comiendo en silencio con Jurl durante todo el rato dando voraces y ruidosas engullidas.

El trasgo fue el primero en terminar de comer. Dio un suspiro de satisfacción y cambió de posición para poder apoyarse en la pared de la choza. Después de unos minutos cayó en un pacífico sopor. Chandra lo supo porque roncaba.

Cuando ella no pudo soportar más de la sopa de gusanos dejó su cuenco a un lado y miró a Falia con la intención de darle las gracias. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la chica estaba mirando nuevamente a Gideon, esta vez con una mirada que sólo podía ser anhelo.

Por lo que Chandra había visto, había pocos hombres en la aldea así que sin lugar a dudas Falia estaba evaluando la aptitud de Gideon como compañero. Esta, aunque aparentemente joven para ello, estaba claramente preparada para el matrimonio. Chandra se dio cuenta de pronto que la chica bien podría ser varios años mayor de lo que aparentaba. ¿Quién sabría qué efectos debían tener sobre un individuo este ritual de sangre de paso de sabiduría por no hablar de su dieta?

Incluso suponiendo que Falia fuera de la misma edad en que las niñas del plano nativo de Chandra generalmente se casaban era inquietante ver cómo miraba a Gideon.

Se preguntó si él era consciente del gran interés de ella pero Gideon simplemente comía, su mirada todo el tiempo baja en la sopa. Si él estaba al tanto del detenido examen de la chica no lo demostró ni lo devolvió.

Cuando terminó de comer, dejó a un lado su cuenco y agradeció a Falia, quien pareció despertar de un trance.

Esta sonrió y dijo: "Ahora, ¿qué han venido aquí a preguntarme?"

"¿Acaso en Diraden siempre a sido de noche?" preguntó Gideon. "¿Eternamente?"

"Ah." Dijo ella asintiendo con la cabeza. "Ustedes han venido a preguntar acerca de la regla del Príncipe Velrav."

"Sí. ¿La noche sin fin comenzó con él?"

"Lo hizo."

"¿Qué pasó?"

"Cuando mi abuela era una niña," dijo Falia, "había día y noche aquí. El Rey Gelidor gobernaba Diraden. Tenía tres hijos. El más joven, el Príncipe Velrav, era salvaje y disoluto."

La chica era una buena narradora y el cuento fluyó sin problemas pero el corazón de la historia fue simple. El joven Príncipe Velrav había participado en varias indulgencias escandalosas y destructivas hasta que su padre lo desterró del castillo y de la corte.

El Príncipe, furioso por su exilio y más ambicioso y vengativo de lo que nadie hubiera podido imaginar, estudió magia negra y se relacionó con los demonios más oscuros y sanguinarios del reino para conspirar contra su padre.

"Cuentas bien la historia," dijo Chandra cuando Falia hizo una pausa.

"Gracias," dijo Falia sonriendo a Gideon como si hubiera sido este quien había entregado el cumplido.

Jurl roncaba pacíficamente mientras la chica continuó su historia.

"Cuando Velrav se sintió preparado para llevar a cabo su plan nefasto volvió al castillo de su padre y se presentó como un hijo penitente y humilde, reformado en sus caminos y buscando el perdón. El rey le dio la bienvenida a casa a su hijo rebelde y nunca pensó en protegerse de él."

"¿Lo cuál fue evidentemente un error?" dijo Chandra.

Falia asintió. "En medio de la noche, mientras el castillo entero dormía, el príncipe se deslizó en las alcobas de sus dos hermanos y los asesinó junto con sus esposas. Luego entró en el cuarto de los niños y mató a los tres hijos que habían engendrado sus hermanos."

"¿Mató a sus niños?" repitió Chandra.

"Luego fue a la cámara de sus padres," dijo Falia, "donde decapitó a su madre con un fuerte golpe de su espada."

"¿Asesinó a su madre?" le espetó Chandra.

"El es muy malo," dijo la chica prosaicamente.

"La decapitó," reflexionó Gideon. "Interesante."

"Eso no es interesante," dijo Chandra. "¡Es repugnante! ¡Su propia madre!"

"¿Y entonces él asesinó al rey?" preguntó Gideon.
"No." Dijo Falia negando con la cabeza. "Se alimentó del rey."
"¿Se comió a su padre?" La sopa de gusanos se revolvió desagradablemente en el estómago de Chandra.
"No, se alimentó de él," dijo Falia.
Chandra dijo: "¿Cuál es la dif...?"
"¿Y eso no mató al rey?" preguntó Gideon.
"Podría haberlo hecho, por supuesto," dijo la niña. "Pero él también se ofreció como alimento al rey."
"¿Se ofreció como alimento?" dijo Chandra con el ceño fruncido. "¿Y eso qué significa?"
"¿El rey sigue vivo?" preguntó Gideon.
"Por supuesto que no," dijo Chandra con desdén. "Esto sucedió cuando la abuela de Falia era una niña." Un hombre que habría tenido hijos adultos y nietos hacía mucho tiempo que ya no estaría vivo.
"Sí." Asintió Falia, ignorando a Chandra y sosteniendo la mirada sobre Gideon. "El rey todavía vive. Y desde la noche en la que el Prince Velrav mató a su familia y convirtió a su padre en una sombra enfermiza de lo que él mismo se había convertido la luz del día nunca más ha llegado a Diraden."
"¿Cómo puede el rey aún estar vivo después de todo este tiempo?" preguntó Chandra.
"Magia de sangre," dijo Gideon.
"Una feroz magia de sangre," dijo Falia con sus fosas nasales dilatadas. "Malvada. Oscura." Agregó ella haciendo que las palabras sonaran... seductoras.
Gideon le dijo: "Eso es lo que es el 'hambre'."
Ellos miraron a Falia en busca de su confirmación y ella asintió con la cabeza.
"¿Por qué alimentar a su padre con su propia sangre?" preguntó Gideon. "Él ya había matado al resto de la familia. ¿Por qué mantener al rey vivo?"
"Para maldecirlo," dijo Falia. "El rey vive en el más oscuro y más profundo calabozo del castillo. Se alimenta sólo de sangre. Se lo deja solo, en una terrible soledad. Nadie le habla o lo ve a excepción de Velrav, quien lo visita una vez cada mucho tiempo y le cuenta de todo el tormento y el sufrimiento que le inflige a los dominios del rey."
"¿Y esto ha estado sucediendo desde que tu abuela era una niña?" preguntó Chandra horrorizada.
"Así que por eso Velrav hizo una noche perpetua aquí," reflexionó Gideon.
"No lo entiendo," dijo Chandra.
"A algunos bebedores de sangre no les gusta la luz del día," dijo él.
"¿Quieres decir que no quieren ser vistos bebiendo sangre?" dijo ella con perplejidad.
"No, me refiero a que la luz del sol los quema," dijo. "Al igual que el fuego. Los que eligen la magia de sangre, los que deciden

abrazar el poder que posee, deben protegerse a toda costa contra los poderes de la luz."

Fuego. La palabra le recordó a Chandra de su situación.

"A ellos tampoco les gusta el fuego," dijo él. "Son vulnerables a el."

"Así que él usa el velo de la falsa noche para bloquear la luz del sol y el maná rojo," reflexionó ella.

"Y esa misma magia termina bloqueando todo el maná excepto el negro," terminó Gideon.

"Sí, mi abuela dijo que una vez solía haber otro maná aquí. Otros colores en el éter. Otros tipos de magia." Dijo Falia y a continuación les dio a ambos una mirada evaluativa. "Ustedes no son de Diraden, ¿verdad?"

Ambos se quedaron congelados.

Gideon dijo después de un momento: "No."

"¿De dónde vienen?"

"De un lugar muy lejano," respondió él. "Y no podemos volver allí mientras permanezca el poder de Velrav."

"¿Y les gustaría volver allí? ¿Juntos?"

"Sí," dijo Gideon. "Nos gustaría."

"El príncipe no les ayudará ni les dará permiso para irse," dijo Falia con certeza.

"No, yo no lo creo," respondió Gideon. "Háblame de este velo de la noche, Falia, esta mortaja. Bloquea maná y luz pero también mantiene las cosas con vida, ¿no?"

"Sí," dijo ella. "Justo lo suficiente como para que muchas cosas de aquí no estén realmente vivas pero que aún así no mueran."

"Eso es una tremenda cantidad de poder. ¿El puede hacer eso solo?"

"No," dijo la chica, "sus compañeros trabajan con él para mantener la mortaja."

"¿Sus compañeros?" preguntó Gideon.

"Los demonios de sangre que le ayudaron a desarrollar el poder."

"¿Y la sangre es lo que alimenta su poder?" preguntó Chandra.

"Sí," dijo Falia. "Cuando ellos sienten el hambre buscan más sangre que los sostenga. Que les permita seguir con su oscuro trabajo."

"¿Cuán a menudo tienen hambre?" preguntó Chandra.

"A menudo."

"Y es entonces cuando se llevan a las personas," dijo Gideon.

"Personas. Trasgos. Criaturas. Animales." Falia se detuvo. "Las personas son los que ellos más les gusta. Pero cualquier sangre alimentará el hambre. Las personas, sin embargo... esas lo excitan."

Gideon la estudió. "¿Y las personas con poder lo excitan más en particular?"

Falia asintió.

"Las personas con poder," dijo Chandra, "¿tal cómo una menarca?"

Ella bajó los ojos. "Sí."

"¿Tú estás en peligro?" preguntó Gideon en voz baja.
"Siempre," dijo Falia.

Capítulo 12



Falia les ofreció agua para lavar su piel y paños húmedos para limpiar lo peor de la mugre y la suciedad de sus prendas. Les prestó un peine y logró que uno de los hombres del pueblo le prestara su navaja de afeitar a Gideon. Después de que ellos estuvieron limpios y aseados sugirió que todos consiguieran algo de descanso.

Estaba dispuesta a compartir su choza con ellos... pero no con Jurl.

"Los trasgos son traicioneros," dijo. "Incluso con las manos atadas yo no me sentiría segura de dormir en la misma vivienda con él. Deberíamos ponerlo en un lugar seguro."

Chandra pensó que eso tenía perfecto sentido por lo que despertó a Jurl que se mostró de mal humor por haber sido molestado pero que lo hizo aún más ante la perspectiva de estar encerrado mientras que el resto de ellos dormiría en relativa comodidad.

Una de las chozas de la aldea había sido construida originalmente para proteger al ganado por la noche. Sin embargo hacía mucho que la mayor parte del ganado de Diraden había muerto y ahora el edificio estaba vacío. En la choza también había una jaula grande y robusta que Falia dijo anteriormente había sido utilizada para evitar que los jabalíes se cebaran con la fiesta anual de la cosecha. Obviamente no había habido cosechas desde que el Príncipe Velrav había llegado al poder y ya había pasado algún tiempo desde que los aldeanos habían visto un jabalí por última vez.

Entonces ellos encerraron a Jurl en la jaula. Este se opuso con vehemencia a la idea y a Gideon le costó un poco de esfuerzo conseguir que el trasgo entrara en la cosa. Después Falia se llevó a Gideon de vuelta a su choza para limpiarle los arañazos que las garras de Jurl habían dejado en su piel.

Chandra se quedó en la choza ganadera y dijo al trasgo, "¡Deja de gruñir! Nosotros no podemos dejarte ir y eso es por tu propia culpa."

"Malo," dijo Jurl.

"Tonterías. Estarás muy cómodo aquí."

"Aldea comer trasgo," dijo ominosamente él.

"¿Qué?" Ella se dio cuenta de que Jurl debía haber escuchado su conversación de la cena con Gideon. "No seas tonto. Nosotros estábamos bromeando. Ellos no te van a asar."

"Extranjera," dijo Jurl amargamente. "Estúpida."

"Considero la fuente," dijo Chandra, "y me siento impasible ante el insulto."

Ella lo dejó refunfuñando y se abrió camino de regreso a la choza de Falia.

La chica, tal vez como era de esperar, había convencido a Gideon para que se sacara su túnica y estaba haciendo de sus atenciones una tarea larga e íntima de lo que sólo habrían sido unos pocos e insignificantes rasguños sobre su pecho. Chandra les dio a

ambos una mirada desdeñosa y luego se acercó a la bolsa de dormir que le habían proporcionado, la alisó en el suelo, y se acostó. Al hacerlo se dio cuenta de pasada que Gideon tenía un pecho amplio y duro, en su mayoría sin pelo, y sus brazos eran bien musculosos. Había varias cicatrices en su brazo izquierdo y otra en su estómago.

Falia terminó al fin de atender sus heridas pero luego se ofreció para peinarle su pelo, que todavía estaba bastante revuelto.

Chandra resopló.

Gideon, sin dar señales de que se había dado cuenta de la burla de Chandra, sonrió amablemente a Falia y le aseguró que estaba acostumbrado a hacerlo él mismo. "Pero gracias por la oferta."

Falia, ahora con sus mejillas rosadas y brillantes, parecía bastante diferente a la chica pálida con los ojos hundidos que ellos habían conocido antes. "Por favor ponte cómodo en el otro saco de dormir," le dijo al caminante de planos. "Yo tengo que ir a buscar otro."

"¿Me estás dando el tuyo?" preguntó él "Yo no quiero privarte de tu cama, Falia."

"Por favor, tú eres mi invitado. ¡Será un placer si duermes en mi cama!"

Apuesto a que si lo es, pensó Chandra.

"Iré a conseguir otro saco de dormir para mí de la choza de mi tía," dijo la joven. "Vuelvo en seguida."

Tan pronto como se fue Chandra dijo a Gideon en tono de reproche: "Es una niña."

"En realidad es probable que ella sea mayor que cualquiera de nosotros, Chandra."

"¿Lo crees?" Ella se apoyó en los codos y lo miró con perplejidad.

"Uno de los efectos típicos de la magia de sangre es que hace más lento o incluso detiene el proceso normal de envejecimiento."

"¿Pero seguramente ella no será una bebedora de sangre?"

"No, creo que es exactamente lo que dice que es: la menarca pueblo. Ya oíste lo que dijo. La mujer sabia pasa su sabiduría a su sucesora a través de un ritual de sangre."

"Sí, lo oí." Chandra se acostó de nuevo y se quedó mirando la vacilante luz de las velas mientras rebotaba por el techo. "La mujer sabia pasa el conocimiento y la sabiduría a través de su sangre y tal vez algo de poder. ¿Y parte del poder implica asegurarse de que la siguiente mujer sabia siga siendo exactamente de la misma edad que ella en el momento de la iniciación... hasta que sea hora de que pase su deber hacia su sucesora?"

"Eso parece necesario," dijo Gideon. "Ella sigue siendo joven para poder casarse y tener hijos pero eso podría tomar mucho tiempo considerando las pocas personas que hay en la aldea. Según creo yo las tasas de mortalidad entre los lactantes es alta en este tipo de ambiente."

"Y según creo yo ella te ve como una pareja potencial." Chandra volvió a pensarlo. "¿Qué edad crees que tiene?"

"Probablemente habríamos sido capaces de hacer una mejor conjetura si hubiéramos conocido a la que fue la mujer sabia antes de ella."

"Bueno," dijo Chandra, "no es de extrañar que Falia parezca estar, eh, tan lista para el matrimonio."

"Esa es una forma sorprendentemente discreta para que tú lo digas. Debes estar cansada." El pasó por encima de su cuerpo boca abajo y comenzó a desenrollar su saco de dormir en el estrecho espacio entre el de ella y la pared.

"¿Qué estás haciendo?" le exigió ella. "Ni pienses que vas a dormir tan cerca de mí."

"Sí, lo haré. Quiero tú lo hagas entre ella y yo," dijo con firmeza. "Tú eres mi protección."

Chandra resopló de nuevo. "Oh. Bien. De acuerdo."

Ella se dio la vuelta sobre su costado, de espaldas a él, y cerró los ojos. Asumió que Falia no estaría contenta con este arreglo cuando regresara a la choza pero Chandra estaba demasiado cansada para preocuparse.

* * * * *

Soñó con fuego.

No con el poder caliente que se había mezclado con su miedo y furia cuando había matado a los Enervantes. Y no con las llamas salvajes que la habían escaldado en las Eternidades Ciegas luego de escapar de la prisión del Prelado.

El fuego en sus sueños no fue la seducción de un hechizo explosivo o las frágiles chispas de un nuevo encantamiento. No, este era el fuego de la tristeza y el dolor, de la vergüenza y el arrepentimiento.

"Yo no quiero matar a ningún inocente," dijo Gideon con esa voz calmada e impasible que solía utilizar a menudo. Llamas blancas danzaban a su alrededor mientras él lo decía. Blanco puro.

Y en esas llamas ella pudo oír claramente sus gritos. Sus cuerpos se retorcían en el fuego y el hedor a carne quemada le dio ganas de vomitar como siempre lo hacía. Su garganta ardió con sollozos que no saldrían.

Pero los sollozos debían estar saliendo de verdad porque ella podía oírlos. Sollozos atragantados y desesperados llenos de lágrimas.

"Chandra," susurró él, su voz fría contra el calor de los gritos de agonía de los inocentes muriendo en el incendio.

Ella intentó moverse pero sus miembros no respondieron. Quiso gritar pero sólo un gemido indefenso salió de su garganta.

"Chandra."

Y cuando la cuchilla de una espada bajó hacia su garganta ella despertó con un grito ahogado de horror.

Estaba oscuro. Las velas ya no ardían. Y Chandra no tenía allí fuego al que invocar.

"Shhh, es un sueño, sólo un sueño," susurró Gideon. Sus brazos la rodearon. "Shhh."

Ella luchó contra sus brazos aprisionándola.

"Soy yo," susurró él. "Tuviste una pesadilla."

El corazón de ella latía con fuerza. Sus sienes palpitaban. Estaba sudando. Un sollozo ahogado escapó de su garganta, humillándola.

El cuerpo de él estaba apretado contra el costado de ella mientras ella yacía sobre su espalda. Un brazo robusto le rodeó los hombros y el otro se curvó alrededor para acunar su rostro. "Shhh. Estás bien. Fue sólo un sueño."

Chandra se llevó la mano a la mano que acunaba su mejilla. Tuvo la intención de rechazar esa intrusa caricia ofensiva. De hacer un lado la mano de él... Pero de alguna manera, en cambio, se encontró aferrándola. Él le devolvió el gesto y la apretó suavemente.

"Sólo un sueño," dijo de nuevo.

Ella se concentró en su respiración, tratando de estabilizarla.

"Tal vez irse a la cama con el estómago lleno de sopa de gusanos no era una buena idea," susurró él.

Una asfixiante risa sorprendida escapó de ella.

Entonces ella se sintió mareada. "Tenías que mencionarlo," murmuró ella. "Me hubiera gustado haberlo olvidado."

"Lo siento," respondió Gideon respirando sobre su oreja.

Ella respiró hondo y luego lo dejó escapar lentamente. Todavía podía oír su corazón latiendo con el terror y la culpa.

Gideon dijo: "¿Quieres contarme lo que has soñado?"

"No."

Él aceptó esto y ellos yacieron juntos en silencio. Después de un rato él levantó la cabeza y susurró: "Está demasiado oscuro para ver pero creo que ella todavía está dormida."

Chandra se alegró de no haber molestado a la chica. Haber despertado a Gideon ya había sido suficientemente vergonzoso.

El volvió a bajar la cabeza, dejándola descansar cerca de la suya. "No puedo decir cuánto tiempo hemos estado dormidos. Aquí la luz siempre es exactamente igual."

"La luz de la luna quieres decir."

"Mmm."

Ella trató de dejar de pensar en las sombras de su pasado. Era mejor pensar en el presente... incluso ese presente. "Ahora que sabemos más sobre Velrav y este lugar... yo no siento que estemos más cerca de saber qué hacer al respecto. Me refiero a cómo salir de aquí." Dijo ella manteniendo la voz baja para no despertar a Falia.

"Una rebelión en todo el plano sería útil," dijo Gideon, "pero dudo que eso vaya a suceder."

"¿Debido a que aún no ha sucedido?" susurró ella. "¿En todos estos años de sufrimiento?"

"Y también porque todo este plano está lleno de magia negra."

"¿Incluyendo a nuestra anfitriona?" adivinó Chandra.

"¿Ese ritual de sangre? Sí." Al estar yaciendo entrelazado con él de esa manera ella lo pudo sentir negando ligeramente con la

cabeza. "Ellos no se van a unir. Los diferentes grupos de aquí no ayudarán a nadie más que a sí mismos. Y por más atormentada que pueda ser la situación esta tiene una especie de coherencia y equilibrio a los que ellos, a estas alturas, ya están acostumbrados."

"Uno pensaría que solo la comida ya sería causa suficiente para rebelarse. ¿Sopa de larvas?"

Ella sintió el suave soplo de la risa de él contra su mejilla en la oscuridad.

"Si ellos se rebelaran," dijo Gideon después de un momento, "entonces el flujo de sangre a Velrav y sus compañeros podría reducirse. Incluso se podría cortar."

"¿Así que ese es nuestro plan?" le dijo ella dubitativa. "¿Liderar un levantamiento?"

"No. Se tardaría mucho. Años si funciona en absoluto. Lo que probablemente no haría." El añadió: "Además también podría tomar un tiempo para que Velrav sintiera los efectos de pasar hambre y empezara a debilitarse. Nosotros necesitamos un plan más rápido."

"Sí. Cuanto más rápido mejor."

"Pensé que dirías eso."

"Pero en nuestra condición actual," susurró ella, "¿cómo podemos atacar a alguien tan poderoso?"

Gideon suspiró y cambió un poco de posición. "No lo sé."

Chandra, en lugar de alejarse rodando de él, también cambió de posición, poniéndose más cómoda en sus brazos. La sensación de su cuerpo era reconfortante. El susurro de su aliento a lo largo de su mejilla, su voz suave en su oído... Por ahora él era un lugar seguro en el que esconderse de sus pesadillas.

"Tú dijiste que los bebedores de sangre son vulnerables al fuego," susurró ella. "Tal vez deberíamos quemar el castillo. A la manera normal, quiero decir. Con antorchas y ese tipo de cosas."

"Tendríamos que ir a ver el lugar para tener una idea de lo que se necesitaría hacer para quemarlo sin magia. Pero las paredes de piedra añadido a un clima húmedo..."

La perspectiva no era prometedora. Chandra trató de pensar en otro plan. "Jurl captura gente y las entrega a Velrav. Y lo más probable es que también atrape trasgos. Obviamente no es sentimental acerca de su propia raza."

"¿Crees que Jurl pueda saber más sobre Velrav de lo que hemos aprendido hasta ahora?" adivinó Gideon.

"Aunque no se si lo que vaya a decir tendrá mucho sentido..."

"Bueno, podemos tratar en la mañana." El hizo una pausa. "O, eh, cuando sea hora de levantarse, quiero decir."

La noche era tan tranquila y silenciosa por lo que todos los pobladores todavía debían estar durmiendo.

La mano de él rozó su pelo mientras le susurró, "Trata de dormir un poco más."

Los párpados de Chandra se sentían pesados pero ella tuvo miedo de volver a dormir. Miedo de lo que sus sueños pudieran traer. Prefería quedarse allí, con él. "No tengo sueño," mintió.

Estuvo segura de que él oyó el cansancio en su voz pero Gideon no discutió. En cambio él le acarició el pelo en silencio por un tiempo.

Finalmente dijo: "Me estaba preguntando..."

"¿Hmm?" Ella no se movió ni abrió los ojos.

"Tú podrás..." Él vaciló y luego dijo en voz baja: "¿Qué pasó con tu madre?"

Chandra respiró hondo y se puso tensa por todas partes. Supo que él la sintió cuando la mano dando caricias en su cabello se detuvo.

"¿Qué?" La voz de ella fue fría.

"Tú la llamaste llorando. En tu sueño... tu pesadilla. Parecía que... ¿Qué le sucedió?"

Ella se sentó, apartándose de su abrazo. Cuando sintió la mano de él en su brazo ella la hizo a un lado.

El también se sentó pero no trató de volver a tocarla. "Chandra..."

Chandra empezó a hablar pero cambió de idea. Cualquier cosa que pudiera decir en ese momento sería revelar demasiado, por más sesgada que fuera.

"Me disculpo." Su voz fue tranquila. Tratando de calmarla. "No debería haber preguntado."

Chandra inhaló profundamente. *Dentro, dos, tres*. Luego exhaló. *Fuera, dos, tres.*

Lo pudo sentir mirándola y se alegró de que la oscuridad ocultara su rostro como hacía con el de él.

Cuando ella pensó que tenía el control de su voz (de sus palabras y pensamientos) dijo: "Tienes razón, deberíamos dormir un poco más. Todavía estoy cansada."

Hubo una pausa. "Por supuesto."

Su voz tuvo ese tono impasible que él utilizaba a menudo.

Entonces Chandra se volvió a acostar en su lugar, de espaldas a él. Lo sintió moviéndose lejos de ella, volviendo a su propio saco de dormir, donde debería haberse quedado desde un principio.

Permaneció despierta durante mucho tiempo en la oscuridad, con los ojos bien abiertos, prohibiéndose a sí misma pensar sobre cualquier cosa. *Cualquier cosa*.

* * * * *

Aunque ella no esperaba que sucediera Chandra volvió a desvanecerse y durmió profundamente. Cuando despertó Gideon ya se había levantado y salido hacia la noche. Falia dijo que algunos de los hombres lo habían llevado a hablar con alguien que le podría decir más sobre los Jinetes de Niebla que habían visto antes. "El resto de los habitantes de la aldea están ocupados en sus labores así que no hay nadie que te pueda guiar hasta donde está. Es recomendable que permanezcas aquí."

La actitud de la chica hacia ella en ese momento fue notablemente más fresca. Fue demasiado fácil adivinar el por qué

teniendo en cuenta donde había optado por situar su saco de dormir Gideon cuando todos se habían ido a descansar. Chandra podría haberle dicho a Falia que ella no tenía interés en Gideon y mucho menos en competir por sus afectos pero eso habría hecho que la conversación tomara un giro demasiado absurdo para alguien que parecía tan joven.

Chandra, no queriendo permanecer en Diraden (o en compañía de Gideon) un momento más de lo que estuviera obligada a hacer, decidió abordar una tarea de la que ella y Gideon habían estado hablando: cuestionar a Jurl. Así que se fue a los corrales a verlo.

La jaula estaba vacía. El trasgo se había ido.

Chandra se dio la vuelta con la intención de ir alertar a los habitantes del pueblo pero encontró a Falia en la puerta detrás de ella. La chica le había seguido hasta allí.

"¡Ha escapado!" exclamó.

"No," dijo Falia.

"¿Entonces dónde está?"

"Siendo despellejado y asado."

"¿Qué?"

"Los trasgos son muy apetitosos." Falia le dio a la reacción horrorizada de Chandra una mirada de fresca diversión.

"¿Lo han matado?"

"Le hemos sacrificado."

"¿Van a comérselo?" Chandra no podía creer lo que estaba sucediendo.

"Por supuesto."

"Oh, no." Chandra se cubrió el rostro con las manos, inundada por la culpa. "¡No es de extrañar que estuviera tan enojado conmigo! ¡Sabía que ustedes podrían hacer esto! ¡Y Gideon y yo le encerramos aquí! ¡Lo volvimos indefenso!"

"Sólo era un trasgo," dijo la muchacha de forma despectiva.

"Pero él era mi..."

En realidad amigo hubiera sido muy impreciso. Jurl había intentado matarla... y a Gideon; y ellos lo habían hecho prisionero y embrutecido cuando se había resistido a sus preguntas u ordenes.

Tal comportamiento, a ambos lados, no era exactamente la base de una amistad.

Chandra sabía muy bien que el trasgo era traicionero, amoral, y malvado. No tenía ninguna duda de que, si se le hubiera dado la oportunidad, la habría entregado a Velrav sin la menor vacilación o punzada de remordimiento. También sabía que podría haber surgido una situación en la que ella o Gideon hubieran tenido que matar a Jurl.

Pero ella nunca había tenido la intención de convertirlo en una impotente víctima enjaulada para que los aldeanos lo despellejaran y lo cocinaran a su antojo.

Pero eso era exactamente lo que ella había hecho.

Chandra se quedó mirando a la niña sonriendo en la puerta. "¿Cómo pueden comerse a alguien con el que han hablado? ¿Alguien a quien le han dado alimento?"

"Yo le di de comer porque su piel se veía un poco demasiado floja cuando ustedes llegaron. Un trasgo bien alimentado es más jugoso."

¡Chandra quedó horrorizada de haber dormido en la misma pequeña choza con esta despectiva, mentirosa y repugnante niña! "Creo que voy enfermarme."

Ella estaba tan enfadada que se sintió mareada. También pensó que sintió acercarse un repentino dolor de cabeza. Hubo un golpeteo en sus oídos, un tamborileo fuerte e irregular que retumbó a su alrededor...

Chandra frunció el ceño al darse cuenta de que el sonido no estaba dentro de su cabeza. Y que le era, se dio cuenta con un aterrorizado escalofrío, conocido.

"Si planeas vomitar acaba con ello de una buena vez." La voz de la muchacha fue dura. Sus ojos se estrecharon y sus labios se apretaron con odio. "Los jinetes ya están viniendo por ti."

"¿Qué?" Preguntó Chandra soltando el aliento.

"Los Jinetes de Niebla están viniendo para llevarte al Príncipe Velrav." El tono de Falia goteó con una sombría de satisfacción.

Chandra escuchó el retumbante traqueteo de los caballos aproximándose, sus cascos tronando contra el suelo. "¿Por mi?" Chandra sintió la choza acercándose a ella. "¿Pero por qué? Quiero decir, ¿cómo saben que yo estoy aquí?"

"Porque yo les he llamado."

"¿Tú?"

"Te lo dije, la gente le excita. El poder le excita. ¿Por qué crees que no se ha alimentado de mí?"

"Poder," murmuró Chandra. "Poder." Ella trató de invocar maná. Cualquier cantidad. Cualquier flujo débil que pudiera utilizar para alimentar su fuego.

"Porque yo comercio con él por mi vida." En ese instante Falia pareció mucho mayor de lo que lo había hecho antes. Tal vez incluso más vieja que su verdadera edad. En ese momento pareció más dura, despiadada e indiferentemente cruel. "Yo encuentro cosas especiales para él. Un mago de fuego, como tú... Oh, querida. Muy exótica Chandra."

Ella miró inquisitivamente a la chica. "¿Acaso le sacaste eso a Jurl con tus herramientas para asar y despellejar?" Chandra sabía que Falia no lo había oído de ella o Gideon.

"El intercambió la información por su vida. Pero los trasgos son estúpidos. Todavía estaba enjaulado cuando delató tu secreto, ¿sabes? Ni siquiera se dio cuenta de que no había razón para no matarlo una vez que él nos lo contó. Si tan sólo hubiera más trasgos comerciantes."

"Así que tú eres una de las entregadoras," dijo Chandra invitando a su furia, llamando a su fuego... y apenas capaz de sentir su sangre fría calentándose un poco.

"Esto es Diraden." La voz de la muchacha fue plana. "Todo el mundo es un entregador. Algunos de nosotros somos simplemente mejores que otros."

Chandra decidió que ya habían charlado bastante. La magia de fuego no iba a funcionar. Velrav ya se había encargado de ello. Ella tendría que evadir a los Jinetes de Niebla a la vieja usanza: corriendo, escondiéndose y encontrando un medio para luchar contra ellos incluso sin su poder. Y el primer paso era salir de esa cabaña y alejarse de esa sonriente mocosa.

Así que corrió, directamente hacia Falia, arrojando la palma de su mano contra el rostro de la chica y golpeando hacia arriba. Esta gritó de dolor y cayó de espaldas. Chandra pasó a su lado... y se encontró corriendo directamente hacia una docena de lanzas.

Apenas logró detener su veloz huída en la emboscada sin ensartarse a sí misma en las puntas afiladas de metal. Se detuvo, congelada en el lugar, mirando hacia abajo a los filos de las lanzas apoyados contra la carne vulnerable de su garganta, sus pechos y su vientre.

El tronar de los cascos se estaba acercando. Los jinetes estarían allí en cualquier momento.

Falia se levantó de su posición derrumbada en el suelo. De su nariz brotaba sangre, corriendo por su rostro y metiéndose en su boca, recubriendo sus dientes de rojo cuando gruñó. La chica, con sus oscuros ojos ardiendo de furia, se acercó, escupió en la cara de Chandra y luego le dio una bofetada, con fuerza.

Chandra pensó seriamente en tomar represalias... pero ella no se sintió a favor de morir por una docena de heridas de lanza a cambio del placer de golpear a la mocosa. En cambio demandó: "¿Qué has hecho con Gideon, tú pequeña puta retorcida?"

"Gideon está donde yo te dije que estaba."

"¿Está vivo?"

"¡Por supuesto!"

Chandra la estudió. "Ah, ya veo. Te lo sacaste del camino para que me pudieran llevar sin su interferencia."

"Cuando regrese le diré que desapareciste. Seré muy convincente." Falia se limpió la cara ensangrentada con la manga pero esto sólo logró embadurnar toda su piel. "Nunca sabrá lo que te pasó. Y se olvidará de querer marcharse de aquí. Una vez que tú te hayas ido dejará de pensar en volver a donde sea que hayan venido."

"¿Y, por supuesto, tú podrás consolarlo con ternura mientras él llore por mí?" dijo Chandra.

"Él te olvidará," dijo la chica con maliciosa satisfacción. "Tú no eres nada."

"Yo pensé que era lo suficientemente especial como para ser un regalo que salvara tu vida de tu príncipe oscuro." Chandra se encogió de hombros. "Escucha tú, enfermiza, demente y venenosa niña, si crees que Gideon te notará alguna vez entonces eres aún más tonta de lo que yo pensé."

"El ya me ha notado. Yo tengo a mi disposición mucho más de lo que tú piensas. Gideon será mío," dijo la chica con furia, su rostro pálido manchado de sangre tomando un impropio tono pardo. "Si a mi se me llega a permitir vivir, o mejor dicho, morir, necesito producir un sucesor saludable. Gideon me ayudará a lograr eso."

Fue en ese momento que Chandra entendió. Falia estaba tan atrapada como ella, tal vez aún más.

El ruido de los cascos al galope se hizo demasiado fuerte como para continuar la conversación, lo que fue un especie de alivio.

Lo primero que vio Chandra fue esa nube de niebla blanca de movimiento veloz viajando a través del suelo, brillando en la luz de la luna. Entonces ella fue capaz de ver a los jinetes, su acechantes formas negras alzándose de la niebla mientras corrían hacia ella.

Se veían tan aterradores que, por un momento, ella no pudo moverse. Fue como haber estado atrapada en una de sus pesadillas. Ella quería gritar, huir, llorar, y no podía hacer ninguna de estas cosas.

Entonces su ingenio volvió a ella con una acogedora velocidad.

¡*Lanzas*! pensó. Esa debería ser un arma eficaz contra un jinete.

Y *fuego*. Gideon había dicho que a los bebedores de sangre no les gustaba.

Los cuatro jinetes entraron a esa parte de la aldea y galoparon en torno a Chandra y sus captores, rodeándolos como una manada de depredadores. La espesa niebla se arremolinó alrededor de todos. Chandra sintió como si serpientes heladas se estuvieran entrelazando alrededor de sus rodillas.

En esta ocasión la noche perpetua funcionó a favor de ella ya que varios de los hombres que la rodeaban portaban antorchas.

Ella simuló desmayarse del terror (algo que no estuvo muy lejos de ser verdad) y se tambaleó hacia su derecha, fingiendo confusión y pánico mientras gritó. Los hombres rompieron su posición, algunos retrocediendo, otros dando un paso al costado. Ella encontró su apertura, se apoderó de la antorcha de uno de ellos y la hizo girar alrededor como un garrote utilizando el fuego para mantener a sus captores a distancia.

"¡Atrápenla!" gritó Falia.

Chandra empujó la antorcha en el rostro de uno de los hombres. Este se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio, y dejó caer la lanza. Chandra la atrapó con su pie y dando una patada vertical la hizo volar hacia su otra mano. Protegiéndose de sus captores con la lanza utilizó la antorcha para prender fuego a los techos de paja de dos chozas cercanas. Con el ligero viento había una buena posibilidad de que el fuego se extendiera a más chozas. Mientras tanto aquello ya estaba distrayendo a los aldeanos y provocando cierto pánico entre ellos. Ella confió en que, bajo el manto oscuro que cubría Diraden, un fuego suficientemente grande sería visible desde muy lejos y este alertaría a Gideon si lo viera.

Chandra nunca había utilizado una lanza en su vida pero supuso que hundir el extremo puntiagudo en la carne blanda sería eficaz. Giró repentinamente, corrió hacia uno de los jinetes y enterró la lanza en sus tripas.

La fuerza de su golpe casi le derribó de su asiento pero este era un jinete experto y se aferró a su montura. Ella pudo ver el rostro del jinete mientras se alejaba, la lanza alojada en su vientre. Era un

rostro blanco huesudo y fantasmal, con ojos negros y labios tan oscuros que también parecían negros.

Los aldeanos habían retrocedido hasta el borde de la refriega pero Falia estaba gritando que la atraparan. Al parecer estos habían pensado que era mejor dejar esa tarea a los Jinetes de Niebla. Más preocupados por su aldea en llamas.

Chandra se volvió con su antorcha para atacar a otro de los cuatro jinetes. Cuando este se acercó ella hundió la antorcha en el rostro del caballo negro. El animal relinchó, se encabritó, y comenzó a derrumbarse. Estaba a punto de seguir con su ataque e ir tras el jinete cuando el instinto le advirtió que mirara detrás de ella.

El jinete al que había apuñalado había retirado la lanza de sus entrañas y estaba arremetiendo con el largo mango de madera hacia su cabeza.

En el momento antes de que la golpeara Chandra pensó irritada que Gideon no le había advertido que las cuchillas no matarían a los bebedores de sangre.

Capítulo 13



Chandra se volvió poco a poco conciente de un peso sobre su cabeza. Tan pesado que le dolía. Le dolía terriblemente. Se sentía como si una enorme roca estuviera latiendo en su cráneo, una y otra vez. Le dolía moverse, incluso le dolía gemir. Se quedó allí en aturdido silencio, deseando que se fuera el dolor.

Oyó voces desconocidas, ecos de ruidos, risas, gruñidos. A veces oyó suspiros o sollozos y sintió la humedad en su rostro.

"Calma, calma," dijo una voz profunda y melodiosa.

Por alguna razón la voz la asustó. Deseó que desapareciera y no volviera nunca más.

Pero regresó.

"Te ves mejor, querida."

Hubo un gemido y Chandra pensó que había sido ella quien había hecho el ruido. Para probar esta teoría trató deliberadamente de repetir el sonido.

¡Sí! Ella lo oyó de nuevo. Ella gemía.

Pero el esfuerzo fue agotador y ella se volvió a hundir en el olvido.

"Sí, creo que nos vas a sorprender y vas a sobrevivir," dijo la voz un tiempo desconocido después. "A mi me encantan las sorpresas. ¿Estás despierta?" preguntó la voz goteando con diversión. "Eso es. Abre más esos ojos. No hay duda de que es hora de que nos conozcamos."

Chandra entrecerró los ojos incluso en la penumbra de la habitación. Oyó un gemido débil y se sintió avergonzada de que hubiera sido ella quien había hecho ese patético sonido.

Su visión se ajustó y ella reconoció gradualmente que estaba acostada en una cama, con un rojo dosel de seda en lo alto. La opulenta habitación era grande e iluminada con velas.

El dolor en su cabeza le dio una sensación de mareo que en un principio atribuyó a ese lugar desconocido.

"Ah, está viva," dijo la voz profunda y melodiosa que recientemente había llegado a ser tan familiar para ella.

A Chandra no le gustó más el sonido de la misma ahora que cuando ella había estado sin sentido. Se movió con cuidado y giró la cabeza en la dirección de donde había venido la voz.

Un joven estaba de pie al lado de una chimenea apagada en el lado opuesto de la habitación. Era alto, delgado y de tez blanca, con cabello negro que brillaba como si hubiera sido pulido y ojos oscuros con bordes rojos. Sus labios eran tan oscuros que casi parecían púrpuras.

Chandra no lo encontró como un atractivo ejemplo de hombría.

"He ganado," dijo.

"¿Ganado?" trató de decir ella.

Su lengua aún no estaba funcionando bien pero el hombre pareció entender lo que quiso decir.

"La apuesta," dijo él. "Algunos apostaron que morirías poco después de que te trajeron aquí. Otros apostaron que te quedarías por un rato y luego expirarías en silencio. Yo, sin embargo, sabía que te recuperarías por completo."

"¿Recuperarse?"

"¿Recuerdas lo que pasó?"

"Yo..." Chandra tuvo la sensación, a pesar de la relativa comodidad de su cama, que aquel no era un buen lugar donde estar.

Comenzó a vadear a través de los escombros en su mente y los detalles de su captura volvieron de repente a ella.

¿Dónde está Gideon?

Ella gimió.

"Oh, querida," dijo el joven. "¿Tan trágico?"

"Príncipe Velrav," dijo ella con voz ronca con certeza.

"¡A tu servicio!" Respondió él inclinándose en una elaborada genuflexión. "¿Puedo llamarte Chandra?" Y añadió: "Como has estado

acostada en mi cama durante tanto tiempo siento que las convencionales formalidades serían absurdas."

Ella ignoró el latido en su cabeza y miró debajo de la sábana que la cubría. "¿Dónde está mi ropa?"

Tenía la garganta tan seca así que se atragantó un poco por el esfuerzo de hablar.

"Tuve que hacer que te la llevaran a lavar. Estaba sucia." Él cruzó la habitación para sentarse en la cama junto a su cuerpo tendido. "Yo no quería que ensuciaran mis sábanas."

Ella lo miró. "¿Esta es tu cama?"

"Bueno, todas las camas de aquí son mías pero por ahora esta es tuya," dijo él inclinándose hacia adelante mientras se estiró para hacer resbalar sus pálidos dedos a lo largo de su hombro desnudo.

"Tócame y te romperé los dedos," le espetó ella haciendo su mano a un lado de un golpe.

"Hay agua en la mesita de noche, suena como si la necesitaras. Por favor," él hizo un gesto a un cántaro, sus movimientos ligeros, casi felinos. "Bebe, te sentirás mejor."

Chandra sacudió la barbilla hacia él. "Fuera de la cama."

"Como desees querida," respondió el príncipe levantándose con una mirada divertida en su rostro.

Ella sostuvo la sábana en su lugar mientras se empujó laboriosamente en una posición sentada, siempre consciente de la mirada enrojecida del príncipe. Giró y se sirvió una copa de agua; bebió y se sintió mejor, vertiendo otra copa tan pronto como hubo terminado. Ella lo volvió a mirar sólo después de beber una tercera copa.

"Me gusta una mujer que es así de concentrada en el cumplimiento de sus necesidades," ronroneó Velrav.

"A mi no me importa lo que te guste." En ese momento su voz sonó más normal. Ella debía haber estado inconsciente desde hacía bastante tiempo.

El sonrió. Chandra se armó de valor para no reaccionar a los dientes extrañamente blancos que presentaron puntas agudas reveladas por su amplia sonrisa.

"La historia que me contaron los jinetes es más fácil de creer ahora." Velrav se encogió de hombros. "Yaciendo allí inconsciente te veías preciosa a pesar de los moretones y sin duda muy, em, ¡saludable!" Su mirada lasciva rastreó su cuerpo de arriba abajo. "Incluso, se podría decir, robusta."

"Atribuyo mi buena salud a una dieta constante de sopa de gusanos," dijo ella con amargura.

"Ese es un rasguño muy desagradable en tu muslo aunque está sanando bien. ¿Qué te hizo eso?"

"Un trasgo," dijo ella.

"Puaj. Criaturas desagradables," dijo Velrav meticulosamente.

"Y sin embargo tú te las comes."

"Yo no lo hago mi querida." El pareció horrorizado. "¡Eso es comida de campesinos! Los trasgos sólo son traídos aquí para alimentar a algunos de mis compañeros, eh, menos refinados. ¿Y qué

me dices de ese corte en el brazo? Estaba supurando bastante bien cuando llegaste."

Ella no dijo nada; le tomó un momento darse cuenta de que se refería a la incisión hecha por el Enervante para extraer la serpiente hundida en su cuerpo.

"Hmmm, el pelo rojo es exótico. Justo como yo esperaba." Velrav inclinó su cabeza, estudiándola. "Y ahora que tus ojos están abiertos encuentro su color intrigante. Casi ámbar... ardientes..."

"La verdad es que yo quedé impresionado cuando ellos te trajeron a mí. A pesar de tu coloración inusual te parecías a cualquier otra mujer ofrecida como diezmo." Él sonrió de nuevo. "Ahora que estás despierta, sin embargo... ¡Sí, ahora veo a la mujer de la que me hablaron!"

"Trae mi ropa," dijo ella con frialdad. "Quiero vestirme."

"¿Una mujer solitaria que luchó contra una docena de aldeanos y cuatro Jinetes de Niebla? ¡Sonaba demasiado improbable! Pensé que tal vez los jinetes estaban tratando de salvar sus propias vidas al inventar el cuento."

Ella frunció el ceño, distraída. "¿Y eso qué tiene que ver?"

"¡Ah, explicaría satisfactoriamente el desastroso estado en que te encontrabas cuando llegaste! Inconsciente. Casi sin pulso. Respiración débil. Rostro magullado. Tu cabeza abierta y sangrando," dijo él. "Era obvio que tuve que hacerte limpiar por los siervos."

Chandra se pasó la mano por la cabeza y encontró una herida en la sien. La exploró delicadamente con sus dedos. Estaba sensible e hinchada pero sanaría.

"El mango de la lanza," murmuró ella, recordando. Era evidente que el jinete había estado a punto de matarla con ese golpe.

"Los cuerpos mortales son tan frágiles," dijo Velrav tristemente. "El tuyo es obviamente más fuerte que el de la mayoría... notablemente fuerte diría yo. Pero no obstante vulnerable."

"Sí, bueno, ¿y por qué te importó a ti la condición en que llegué? ¿Acaso el sabor de la sangre es mejor cuando la víctima está despierta y gritando?" dijo ella mordazmente.

"¡Mi querida! ¡La vitalidad es de suma importancia! Cuando mandé llamar a los Jinetes de Niebla yo quedé positivamente fascinado por la descripción de esta joven mujer sana y vivaz." El suspiró. "Rara vez consigo una delicia tan especial. Aquí la vida es tan... desanimada. Naturalmente yo te quería en perfectas condiciones. Y dí órdenes a tal efecto." El se cruzó de brazos y sonrió agradablemente. "Los Jinetes de Niebla saben lo peligroso que es desobedecer mis órdenes."

"Bueno, la luz del sol puede hacer mucho en favor de la moral," dijo ella no muy interesada. "Deberías observarla."

"Sí... La luz del sol... De verdad que tú hablas de las cosas más interesantes. ¿De dónde sacaste esa idea? No puedo evitar maravillarme. Y maravillarse, me gusta decir, es la primera de todas las pasiones."

"Escucha aquí, Príncipe," dijo Chandra. "Si piensas que yo voy a encender otra cosa que no sea tu pira funeraria estás muy equivocado."

"Chandra, no te puedo decir lo feliz que me hace sentir eso," dijo él con cierto regocijo. "Las cosas han estado bastante aburridas por aquí durante el último medio siglo."

Chandra no estuvo segura de cómo reaccionar ante eso. Velrav se quedó allí mirándola, sonriendo, esperando.

"¿Tal vez yo podría tener mi ropa ahora?" preguntó ella después de lo que pareció una eternidad.

La sonrisa del príncipe desapareció. "¡Eso si qué es aburrido!" dijo Velrav cabizbajo. "La conversación iba tan bien hace un minuto... ¡Madre siempre me dijo que moderara mis expectativas!"

"¿Supongo que es por eso que le cortaste la cabeza?"

"Ah... Ingenioso y bien informado. Tú si que eres un regalo Chandra. ¿Qué podría haber hecho yo para merecer esto?"

"Estoy seguro de que ya se te ocurrirá algo pero la ropa estaría bien mientras lo consideras."

"Sí, a su debido tiempo. Pero yo tengo curiosidad acerca de ti. La chica afirmó que eras una maga de fuego aunque no puedo imaginar cómo podría ser esto." Dijo Velrav con evidente fascinación. "¿Es verdad?"

"No hace falta que me preguntes. Simplemente suelta el encantamiento que tienes sobre este plano y podrás descubrir por ti mismo si es verdad."

"¡Qué extraño y maravilloso!" exclamó Velrav. "¡Una maga de fuego! No he visto a nadie que practicara magia de fuego desde... Bueno, desde que asesiné a mi familia."

"Estaría encantada de demostrarte lo que puedo hacer."

"¡Oh, cómo disfrutaría de eso!"

"En ese caso, ¿por qué tú no...?"

"Si tan solo fuera tan fácil para ti como lo es para mí, ¿eh?" dijo él con pesar. "Pero ¿cómo podría hacerlo con la conciencia tranquila? Después de todo yo tengo que cuidar mis propios intereses. Y puesto que no ha habido magia de fuego en Diraden desde hace bastante tiempo... ni nadie de una salud tan encantadoramente buena aquí por muchos años... ¿Tal vez te gustaría decirme de dónde vienes?"

"¿Y eso qué importa? Igual tú no puedes ir allí."

"¿Qué te hace estar tan segura? Después de todo tú llegaste aquí. ¿Por qué yo no podría ir allí?"

"No he venido aquí a propósito." Al estar de alguna forma cerca de la verdad ella añadió: "Y no sé cómo volver."

"Entonces la fortuna es mía."

"Y el pasado no importa."

"Oh, pero si lo hace," dijo él mientras se movió hacia una ventana para mirar hacia fuera. "El pasado es lo que creó quienes somos ahora después de todo. Pero tú ya me lo dirás a su debido tiempo. Y si no lo haces entonces tal vez lo haga tu amante."

"¿Mi amante?"

"La chica afirma que el hombre que llegó a la aldea contigo es tu amante. Ella vio una prueba de ello." Entonces él añadió, "Yo, por supuesto, no me entrometí en sus delicados sentimientos preguntando qué había querido decir con eso."

"Él es un cazador de recompensas. Yo era su prisionera," dijo ella, con la esperanza de que Gideon no estuviera bajo la custodia de Velrav.

"Y ahora eres mía... La menarca se mostró bastante molesta cuando nos llevamos su premio."

"¿Su premio?"

"Sí, tu cazador de recompensas," dijo Velrav todavía mirando a algo desde su posición en la ventana. "Y ella se opuso. Con tanta fuerza que los jinetes consideraron matarla." Él miró por encima del hombro a Chandra. "Pero ellos sabían que no podían hacerlo sin preguntarme primero. Y ciertamente yo habría dicho que no."

El volvió su mirada a algo en el exterior, más allá de la ventana. "Si la menarca va a morir entonces yo seré el que la mate. Pero, en verdad, no tengo ningún deseo de hacerlo. Al fin y al cabo ella me encuentra delicias bastante interesantes para mí."

"Delicias." La palabra fue plana. Su arrogancia fue asombrosa.

Chandra se envolvió en su sábana y se levantó lentamente de la cama. Estaba mareada y sintió las piernas temblorosas.

"Además," dijo Velrav, "ella es una cosa tan insignificante que no creo que pueda satisfacer mi hambre. No, es mucho mejor que la siga dejando vivir mientras siga dándome estos regalos maravillosos."

Chandra, caminando descalza por el suelo frío de piedra, preguntó con una sensación creciente de temor, "¿Qué pasa con el cazador de recompensas?"

Velrav la miró a los ojos y luego asintió en dirección a la ventana. "Velo por ti misma."

Chandra trató de prepararse para lo que se avecinaba pero su corazón latía con fuerza y ella sospechó que Velrav podría darse cuenta que estaba respirando algo demasiado rápido. Se acercó a la ventana y miró hacia abajo, tratando de ver lo que estaba mirando Velrav.

Se encontró observando un patio, que estaba rodeado por las alas del castillo en tres lados. En el cuarto lado había una puerta enorme bordeada por una caseta de guardia y establos para una docena de caballos. No había árboles o plantas a la vista y toda la zona estaba bien iluminada por antorchas que habían sido posicionadas a lo largo de las paredes circundantes.

El patio estaba vacío salvo por un solo hombre.

Chandra apretó los dientes mientras lo miró con horror, obligándose a no gritar o satisfacer a Velrav con una reacción de sorpresa.

Gideon estaba situado entre dos altos y gruesos postes de madera. Tenía los brazos extendidos y atados a los postes. Su largo cabello negro estaba enredado y enmarañado y su cabeza colgaba hacia abajo. Pero como sus piernas le estaban soportando (aunque

solo apenas) ella supo que no estaba inconsciente o muerto. Al menos aún no.

Su torso estaba desnudo. Las heridas que Jurl había dejado allí habían vuelto a abrirse y sangraban. Las marcas de garras amplias, rojas y enojadas, y riachuelos de sangre seca pegados a la piel clara de Gideon. Pero Chandra no recordaba que hubiera habido tantas heridas, ni que hubieran sido tan graves...

Respiró hondo cuando se dio cuenta que la mayor parte de esas marcas no podrían haber sido hechas por Jurl. Alguien había estado cortándolo deliberadamente.

Chandra, consciente de la mirada divertida de Velrav sobre ella, mantuvo su expresión pétrea. Cuando estuvo segura de poder controlar su tono dijo, "El cazador de recompensas."

"Apareció, supongo que salido de la nada, cuando los jinetes estaban a punto de llevarte fuera de la aldea e interfirió." Velrav hizo un sonido de *tsk tsk*. "Lo más imprudente que podría haber hecho. Nosotros nunca habríamos sabido de él si no lo hacía."

Chandra apretó los dientes y se concentró en su respiración. Sabía que era demasiado fuerte, sabía que Velrav la oyó.

"Tenía un arma de lo más notable," continuó Velrav. "¡Ahora es mía y yo la adoro! ¿Supongo que tú la habrás visto? Es un especie de látigo de tres cuchillas. El mató a uno de los Jinetes de Niebla con ella."

Como ella había acuchillado a uno de ellos con una lanza y no había funcionado esto la sorprendió. "¿Cómo?"

Velrav ignoró la pregunta. "Después de que lo capturaron Falia envió un mensaje pidiéndome una reunión. Un acto muy valiente, ¿no te parece? Y naturalmente yo tuve curiosidad."

"¿Lanzó otro berrinche?"

"No, evidentemente se había resignado a su pérdida. En su lugar me ofreció más delicias." Cuando Chandra le miró con el ceño fruncido él asintió con la cabeza hacia Gideon y le dijo, "Información sobre él."

"Ah." Así que la chica continuó haciéndose más valiosa viva que muerta para Velrav. Y también se aseguró, contándole al príncipe alegremente vengativo que Gideon y Chandra eran amantes, que su supuesta relación se rehiciera ahora en una fuente de sufrimiento y tormento en lugar de comodidad y satisfacción. "¡Qué niña desagradable!"

"Este hombre es como tú, inusualmente fuerte y saludable. También alto." Velrav concluyó: "¿Los dos vienen del mismo lugar?"

"Él me siguió."

"Y luego trató de rescatarte."

Ella sospechó donde estaba yendo esa conversación. "¿Rescatarme? No, supongo que él estaba tratando de quedarse con su premio." Chandra apartó la mirada de Gideon para mirar a Velrav. "Él es un cazador de recompensas. Sin ninguna prisionera no obtendrá su recompensa."

"¿Y tú qué crimen has cometido?" preguntó el príncipe con interés.

"Es una larga historia." Ella se permitió respirar hondo. "Y yo no voy a contártela."

"Oh, espero que algún día lo hagas," dijo él. "Sospecho que debe ser una historia muy interesante. Ese hombre de allí abajo… ¿Gideon?"

"¿Ajá?"

"Gideon mató a un Jinete de Niebla, algo que nadie había hecho antes, y ofreció bastante resistencia a los otros tres jinetes." Velrav suspiró voluptuosamente mientras bajaba su mirada hacia su ensangrentado cautivo. "Debes de haber cometido un delito muy impresionante para que un hombre como él viniera en pos de ti."

"¿Ha estado atado allí todo este tiempo en el que he estado yaciendo aquí?"

"Más o menos. ¡Y yo creo que ha estado esperando este momento!" Velrav dio un golpe duro en la ventana.

"¡No!" exclamó ella reflexivamente. El sonido habría alcanzado muy bien el patio vacío.

"¿Por qué no?" Velrav golpeó con más fuerza.

Chandra, como había temido, perdió el control de su compostura cuando Gideon levantó lentamente su cabeza. Apretó las palmas contra la ventana y miró hacia abajo a él, afligida y consternada.

Este levantó la vista hacia la ventana. La luz de las antorchas iluminó su rostro, que estaba pálido por la pérdida de sangre y oscurecido por una espesa sombra de vello en sus mandíbulas, su mentón y su labio superior. Su ojo izquierdo estaba ennegrecido y cerrado por la hinchazón.

La expresión desgastada e impasible de Gideon no cambió pero ella supo que él la había visto, perfilada en la luz de las velas que brillaban en su inconfundible pelo rojo.

"Te ves con el corazón roto, querida," dijo Velrav sin problemas. "¿Pensé que él te estaba cazando?"

"Lo estaba." Respondió ella manteniendo la mirada centrada en Gideon aunque dudó de que él pudiese ver claramente su rostro en esa luz. "Eso sólo fueron... negocios. Lo que tú estás haciendo, sin embargo..." Ella sacudió la cabeza. "Es desagradable."

"Supongo que es un poco... ostentoso," admitió Velrav. "Pero te aseguro que esto no es algo normal para nuestras costumbres. Por lo general hacemos un poco de deporte con nuestros cautivos… "

"¿Deporte?" repitió ella con odio.

"…y luego nos alimentamos de ellos. Es raro que traigamos a alguien al redil. A alguien como tú, por ejemplo. Pero el resto muere poco después de llegar."

"¿Entonces por qué él está así... expuesto?"

"Mató a un Jinete de Niebla." El tono de Velrav sugirió que la razón debería ser obvia, incluso para ella. "Así que se espera una cierta cantidad de trato extra. Y yo no podía decepcionar a mis compañeros y sirvientes leales, ¿verdad? Ellos se merecen esto."

Ella no trató de seguir hablando.

"¿Sabes?, él no te está mirando a ti como un cazador," observó Velrav sin quitar la mirada de Gideon. "Por supuesto que no. No es caza lo que hay en esos hermosos ojos azules."

"¿Y qué sabes tú acerca de la caza?" le dijo ella con desprecio. "Tú sólo te sientas en este castillo y haces que te traigan víctimas."

"En realidad yo todavía cazo un poco," dijo Velrav sin sonar en absoluto molestado por su desdén. "Aunque debo admitir que no muy a menudo. Ya no. En estos tiempos me parece igual de aburrido que todo lo demás."

"Has estado vivo durante mucho tiempo." Dijo ella mirando a Gideon y recordando lo que le había dicho acerca de la magia de sangre.

"Sí, lo he hecho."

"Sin rivales has tenido un poder total, alimentándote de la sangre de tu pueblo para mantenerte joven. No has tenido ningún propósito excepto satisfacer tu propia hambre." Chandra continuó mirando fijamente a Gideon. "La noche nunca se convierte en la mañana. Las estaciones nunca cambian. Ni siquiera la luz de la luna cambia."

Ella pudo ver la mirada de Gideon volviéndose más alerta y con intención mientras su exhausta mente empañada por el dolor comenzaba a centrarse. Dudaba que él hubiese sabido hasta ese momento que ella aún estuviera viva. Aún así se había mantenido controlado y Chandra le envidió esa habilidad.

"¿Qué podría hacer que tu existencia fuera más valiosa?" dijo Chandra a Velrav. "¿Qué podría hacer que valiera la pena vivir tu existencia sin sentido?"

El príncipe permaneció en silencio.

Alguien entró en el patio de abajo. El individuo, como Velrav y los Jinetes de Niebla, era un hombre, delgado, enfermizamente pálido, de pelo negro, con esos labios anormalmente oscuros. Parecía tener prisa, yendo de un ala del castillo a la otra. Al pasar junto a Gideon sacó una daga de la funda de su cinturón y, con una naturalidad que conmocionó a Chandra, cortó la espalda del caminante de planos con su hoja. Se inclinó y lamió el flujo de sangre.

Ella jadeó y golpeó con sus palmas contra la ventana.

Gideon hizo una mueca y cerró los ojos por unos momentos. Bajó la cabeza e incluso desde allí Chandra pudo ver su pecho subiendo y bajando con sus rápidas respiraciones mientras trató de dominar el dolor.

"Hubo veces en que yo también me he preguntado lo mismo," dijo Velrav sombríamente. "¿Para qué seguir? ¿Por qué no acabar con ello? El peso de mi aburrimiento a veces se vuelve tan insoportable que yo creo que me volveré loco."

"Tú ya estás loco." Ella no podía apartar los ojos de Gideon.

"Lo cierto es que de verdad me he preguntado, de vez en cuando, qué podría hacer que volver a vivir mi vida valiera la pena."

Gideon volvió a levantar su cabeza y la buscó en la ventana. Ella apretó los puños contra el cristal y no se molestó en tratar de

ocultar lo furiosa y molesta que estaba. De todos modos Velrav lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

"Y entonces llegaron ustedes dos," dijo este, "y ahora lo sé."

"¿Saber qué?" preguntó ella con aire ausente mientras inclinaba su cabeza palpitante contra la ventana. Su corazón le latía como si quisiera escapar de su pecho.

"Que es lo que hará que esta nueva existencia vuelva a ser soportable," dijo el príncipe oscuro. "Que es lo que puede hacer que esta vida tediosa vuelva a ser tan emocionante como lo solía ser mucho tiempo atrás."

Ella apartó la mirada de Gideon y volvió a fruncir el ceño con curiosidad hacia el príncipe. "No es que me importe," dijo ella, "pero ¿de qué estás hablando?"

"Ahora yo sé que hay algo más allá de Diraden. Tanto que, de hecho, estoy ansioso por explorarlo. Y de alguna manera tú y tu cazador de recompensas me ayudarán."



Capítulo 14

"¿Ese es su plan? ¿Convertirse en un caminante de planos?" La voz de Gideon sonó cansada.

"Sí," dijo Chandra.

"¿Qué has estado diciéndole?"

"Él siguió presionándome sobre las cosas y realmente me cansé de ello. Sentí que si le decía la verdad me dejaría en paz."

"Bueno en realidad esa es la menor de nuestras preocupaciones ya que eso nunca va a suceder."

"Bueno, hay algo más acerca de su plan. El te utilizará para hacerlo. Tiene alguna clase de ritual de sangre que está preparando con los magos de su corte. Cree que puede transmutar tu esencia o algo así."

Ellos estaban hablando a través de la puerta del calabozo de Gideon. Este había sido trasladado de la escena de su sangría pública en el patio una vez que el Príncipe había llegado a una decisión. Eso había sido unos días atrás.

La risa demente de un anciano sonó intermitentemente de la siguiente celda.

"¿Eso ha estado pasando todo este tiempo?" preguntó ella. A Chandra se le había dado permiso para moverse por el castillo sin supervisión. Velrav estaba tan confiado en su encantamiento que sentía que tenía poco que temer. No obstante se le habían encadenado los pies y las manos por lo que a todas partes a las que iba lo hacía dando pequeños pasos remilgados. Así que no había ido a muchos lugares. Sin embargo había sido capaz de sobornar a uno de los guardias del castillo con un pequeño cuarzo de fuego que Brannon le había dado en su última noche en la Fortaleza Keral. Que una simple roca fuera tan exótica fue un testamento para el encanto de Diraden. Así que ella estaba agradecida de que esta le hubiera permitido bajar allí para ver a Gideon.

"Sí. Si creemos lo que dice este hombre, ese es el rey."

"¡Oh, sí, por supuesto! Yo soy el rey y mi reinado sería absoluto si no hubiera sido absuelto," dijo este antes de romper a reír sin control.

"Eso ni siquiera es un buen juego de palabras," dijo Chandra.

"Es mejor que algunos. La mayoría de las veces lo que dice no tiene sentido," dijo Gideon durante los aullidos cada vez más fuertes de risa. "Pero la historia que nos contó Falia era más o menos cierta. En medio de sus ataques de risa me ha dicho un poco sobre el poder del príncipe y el propio. Al parecer el poder mágico de aquí se basa en el linaje."

"¿Qué quieres decir?"

"No estoy exactamente seguro pero todo esto, la mortaja, los hechizos de humedad, él lo consigue todo a través de rituales en los que utilizan la sangre del rey. Parece que el único poder verdadero

del príncipe viene del rey. Es por eso que él lo ha mantenido con vida durante todos estos años."

"¡En efecto! El cachorro sabe que no es nada sin mí. Si alguna vez quiere el poder total deberé ser yo quien se lo de y él sabe que nunca lo haré." La risa maníaca siguió de nuevo. "Y si muero sin pasárselo otro nacerá. Él no tendrá nada. Así que me mantiene aquí, la segunda mejor opción, prolongando mi vida con magia de sangre." Siguió un silencio por unos momentos, uno de los raros momentos de calma en su risa.

"¿Si es su poder por qué no puede usarlo contra él?" preguntó Chandra.

"Él me ha maldecido. ¡Imagínate! Me maldijo con la ayuda de demonios. Piensa que paga con la sangre de su familia. Piensa que vivirá para siempre, pero hay más por venir, y ellos tendrán su paga."

"Encantador," fue todo lo que a Chandra se le ocurrió decir. El vitriolo en la voz del anciano le hizo sentir piel de gallina así que ella tuvo pocas dudas de que este no fuera el rey.

"Todas las cosas encantadoras tienen un final... ¡ja!" Ni ella ni Gideon encontraron que era lo gracioso de todo eso.

"Así suele pasar," dijo Gideon. "Uno o dos momentos de lucidez y luego él se mueve de una palabra a otra. Si hay algún sentido yo no lo veo."

"Gideon, las cosas están teniendo un muy mal aspecto. Quiero decir, quizás yo sólo esté atrapada aquí. Él dice que los dos exploraremos juntos el Multiverso pero él va a matarte. ¿Por qué tuviste que venir tras mí cuando llegaron los Jinetes de Niebla?"

"Estabas colgada sobre su silla como un saco de grano. Había tanta sangre brotando de tu cabeza que yo no estaba seguro de que vivirías." La mirada de él se dirigió a la cicatrizada herida en la sien de ella. "Ahora se ve mucho mejor."

"Lo está. Pero ¿por qué luchaste contra ellos por mí? Ahora podrías haber estado en el exterior tratando de encontrar alguna solución mejor."

"Supongo que no pensé en ello. Pensé que te iban a matar. Me entró el pánico."

"¿No estabas pensando?" preguntó Chandra a pesar de todo, incapaz de ocultar un toque de diversión.

"Chandra, ¿crees que sólo tu tienes reservado el derecho de actuar irracionalmente? Recordemos que yo soy el que está preso en un calabozo. Tú eres la que duerme en una buena cama y a la que le han ofrecido una vida dedicada a vagar a través de los planos del Multiverso."

"No creo que esta oferta sea confiable. Él parece un poco... desquiciado."

"Parece venir de familia," dijo Gideon secamente.

"Mira, nosotros hicimos un trato cuando llegaste a Diraden y tú te has apegado a tu parte de el así que yo me apego al mío. Seguiremos trabajando juntos para salir de aquí."

Él la miró a través de la abertura de los barrotes en la puerta, su mirada impasible. Ella sabía que este era el rostro que él ofrecía a las personas cuando quería ocultarles algo. Esto la hizo sentirse impaciente con él, incluso enfadada. Gideon no tenía nada que ocultarle, no si ellos querían escapar.

"¿Por qué arriesgaste tu vida dos veces para robar el pergamino en Kephalai?" preguntó él.

"Tú ya sabes que el pergamino era valioso," dijo ella irritada. "Lo tuviste en tu poder. ¿Estás tratando de decirme que ni siquiera lo miraste?"

"Si lo miré."

"¿Y?"

"¿Y qué?" El se encogió de hombros, luego se estremeció un poco cuando sus heridas frescas protestaron. "Tiene un hechizo escrito en un lenguaje que yo supongo tú no pudiste leer adec…"

"¿Acaso tú puedes?"

"No, yo no puedo leerlo. Pero sé de dónde proviene."

"A mi no me engañas Gideon."

"Es viejo, lo que explica que era lo que estaba haciendo en el Santuario de las Estrellas. Pero eso no explica por qué tú lo quieres con tantas ansias."

"¿Y qué es lo que alguien quiere con algo? Es viejo, sí. Pero es único. No hay nada que se le parezca en todo el Multiversoo al menos eso es lo que me han dicho. Es un hechizo, sí. Pero los monjes de Regatha piensan que podría conducir a algo de inmenso poder. Algo mucho más grande que tú o yo." Ella hizo una pausa mientras el rey entró en una nueva ronda de histeria. "No sé Gideon. Yo solo lo quería para la gloria. Algo que me hiciera ver las Eternidades Ciegas."

"Nunca confíes en la gloria de la mañana, ni en la sonrisa de una suegra. Ah, ja, ja..."

Mientras ellos esperaban a que disminuyera la risotada Gideon consideró lo que Chandra le había dicho, la pasión que había demostrado.

"Es de Zendikar," dijo él. "Un plano de cierta reputación. Se dice que es sede de algunas de las fuentes de maná más poderosas del Multiverso pero también es un plano impredecible, errático. Violento y pacífico al mismo tiempo."

"¿Alguna vez has estado allí?"

"Nunca, pero lo he buscado en mi juventud."

Chandra se quedó mirando sin ver a Gideon, su mente fija en lo que podría llegar a conducir el pergamino. Envolvió sus dedos alrededor de las barras que los separaban. "¿Estás seguro de que existe tal plano?"

"No estoy completamente seguro pero sí razonablemente seguro."

"¿Sabes lo que esto significa Gideon?" Una luz ardió en los ojos de Chandra. "¿Si nosotros pudiéramos llegar a Zendikar y encontrar lo que hablan estos monjes? Piensa en las cosas que podríamos hacer. ¡Piensa en el poder! ¡La aventura!"

"Chandra, ni siquiera sabes lo que es. Podría ser cualquier cosa. Podría ser el poder más oscuro que has conocido. Podría matarte. Podría..."

"Tú lo has dicho Gideon. Podría ser cualquier cosa. Y nunca lo sabremos hasta que lo averigüemos."

Después de un momento Gideon miró a los ojos de Chandra. Estos brillaban con una claridad que él nunca había visto antes. Indudablemente había esperanza allí pero también había algo más. Decir que era fuego hubiera sido obvio. Decir que era vida hubiera sido un eufemismo.

"Nosotros no podemos hacer nada hasta que salgamos de aquí," dijo él en un tono monótono.

Chandra bajó la cabeza y se hizo el silencio en el calabozo.

"Si se me permite decirlo," dijo el rey con voz muy clara. "Creo que yo puedo ayudar."

Capítulo 15



El plan era un poco loco. Tantas cosas podían salir mal que ella casi creyó estar segura de que Gideon lo rechazaría, prefiriendo en su lugar sacrificarse para que ella pudiera vivir o alguna cosa ridícula como esa. Pero el rey había dicho que podía ayudar. Que todavía tenía algunos trucos bajo la manga.

Así fue como les dijo que ellos podían vencer al príncipe y escapar del velo que retenía a Diraden en la oscuridad y restringía su conexión con el maná. El rey necesitaría algo de la sangre de Gideon. No mucho, tal vez una cucharada y le ofrecería una cantidad similar de la propia. Usaría un poco de magia que había aprendido en su niñez para confundir a sus padres tantos siglos atrás. Él y sus

hermanos habían intercambiado varias veces un poco de su sangre con el fin de asumir la apariencia del otro y escapar de sus clases. El rey fue algo difícil de detener una vez que comenzó con el relato de sus recuerdos así que Chandra tuvo que ser diligente en mantenerlo concentrado.

En resumen había dicho que podría hacerse parecer como Gideon y viceversa. El anciano había estado vivo mucho tiempo, dijo. Ya era hora de que él muriera, especialmente si su muerte llegaba a ser desconcertante para el ingrato cachorro que estaba sentado en su trono. El iría a morir en lugar de Gideon. Cuando el príncipe lo matara por error el velo sería levantado. Entonces el príncipe quedaría indefenso ante ellos.

"Pero ¿qué pasa con esta transmutación que el espera lograr? ¿Y si él es capaz de incorporar su esencia?" preguntó Gideon aún escéptico del plan.

"¿No te parece que si fuera posible él ya lo habría intentado?" preguntó Chandra. Ella ya había estado en el calabozo desde hacía algún tiempo así que no podía confiar en que el guardia la dejara quedarse para siempre o incluso podía estar en la puerta cuando ella tratara de salir.

"El niño no sabe nada. Es imposible," dijo el rey. "Mi tiempo ha llegado y él no puede detenerlo."

"Digamos que yo no me siento lleno de confianza," dijo Gideon.

"¿Y qué más podríamos hacer?" preguntó Chandra. "No veo un montón de opciones."

"Está bien, pero ¿cómo vamos a mover la sangre entre las celdas?"

"¡Debe estar en la boca de la mujer!" gritó el rey antes de entrar en la primera ronda de risas en bastante tiempo.

A Chandra la idea le pareció ridícula. ¿Acaso este era todo el plan de un viejo maniático para poner su lengua en su boca? Se dirigió por primera vez por el pasillo hasta la celda que ocupaba el rey y miró dentro. Lo que vio casi la hizo desmayarse. El anciano, sentado con las piernas cruzadas en el suelo de su celda, se veía tan pálido como para ser translúcido. Venas celestes cubrían su cuerpo desnudo como las venas de algún mineral gélido. Era insoportablemente delgado. Rió ampliamente con su boca desdentada, su lengua tan seca como la de un pájaro. Sus ojos negros eran tan opacos como la piedra circundante.

"Gideon. Tenemos que hacer esto pero yo no voy a usar mi boca."

* * * * *

En las horas, tal vez días, después de su reunión conspirativa con Gideon y el rey, Chandra agradeció esa pizca de humanidad que le había permitido encontrar una taza y un cubo de agua en la celda de Gideon.

Había transportado la sangre de ida y vuelta y los dos habían bebido sus porciones. El rey había dicho que el efecto de la

transformación duraría indefinidamente pero una vez que el estuviera muerto el efecto desaparecería. Poner su fe en el anciano era arriesgado, por decir lo menos, ¿pero qué otra opción tenían?

Velrav había decidido que quería a Chandra presente para el ritual y ella supuso que no era por ninguna razón mejor que la de disfrutar de su reacción ante la muerte de Gideon.

Así que ella había estado pasando el tiempo en su habitación, donde podía permanecer sin cadenas, esperando de forma reacia. No creía haberse sentido nunca tan ansiosa. Repasó todo tipo de escenarios, incluso cuando ella no tenía idea de qué esperar. La imagen del rey risueño había quedado grabada a fuego en su mente por lo que cada vez que cerró los ojos lo vio allí, como un ídolo malévolo.

Fue un alivio cuando uno de los guardias del castillo sin nombre llegó al fin para acompañarla a un ala que nunca había visto. La condujo a una sala ovalada sin mobiliario salvo una larga mesa de piedra en un extremo cuyo plano estaba inclinado hacia el centro del óvalo en un ángulo agudo. Había cuatro correas colocadas en las esquinas, presumiblemente para mantener a algo o alguien en su lugar. A ella la colocaron en el extremo opuesto de la habitación y la hicieron que se quedara de pie en una ligera depresión cubierta con una rejilla de metal.

Chandra, con sus muñecas y pies encadenados, se quedó preguntándose qué debía hacer mientras el guardia caminó alrededor encendiendo los candelabros de la habitación. Luego de eso Gideon (ella esperó que fuera el rey) llegó a la sala escoltado por dos guardias. Estaba ligeramente encorvado y su cabello caía sobre su rostro; tenía su torso desnudo atravesado por heridas y lleno de moretones y estaba mortalmente pálido. Ella no había notado antes algunas de las heridas. ¿Esos moretones eran nuevos? Los guardias lo levantaron, lo pusieron boca abajo y lo ataron a la mesa para que quedara apuntando con la cabeza hacia el suelo. Él no ofreció resistencia. Cuando su cabello se apartó de su rostro Chandra pudo ver que tenía la expresión pétrea, la mirada impasible que ella había llegado a conocer en él.

Chandra se sintió un poco aliviada. Al menos habían llegado así de lejos. Pero justo en ese momento otro grupo de guardias entró en la habitación, trayendo el cuerpo del rey. ¿Qué estaba haciendo allí Gideon? ¿Acaso Velrav sabía la verdad? Los guardias colocaron a Gideon equidistante entre Chandra y el rey, en la pared de manera que los tres formaron un triángulo, y salieron de la habitación. Chandra quedó preocupada por este último incidente pero no había nada que pudiera hacer.

Y entonces entró Velrav. Por más tensa que se sentía Chandra tuvo que evitar reírse. Vestía un manto exuberante y obviamente caro pero también llevaba un sombrero cónico de ala ancha y correa a la barbilla. El efecto, aunque sin duda tenía la intención de hacerle parecer imponente, le hacía parecer como un tonto, un triste juglar imitando la pompa de la realeza.

Velrav giró hacia Chandra. "¿Creo que ya conoces a mi padre, el rey? ¿Te sorprende? No, por supuesto que no. ¿Acaso creías que yo no iba a saber nada de tu pequeña visita clandestina? Así que pensé en dejar que visitaras a tu cazador de recompensas por última vez."

Chandra no pudo responder. Su mente corría a la velocidad de la luz. Toda la situación se estaba poniendo muy desazonada. Ni una sola cosa había salido bien desde que ella había llegado a ese plano abandonado y ahora se había puesto realmente peor. Podía sentir su piel comenzando a enrojecerse, todos esos sentimientos conocidos de ira y frustración, pero había algo que faltaba. La floración en la base de su cráneo, ese poder que normalmente ella sentía corriendo por su columna vertebral e introduciéndose en sus extremidades no estaba allí, pero su sangre se movía y eso, al menos, se sintió bien.

"Lo traje para que sea testigo de la transformación de su único hijo vivo."

El anciano se echó a reír, esa risa inconfundible. Chandra apretó los puños y la mandíbula. Su mente corría sin control. Ella trató de calmarse, trató de respirar, pero no pudo hacerlo. Todo lo que sabía, todo lo que había hecho, nada importó. Ella sintió todo apartándose de ella cuando la rabia tomó el control.

"Lo siento Chandra. Él lo sabe," dijo Gideon desde la mesa. "Llegó poco después de que te fuiste y me golpeó hasta casi matarme. Con el cuerpo del anciano no pude hacer nada para defenderme."

El anciano continuó riendo, meciéndose hacia adelante y hacia atrás.

"¡Cállate viejo estúpido!" Gritó Velrav mientras sacó el sural de Gideon de debajo de su capa y lo azotó con torpeza, pero esto no hizo nada para detener la risa. En todo caso sólo sirvió para hacer reír al rey aún más fuerte.

El fuego de las lámparas de pared ardió más brillantemente cuando Velrav siguió azotando a su padre riendo y Chandra lo sintió. Sintió la montaña en su interior. Ella era el volcán.

Todo se ralentizaba cuando ella se sentía de esa forma. Se sentía como si se estuviera moviendo fuera del tiempo mientras el poder florecía en la base de su cráneo, mientras la feroz flor que ella se había estado perdiendo llenó su cabeza y su cabello se convirtió en un rabioso halo de fuego. Sus puños se convirtieron en antorchas, sus pies se iluminaron con una intensidad alquímica. Abrió los brazos y sus grilletes se transformaron en un charco fundido en el suelo mientras ella empezó a levitar.

Velrav se volvió par mirarla, boquiabierto. La risa del rey se alzó a un punto álgido, sus ojos cada vez más vivaces mientras se deleitó en el infierno en que se había convertido Chandra.

¡Boom! Chandra juntó las manos en un aplauso atronador cuando sus pies volvieron al suelo y una espada de fuego emergió de sus manos. Se volvió hacia su derecha, haciendo girar la cuchilla llameante con el fin de descargarla con todo su ímpetu. Cuando cerró el círculo la espada ardiente golpeó al príncipe en el cuello,

rebanando su cabeza y el hombro opuesto de su cuerpo. La carne cauterizada humeó mientras el cuerpo cayó a un lado y la cabeza y el brazo derecho de Velrav aterrizaron en el regazo del rey riendo. Esto no hizo nada para tranquilizarlo.

El rey le dio una palmadita al rostro de su hijo y colocó la cabeza en el suelo. Se puso de pie y se acercó a Chandra, que estaba empezando a registrar lo que había acabado de hacer. Su espada de fuego seguía ardiendo brillantemente y el anciano sólo dejó de reír cuando agarró la hoja. Su carne chisporroteó y ardió de inmediato, el espantoso silbido del agua en su cuerpo desapareciendo en un hervor. El rey, con una increíble determinación se empaló a sí mismo en la cuchilla. Chandra trató de tirar de ella, pero su sorpresa la hizo demasiado lenta. Las llamas se apagaron pero no antes de que lo hiciera el rey y su cuerpo se desplomó sobre el de su hijo.

Chandra se volvió hacia Gideon, que aún yacía boca abajo sobre la mesa, la sangre coloreando su anterior rostro pálido.

"Ayúdame a salir," dijo él.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia él. "¿Puedes sentirlo? ¡Maná!"

"Sí, lo siento."

Ella quería deleitarse con el flujo de maná rojo que estuvo allí de repente, que había estado allí. Se sentía mareada, a punto de desmayarse. Deshizo las correas que sujetaban a Gideon a la mesa y le ayudó a bajar.

"Vámonos de aquí. Estoy segura de que puedo caminar. ¿Qué tal tú? le preguntó.

"Creo que sí," respondió él mirándola con asombro. "Chandra, ¿qué fue eso?"

"Una espada de fuego. Yo nunca lo había hecho antes."

"Pero, ¿cómo? Pensé que nos ibas a incinerar a todos. Nunca había visto nada igual."

Ella lo pensó por un momento y luego se echó a reír con placer. "Me siento fuerte." Su mirada vagó sobre su dañado aspecto demacrado. "¿Y tú?"

Él miró su cuerpo herido teñido de sangre. "He estado mejor." Los ojos de Gideon se mostraron cautelosos, como si estuviera presenciando magia por primera vez.

"Tenemos que salir de aquí, antes de que alguien venga, seguro que las cosas se están poniendo diferentes ahí fuera," dijo ella.

"Tienes razón." Su rostro reanudó la calmada confianza que ella conocía. "Necesitamos caminar por los planos."

"¿Regatha?"

"Yo te sigo," dijo Gideon mientras caminó para recoger su arma.

Ambos se concentraron varios minutos y abandonaron Diraden.

* * * * *

Entraron a Regatha con tranquilidad, aterrizando en una suave hierba en un prado iluminado por el sol.

Chandra yació de espaldas en la hierba, mirando hacia el cielo ya conocido. Gideon se estiró a su lado. El sol apareció asomándose entre los árboles frondosos en el límite de la pradera en un ángulo.

Ella acarició su herido pecho ensangrentado. "¿Te duele mucho?"

La mirada de él de desplazó a la boca de ella. "¿Que cosa?"

Los árboles en lo alto...

Chandra se sentó de repente.

El, empujado a un lado, quedó tendido mirándola con curiosidad. "¿Pasa algo?"

"Estamos en el Gran Bosque Occidental. No estoy, eh, segura que debería quedarme por aquí."

El también se incorporó y miró a su alrededor. "Ah."

"Deberíamos irnos," dijo Chandra.

Y entonces ella se dio cuenta que no estaba segura de qué hacer con Gideon. Quería llevarlo con ella... pero pensó que probablemente los Keralianos, aunque eran generalmente tolerantes, le objetarían haber traído a un mago con el talento especial de Gideon. Especialmente teniendo en cuenta lo tensas que estaban las cosas entre la Fortaleza Keral y la Orden.

Chandra se puso de pie, miró a su alrededor, y se ubicó... y entonces se dio cuenta de a donde podría llevar a Gideon.

"Un amigo mío vive cerca de aquí," dijo. "Iremos a su casa."

Samir se sentiría apenado de verla en el bosque pero ella estaba segura de que, no obstante, les daría la bienvenida con sincera calidez y hospitalidad.

"Por aquí," le dijo a Gideon guiándolo hacia el cercano pueblo de Samir en los exuberantes y verdes bosques.

"En realidad, Chandra, hay algo..."

Su voz se apagó y los dos se quedaron quietos, escuchando atentamente.

Chandra oyó el susurro de un arbusto, luego el crepitar de una ramita bajo los pies.

"Alguien viene," susurró innecesariamente.

Era raro que los oufés hicieran tanto ruido cuando se movían a través del bosque pero se sentiría tensa hasta que no viera quién era. Chandra solo se relajó cuando una conocida figura esbelta salió de la densa vegetación unos momentos después.

"¡Samir!"

"¡Chandra!" Dijo él sonriente y saludando. "¿Has vuelto?" El miró a su alrededor, como si temiera que una horda de oufés enojados pudiera caer al instante de los árboles y atacar. "¡No deberías estar aquí!"

"Lo sé," dijo ella. "Y me estoy yendo. Pero antes…" el jadeo aterrorizado de Samir la distrajo, al igual que la expresión de consternado asombro en su rostro. "¿Que pasó?"

"¿Qué? Oh." Ella se dio cuenta de que él estaba mirando a Gideon. Y mientras miraba a su herido, ensangrentado, barbudo,

sucio, descuidado, compañero semidesnudo, Chandra se dio cuenta de que la reacción de Samir era comprensible.

"Chandra," dijo bruscamente Samir acercándose mientras miraba a Gideon con horrorizada preocupación. "¿Qué hiciste con él?"

"¡Yo no le hice nada! Lo que pasó... eh, no importa. Escucha Samir yo agradecería que si…"

"¡Joven, está gravemente herido! ¡Necesita sanación!"

"Se ve peor de lo que es," dijo Gideon.

Samir parpadeó. "Espera un momento. ¿Acaso nosotros no nos hemos...?" Él frunció el ceño y estudió el rostro de Gideon más de cerca. "Yo te conozco, ¿no?"

Chandra dijo: "No, él es…"

"¡Sí!" exclamó Samir. "¡Por supuesto que sí! Eres Gideon, ¿no es así?"

Chandra se congeló.

"Nosotros nos conocimos..." El rostro de Samir se puso serio cuando se dio cuenta. "Nos conocimos en el Templo de Heliud."

Hubo un tenso silencio cuando Chandra volvió su atónita mirada horrorizada a Gideon.

"Sí, eso es correcto," dijo este con su voz tranquila y su impasible expresión. "Espero que hayas estado bien desde entonces, ¿Samir?"

Capítulo 16



"¿Eres de Regatha?" preguntó Chandra en estado de shock. Los ojos azules de Gideon se encontraron con los suyos. Ella no pudo leer su expresión.

"¿De Regatha?" Repitió Samir sonando perplejo. "Er, ¿de donde si no, Chandra?"

La mirada de Chandra se dirigió a Samir, parpadeando estúpidamente, de repente recordando que él no sabía que era una caminante de planos. De hecho dudaba que Samir hubiera oído hablar antes de los caminantes de planos. Y ese no era un buen momento de empezar a explicarle el concepto.

"Quiero decir, ¿eres de aquí?" le dijo a Gideon sintiéndose estupefacto. ¿Por qué nunca se lo había dicho?

"Soy de Zinara." La voz de Gideon fue clara y firme. Hubo un destello de advertencia en sus ojos, recordándole que frenara su lengua hasta que tuvieran la oportunidad de hablar a solas. Luego él se volvió a Samir y dijo, a modo de explicación por la observación desconcertante de Chandra, "Como puedes ver hemos pasado por un calvario. Chandra está desorientada."

"¡No es verdad!" le espetó ella.

Ambos hombres la miraron, luego se miraron el uno al otro. Hubo un breve y silencioso momento de conmiseración entre ellos que ella encontró exasperante.

"Chandra..." Dijo Samir acercándose a ella con expresión preocupada y poniendo una mano sobre su brazo. "Estás cubierta de sangre."

"¿Qué?" Chandra bajó la mirada y se dio cuenta de que tenía razón. Casi cada parte de sí misma que ella podía ver estaba desordenadamente salpicada de sangre, la mayor parte siendo del príncipe Velrav, supuso. Haberle decapitado había sido algo atropellado pero eso no la había preocupado en su momento. Se dio cuenta de lo macabro que se vería su rostro.

"Estoy bien Samir," dijo ella con desdén.

"Pero tu amigo no lo está," dijo el mago del bosque. "El necesita..."

"Nosotros no somos amigos," dijo ella mirando a Gideon.

La verdad sobre su misterioso compañero estaba amaneciendo en ella con una avalancha de consecuencias terribles.

"Tú me seguiste," dijo acusadoramente a Gideon.

Los dos hombres se volvieron a mirar.

"Deberíamos ir de inmediato a mi casa," dijo Samir a Gideon. "Es cerca."

"¡Yo no voy a ninguna parte!" exclamó Chandra.

Incluso después de saber que era un caminante de planos ella había asumido que sus negocios con ella se habían originado en Kephalai y que tenían algo que ver con el pergamino. Él la había estado siguiendo todo el tiempo.

"Tú, mentiroso, traicionero y cobarde..."

"¡Chandra!" exclamó Samir sacudiendo sus hombros. "Tenemos que ir a mi casa. No podemos quedarnos aquí."

"¡Yo no me voy a quedar aquí!" dijo ella contradiciendo su afirmación anterior de que no iba a ir a ninguna parte. "No con él. Me voy a la Fortaleza Keral."

"No puedes," dijo Samir. "No el día de hoy."

"¡Por supuesto que puedo!"

"No, no es seguro."

Gideon miró fijamente a Samir. "¿Qué quieres decir?"

"Ha sucedido mucho mientras has estado fuera. Ven conmigo a casa y te lo explicaré mientras te lavas y yo atiendo a Gideon."

"¡Él no necesita que lo atiendas!"

"Él no puede irse a Zinara como está," dijo razonablemente Samir. "Hay que limpiar esas heridas y curarlas inmediatamente." Samir miró al pálido y demacrado rostro de Gideon. "Es obvio que también necesita comida y bebida."

"¿Vas a darle comida?" dijo ella. "Vas a alimentar a este conspirador..."

"También te daré comida a ti," dijo Samir. "Tal vez entonces recobres más tu sentido."

"Samir," dijo Gideon, "¿de qué cambios estabas hablando?"

"No aquí." Samir miró a su alrededor con nerviosismo. "Si a Chandra se la ve aquí ahora me temo que no siga viva hasta la puesta del sol."

Ella dijo con desdén: "Yo puedo encargarme de unos oufés enojados."

"Chandra, el problema ha crecido mucho más grande que eso," dijo Samir. "Mucho más grave."

"¿Qué tan grave?" preguntó Gideon.

"Hace dos días el consejo inter-tribal del Gran Bosque Occidental acordó capturar a Chandra y entregarla a la Orden."

Ella lo miró en estado de shock. Había esperado que la situación fuera olvidada, no que empeorara.

* * * * *

Chandra, con una mezcla de renuencia y resentimiento, accedió a acompañar a los dos hombres a la casa de la familia de Samir. Tan pronto como llegaron Samir hizo que ella y Gideon pasaran a una pequeña y fragante cabaña que era utilizada principalmente para el secado de hierbas.

"Esperen aquí," les instruyó. "Les traeré un poco de agua para que se laven y un bálsamo para las heridas. Y le pediré a mi esposa que prepare algo de comida."

"Oh, no te preocupes por él, Samir," dijo Chandra. "No merece tu amabilidad."

"Él es mi invitado," dijo el jefe de la aldea.

Y Chandra supo que eso resolvió la cuestión en lo que se refería a Samir. Ella se encogió de hombros y se cruzó de brazos, sabiendo que era su ira lo que la estaba dejando decir cosas que arriesgaban hacer que Samir conociera sus secretos, pero sin importarle lo suficiente como para evitarlo. "Bien. Haz lo que quieras. Sólo espero que él no te de motivos que te hagan lamentar de lo que has hecho."

La expresión de Gideon fue tan en blanco que fue como si él ni siquiera la hubiera oído hablar.

"Vuelvo en breve," dijo Samir mientras salía de la cabaña.

Ellos se quedaron solos en el oscuro interior, mirándose el uno al otro.

"¡Me seguiste a Kephalai!" Dijo ella tan pronto como Samir estuvo fuera del alcance del oído.

"Sí."

"¡Desde aquí!"

"Sí."

"¿Por qué?"

"Tal vez deberíamos sentarnos," sugirió Gideon.

"¡Respóndeme!"

"Bueno, yo me voy a sentar," dijo. "Creo que la mitad de mi sangre está tendida en el pavimento del patio de Velrav."

"¿Cómo sabías que iba tras el Pergamino?" le demandó, mirándolo sentarse en un taburete de madera.

Gideon parecía mareado, probablemente porque de verdad había perdido mucha sangre y estaba sin duda en necesidad de alimentos y agua. También parecía que el dolor de sus heridas había regresado ahora que la emoción de la fuga había desaparecido.

A él le sirvió bien.

"No lo sabía," dijo. "Yo nunca había oído hablar del pergamino. Tampoco había oído hablar de Kephalai. Sólo te estaba siguiendo."

"¿Por qué?"

"Como te dije en Kephalai te habías hecho notar."

"Sí, pero eso fue en K..."

"En realidad me refería a que te habías hecho notar aquí. Tú me mal entendiste, por supuesto, ya que en ese momento acababas de hacerte notar aún más en Kephalai."

"¿Me seguiste allí para poder sermonearme acerca de mi comportamiento?" le espetó ella.

"Te seguí allí," dijo pacientemente él, "para entregarte en custodia."

"¿En custodia? ¿De quién? ¿Walbert?" Cuando él asintió ella dijo, "Así que de verdad eres un cazador de recompensas."

"No, yo soy más como un..." él se encogió de hombros. "Un soldado."

"Un soldado," repitió ella.

"Sí."

"¿Para la Orden?"

Él volvió a asentir.

"¿Acaso eres de Regatha?" preguntó ella. "Me refiero a que si naciste aquí."

"No. Sólo he estado aquí un corto tiempo. Incluso menos tiempo que tú."

Ella frunció el ceño. "¿Cómo sabes cuánto tiempo he estado aquí?"

"Debido a que no hace mucho tiempo alguien comenzó a practicar una magia de fuego extrema en las montañas."

"¿Y tú cómo sabes acerca de eso?" preguntó ella con sorpresa.

"Chandra, tú no eres exactamente discreta," dijo él con un toque de exasperación. "Y nadie en Regatha había visto antes algo

así. A excepción de una persona, dijo Walbert. Un caminante de planos que, según la leyenda, estuvo aquí mucho tiempo atrás y cuyo poder y, eh, personalidad inspiró la creación de la Fortaleza Keral."

"¿Walbert sabe acerca de los caminantes?"

"Sí. ¿Acaso la Madre maga del monasterio no lo sabe? Quiero decir, si fue fundado debido a..."

"Sí, lo sabe. Es su monasterio. Pero ¿cómo es que Walbert sabe sobre Jaya Ballard?"

"¿Ese es el nombre de la caminante de planos que estuvo aquí?" dijo Gideon encogiéndose de hombros, "Walbert sabe un montón de cosas. Está bien educado, bien informado y bien organizado."

"También es arrogante, entrometido, despótico..."

"Cuando se dio cuenta de los hechizos que estaban siendo practicados," dijo Gideon hablando como si no la hubiera oído en absoluto, "sospechó que otro caminante de planos había arribado al Monte Keralia después de todos esos años. Así que vigiló la situación. Pronto se enteró de que había un nuevo y flamante residente en el monasterio, una mujer que había llegado justo antes de que se soltara toda esa gran magia en las montañas." Después de una pausa añadió: "Y nadie parecía saber nada acerca de esta mujer excepto que era inusualmente poderosa. Ella simplemente... llegó un día y nunca hablaba de su pasado ni de dónde venía."

"¿Cómo aprendió esto?"

"Te lo dije. Walbert está bien informado y bien organizado. Además los chismes viajan más rápido que los caballos al galope. Hasta los que no son maliciosos están destinados a ser compartidos, Chandra."

"Mmm. Entonces, ¿por qué has venido tú a Regatha? ¿Para admirar a Walbert sentado a sus pies?"

"Vine por el Fuego Purificador," dijo él.

"Ah. He oído hablar de él." Ella inclinó la cabeza y lo estudió. "Así que viniste a Regatha para aumentar tu poder."

"Sí." Era evidente que como Samir había estropeado su cobertura él había decidido no ocultar nada así que ella estaba lejanamente contenta de que, finalmente, fuera a obtener algunas respuestas honestas de él, pero más que eso ella todavía seguía enfurecida por lo que había hecho.

Chandra lo pensó y dijo con escepticismo, "¿O sea que Walbert simplemente te dio libre acceso a esta misteriosa fuente de maná blanco que la gente dice es lo que ha hecho a la Orden tan poderosa?"

"Él quería algo a cambio," dijo Gideon.

"¿Quieres decir que él quería que tú fueras tras la caminante de planos que sospechaba que había llegado al Monasterio Keraliano?"

"Sí."

"¿Y que hicieras qué?" dijo ella sintiendo calentarse su sangre. "¿Matarme?"

"Sólo entregarte en su custodia."

"¿Y eso qué significa?"
Silencio.
"¿Gideon?" preguntó Chandra metiéndole presión. "¿Qué planeaba hacer Walbert una vez que me tuviera en custodia?"
"No lo sé." Hubo una pausa. "Yo no le pregunté. En ese momento en particular no me importó."
"Por supuesto que no," dijo ella. "Sólo querías acceso al Fuego Purificador."
"Sí. Pero entonces tú perseguiste a un protector fantasmal y lo mataste sin ninguna razón..."
"¿Ninguna razón?" Ella no podía creer lo que oía.
"Era inofensivo," dijo Gideon. "Tienen defensas mínimas y sólo las utilizan cuando se ven directamente amenazados."
"¡Era un espía de la Orden!"
"También incendiaste parte del Bosque Occidental..."
"¡Lo que a ti no te importa! ¡O a Walbert!"
"...y atacaste a cuatro pacificadores sin provocación."
"¿Pacificadores? ¿Sin provocación?" Ahora ella estaba realmente furiosa; podía sentir el fuego encendiéndose en su sangre. "¡Yo hice huir a cuatro soldados invasores que no tenían nada que hacer aquí! ¡Y Walbert no tiene derecho a tratar de imponer su voluntad sobre los habitantes del bosque!"
"Tú impusiste la tuya allí cuando prendiste fuego a sus tierras," señaló Gideon. "Yo diría que eso resultó mucho peor para ellos que si Walbert hubiera tratado de impedir algunos de sus excesos."
"¿Qué excesos?"
"Invocar criaturas peligrosas, participar en mortales luchas tribales que..."
"¿Y por qué eso debería preocuparle a Walbert? ¿O a ti?" le desafió Chandra.
Él dijo lacónicamente: "Esto se convirtió en una preocupación para Walbert cuando algunas de esas criaturas (las que, por más difícil que te sea imaginarlo, no siempre son bien supervisadas después de ser invocadas) comenzaron a aterrorizar a los campesinos y pobladores de las llanuras."
"Si sus granjas y aldeas limitan con los bosques entonces ellos deberían esperar..."
"¿Qué deberían esperar Chandra? ¿Esperar a ver como roban sus hijos? ¿Cómo destruyen sus cultivos? ¿Cómo comen su ganado? ¿Cómo arrasan sus aldeas?"
"¡Esos problemas no le dan a la Orden el derecho de intervenir en el bosque!"
"¡Por supuesto que sí! ¿Y sino que te dio el derecho a ti de interferir aquí?"
"¡Yo estaba protegiendo a los habitantes del bosque!"
"¿Esa es tu idea de protección?" Preguntó Gideon desatando su ira. "¿Matar a una criatura inofensiva que fue invocada aquí por el propio bien de ellos y prender fuego a su bosque?"
"¿Por su propio bien?" le gritó Chandra.

"Si los excesos practicados en el bosque no cesan, ¿qué crees que harán los granjeros y pobladores, Chandra?" Él no le dio la oportunidad de responder. "¡Será un baño de sangre!"

"¿Y tú piensas que eso le da derecho a Walbert para tratar de dictar cómo se vive en los bosques? ¿Y en las montañas?"

"Sí." Gideon parecía nuevamente cansado. Su voz fue más tranquila cuando dijo: "Mira, ¿te crees que eres la única persona a la que los oufés de los bosques han decidido matar últimamente porque se enojaron por algo? No lo eres." Y añadió con irritación, "Tú sólo acabas de pasar a merecerlo pero en verdad esto ocurre todo el tiempo."

"¿Y?"

"¿No me digas que no has notado la frecuencia con la que las personas inocentes terminan en peligro cuando los oufés locales deciden que alguien tiene que morir?" dijo él. "Es demasiado peligroso."

Chandra pensó en Madre Luti, Brannon, y los otros en el monasterio que habían sido puestos en peligro por los atentados contra su propia vida pero sólo miró en silencio a Gideon.

"Las cosas tienen que cambiar en Regatha. Walbert está tratando de traer la paz y el orden a este plano. La vida se ha vuelto peligrosamente caótica aquí. No puede seguir así."

"¡Las cosas estaban bien aquí hasta que Walbert comenzó a interferir en tierras donde no tenía derecho a inmiscuirse!"

Gideon suspiró. "Así que después de que la misteriosa piromante por la que Walbert estaba preocupado incineró a un protector fantasmal, quemó parte del bosque, incitó una llamada de asesinato a una tribu de oufés histéricos, y atacó a cuatro pacificadores, yo estuve de acuerdo con Walbert cuando dijo que debías ser contenida."

"Después de eso esto ya no fue sólo sobre el Fuego Purificador para mí," dijo Gideon. "Ya no. Porque me di cuenta de que eras demasiado peligrosa para ser dejada en libertad aquí."

"¿Así que Walbert envió una carta a la Madre Luti exigiendo que me entregara a él? ¿De verdad pensó que iba a funcionar?" dijo Chandra despectivamente.

"No," dijo Gideon. "El pensó que de esa forma podría determinar con certeza si eras o no un caminante de planos."

"¿Qué?"

"A fin de cuentas él pensó que su demanda podía ser el empujón final que necesitaría la maga madre para decidir hacerte desaparecer por un tiempo."

Por un momento Chandra sintió como si no pudiera respirar. "¿Fue un truco? ¿Para hacer que me fuera de este plano?"

"Sí. Era la única manera de que él se asegurara de que eras exactamente lo que Walbert temía que eras."

Un resplandor rojo de furia ardió a través de ella. "¡Tú me manipulaste!"

"Chandra." La mirada de él siguió el resplandor de las llamas moviéndose a lo largo de su piel mientras la rabia fluía en su interior, convirtiendo su sangre en fuego. "No."

"¿No qué?"

"No me hagas luchar contigo."

"¿Y por qué no?" gruñó ella.

"Porque no quiero," dijo él con cansancio. "Han pasado muchas cosas desde que ambos nos fuimos de Regatha."

Su mirada se cruzó con la de ella.

Chandra recordó que él la había entregado a los soldados del Prelado para ser violada por los Enervantes y sondeada por los magos mentales. ¡Solo por eso se merecía morir!

Y entonces ella recordó que había escondido el pergamino de ellos, para comprarle tiempo para que escapara...

"Por favor, detente," dijo él en voz baja, permaneciendo inmóvil mientras el fuego corría por entre sus manos, a través de los mechones de su pelo.

Ella recordó que, sin su poder para protegerlo, él había luchado contra los Jinetes de Niebla por ella.

"¿Y todo eso para poder traerme de vuelta a Regatha?" preguntó Chandra respirando.

"No." Gideon lo repensó y dijo: "Bueno... En Kephalai, sí," admitió. "Walbert parecía seguro de que volverías aquí. Se suponía que debía asegurarme de que volvieras a él, incapacitada, en lugar de regresar al monasterio a causar más problemas."

Eso renovó su rabia. "Si Walbert quería que dejara de causar problemas, entonces ¿por qué no me dejaste morir en Kephalai?"

"Si eso hubiera dependido estrictamente de mí," dijo Gideon, "lo habría hecho."

Su honestidad la desarmó. Todavía estaba furiosa... pero sintió ceder las llamas de su incontrolable rabia.

Y en verdad, al mirarlo, ella supo que no se atrevería a matar a Gideon. No después de todo lo que habían pasado.

"Yo no sé por qué," dijo este, "pero Walbert quería que volvieras a Regatha. En su custodia en lugar de en libertad."

"¿Así que fue por eso que creaste las circunstancias para que me escapara de la cárcel del Prelado?"

Él asintió. "También es por eso que te seguí a Diraden."

"¿Y luego?"

Ellos se miraron el uno al otro durante un largo momento, en silencio. "Las cosas cambiaron," dijo él al fin. Sí. Las cosas habían cambiado.

Chandra alejó su mirada de él. "Y entonces, cuando nos escapamos, te dije que yo quería volver aquí." El tono de ella fue hosco. "Así que no hay duda de que te puse las cosas más fácil."

"Yo no estaba pensando en eso," dijo. "Estaba pensando en estar vivos y juntos y huir."

Ella lo miró.

Una leve sonrisa curvó la boca de él. "Nunca lo he mencionado pero pensé desde el principio que las posibilidades de salir de allí con vida eran bastante remotas."

Chandra, sintiéndose repentinamente agotada, se sentó en el otro taburete de madera de esa humilde cabaña. "Así que estamos vivos y ambos de nuevo en Regatha. ¿Y ahora qué?"

"Ahora... no lo sé."

Ellos volvieron a quedar en silencio.

Chandra oyó pasos que se acercaban y se puso rígida con tensión por un momento pero se relajó cuando Samir entro a toda velocidad en la cabaña.

Dejó una jarra de agua, una palangana, dos pequeños tazones de barro, y algunos paños suaves. "Mi esposa se ha llevado a los niños a quedarse con otra familia mientras ustedes están aquí por lo que no habrá ningún riesgo de que ellos vean a Chandra. Son buenos niños pero aún son demasiado jóvenes para que yo me sienta seguro de que recordarán no decir nada a nadie."

"Corres un gran riesgo al tenerme aquí," se dio cuenta Chandra. "Lo siento."

"Yo lo siento, Chandra," dijo Samir vertiendo agua en la palangana. "Fui yo quien hablé contra Walbert y la Orden... Eh, sin ánimo de ofender," dijo a Gideon.

"No hay problema."

"Pero fallé en convencer a los demás miembros del consejo. La mayoría votó a favor de cooperar con Walbert."

Gideon preguntó: "¿Qué ha estado pasando aquí?"

Samir recogió una de las dos pequeñas tazas que había traído con él y vertió un poco de polvo amarillo pálido en la palangana de agua. Mientras lo revolvía para disolverlo dijo, "La intrusión de la Orden en los bosques aumentó poco después de que Chandra se fue en su viaje. Más soldados, más patrullas, más espías." Con el polvo disuelto Samir empapó un paño en el agua y luego comenzó a limpiar las salvajes cortadas en el pecho y los brazos de Gideon. "Esto te arderá," advirtió, "pero luchará contra la infección."

Gideon no hizo ningún sonido cuando el líquido impregnó sus heridas abiertas. Pero Chandra pudo decir por su expresión concentrada que eso fue doloroso.

Samir continuó con su relato mientras trabajaba. "La mayoría de los habitantes del bosque pensó que la escalada de estas imposiciones era por culpa del, eh, encuentro de Chandra con el Protector Fantasmal y los soldados. Sintieron que estábamos sufriendo por sus imprudentes acciones."

Chandra quedó indignada por esto... pero como ya sabía que Gideon condenaba lo que había hecho y como Samir ya había soportado una gran cantidad de problemas por culpa de ella, mantuvo la boca cerrada.

"Entonces Walbert hizo su propuesta al consejo inter-tribal." Explicó Samir. "El consejo tiene un representante de cada tribu o clan en el bosque. Sólo se reúne cuando hay un problema o decisión

a ser discutida que afecte a todos los habitantes del Gran Bosque Occidental."

Chandra se dio cuenta de que tenía una herida en su mano izquierda que no recordaba haberse hecho así que recogió uno de los paños que Samir había traído a la cabaña, lo sumergió en la palangana de agua, y lo aplicó a su mano.

Respiró hondo por la nariz. De verdad que ardía.

"¿Cuál fue su propuesta?" preguntó Gideon.

"¿Acaso tú no lo sabes?" dijo Samir sorprendido. "Cuando te conocí en el templo tuve la impresión de que eras un hombre de confianza de Walbert."

"He estado fuera. Con Chandra. Cualquiera que haya sido la propuesta Walbert debe haberla decidido después de que me fui."

"Le ha ofrecido un tratado a las razas del Bosque Occidental," dijo Samir. "Si nosotros cooperamos con la Orden sobre determinados asuntos todos los Protectores Fantasma, todos los soldados y todas las formas de intromisión o interferencia serán completamente retirados del bosque. Y permanecerán fuera de nuestra tierra mientras nosotros continuemos cumpliendo con los términos del tratado."

"¿Cuáles son las condiciones?" preguntó Chandra.

"Hay algunas restricciones a la invocación de criaturas. Habrá sanciones si nuestra forma de vida afecta a la gente de los llanos. Y hay un requisito de que todos los agravios que anteriormente hayan dado lugar a violentas represalias de ahora en adelante sean presentados a un árbitro de la Orden para su juicio."

"¿Y el consejo estuvo de acuerdo con esto?" dijo ella con sorpresa.

"Bueno, todavía está por verse cuán sinceros fueron en su acuerdo algunos de los miembros del consejo," admitió Samir. "Y algunos otros miembros, por supuesto, no son de pensar habitualmente a largo plazo."

"Supongo que te refieres a que algunos habitantes del bosque piensan que pueden quebrar las nuevas reglas una vez que no estén siendo observados por los protectores fantasmas ni acribillados por los soldados en su propio territorio. Y ahora los oufés están concentrados en conseguir que la Orden salga del bosque más que en lo que va a pasar la próxima vez que envíen asesinos tras alguien que vive más allá de su hábitat."

"Así es." Samir terminó de limpiar las heridas de Gideon y en ese momento recogió el segundo tazón pequeño que había traído con él y que contenía algo de bálsamo verde. "Esto te aliviará y te ayudará a prevenir el sangrado hasta que regreses al templo, donde me imagino que los magos te pueden curar mejor que mis humildes esfuerzos."

"Gracias por tu ayuda," dijo Gideon. "Hubiera sido difícil retornar a Zinara sin ningún tratamiento."

Samir comenzó a aplicar el bálsamo y dijo, "Así que los miembros del consejo vieron una manera de detener todos los

problemas... si también acordaban con el término final. Qué es entregarte a la Orden."

"Supongo que después del incendio que empecé aquí no es de extrañar que estuvieran de acuerdo."

"No todo el mundo estuvo de acuerdo," le aseguró él. "Pero, por desgracia, bastantes de ellos lo hicieron. Y es por eso que tú ya no estás más a salvo en el Bosque Occidental. Eres demasiado fácil de reconocer y noticias así de interesantes viajan rápido. Por lo que debes permanecer oculta aquí hasta el anochecer. Luego nosotros cubriremos tu cabello y saldremos del bosque."

"¿Pero por qué Walbert hizo que mi captura fuera una condición en su tratado con el consejo inter-tribal del bosque?" preguntó ella con perplejidad. "Yo vivo con los Keralianos no con los habitantes del bosque."

"Los Keralianos recibieron la misma oferta," dijo Samir. "Madre Luti la rechazó. Algo enfáticamente."

Chandra asintió. Habría esperado eso.

"Y ahora que los habitantes del bosque han decidido aceptar la propuesta..." dijo Samir suspirando, "...esto nos ha puesto en caminos diferentes."

"Lo más probable es que Walbert supiera que los Keralianos la rechazarían," dijo Gideon pensativamente. "Al lograr que tu gente estuviera de acuerdo con sus términos eliminó cualquier alianza contra la Orden que pudiera haber existido entre los habitantes del bosque y los Keralianos."

"Sí," dijo tristemente Samir.

"También ganó socios para tratar de asegurar la captura de Chandra y redujo los lugares donde pueda ocultarse..."

"¿Ocultarse?" repitió ella ofendida.

"...o vagar libremente." Gideon hizo una pausa antes de continuar, "Y ya que él sabe que los habitantes del bosque han sido durante mucho tiempo amigables con el monasterio también cuenta con que la gente de Samir le inste al monasterio a aceptar el mismo tratado y a entregar a Chandra a la Orden."

"Los Keralianos nunca cooperarán," dijo Samir con certeza. "Ellos desprecian a la Orden y ponen un valor muy alto en la independencia y la libertad. Si Walbert está decidido a capturar a Chandra sólo tendrá éxito de una única manera."

"Destruyendo a los Keralianos," dijo Gideon.

"¿De verdad querrá ir tan lejos?" preguntó Samir.

El mago del bosque y Chandra miraron a Gideon a la espera de su respuesta.

"Sí," dijo él por fin.

"Pareces seguro," señaló Samir.

Gideon asintió. "Walbert hará lo que sea necesario para lograr sus objetivos. Incluyendo la destrucción de la Fortaleza Keral."



Capítulo 17

"No lo entiendo," dijo Chandra a Gideon después que Samir los había vuelto a dejar a solas en la cabaña. "Walbert sabe que me he ido del plano, ¿no?"

"Debe hacerlo. Yo te seguí y él sabía que yo pensaba hacer eso." Gideon añadió: "Yo no le dije exactamente adiós pero él lo sabe."

"Entonces, ¿por qué está tratando de conseguir que los demás me capturen? ¿Por qué no sólo espera a que tú me traigas de vuelta?"

"Porque hemos estado fuera mucho más tiempo de lo que esperaba. Mucho más tiempo de lo que yo mismo esperaba."

"Oh. Claro." Ella tampoco había esperado haberse ido todo ese tiempo.

"Debe creer que yo fallé." Dijo Gideon. "Probablemente piensa que estoy muerto."

"¿Y que yo te maté?"

"Sí."

"Pero todo este esfuerzo para capturarme... ¿Acaso el estaba tan seguro de que volvería a Regatha?"

Gideon asintió. "Sí, él parecía seguro de que regresarías. Y quería que tu vuelta estuviera bajo su control."

"Pero ¿por qué estaba tan seguro de que iba a volver?"

"No lo sé." La expresión de Gideon fue imposible de leer cuando él fijó su mirada en los ojos de ella a la sombra de la cabaña. "Pero tú si volviste, ¿verdad? Y él sabía que lo harías."

"Si Walbert piensa que yo te maté entonces también debe pensar que soy muy peligrosa."

"Tú eres muy peligrosa," afirmó Gideon. No sonó como si hubiera estado bromeando.

"Y sin embargo está alentando a los habitantes del bosque como Samir a tratar de capturarme." Dijo ella con desdén: "No parece tener problemas en poner en riesgo la vida de otras personas, ¿verdad?"

"Tampoco tú," le señaló Gideon. "¿Cuántas personas murieron en el Santuario de las Estrellas por tu culpa?"

"Yo no había planeado eso," le espetó ella.

"¿Cuántos estaban dentro cuando se derrumbó, Chandra?" Insistió él. "¿Diez? ¿Veinte?"

"No lo sé, " dijo Chandra lacónicamente. "En ese momento yo estaba huyendo para salvar mi vida."

"Y la gente de la que estabas huyendo murió porque era su deber proteger la propiedad del Prelado de ti."

Ella estaba a punto de contestar cuando volvió a oír los pasos de Samir. Este entró en la cabaña con una cesta que contenía alimentos así como una jarra de agua fresca para ellos.

"Espero que disfruten esto. ¡Mi esposa es una cocinera maravillosa!"

En verdad Chandra nunca había disfrutado de algo que había comido en casa de Samir, siempre hallando la comida sosa y recocida. Pero teniendo en cuenta lo repugnante que había sido la comida en Diraden la cena de ese día le supo como uno de los mejores festines de su vida. Gideon, evidentemente, sintió lo mismo. Ambos comieron vorazmente y hablaron muy poco.

Después de la comida Samir le dio a Gideon una túnica raída diciendo: "Es vieja y muy remendada pero se mantendrá unida hasta llegar a Zinara."

"Gracias." Gideon se la pasó por la cabeza. "Por toda tu hospitalidad."

"Un invitado trae buena suerte," dijo Samir con una sonrisa.

"No necesariamente," dijo Chandra sombríamente.

Samir preguntó a Gideon, "¿Volverás al templo?"

"Sí."

"Yo no voy contigo," le advirtió Chandra.

"No," aseguró Samir, "Walbert nunca sabrá nada de lo de hoy."

Samir miró a Chandra, luego sonrió a Gideon. "Yo no te entiendo pero si te creo."

"Espero que nos volvamos a encontrar," le dijo cortésmente Gideon.

Samir los miró a ambos. "Probablemente ustedes dos tengan algunas cosas que decirse antes de separarse. Esperaré fuera Gideon. Cuando estés listo te guiaré a un camino que conduce al este del bosque. Desde allí podrás encontrar fácilmente el camino a Zinara. Y con tantos de los soldados de la Orden patrullando ahora por aquí puede que encuentres, eh, colegas a caballo poco después de tu salida. Tal vez ellos te ayuden a volver al templo."

"Gracias Samir." Cuando él volvió a quedarse a solas con Chandra le dijo: "Tienes que dejar Regatha inmediatamente."

"Pero si acabo de regresar," señaló ella.

"Nadie está a salvo mientras tú estés aquí."

"Teniendo en cuenta cuan seguro está Walbert de que yo iba a volver creo que tampoco quedará alguien a salvo después de que yo me vaya. El sólo continuará buscándome."

"Esto sólo terminará si te marchas para nunca regresar."

"Yo no voy a huir," dijo ella. "No mientras los Keralianos tengan que lidiar con la obsesión que tiene Walbert por capturarme."

"Por ahora estoy dejándote que te marches libremente," dijo Gideon, "pero…"

"¿Dejándome?" repitió ella. "¿Acaso imaginas que tu tienes una mísera posibilidad de…?"

"…esto es lo más lejos que yo iré por ti," dijo él. "Chandra, tú has cometido errores."

"¡Lo mismo que Walbert!"

"Si te quedas lo único que harás es empeorarlo," dijo Gideon. "Si dejas Regatha ahora yo le mentiré a Walbert. Le diré que nunca volviste aquí, que moriste en otro plano. Pero no voy a hacer nada más que eso por ti."

"Ni siquiera te tienes que preocupar por hacerlo."

"Si te quedas yo no te ayudaré," le advirtió.

"¡Yo no quiero tu ayuda!"

"Y yo no voy a traicionar a la Orden." Dijo él tomándola por los hombros, "¿Me entiendes?"

"Quita tus manos de mí," respondió ella con los dientes apretados.

El agarre de él se apretó. "No voy a darle la espalda a mi deber."

"¿Qué deber?" Ella frunció el ceño. "¿Qué tiene esto que ver contigo? Tú no eres de aquí. ¡Incluso has estado aquí aún menos tiempo que yo!"

"Chandra, la Orden de Heliud no está limitada a un solo plano," dijo él. "La Orden de Walbert es... una unidad local, se podría decir, de algo mucho más grande. Algo que se extiende a través de otros planos del Multiverso."

Ella tomó un largo aliento, su cabeza dando vueltas al darse cuenta de lo que él estaba diciendo. "¿Así que es por eso que Walbert sabe acerca de los caminantes de planos? Como es parte de algo que existe en múltiples planos debería saberlo ¿verdad?"

"Sí. Walbert lo sabe. Lo mismo ocurre con el que han designado como su sucesor. Sin embargo nadie más lo hace."

"Y si tú también eres parte de esta cosa entonces es por eso que sabías acerca del Fuego Purificador antes de acudir aquí. Porque..." Ella le dio una mirada inquisitiva. "¿Cómo lo habías dicho tú? Los chismes viajan más rápido que los caballos al galope. Al parecer incluso a través de los planos."

"Y a los lugares donde sólo un caminante de planos puede viajar."

Y al ser un caminante de planos, se dio cuenta ella, Gideon sería muy importante en un movimiento que existiera en más de un plano. Ella preguntó: "Entonces, ¿cuál es tu deber?"

"Servir a la Orden. Mi deber es lo que se necesite de mí."

"¿Y cuál es el propósito de la Orden?" dijo ella. "¿Molestar a personas en todas las dimensiones hasta que se comporten de la manera que uno quiere?"

"Su propósito es traer la armonía, la protección y la ley a todo el Multiverso."

Esa declaración despertó viejos fantasmas. Ella los asfixió y dijo groseramente: "Ah, entonces fue una buena idea que te hayas alimentado bien para conservar las fuerzas."

Él la soltó. "Bueno, no es fácil mantenerse al día con una maga de fuego que no piensa en nada más que asesinatos, saqueo y destrucción."

"¿Cómo te atreves…?"

"Tengo que volver a Zinara," dijo él. "¿Vas a dejar Regatha ahora?"

"No."

El se mostró momentáneamente triste. "Entonces yo no te puedo ayudar."

"Te lo dije, no quiero tu ayuda."

"No voy a dejar que tu opción se convierta en mi debilidad," dijo él con firmeza.

Chandra se cruzó de brazos y lo miró. "Siempre y cuando mantengas tu palabra de no implicar a Samir en nada entonces lo qué hagas cuando te vayas de aquí no es asunto mío."

Él la miró durante un largo rato, sin decir nada. Luego levantó la mano para tocar su mejilla.

Ella tenía la intención de apartarse y decirle de nuevo que no la tocara... pero cuando sus ojos se encontraron descubrió con que no pudo hacerlo.

"Chandra..."

El no dijo más. Después de todo ¿Qué más quedaba por decir?

Ella recordó haber querido matarlo en Kephalai cuando fue encarcelada en la prisión del Prelado y en ese momento deseó volver a sentir ese tipo de rabia hacia él. Echaba de menos la claridad de ese simple y ardiente odio. Extrañaba tanto la familiaridad y la afilada certeza de esos viejos sentimientos que casi quiso llorar por haberlos perdido.

Y en ese momento, en lugar de matar a Gideon, o luchar contra él, o decirle que no la tocara... ella escuchó en doloroso silencio la errática respiración de él y sintió a su dolorido corazón latiendo demasiado rápido mientras ellos se pararon muy juntos, sus miradas fijas, los dedos de él acariciando su mejilla tan ligeramente que su toque casi le hizo cosquillas.

Entonces Gideon dejó escapar el aliento y se volvió. En la puerta de la cabaña, de espaldas a ella y con su mano apoyada en el sural en espiral que colgaba de su cinturón, dijo en voz baja sobre su hombro, "Tú me salvaste la vida en Diraden."

Ella, sintiendo un peso en su pecho, admitió: "Quizás yo ahora esté viva porque tú estuviste allí conmigo."

"Adiós, Chandra."

"Adiós, Gideon."

* * * * *

Chandra, con un manto cubriendo su pelo rojo y con Samir como su guía, escapó del bosque esa noche bajo la luz plateada de la luna creciente.

Las ramas de los árboles y arbustos se aferraron a ella mientras caminó, apenas podían ver a dónde iba y sabía que todo tipo de criaturas mundanas y místicas recorrían el bosque por la noche; no obstante Chandra encontró que el Gran Bosque Occidental de noche era un lugar mucho más agradable y saludable que lo que había sido Diraden. Allí había vida, en toda su robusta y cambiante variedad. E incluso en su situación actual al menos no todo en el bosque quería matarla, comérsela, atormentarla, o traicionarla. Así que salir a hurtadillas del bosque en Regatha por la noche después de haber sobrevivido recientemente a Diraden simplemente no le provocó esa cantidad de ansiedad en el pecho.

Samir, por otra parte, estaba extremadamente ansioso. Mientras Chandra estuviera en sus tierras él se sentía responsable de su seguridad. Y una vez que llegaron al límite de los densos bosques y al camino pedregoso que conducía a la Fortaleza Keral, la ansiedad de Samir no se alivió.

"Será mejor que te esfuerces en ponerte a salvo antes de la salida del sol," le aconsejó. "Ahora las fuerzas de la Orden también patrullan las faldas más bajas del Monte Keralia. Si te ven quizás ataquen."

"Entonces se arrepentirán," dijo ella con gravedad.

"Con la Orden apretando su soga alrededor del monasterio," dijo Samir, "tanto el comercio como las comunicaciones se han vuelto difíciles para los Keralianos." El le entregó un pequeño pergamino. "Por favor dale este mensaje a Madre Luti. No pondré en peligro a mi pueblo violando abiertamente la decisión del consejo inter-tribal pero sigo siendo amigo de Luti, y tuyo, así que haré lo que pueda para ayudarlos, si es que se necesita mi ayuda."

"Gracias Samir." Dijo ella estrechándole calurosamente la mano después de tomar el rollo.

"Lo qué sería mejor para todos," dijo él, "es que todas las facciones de Regatha restablecieran el equilibrio y vivieran una vez más tolerándose los unos a los otros."

Chandra en realidad pensó que la muerte de Walbert en una furiosa hoguera sería lo mejor para todos pero ella se limitó a decir: "Sí, tienes razón."

"Ahora ve rápido," dijo él. "Tienes que estar dentro de los muros del monasterio antes del amanecer."

Chandra, a pesar de las dificultades recientes, se sentía energizada por el descanso, una comida decente, y la vuelta a un plano que no estaba deformado y torcido por la oscura maldición de Velrav, así que fue capaz de viajar rápido mientras ascendió por el Monte Keralia.

Lamentablemente, sin embargo, su velocidad no fue suficiente para salvarla de ser descubierta. La posición de la luna en el cielo apenas había cambiado desde su despedida de Samir cuando una fuerte voz masculina dijo desde la oscuridad, "¡Alto! ¿Quién está ahí?"

Chandra se congeló, preguntándose si el extraño podía verla.

Otra voz dijo: "¡Identifíquese!"

Ella permaneció en silencio e inmóvil en la oscuridad, esperando a ver qué pasaba.

Su curso de acción se hizo evidente un instante después. Una pequeña esfera blanca apareció en la sombría oscuridad de su entorno rocoso. Creció rápidamente de tamaño. Mientras subió flotando en el aire y comenzó a rodear él área inmediata ella la vio iluminar brevemente las siluetas de dos hombres. Si se movía de nuevo en el camino rocoso la oirían. Y dentro de poco el orbe flotando, que estaba viniendo hacia donde estaba, arrojaría luz sobre ella y ellos la verían.

Chandra, llena del rico maná rojo que impregnaba las montañas de Regatha, invocó el fuego y envió un rayo de llamas volando en línea recta hacia el orbe, para destruirlo. Este explotó en una agradable lluvia de luz blanca y dorada para luego dispersarse en la brisa de la montaña. Los dos hombres gritaron.

"¿Has visto quién era? ¿Es ella?"

"¡No estoy seguro!"

Apareció otra esfera brillante. Esta vino directamente hacia Chandra, seguida de los dos magos armados que avanzaron rápidamente sobre ella con las espadas desenvainadas, listos para el combate.

Ella se movió, saliendo fuera del camino y metiéndose a través de un hueco en unas rocas cercanas, rogando no molestar a una serpiente dormida o a un zorro de mal humor. La tela de la capa de Samir quedó atrapada en algo y unos guijarros retumbaron ruidosamente cuando Chandra la liberó de un tirón.

"¿Qué es eso? ¡Allí!" gritó uno de los soldados. "Justo al lado del camino. ¿Lo ves?"

Chandra giró y su capucha cayó. Fue bañada por la luz blanca del orbe flotante cuando volvió a invocar las llamas en sus manos. Sintió incendiarse su pelo.

"¡Es ella! ¡Atrápala!"

Uno de los hombres cayó hacia atrás, gritando de agonía cuando una enorme bola de fuego lo golpeó en el pecho y encendió su ropa. Cayó del sendero, bajando por las laderas empinadas en la oscuridad, su cuerpo consumido por las llamas. Los gritos cesaron cuando Chandra escuchó su cuerpo rebotando en rocas muy por debajo del camino.

"¡Espera! ¡No! ¡No lo hagas!" le gritó el otro soldado. "¡Yo no voy a matarte!"

"Estás condenadamente en lo cierto que no vas a matarte," dijo ella formando otra bola de fuego.

"¡Nuestras órdenes son llevarte prisionera!"

Chandra escuchó el miedo en su voz en el mismo momento en que se dio cuenta de que se estaba alejando, retrocediendo de ella. Fue entonces cuando notó, en la luz proyectada por el orbe brillante, lo joven que era ese soldado. Apenas se veía de dieciocho años. Y asustado.

Se dio cuenta de que no quería matar a un niño asustado.

Chandra retuvo la bola de fuego preparada para la acción mortal y dijo: "Si no deseas la misma suerte que tu compañero entonces vete. Vete ahora. Y no vuelvas."

El se lamió los labios, mirando incierto. "Yo tengo órdenes," dijo sin aliento. "Tienes que venir conmigo."

"¿De verdad quieres morir esta noche?"

El joven negó lentamente con la cabeza.

"Entonces vete. Ahora mismo. Antes de que cambie de opinión."

El joven, luciendo devastado por su fracaso, se dio la vuelta, moviéndose con torpeza, y comenzó a bajar por la montaña.

Chandra lanzó la bola de fuego a la esfera blanca hundiéndose lentamente que había dejado atrás, destruyéndola.

Entonces oyó más gritos y las voces de otros soldados. Habían oído la conmoción y se dirigían a ese lugar peinando la ladera de la montaña en su busca.

Ella se dio cuenta con frustración que tendría que abandonar el camino por el que había estado marchando. Los soldados la buscarían allí y la perseguirían hasta el monasterio.

Afortunadamente ella conocía un sendero antiguo poco usado que no estaba muy lejos de allí. Pero llegar a él, en la oscuridad y sin tratar de ser escuchada por sus perseguidores, sería una lucha laboriosa con los terrenos escarpados.

Chandra, dando un suspiro de exasperación, se dio la vuelta y comenzó a dirigirse cuidadosamente en esa dirección. Samir había tenido razón. Iba a tener que esforzarse para llegar al monasterio antes del amanecer.

* * * * *

Las fuerzas de Walbert sitiaron el monasterio pocos días después del encuentro nocturno de Chandra en el Monte Keralia.

Los soldados llenaron la montaña y establecieron la base de sus campamentos cerca, justo fuera del alcance de la agresiva magia de fuego que los Keralianos intentaron utilizar en los intrusos en su tierra.

Los magos de la Orden rodearon el monasterio con una insustancial pero eficiente barrera blanca. Nadie podría colarse en el monasterio ni escapar de el sin pasar por esta protección mística, que capturaría al individuo y alertaría instantáneamente a los hieromantes. Los Keralianos fueron efectivamente cortados de todo acceso al mundo más allá de sus muros de piedras rojas.

Madre Luti, para preservar sus suministros durante el mayor tiempo posible, organizó un sistema de racionamiento de comida, cerveza, vino, y medicinas del monasterio. Afortunadamente el profundo pozo situado dentro de los muros del monasterio les abastecería con agua abundante durante el tiempo que durara el asedio. Pero, aun con el racionamiento, el resto de los suministros esenciales se agotaría en poco tiempo. El monasterio había sido construido como un lugar protegido para el estudio y el aprendizaje; nunca había tenido la intención de resistir al largo asedio de unos enemigos determinados.

Chandra supo que se debía resolver este estancamiento. Y pronto. Sólo que no sabía cómo.

"He tenido otro mensaje de Walbert," le contó Madre Luti una noche, después de que Chandra había respondido a su petición de que viniera a su taller. "Llegó, algo dramáticamente, envuelta alrededor de una flecha que fue lanzada dentro de la torre sur."

"¿Hirió a alguien?" preguntó a Chandra con preocupación.

"Afortunadamente no." Madre Luti se sentó y le indicó a Chandra que hiciera lo mismo. "Y supongo que de aquí en adelante tendremos que esperar similares medios no convencionales de comunicación."

Sus ojos se encontraron y Chandra asintió. Un piromante enojado había matado a un mensajero de la Orden que había llegado al monasterio dos días antes. Era obvio que Walbert no iba a arriesgarse a enviar otro.

Luti dijo, "Brannon ha reclamado la flecha como un trofeo de guerra. El chico se ha mostrado interesado en la arquería desde que casi fuiste asesinada por ese arquero enviado por la tribu oufe tras de ti. Ha estado practicando durante tu ausencia y debo decir que se ha vuelto muy bueno en ello."

"¿Hay algo nuevo en el último mensaje de Walbert?"

"No, es el mismo que el anterior. Ellos te vieron ascendiendo la montaña por la noche, Walbert sabe que estás aquí y exige que te entreguemos. No desea destruir el monasterio pero lo hará a menos que obedezcamos sus órdenes. Si cooperamos nos dejará en paz siempre y cuando nos atengamos a ciertos términos. Y así sucesivamente y así sucesivamente." Luti sonó aburrida y

contrariada. "Los términos que propone son similares a los que Samir te contó que habían aceptado los habitantes del bosque."

Chandra frotó las manos sobre su rostro y se preguntó qué hacer. Los Keralianos estaban unidos en su absoluto, incondicional y unánime rechazo a las demandas de Walbert. Madre Luti había convocado dos reuniones en las que se había discutido el asunto y se había votado; una inmediatamente después del reciente regreso de Chandra y la otra la noche anterior, momento en que quedó claro lo devastador que iba a ser el asedio.

Ni un solo Keraliano estaba dispuesto a entregar a Chandra a la Orden.

No era personal. Bueno... tal vez lo era en algunos casos; varios de los Keralianos, incluyendo Madre Luti misma así como el muchacho Brannon se habían encariñado con Chandra. Pero, sobre todo, la denegación se basaba en la forma de vida de los Keralianos.

Ellos, al ser quiénes eran y lo que habían sido, no se inclinaban ante nadie, no cedían a ningún ultimátum, no se rendían ante cualquier amenaza o retrocedían al enfrentar cualquier desafío. No garantizarían la seguridad de su monasterio a costa de la libertad individual de Chandra. Y nada podría inducirlos a cumplir con las reglas y condiciones establecidas por la Orden o por cualquier otra persona.

"Lo que me sigue pareciendo incomprensible," dijo Luti, "es la obsesión que Walbert tiene contigo."

"Yo también estoy desconcertada," dijo Chandra.

"He estado pensando en ello. Tiene que ser porque tú eres una caminante de planos," dijo Luti. "Las razones que Walbert tiene para perseguirte (y supongo que para planificar tu ejecución) son presumiblemente el fuego en el Bosque Occidental, el ataque contra el protector fantasma, y tus encuentros con sus hombres. Pero nada de eso explica realmente todo esto." Luti hizo un gesto con la mano hacia la ventana, indicando el estado de sitio que había más allá de las paredes protectoras del monasterio. "Y puesto que este hombre que me has descrito, Gideon, también es un caminante de planos..." La madre hechicera negó con la cabeza. "Bueno, obviamente no es como si Walbert creyera que eres el único caminante de planos en Regatha. Así que lo que sea que Walbert teme o quiere de ti tiene que ser debido a algo de ti en particular."

"Pero él no sabe nada de mí en particular."

"Bueno, pero él sabe una cosa," dijo Luti. "Así que deduzco que esa debe ser la cosa crucial: Tú, a diferencia de Gideon, manejas magia de fuego."

"¿Y eso qué? Todavía no entiendo que es lo que quiere él con una maga de fuego caminante de planos o por qué está haciendo todo esto."

"Yo tampoco lo entiendo. ¿Acaso su obsesión contigo es un síntoma de locura? En cuyo caso, ¿acaso nosotros podemos esperar que pronto sea asesinado y reemplazado por alguien que vaya a terminar el asedio y volver a casa?"

"Gideon lo conoce y Samir ha tenido una reunión con él," dijo Chandra, "y ninguno de ellos parece pensar que está loco."

"Oh bien. Es el optimismo a ultranza de mi parte. ¿Sabes que tú podrías salir de este problema caminando por los planos?"

"No," dijo Chandra con firmeza. "Yo no huiré a la seguridad abandonándolos para que lidien con las consecuencias de mi después de haber estado aquí. Además, ¿que lograré con eso? ¿Acaso Walbert será misericordioso con ustedes porque me dejaron escapar en lugar de entregarme a él?"

"Eso es muy interesante," dijo Luti pensativamente.

"¿Qué es lo interesante?"

"Walbert estaba convencido de que volverías y tú lo hiciste. Ahora está evidentemente convencido de que no te irás... y, de hecho, tú no lo harás."

Eso le dio a Chandra un escalofrío. ¿Acaso Walbert sabía más sobre ella de lo que Chandra se había dado cuenta? Gideon no parecía pensar así... pero eso sólo podía significar que Walbert no había confiado plenamente en él.

Chandra se preguntó por primera vez si de verdad no debería dejar Regatha.

Pero entonces pensó en los Keralianos, que quedarían en el medio de este lío, y en Samir, que había arriesgado tanto para protegerla... y no pudo creer que el abandonarlos a todos fuera el curso de acción correcto. A pesar de que su presencia allí tampoco parecía ser lo verdaderamente adecuado para ellos.

"La verdad es que no sé qué hacer," le dijo a Madre Luti.

"Ni yo," admitió esta. "Al menos no acerca de esto. Pero he llegado a una decisión acerca de otra cosa."

"¿Ah, sí?"

"He decidido no contarle al Hermano Sergil lo que me has dicho sobre el pergamino."

"¿Por qué no Madre?"

"Porque no quiero que los monjes persigan esto aún más lejos."

"¿No lo haces?" dijo Chandra con sorpresa.

"No. Es demasiado peligroso." Luti frunció el ceño pensativamente mientras continuó, "¿Un antiguo pergamino que fue ferozmente protegido? ¿Un plano misterioso, que pueden o no existir, donde el maná funciona de manera diferente que en cualquier otro lugar del Multiverso? Y un artefacto de ese inmenso poder que sin duda será buscado, codiciado y disputado por gente mucho más cruel que cualquier Keraliano..." Luti negó con la cabeza. "Si existe un lugar como Zendikar y si el artefacto descripto en el pergamino realmente se puede encontrar allí... No," dijo con firmeza. "No quiero que sea traído aquí. No quiero que nadie jamás venga aquí a buscarlo. Y yo no quiero que la Fortaleza Keral se involucre con un objeto tan peligroso como creo que debe ser ese artefacto." Ella soltó un breve suspiro y se encogió de hombros. "Así que voy a decirles a los hermanos que no se ha podido encontrar el pergamino original y que creo que ha sido destruido. Ellos estudiarán el texto

copiado un poco más de tiempo... y luego se sentirán frustrados o aburridos, lo dejaran a un lado y seguirán adelante."

Sólo seguirán adelante si sobrevivían a este sitio, pensó Chandra. Pero ella no lo dijo. "Como quieras Madre."

Luti la estudió. "Pero tú sigues interesada en el artefacto, ¿no es así?"

"Sí," admitió Chandra.

"Me lo imaginaba. Es bastante justo. Los individuos deben perseguir sus propias opciones y destinos. Mi decisión sólo ha sido tomada con respecto a lo que es mejor para este monasterio."

"Y si algún día yo encuentro el artefacto," dijo Chandra, "¿estás segura de que no quieres que te lo traiga aquí?"

"Chandra, si alguna vez encuentras ese artefacto yo ni siquiera quiero saber de eso," dijo Luti con certeza. "Tampoco te animo a que se lo digas a mi sucesor, quienquiera que fuera a ser."

Y Chandra volvió a pensar que estaban hablando sobre el futuro como si el monasterio definitivamente tuviera uno. Lo cual en ese momento no era nada seguro.

* * * * *

Chandra despertó de sus pesadillas transpirando y respirando con fuerza, con un grito en los labios.

La muerte de inocentes estaba en su cabeza. Debido a sus actos intempestivos, su naturaleza impulsiva y sus osadas acciones.

Miró alrededor de su habitación a oscuras en la Fortaleza Keral y comprendió, por primera vez en todos los años que había estado teniendo ese sueño, por qué lo había tenido esa noche.

Cuando ella había llegado por primera vez allí los Keralianos la habían acogido como uno de su propia clase y desde entonces habían compartido con ella su hogar, sus humildes comodidades, y sus enseñanzas y conocimientos.

Ahora, como resultado de ello, soldados y magos blancos se congregaban fuera de sus muros, poniendo sitio a su hogar con la intención de destruir su modo de vida y amenazando con matarlos.

Todo por culpa de ella.

Chandra dejó las piernas colgando por el borde de su estrecha cama y, sintiendo náuseas, apoyó la cabeza entre las rodillas y se concentró en respirar de forma lenta y constante.

Está volviendo a suceder. Por mi culpa.

Esta vez ella debía evitarlo. Ella debía.

Chandra sabía que no podría vivir si algo así ocurría dos veces. De hecho ni siquiera podía vivir con lo que ya había sucedido, ella siempre estaba huyendo de este pensamiento.

No puedo dejar atrás dos recuerdos así. No puedo.

Y de repente, sentada allí en la oscuridad, respirando con dificultad, transpirando, temblando, encorvada sobre sus rodillas y tratando de no sentirse enferma... Ella supo exactamente lo que debía hacer.

Había estado confusa e incierta desde que había regresado a la Fortakeza Keral. Incluso desde que las cosas de allí se habían disparado al instante en esa crisis a su regreso. Había fracasado y vacilado. Había evitado culpablemente el contacto visual con sus compañeros magos. Había expresado su indignación cuando lo que más la consumía era la culpa. Había considerado huir y rechazarla y había decidido quedarse y luego preguntarse si eso era un error.

Y, ahora se daba cuenta, todo para evitar esto.

Todo para evitar la decisión que ella sabía que debía tomar en ese momento, lo único que podía hacer para evitar que los Keralianos se encontraran con el destino que otros habían tenido por su culpa.

Por un momento se sintió muy triste al pensar en lo que pasaría en breve. Ella todavía era joven. Todavía había mucho que no había visto o experimentado. Y ahora nunca lo haría.

Luego una especie de pacífica resignación se apoderó de ella. Tal vez ese era su destino. Tal vez ella se había estado dirigiendo hacia esa elección desde que habían comenzado las pesadillas.

Se puso de pie, se acercó a la sencilla mesa y silla que había en la esquina, y allí se sentó a escribir un breve mensaje en una corta hoja de pergamino. Luego se vistió y salió de su habitación, en dirección al cuarto de Brannon. Cuando llegó allí despertó al muchacho de una sacudida.

Chandra señaló el pergamino en su mano. "Tengo que enviar un mensaje. Necesito tu ayuda."

Él parpadeó adormilado. "¿Eh?"

"Trae tu arco y flechas." Ella apartó las mantas y lo arrastró fuera de la cama.

El muchacho se tambaleó tras ella, siguiéndola fuera de su habitación y a lo largo de los pasillos del monasterio. Pareció despertarse justo en el momento en que llegaron a la torre sur.

"¿Les estamos enviando un mensaje a ellos?" preguntó bajando la mirada hacia la ladera de la montaña al mismo tiempo que ella. Esa noche había luna llena y esta proyectaba su resplandor sobre el paisaje. "¿De la misma forma en que ellos enviaron el suyo?"

"Sí." Ella enrolló el pedazo de pergamino con fuerza alrededor de la flecha que Brannon había traído y luego lo ató con un pedazo fino de cordel que había traído de su habitación. "Aquí tienes."

El miró su obra y asintió. "Sí, esto volará."

"Si ellos dispararon una flecha hacia la torre sur..." Chandra miró el paisaje agreste por debajo de la torre y pudo vislumbrar el resplandor blanco de la iluminación de un campamento en la base. "Sí, ahí están. ¿Puedes disparar tan lejos?"

"¿A qué apunto?"

"A ese resplandor blanco. Probablemente este allí para ayudar a un centinela a mantener su vigilia en la noche. Si la flecha llega hasta allí ellos la encontrarán."

Brannon respiró hondo y asintió. "Sí, yo puedo hacer eso. He estado practicando."

"Madre Luti me lo dijo. Y para asegurarnos de que ellos la vean..." Ella llenó su aliento con un calor ardiente y luego sopló suavemente en la punta de la flecha. Esta se incendió. "Ahí está. Ahora lánzala rápido."

El tomó la flecha con un asentimiento, sus jóvenes dedos llenos de talento manipulando cómodamente la cabeza en llamas cuando se dispuso a disparar. Brannon levantó el arco, echó hacia atrás su brazo, y apuntó. Después de varias respiraciones estables, estiró la cuerda un poco más, todo su cuerpo tenso por el esfuerzo, su mirada concentrada intensamente en su objetivo. Brannon soltó la flecha y Chandra la escuchó cantar a través del aire apenas dejó el tembloroso arco atrás. La pequeña llama navegó a través de la noche y aterrizó en el borde del campamento.

No había suficiente luz para que ella viera alguna silueta en el lejano campamento pero si como para que fuera capaz de ver como la flecha en llamas fue levantada del suelo y su fuego se apagó.

"¡La tienen!" dijo Brannon. "¿Y ahora qué?"

"Ahora esperaremos su respuesta."

* * * * *

Chandra esperó con ansiedad durante todo el día siguiente por una respuesta a su mensaje pero este no llegó hasta el día después de eso. Y entonces comprendió por qué había tardado tanto tiempo.

Estaba jugando con Brannon, tratando de ayudar a aliviar la inquietud natural de un chico aventurero a quien ahora se le prohibía ir más allá de los muros del monasterio. El Hermano Sergil vino a buscarla para decirle que Madre Luti la quería ver en su taller. Brannon la siguió hasta allí pero esperó fuera de la puerta, como se le indicó.

Cuando ella entró en el taller Madre Luti le dijo: "Chandra, tienes una visita."

Pero su mirada asombrada ya estaba fija en él. "¿Gideon?"

Él asintió con la cabeza en un saludo silencioso.

Gideon lucía mucho mejor que la última vez que lo había visto. Su cabello negro bajaba cuidadosamente trenzado por su espalda y su rostro estaba bien afeitado y libre de magulladuras. Su túnica marrón pálida y polainas estaban limpias y ordenadas y parecía saludable y alerta. La magia curativa de la Orden era obviamente eficaz.

No llevaba su sural con él; como era miembro de la Orden no le habrían permitido entrar al monasterio portando un arma.

Y Chandra, aunque sorprendida de verlo, no se sorprendió específicamente de que hubiera aceptado venir allí solo y desarmado, incluso después de que un piromante hubiera matado el otro día a uno de sus colegas en la puerta. En ese momento supo que Gideon había hecho lo que otros no habrían querido o no habrían podido hacer.

"¿Qué estás haciendo aquí?" preguntó.

"Walbert acepta tus términos," dijo. "He venido para llevarte en custodia."

"¿Términos?" Repitió Luti mirando con curiosidad a Chandra.

"¿Los acepta?" Gideon asintió y Chandra respiró hondo. "Bueno. Me alegro."

"¿Qué términos?" preguntó Luti.

"Me estoy entregando," le dijo Chandra. "Una vez que ellos me apresen Walbert retirará sus fuerzas de la montaña." Ella miró a Gideon. "¿Cumplirá su palabra?"

"Sí."

Ella asintió, creyendo en él, la promesa de Gideon confirmó lo que ella había esperado de Walbert según lo que otros habían contado del hombre. Entonces ella dijo a Madre Luti, "No hay otras condiciones. No se espera que los Keralianos acaten los términos o reglas."

"Chandra," dijo Luti con preocupación, "¿estás segura de que esto es lo que quieres hacer?"

"Estoy segura." Dijo ella mirando a Gideon. "Y estoy lista para irme."

"¡No!" les interrumpió Brannon en el taller. "¡Tú no puedes irte!"

Chandra se volvió para mirar al chico. Debería haberse dado cuenta de que él habría estado espiando. "Tengo que ir," le dijo ella. "Madre Luti te lo explicará."

"Algo malo te pasará allí fuera," dijo Brannon con certeza.

"Tal vez," dijo ella, "pero yo tengo que ir."

"¡Yo voy contigo!"

"No." Respondió ella negando con la cabeza.

"¡Pero lo prometiste! Dijiste que la próxima vez que te fueras yo podría ir contigo."

"Yo no lo prometí," dijo ella con firmeza. "De todos modos estoy segura de que tú serías muy infeliz en el Templo."

"¿Por qué?"

"No es adecuado para gente como nosotros," dijo Chandra.

El muchacho miró a Madre Luti para una segunda opinión pero fue Gideon quien habló. "Chandra tiene razón. No te gustará."

"A ti tampoco te gustará," dijo Brannon a Chandra.

"No, pero eso ya no importa," dijo Chandra. "Esta es mi elección Brannon."

El pareció enojado y triste. "¿Cuando volverás?"

Ella, sin saber qué decir, no respondió.

"¿Pronto?"

"No," dijo ella con sinceridad. "No creo que vaya a volver pronto."



Capítulo 18

Chandra atravesó la enorme puerta principal y se dirigió más allá de los muros del monasterio con Gideon a su lado. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos ella soltó apresuradamente su aliento.

Se decisión estaba tomada, aceptada y promulgada. Ella se había comprometido a sí misma a su destino, por muy desagradable (y tal vez corto) que fuera a ser. Los Keralianos no sufrirían ni morirían de la misma manera que otros lo habían hecho por su culpa. Ella había impedido que eso volviera a suceder.

Hacía años que Madre Luti había tratado con Walbert y ella sabía que era de buena reputación aunque no le gustaba lo que intentaba ver en el mundo. No habría dejado ir a Chandra si hubiera sospechado a Walbert de traición o deshonestidad en ese asunto. Y Gideon había dicho que Walbert cumpliría su palabra y Chandra le creyó.

Ahora ella se interponía entre los muros del monasterio y la mística barrera blanca que lo había rodeado durante días. Una docena de soldados armados esperaba más allá de la barrera.

Miró a Gideon sin saber cómo proceder.

Este estaba mirando hacia adelante, llevando la expresión impasible en la que se apoyaba cuando quería ocultar cosas de los demás.

"¿Gideon?" le presionó ella sin saber qué hacer.

"Walbert me pidió que viniera," dijo él en voz baja sin mirarla, "porque quería enviar a alguien a quien tú no pudieras tenderle una emboscada. En caso de que tu oferta no haya sido sincera."

"Es sincera."

"Lo sé." En ese momento él la miró. "¿Por qué?"

Ella no le iba a contestar pero entonces ella vislumbró algo de preocupación enmascarada en su expresión de piedra y se encogió de hombros. "Uno podría decir que por los fantasmas."

"¿Los fantasmas?"

"Yo ya no puedo soportarlos más."

"No lo entiendo," dijo él.

"No, supongo que no lo haces."

Gideon volvió a mirar hacia delante, sus ojos en la translúcida barrera blanca que los separaba de los soldados. "Yo no he venido a ayudarte a salir de esto."

"Tampoco pensé que lo harías," dijo ella.

"Si estabas contando con que…"

"No lo estoy."

"Te has decidido," dijo con firmeza Gideon.

"Sí. Y ahora que lo he hecho..." ella hizo un gesto a la barrera blanca que separaba a ella y al monasterio del mundo, "…me parece que crearé la impresión equivocada si abro un hoyo de fuego en esta cosa. Así que, ¿cómo puedo atravesarla?"

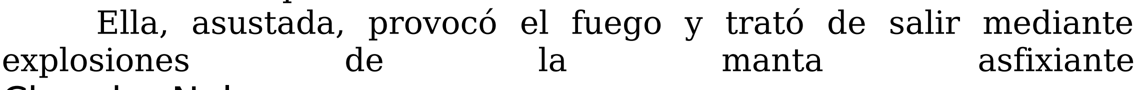
"Sólo camina a través de ella," dijo él.

"Sólo..."

"Estarás bien."

Ella se encogió de hombros y caminó hacia adelante. Tan pronto como entró en el muro brillante de color blanco sintió el asfixiante peso del hielo rodeándola. Tomó aire, tratando de no entrar en pánico o dejar que el fuego se encendiera a lo largo de su piel como reacción defensiva... hasta que la barrera blanca comenzó a colapsar y a contraerse, moviéndose sobre ella desde todas las direcciones con una alarmante rapidez.

Ella, asustada, provocó el fuego y trató de salir mediante explosiones de la manta asfixiante de color blanco que la envolvía.


Chandra Nalaar

"No lo hagas," dijo Gideon con calma, acercándose a ella mientras luchaba dentro de la pared encogiéndose de luz y poder. "No te hará daño."

La magia blanca la rodeó, moviéndose sobre ella y cubriéndola. Apagó su fuego tan pronto como ella lo hizo aparecer. Ella lo volvió a intentar y todo volvió a suceder. Sus manos, su cabello, sus brazos, todo quedó humeando por sus inútiles esfuerzos para defenderse.

¡Una trampa!

La barrera se estaba reduciendo en un manto que cubrió cada pedazo del cuerpo de Chandra. Ella luchó horrorizada, tratando de arrancárselo o de perforar un agujero a través de él, pero el manto

siguió doblándose sobre ella y contrayéndose. Entonces este empezó a amoldarse a ella, siguiendo el contorno de su cuerpo, la curva de su pecho, la línea de su muslo, e incluso la forma cónica de cada dedo individual.

"¿Gideon?" Ella oyó cuan jadeante era su voz y se dio cuenta de que estaba resoplando.

"No te hará daño," repitió él. "Es sólo para prevenir... accidentes."

La cosa se posó sobre todo su cuerpo y finalmente dejó de moverse. No afectó su visión pero ella pudo ver que la cubrió por completo, como una segunda piel. Incluso cubrió su pelo. La sábana encantada no le hizo doler, hormiguear, o picar, y no impidió su movimiento físico de ninguna manera. Pero otro intento fallido de crear fuego le reveló exactamente lo que era.

"Mi propia prisión portátil," dijo ella con seriedad. Su poder estaba atrapado dentro de ese ajustado cascarón de magia, al igual que ella.

"Ellos pensaron que era lo mejor." Gideon asintió hacia un lugar más abajo de la colina donde aún estaban acampados los magos blancos que habían creado y mantenido la barrera alrededor del monasterio. "Estaban un poco preocupados por lo que podrías hacer en Zinara."

"¿Esto no es de tu creación?" preguntó ella con el ceño fruncido. "¿Lo hicieron ellos?"

"Sí," dijo. "Te tienen miedo."

"¿Y tú no?" le retó Chandra.

Él le dirigió una mirada cariñosa.

"Pero tú sabías sobre esto," dijo ella con certeza. Y él le había dicho que entrara allí.

"Sí." Sus ojos permanecieron fijos en los de ella. "Yo te dije que te fueras de Regatha. Deberías haberme escuchado."

* * * * *

Bajo otras circunstancias Chandra habría encontrado su entrada en Zinara como interesante. Era una ciudad atractiva de ordenados edificios de piedra pálida, torres en espiral, calles perfectamente pavimentadas, y techos de tejas rojas.

Sin embargo, mientras ella pasaba cabalgando a través de las puertas de la ciudad con su escolta armada, se sintió incómoda por la atención que atrajo inmediatamente. Parecía estar entrando en la ciudad a través de una importante calle comercial y aquella era una tarde muy ocupada. Mientras Chandra, Gideon, y los soldados de la Orden cabalgaban lentamente a través de la zona concurrida, las personas dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarla abiertamente, señalarla a los demás, e intercambiar especulaciones sobre ella.

Ella pudo decir por sus expresiones de desconcierto, así como por los fragmentos de conversación que oyó por casualidad, que no se había dicho nada de ella más allá de los muros del templo. La

gente común mirando y apuntándola sólo parecía preguntarse quién era ella y si era una prisionera peligrosa o, en cambio, una visita importante. Cualquiera de estas circunstancias podría haber encajado con su impresionante escolta.

Sobre todo la gente tenía curiosidad acerca de la forma en que brillaba de blanco por todas partes. Chandra se dio cuenta que debido a este efecto muchas de las personas que estaba dejando atrás parecían concluir que ella era una hieromante importante. Algunos incluso se inclinaron respetuosamente cuando pasó junto a ellos.

Fue algo divertido pero Chandra no estaba de humor para reírse de ello.

Los soldados y magos de la Orden habían comenzado a empacar y a prepararse para retirarse de la montaña tan pronto como Chandra había quedado detenida. Ella los vio haciendo preparativos incluso mientras salía del monasterio detrás de ella y seguía a Gideon por la montaña. El largo viaje por las llanuras a Zinara había sucedido en silencio. Ella no se sentía habladora y Gideon parecía preocupado.

El día ya había avanzado mucho. Chandra se sintió tensa mientras cabalgaba por la ciudad y se acercaba al Templo de Heliud pero fue un alivio llegar al fin. Estaba lista para saber lo que le deparaba el destino y para seguir adelante con ello. Nunca le había gustado esperar y se había estado preguntando cual iba a ser el resultado desde que había tomado su decisión dos noches atrás.

Chandra había asumido que Walbert iba a ejecutarla. Después de todo puesto que él sabía que era una caminante de planos también sabía lo fácilmente que podría escapar de la prisión. Era obvio que ella no podía caminar por los planos en ese momento, no estando atrapada en ese blanco caparazón brillante. Pero no tendría sentido que Walbert mantuviera su poder atrapado durante muchos años por venir en lugar de simplemente eliminar su conjunto. Incluso si él la mantenía encarcelada y vigilada la amenaza de un caos o de un escape siempre existiría mientras ella permaneciera con vida. Una ejecución era la única opción sensata de Walbert.

En cualquier caso ella había llegado a su objetivo. Los Keralianos estaban fuera de peligro y libres de las demandas e interferencia de Walbert. Chandra había conseguido lo que quería y tendría que pagar el precio por eso, como había prometido en el mensaje que había enviado volando por la noche en una flecha en llamas.

Su dócil caballo siguió a los soldados hasta el final de esa calle concurrida, dobló una esquina, y se introdujo en una gran plaza. En el lado opuesto de la plaza había un enorme palacio de mármol con altas y gruesas columnas blancas. Amplios escalones conducían a un gran conjunto de puertas talladas. Una veintena de soldados montaban guardia fuera del edificio.

"El Templo de Heliud," dijo ella. Era tan impresionante como había oído de las descripciones.

"Sí," dijo Gideon hablando por primera vez desde que habían dejado el monte Keralia.

"Oh, ¿así que aún tienes lengua?" dijo Chandra. "Estaba empezando a preocuparme."

El no reaccionó ni respondió.

Todos llegaron al otro lado de la amplia plaza y desmontaron. Chandra se paró sobre los amplios escalones amplios y, por un largo momento, alzó la mirada hacia el enorme edificio blanco donde ella iba a morir.

"Walbert está esperando," dijo Gideon.

Ella asintió y comenzó a ascender. El no hizo ningún intento de tomarla del codo o tocarla.

Cuando ella llegó a la parte superior de las escaleras y comenzó a cruzar el ancho descanso de mármol dos soldados se trasladaron para abrir una de las enormes puertas y que ella pudiera entrar en el palacio.

Entró en un enorme salón de mármol blanco pulido con vetas de un azul pálido atravesándolo. Hermosos tapices colgaban de las paredes y bancos de piedra elegantemente tallados se hallaban a lo largo de los contornos de la sala a intervalos regulares. Dos largas escaleras se curvaban hasta juntarse en el balcón por lo alto. Ella levantó la mirada hacia este y vio a un hombre mirándola.

"Walbert," dijo con certeza.

Era exactamente como Samir lo había descrito: alto, esbelto, bien peinado, de pelo gris, y más o menos la misma edad que Luti. Sus ojos azules eran fríos pero brillaban con interés.

Su rostro delgado dibujó una sonrisa repentina. Samir había dicho que incluso su sonrisa era fría pero era evidente que en ese momento algo llenó a Walbert con un placer sin precedentes porque su sonrisa parecía sorprendentemente cálida.

"Hola Chandra. Bienvenida al Templo de Heliud."

Él la miró por otro momento y entonces dijo gratamente a Gideon, que estaba de pie a su lado, "Déjala que se refresque del viaje, luego tráela a mi estudio."

* * * * *

El estudio de Walbert era más grande que el taller de Madre Luti, algo que Chandra ya había esperado, pero sin embargo era una habitación esmerada más que un lugar de interés turístico. Tenía un gran escritorio que estaba cubierto de pergaminos, papeles, tinteros y libros. Las paredes también estaban llenas de tomos. Todos los muebles de allí habían sido, obviamente, escogidos por su durabilidad y comodidad y no sólo por lucir elegantes.

Chandra entró en la habitación, seguida de Gideon. Cuatro soldados, que le habían mostrado una habitación privada donde ella se había "refrescado", se quedaron en el pasillo afuera de la puerta de Walbert. El sumo sacerdote del Templo estaba sentado en su escritorio, firmando un pergamino que entregó a un joven, quien asintió y salió de la habitación sin decir nada.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás del joven, dejando a ellos tres en la intimidad, Chandra dijo a Walbert, "Gideon me ha dicho que mantendrá su palabra de retirar todas sus fuerzas del Monte Keralia y dejar el monasterio en paz a partir de ahora. ¿Lo hará?"

Walbert pareció divertido. "¡Veo que no pierdes el tiempo! Me gusta eso, Chandra."

"A mi no me importa lo que le guste," dijo. "Yo quiero saber…"

"Sí, cumpliré con mi palabra." Su diversión desapareció y él se mostró serio y atento. "Mientras tú permanezcas bajo mi custodia entonces dejaré a los Keralianos en paz para que se destruyan entre sí como les plazca."

Ella ignoró el comentario provocativo. "Entonces no voy a tratar de escapar de la ejecución."

"¿Ejecución?" Él levantó las cejas. "Oh, yo no voy a ejecutarte Chandra."

"¿Entonces que planea hacer? ¿Mantenerme así el resto de mi vida?" Ella hizo un gesto señalando la segunda piel brillante que la encarcelaba.

"No," dijo él, "es sólo una medida temporal. Después de esta noche ya no habrá necesidad de ello."

Ella frunció el ceño. "¿Por qué? ¿Qué va a pasar esta noche?"

"Esta noche mis visiones al fin se cumplirán."

"¿Visiones?" repitió Chandra.

"Visiones que he tenido en años," dijo Walbert, "durante mi meditación en comunión con el Fuego Purificador."

La cabeza de Gideon se movió. Fue un movimiento muy pequeño pero él había estado tan quieto hasta ese momento que eso llamó la atención de Chandra. Ella lo miró y vio que, aunque nada se mostró en su expresión, ahora él estaba mirando fijamente a Walbert.

Evidentemente Walbert nunca le había mencionado las visiones.

"¿Y de que tratan sus visiones?" preguntó Chandra.

"La mayoría son acerca de ti, Chandra."

"¿De mi?" le espetó ella.

Walbert sonrió de nuevo y su expresión fue cálida y serena mientras la miró, su enemiga y prisionera. "Durante años he creído que vendrías mientras estuviera vivo. Durante años te he esperado."

Ella miró a Gideon. El mantuvo su rostro bajo control pero Chandra podía decir por la intensidad redoblada de la mirada todavía centrada en Walbert que estaba tan conmocionado como ella.

"Tú eres el heraldo del caos que está a punto de acabar con este plano," dijo Walbert. "Tu llegada a Regatha amenaza con marcar el comienzo de una era de anárquica locura."

"Yo sólo vine aquí a estudiar y aprender," dijo Chandra. "No para, eh, anunciar y marcar un comienzo."

"Yo sabía que vendrías y tú lo hiciste," dijo Walbert. "Sabía que regresarías, con o sin Gideon, y tú lo hiciste. Sabía que no volverías a irte, a pesar de que podías y, de hecho, deberías haberlo hecho." Él

asintió con la cabeza. "Tú eres la única a quien he visto en mis visiones y es tu destino el cambiar todo aquí."

"No, no lo es," dijo ella con firmeza. "Cada uno de nosotros hace su propio destino y el único destino que yo siempre tuve la intención de tener aquí…"

"¿Intención? Tú no controlas tu destino," dijo Walbert despectivamente. "Fluyes con tus impulsos y rebotas de forma errática en tus propias emociones. Te he visto en el Fuego Purificador y sé lo que eres."

"Bien," dijo ella exasperada, "así que sus visiones le dijeron que un caminante de planos manipulador de fuego vendría a Regatha y causaría problemas."

"No Chandra, un terremoto es un problema," dijo Walbert. "Tú eres un cataclismo."

"¿Un cataclismo? Oh, no lo…"

"Yo he sabido desde la primera vez que me uní al poder del Fuego Purificador que este día llegaría. He visto en mis visiones lo peligrosa que eres, la amenaza mortal que eres para la Orden y nuestros objetivos."

"¿Objetivos como gobernar sobre los bosques y las montañas?" dijo ella bruscamente. "Dominar a todos los magos de Regatha con sus propias reglas, sus propias…"

"Tú viniste a Regatha a destruir todo lo que yo he construido," dijo Walbert sombríamente. "Viniste aquí para impedir que trajera paz y armonía a este plano."

"Y yo ya le he dicho por que he venido aquí," le espetó ella.

"Tú eres el combustible del cataclismo que he previsto," dijo él con solemne certeza, "y yo tengo que detenerte."

"Su idea de un cataclismo suena como la idea de otras personas de restablecer el equilibrio de Regatha," dijo ella. "O ser dejados en paz para que persigan sus propios objetivos en vez de someterse a los suyos."

"Hace muchos años que me he estado preparando para este día," dijo Walbert, "y esta noche iniciaré una nueva era en Regatha. Una que estará libre de la destrucción que nos amenaza aquí."

"¿Y como logrará eso?" preguntó al fin Gideon.

Había estado en silencio durante tanto tiempo que ambos reaccionaron como si hubiera hablado una de las sillas.

Entonces Walbert recuperó la compostura y dijo: "La ofreceré al Fuego Purificador."

Capítulo 19

"El fuego no la matará." La voz de Gideon fue tranquila y sin expresión.

"Como ya he dicho, yo no tengo intención de matarla," dijo Walbert.

"¿Qué pasará en el Fuego Purificador?" preguntó Gideon.

"La limpiará."

"¿Limpiarme de qué?" dijo Chandra.

"De tu poder. Te purificará," dijo Walbert con evidente devoción. "El Fuego Purificador eliminará el veneno destructivo de la magia de fuego de tu existencia. Cortará para siempre tu vínculo con la fuerza corruptora del maná rojo."

"¿Me quitará mi poder?" dijo Chandra horrorizada. "No entiendo. ¿Por qué no solo me mata?"

"Porque una vez que estés despojada de tu poder te convertirás en un ejemplo para los demás."

"¿Un ejemplo?" repitió ella.

"Tú eres la maga de fuego más poderosa de este plano," dijo Walbert. "Y yo voy a quitarte tu poder."

"Quedará unida para siempre a este plano," dijo Gideon.

"Sí," dijo Walbert sosteniendo la mirada sobre Chandra. "No serás nunca mas una caminante de planos. Pasarás el resto de tu vida en Regatha. Impotente. Derrotada. Sujeta a mi voluntad."

Walbert III

"No," dijo Chandra con un enfermizo terror inundando todo su cuerpo. Ella había anticipado la muerte no el quedar varada de por vida en un solo plano, despojada de su poder y sin ninguna razón para vivir.

Él ignoró su arrebato. "No tendré que desafiar a los Keralianos o volver a invadir las montañas. Ellos te verán despojada de todo poder y totalmente impotente y se darán cuenta lo que arriesgan al continuar oponiéndose a mí. Y así se someterán a las leyes de la Orden."

"¡No, no lo harán!"

"Ellos lo harán. Yo mismo lo he previsto," dijo con fría satisfacción. "Los habitantes del bosque también te verán, vencida y humillada, y entenderán que la Orden no debe ser frustrada o desobedecida por más tiempo."

"¡Yo pensé que iba a venir aquí a morir!" dijo Chandra airadamente. "¡Estuve de acuerdo en ser ejecutada, no... violada, humillada y puesta en exhibición!"

"Tu mensaje no mencionó la ejecución como condición de nuestro acuerdo," dijo Walbert. "En lo que se refería a tu parte en

nuestro trato dijiste que te rendirías a mi custodia. Y eso fue todo lo que dijiste."

"¡Yo no dije que le permitiría arrojarme al Fuego Purificador!"

"La ceremonia se llevará a cabo esta noche," dijo Walbert. "Hasta entonces yo tengo mucho que hacer por lo que esta conversación ha terminado."

"¡Walbert, no dejaré que hagas esto conmigo!"

Él la ignoró otra vez mientras gritó, "¡Guardias!"

"¡No!" Cuando la puerta se abrió detrás de ella Chandra saltó hacia adelante y se arrojó por encima de la mesa del viejo mago.

Walbert, alarmado, trató de esquivarla, pero la velocidad y la fuerza de su ataque lo empujó hacia atrás en su silla cuando había comenzado a levantarse de ella. Chandra le dio un puñetazo en el rostro mientras pasos retumbaron en la sala. Entonces puso sus dedos en la garganta y comenzó a apretar justo cuando varios pares de manos la agarraron. Ella pateó, mordió, dio puñetazos, y gritó amenazas mientras los soldados la arrancaron del sumo sacerdote y la sometieron.

Walbert intentó hablar. Se atragantó, tosió, y lo intentó de nuevo, con éxito. "Sosténganle las manos juntas," instruyó a los soldados.

Estos lo hicieron, con cierta dificultad ya que Chandra continuó luchando violentamente.

Walbert cubrió las muñecas de ella con sus manos y cerró los ojos, respirando profundamente. Chandra sintió algo frío rodeando su carne y miró hacia abajo para ver un grueso rollo brillando de blanco atándole las muñecas, además de la sábana resplandeciente que ya recubría su piel.

Con sus muñecas atadas y cuatro hombres sosteniéndola hacia atrás ella trató de volver a atacar a Walbert. Fue inútil pero ella ya estaba demasiado enfurecida como para renunciar.

Walbert se volvió a Gideon, que todavía no se había movido, y dijo con enojo: "¿Acaso te ibas a quedar parado allí y ver como me mata?"

Gideon se encogió de hombros. "Usted tiene a sus guardias."

Chandra seguía pateando, luchando y gritando cuando la sacaron de la habitación.

* * * * *

Cuando él llegó Chandra estaba sola en una habitación cerrada, con sus muñecas todavía atadas.

El estómago de ella se apretó cuando la puerta de la cámara se abrió. ¿Estaban viniendo a buscarla para la ceremonia de Walbert? Había una pequeña ventana en esta habitación, en lo alto de la pared, así que ella sabía que ya hacía mucho que había caído la noche.

Cuando él entró en la oscurecida habitación y cerró la puerta detrás ella preguntó: "¿Es hora?"

"Todavía no," dijo Gideon. "Aunque pronto lo será."

"Si has venido a decirme que no sabías lo que él iba a hacer," dijo Chandra con frialdad, "yo no estoy in…"

"No es por eso que he venido."

"¿Entonces por qué estás aquí?"

"Para decirte que puede haber una salida," dijo.

Ella parpadeó. "¿Me ayudarás a escapar?"

"No," dijo él. "Eso no es posible."

"Por supuesto que es posible," le espetó ella. "Todo lo que tenemos que hacer es…"

"No es posible sin matar a un montón de gente. Así que la respuesta es no, Chandra."

Ella miró el metal brillando débilmente del sural que estaba enrollado en su cintura. "Entonces mátame ahora."

Chandra pudo verlo sacudir la cabeza en la penumbra.

"Por favor Gideon." Escuchó la súplica en su voz y la odió así que ella no dijo nada más.

Gideon volvió a negar con la cabeza y ella miró hacia otro lado.

"Lo siento," respondió él. "Es que... no puedo."

Chandra se encogió de hombros y miró al suelo. "Tal vez alguien más lo hará." Y ella haría todo lo posible para animarlos.

"Puede que haya otra manera," dijo él.

Cuando no continuó ella lo miró de nuevo. "¿Y bien?"

"Hubiera venido antes pero he estado con los Guardianes. Y como no quería despertar sus sospechas me tomó algo de tiempo. Tenía que ser... circunspecto acerca de mis preguntas."

"¿Los Guardianes?"

"Del Fuego Purificador," dijo Gideon. "Nunca es dejado sin vigilancia."

Ella se sentó en el estrecho catre, que era el único elemento de mobiliario de la habitación, y lo miró en silencio.

"Puede que haya una manera de que entres en el Fuego y sigas manteniendo tu poder."

"¿Puede? ¿No estás seguro?"

"Nadie está seguro," dijo él. "Nadie lo ha intentado en esta vida."

"¿Por qué no?"

"Tienen miedo de ser limpiados de su poder si entran en las llamas. Es por eso que nadie de la Orden ha entrado jamás en el Fuego Purificador. Ni Walbert, ni los Guardianes, ni nadie."

Gideon cruzó la habitación y se sentó a su lado en la cama. "El Fuego es muy antiguo, mucho más antiguo que la Orden. Antes de que fuera construido este templo había otro templo existiendo en este lugar. Más pequeño, más humilde. Este sitio ha sido un lugar sagrado desde el tiempo de Heliud. Los sacerdotes y sacerdotisas de la antigua fe de aquí, mucho tiempo atrás, adoraban al Fuego Purificador y la gente venía de todas partes de Regatha a entregarse a él."

Ella frunció el ceño. "¿Entregarse? ¿Como sacrificios?"

"No. Para probar que eran dignos," dijo él. "Algunos murieron. Otros sobrevivieron. Y si uno sobrevivía al Fuego Purificador

entonces podía ser un sacerdote o sacerdotisa de la fe. Porque había demostrado que su alma estaba limpia."

"Limpia," repitió ella rotundamente.

"Así es cómo ellos sobrevivieron a las llamas," dijo Gideon. "No con magia, no con una protección especial. Entraron en las llamas con un... un alma limpia. Y no murieron."

Ella negó con la cabeza. "Pero yo no voy a morir en las llamas."

"Sí lo harás."

Sus ojos se encontraron en la habitación en penumbras, ahora sólo iluminada por el resplandor emanando del cuerpo brillantemente blanco de ella y las resplandecientes cadenas blancas que ataban sus muñecas.

Y ella supo que él tenía razón. Lo que le pasaría en el Fuego Purificador para Chandra sería lo mismo que morir.

No, sería peor que la muerte. Mucho peor.

"No puedo soportarlo." Dijo ella y su voz se quebró.

"Lo sé." Él puso su mano sobre las de ella, que estaban apretadas juntas en su regazo. "Así que tenemos que evitarlo."

"¿Pero cómo puede alguien limpiar su alma?"

"Enfrentas las cosas que has hecho," dijo, "y aceptas el peso de tu responsabilidad por tus acciones, sin mentiras ni excusas."

"¿Eso es todo?" dijo ella con escepticismo.

"Eso es lo que dijeron los Guardianes."

"¿Y si yo hago eso entonces no voy a... mi poder no morirá en el Fuego Purificador?"

Él no contestó y ella supo que era porque no podía garantizarlo. Había buscado una solución, una manera de salvarla y eso era lo que había sido capaz de encontrar. No era perfecto pero era todo lo que podía ofrecer.

Enfrentarás las cosas que has hecho...

"Pero yo he hecho tantas cosas," dijo ella pensativa.

"¿Qué es lo que hiciste que te da pesadillas?"

Ella respiró hondo y lo miró, su corazón latiendo con fiereza repentina.

Gideon preguntó: "¿Qué hiciste que te dejó con fantasmas a los que soportar?"

Chandra inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. "Yo no hablo de eso. No puedo hablar de eso." Y después de un momento dijo: "No puedo ni siquiera pensar en ello."

"Pero sueñas con ello." No fue una pregunta.

Ella quedó en silencio.

La voz de él fue cariñosa cuando dijo: "Si necesitas algo de tiempo a solas…"

"No," dijo ella.

El esperó pacientemente, sin moverse en absoluto. Su mano aún descansando en las suyas. Su respiración estable.

"Yo..." Ella se detuvo, sintiéndose enferma, su corazón acelerado. Entonces se esforzó para decirle. "Yo causé la muerte de mi familia y de todo mi pueblo."

Gideon no se movió ni habló.

El aliento de ella salió a toda velocidad. "Nunca se lo he dicho a nadie. Nadie vivo lo sabe."

"¿Eso es lo que le pasó a tu madre? ¿Tú... causaste su muerte?"

Ella asintió. Él le había preguntado al respecto en Diraden, después de que ella había clamado por su madre en su sueño. En el ardiente hedor de sus pesadillas. Ahora ella podía darle una respuesta.

"Yo me crié en un pueblo tradicional de montaña," dijo, "en un plano al que nunca voy a volver. Mi familia era gente común. Gente decente. Mi padre era amable. Mi madre era muy estricta. Tenía dos hermanas menores que me irritaban y un hermano mayor que adoraba. Fue él quien me enseñó a montar, y luchar, y... bueno, un montón de cosas. Lo mataron en la guerra. Para entonces yo ya había descubierto..."

"¿Que tenías poder?"

"Sí. Jugué con fuego en secreto, saliendo sola en las colinas a practicar, a pesar de que me lo habían prohibido."

"¿Por quién?"

"Por todo el mundo. Mis padres me lo prohibieron porque ellos no lo entendieron y tuvieron miedo. Los ancianos de nuestro pueblo me dijeron que tenía que detenerme porque era contra la ley. Y la ley que prohibía la magia de fuego había sido aprobada por el nuevo gobernante cuando nuestras tierras fueron ocupadas al final de la guerra."

Ella hizo una pausa por un instante y luego dijo: "Pero yo no me detuve. No pude. Fue como... Bueno, tú ya sabes lo que se siente al descubrir que tienes tanto poder. Ese tipo de talento. No es algo que puedas olvidar o a lo que puedas renunciar."

"No."

"Cuanto más trataron mis padres y los ancianos del pueblo de detener mis practicas y experimentaciones yo más me sentía sofocada. A pesar de que yo era demasiado joven ellos empezaron a hablar de casarme, tal vez pensando que un esposo e hijos resolverían el problema." Chandra negó con la cabeza. "Pero, por supuesto, el problema era lo que yo era. Yo aún no tenía ni idea de lo que era pero sabía a ciencia cierta que nunca iba a gustarme la vida pueblerina. Yo nunca iba a ser uno de ellos. Con cada día que pasaba yo me sentía más y más... diferente. Separada."

Ella miró la mano de él, apoyada en las de ella, y recordó que extranjera se había sentido en su propio lugar de nacimiento.

"Finalmente, mis padres, bajo la presión de los ancianos de la aldea, hablaron de verdad con otra familia para conseguir que me casara con su hijo. Cuando me enteré me puse furiosa. Quise huir. Irme de casa. Pero..." Ella se encogió de hombros. "Nunca había estado en ningún sitio. No tenía idea de dónde iba a ir. Y todo el reino estaba bajo la ley marcial. Sabía que no iba a conseguir alejarme mucho de nuestra aldea sin conseguir ser detenida por soldados. Me sentí atrapada allí. Encarcelada en esa vida estrecha y asfixiante."

Chandra volvió a detenerse. Gideon esperó.

"Yo había estado manifestando más y más poder. Volviéndome descuidada. Sin ocultar lo que estaba haciendo a pesar de que sabía que debía. Y como ese día estaba tan enojada..." Ella comenzó a respirar con más fuerza. "Provoqué una gran explosión de fuego en las afueras de nuestro pueblo. Yo... sí, yo quería asustar a los ancianos del pueblo. Y a mis padres. Y a la familia con cuyo hijo había acabado aceptar casarme, yo quería que ellos cambiaran de opinión, ¡que me rechazaran! Quería que él se negara. Quería ser libre."

Cuando ella se detuvo de nuevo Gideon le preguntó: "¿Y qué pasó?"

"La explosión atrajo soldados. Ellos no sabían que aquello lo había hecho una adolescente enojada y estúpida. Pensaron que la gente de mi pueblo se había rebelado. Asumieron que los hombres habían estado practicando la magia de fuego, en violación de la ley, y que planeaban usar ese poder secreto para atacar a las fuerzas de ocupación." Su voz fue apagada y entrecortada cuando ella continuó, "Así que reunieron a todos en el pueblo, los obligaron a entrar en las cabañas que estaban más cerca del fuego, el cual se estaba extendiendo, y pusieron barricadas en las puertas." Lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Chandra. "El fuego se extendió a esas casas... y todo el mundo dentro... ardió."

Las lágrimas desbordaron y rodaron por sus mejillas.

"¿Y tú dónde estabas?" preguntó Gideon.

"Yo había ido a estar sola después de comenzar el fuego. Fui corriendo a la aldea cuando oí atacar a los soldados. Cuando vi lo que estaba pasando luché contra ellos." Ella calmó su respiración y se secó los ojos. "Fue la primera vez que usé mi poder de esa manera. Para luchar. Fue la primera..." Lágrimas volvieron a caer. "La primera vez que maté." Ella trató de estabilizar su respiración.

"¿Y tu familia?"

"Se quemaron vivos dentro de nuestra casa. Yo oí sus gritos. Vi a mi madre en la ventana, rogándoles a los soldados que dejaran salir a mis hermanas pequeñas del edificio en llamas." Su voz se quebró. "Olí su carne quemada..." Ella cerró los ojos y se limpió la cara. "Todos ellos murieron por mis acciones. Mis padres, mis hermanas, y todos en el pueblo. Por mi culpa. Porque yo jugué con fuego."

El suave agarre de Gideon en sus manos se convirtió en un firme control. Con la otra mano le acarició el pelo.

"No quedó nadie con vida," dijo ella. "Nadie. Y es mi culpa. Yo traje ese destino sobre ellos."

"Y eso es lo que te persigue en sueños."

"Sí." Ella respiró hondo. "Esos son mis fantasmas."

"¿Cómo sobreviviste después de eso?"

"Cuando todo el mundo estuvo muerto en el interior de los edificios en llamas y los gritos cesaron yo ya no tuve la voluntad de seguir luchando. Así que los soldados me capturaron fácilmente. Me hicieron poner de rodillas, para poder decapitarme en el acto. Y cuando vi la hoja de la espada bajando hacia mi cuello... de repente

yo quise vivir. Estaba aterrorizada. Y entonces..." Ella se encogió de hombros. "Mi Chispa se encendió y yo caminé por los planos. Un momento antes yo había estado de rodillas en la tierra de mi pueblo, con el olor de la carne quemada en mi nariz y mi cabeza a punto de ser cortada. Y al momento siguiente... Yo estuve en las Eternidades Ciegas, sin idea de dónde estaba o qué estaba pasando." Chandra dio un acuoso suspiro. "Y allí fue cuando empezó mi siguiente vida. Mi vida como caminante de planos."

Ella respiró hondo varias veces para calmarse y dijo: "Desde entonces a veces he querido quemar todo el Multiverso."

"¿Y tú nunca volviste?"

"No. Nunca quise hacerlo."

Chandra sintió la aceptación silenciosa de Gideon sobre todo lo que ella le había dicho. Supuso, de eso, que él había entendido todo el peso de lo que ella había hecho, pero no se apartó de ella ni la condenó. Fue una sorpresa descubrir que él no lo hiciera.

"Vine al Templo porque no podía vivir sabiendo que algo así podía volver a ocurrir," dijo ella. "Yo no hubiera podido seguir viviendo si le causaba sufrimiento y muerte al monasterio, a las personas que me habían cobijado y me habían tratado como uno de los suyos."

"Hiciste lo correcto," dijo él con la voz más cálida que ella había oído en su vida.

"¿Y ahora he hecho lo correcto?" se preguntó ella. "¿Contarte esto?"

"¿Acaso ellos siguen sintiéndose igual de pesados de llevar como antes?" preguntó él. "¿Tus fantasmas?"

Ella cerró los ojos, sintiendo la carga que llevaba. Sintió las lágrimas en su mejilla y la mano que estrechaba las suyas. "No," dijo al fin un poco sorprendida. "No, no tan pesada como antes." El dolor seguía siendo tan profundo como siempre pero la carga era más ligera ahora que ella había admitido lo que había hecho.

Ellos permanecieron sentados juntos en silencio por un tiempo.

Por último él dijo, "Tengo que irme. Walbert está ocupado pero va a empezar a preguntarse dónde estoy. Sobre todo porque..."

"¿Porque ya casi es la hora?"

"Pronto," dijo él.

Ella enderezó los hombros. "Creo que estoy lista."

"¿Cómo te sientes?"

Ella buscó en su alma. "Yo no sé si esto es lo que se siente al sentirse limpio," dijo ella, "pero me siento mejor. Siento que puedo enfrentar lo que sucederá esta noche."



Capítulo 20

Chandra se quedó sola en su oscura habitación durante más tiempo de lo que había esperado. Nada en su vida igualaba la tristeza de lo que le había sucedido a su familia y su pueblo a causa de ella pero no había duda de que ella lamentaba otras cosas, otras cosas que había hecho y que pesaban sobre ella. De hecho hubo suficientes de esos recuerdos como para mantener sus pensamientos ocupados hasta que alguien abrió la puerta de su habitación y le ordenó salir. Y entonces ella se preguntó si había recordado todo y asumido la responsabilidad por ello.

Parpadeó cuando entró en el pasillo bien iluminado donde velas ardían brillantemente en candelabros espaciados a intervalos regulares a lo largo de las paredes.

Los cuatro soldados que la escoltaban la hicieron bajar de ese corredor en el nivel superior del Templo por varios tramos de escaleras hasta que ella finalmente pensó que debían estar por debajo del nivel del suelo. No había ventanas en ningún lugar a lo largo de ese nuevo corredor y el techo de allí era tan bajo que el soldado más alto de su escolta tuvo que agachar la cabeza en unos pocos lugares.

Cuando se acercaron al final del pasillo vio a Gideon esperándola. Sostenía una antorcha y estaba de pie junto a una puerta abierta. Les hizo una breve inclinación de cabeza a los soldados cuando estos la entregaron a él y luego estos se quedaron haciendo guardia en la puerta.

Chandra hizo una pausa, miró hacia abajo y dijo sin entusiasmo, "¿Más escaleras?"

"Vamos a ir a las cavernas bajo el palacio. Debajo de Zinara," dijo Gideon.

Samir le había dicho que se decía que el Fuego Purificador ardía en antiguas cavernas por debajo de la ciudad, surgiendo de una poderosa fuente de maná blanco que corría muy por debajo de las llanuras.

"Ellos están esperando," dijo él en voz baja.

Ella asintió. Con Gideon a su lado comenzó a descender por las empinadas escaleras de mármol que conducían al vientre de Regatha, por debajo de las bulliciosas calles de Zinara y los imponentes pilares del Templo de Heliud.

El pasaje era estrecho, apenas lo suficientemente amplio como para que Gideon descendiera a su lado mientras la sujetaba por el codo para sostenerla. Las escaleras eran antiguas y erosionadas y la antorcha titilante en la otra mano de Gideon creó sombras engañosas. Sería fácil dar un paso en falso y con las manos atadas ella probablemente no podría salvarse de una caída precipitada. El

techo del túnel era tan bajo en algunos lugares que Gideon tuvo que bajar la antorcha, sosteniéndola delante de ellos mientras sus cabezas rozaban el techo de piedra. Chandra se concentró en sus pisadas y su respiración mientras luchó con la sensación de estar encerrada, oprimida y cubierta por piedra.

Después de lo que debían haber sido doscientos escalones ellos llegaron a un amplio rellano toscamente labrado. Estaba hecho del mismo mármol que las escaleras pero esta superficie era desigual y sin pulir. El techo bajo del túnel empinado daba paso a una espaciosa caverna. Chandra respiró hondo, aliviada de haber salido del abrazo oscuro y pedregoso del túnel. Gideon soltó su codo y giró para dejar su antorcha en un nicho excavado en la pared de piedra. Allí ya había otras antorchas, indudablemente dejadas allí por aquellos que esperaban la llegada de Chandra.

El rellano daba a la cámara del Fuego Purificador. La caverna de alta cúpula era inmensa, probablemente tan grande como el templo que estaba asentado encima de ella.

Cientos de estalactitas blancas con incrustaciones de cristal colgaban del techo. Algunas eran tan delgadas como una varita, otras tan gruesas como troncos de árboles jóvenes. Algunas eran tan largas que casi alcanzaban el suelo de la cueva. Estalagmitas se alzaban del áspero suelo de mármol blanco de la caverna, estirándose hacia el cielo como las torres en espiral de una ciudad legendaria. En varios casos se encontraban y se abrazaba a los enormes carámbanos de piedra que goteaban hacia ellas desde el techo, entrelazándose juntas como amantes; o como enemigos congelados juntos en la retorcida agonía de un combate mortal. Todas las formas vagamente amenazantes brillaban desde dentro con una luz mística, iluminando la caverna tan esplendorosamente que Chandra se encontró entrecerrando los ojos.

En el centro mismo de este extraordinario mundo subterráneo había una hoguera de blanco puro levantándose de un profundo caldero de roca blanca dentada que estaba salpicado de miles de fragmentos de cristales brillantes. Muchos miembros de la Orden la rodeaban, al menos cuarenta de ellos, vestidos con túnicas lisas y polainas. Rodeaban el Fuego, enfrentándolo, con sus manos levantadas, las palmas hacia sus rostros. Estaban quietos y en silencio, mientras entraban... ¿en comunión con el Fuego Purificador? ¿Sacaban fuerzas de el? Chandra supuso que probablemente eran ambas cosas.

El Fuego Purificador era del doble de la altura de un hombre y tan grande alrededor que Chandra estimó que harían falta ocho personas, con sus brazos abiertos, para rodearlo completamente. Sus llamas blancas lamían y parpadeaban como las de un fuego regular pero sin crear nada de humo y sin hacer ruido. El silencio era absoluto.

E incluso desde allí, a medio camino a través de ese vasto espacio, Chandra pudo sentir su ondulante poder fresco en silenciosas olas por toda la caverna. En ese momento el poder se estremeció, como si hubiera sentido la presencia de ella en la

cámara, y pareció inclinarse hacia ella. Chandra estuvo segura de que su danzarina blanca frialdad respondió al calor rojo que estaba atrapado dentro de ella por la brillante segunda piel que todavía la cubría.

"El Fuego Purificador," dijo Gideon.

"Impresionante," admitió ella.

"Ven." Él la tomó del brazo y la llevó hasta el borde izquierdo del rellano.

"Y aún más escaleras," se quejó ella. Esos escalones, más o menos cincelados en la roca, parecían abultados, primitivos, y peligrosamente irregulares. "¿Acaso la gente talló estas escaleras con una cuchara?"

"Son antiguas," dijo ligeramente Gideon.

Puso una mano firme en su codo y la ayudó a bajar los antiguos y ásperos escalones que daban a la planta principal de la caverna. A medida que sus cuerpos se tocaron ella pudo sentir su tensión y se dio cuenta de que él estaba preocupado por lo que sucedería allí esa noche.

Chandra se sorprendió al darse cuenta de que ella no estaba ansiosa.

Ya no más.

Esa noche ella ya se había enfrentado a lo que más temía. Después de todos esos años de correr de ello, después de las escalofriantes pesadillas, de los temblores y sudores en la oscuridad, de la negativa a pensar en ello, de las evasivas y negaciones... esa noche ella se había enfrentado a la única cosa en el Multiverso que siempre había pensado que nunca podría enfrentar. Al fin había dejado de huir de sus fantasmas, se había dado la vuelta y los había aceptado. Había mirado de frente al rostro de lo que había hecho a sus seres queridos y lo había admitido, a ella misma y a otro.

Ella se había enfrentado a eso y era algo que había temido más de lo que temía al Fuego Purificador.

Si ella había sido capaz de sobrevivir a ese desgarramiento de su alma esa noche entonces ella podría sobrevivir a esto. Chandra, sin importar lo que fuera a suceder en el interior del Fuego Purificador, estaba preparada para ello.

Cuando llegaron al círculo de magos blancos, sacerdotes y Guardianes parados alrededor de las llamas en silencio con los ojos cerrados, Gideon se detuvo y esperó respetuosamente a que terminaran sus… ¿oraciones? ¿Meditación? Lo que fuera.

Chandra no vio ninguna razón para emular su cortesía. "¿Podemos seguir adelante con ello?" dijo en voz alta. "Ha sido un día largo para mí."

Gideon cerró los ojos y sus labios temblaron brevemente. Ella no pudo decir si de molesto o divertido.

Walbert se estremeció, miró a Chandra por encima del hombro... luego se relajó y le ofreció una sonrisa.

Samir tenía razón. Hacía frío.

"Faltaba más Chandra," dijo el sumo sacerdote de la Orden de Heliud. "He esperado mucho tiempo para esto. No esperemos más."

Walbert hizo una señal y el círculo de fieles alrededor del Fuego Purificador cambió de posición, creando una apertura para que Chandra caminara a través y pudiera acercarse a las danzantes llamas blancas. Luego seis de los hombres dieron un paso adelante, mirándola fijamente. Chandra vio que estaban bien armados.

Walbert le dijo: "Preferiría realizar la ceremonia de manera que se preste a tu dignidad, así como a la mía. Pero si es necesario haré que te arrojen en el Fuego a la fuerza."

Chandra miró por el rabillo del ojo y vio el pecho de Gideon empezar a subir y bajar más rápido.

"No," dijo ella. "No es necesario. No tengo ningún deseo de perder mi dignidad así como... cualquier otra cosa que esté a punto de perder."

Walbert sonrió de nuevo. "Me alegro de oír eso Chandra. Yo no quiero que esto sea innecesariamente desagradable. Para ninguno de nosotros."

"Si de verdad quieres que tenga una noche agradable," dijo ella, "entonces suéltame. Ahora."

La sonrisa de Walbert se amplió mientras negó con la cabeza. "Por desgracia me temo que no puedo hacer eso."

"Oh, está bien," dijo Chandra. "Destino."

"Sí," dijo él en serio.

"Lo que sea."

"¿Comenzamos?"

"Está bien." Chandra dio un paso adelante y luego sintió una mano en su hombro.

"Espera," dijo Gideon con voz tenue.

Ella volvió la cabeza para mirarlo a los ojos. Lo que vio allí casi debilitó su determinación. Entonces ella dijo de pronto: "No te quedes."

Él frunció un poco el ceño. "Chandra..."

"Por favor, no te quedes a ver esto," dijo ella con urgencia. "Por favor Gideon. Vete ahora."

Él tomó una decisión y asintió. Su mano se apretó brevemente en su hombro antes de darse la vuelta. Chandra lo observó mientras subió por los escalones ásperos que conducían al rellano, recuperó la antorcha que había dejado encaramada en un hueco, y desapareció en el túnel que conducía al palacio.

Entonces Chandra se volvió hacia Walbert. Vio que él la miraba con especulativo interés, pero lo ignoró y se limitó a decir: "Ya estoy lista."

Walbert asintió y giró hacia los magos, sacerdotes y Guardianes reunidos. "Comencemos."

A excepción de Walbert y Chandra todos los presentes empezaron a cantar y a sonar como si hubieran practicado bien para esa ocasión. El canto era armonioso y sus voces claras y bien mezcladas. Pero a medida que el sonido hizo eco alrededor de la caverna y rebotó en las paredes y en el techo alto fue tan fuerte que Chandra tuvo que gritar a Walbert para ser escuchada.

"¿Y ahora qué?" preguntó.

Bizarramente, el viejo mago tomó a Chandra por los hombros y la besó en la frente. Lo hizo tan rápido que ella ni siquiera tuvo tiempo de retroceder lejos del contacto de sus labios secos y finos, los que ella sintió incluso a través de la barrera mágica que le cubría la piel.

Walbert no gritó la respuesta. Simplemente dijo, pronunciando las palabras con claridad, "Entra en el fuego."

"¿Eso es todo?"

Ella no había gritado esta pregunta y estuvo segura de que él no podría haber escuchado sus palabras sobre el eco girando sobre sus cabezas de todas esas voces que cantaban. Pero era obvio que entendió su significado ya que asintió firmemente e hizo un gesto para que entrara a la hoguera.

Chandra giró hacia el Fuego Purificador y comenzó a caminar hacia adelante. El canto se hizo aún más fuerte, como si su acercamiento a las llamas de puro blanco les diera fuerza a las voces de aquellos que cuidaban de ellas. Cuando ella estuvo lo suficientemente cerca como para tocar el fuego, empezó a temblar, cubierta con un penetrante escalofrío. No estuvo segura de si eso sólo venía del Fuego Purificador o si su propio miedo contribuyó a ello.

Extendió una mano y tocó el fuego. Las llamas no quemaron, por supuesto. No con calor, ni siquiera con frío. Estaban frías al tacto pero soportables. Se cerraron delicadamente alrededor de su muñeca y parecieron tirar suavemente, como si la animaran a entrar en las llamas brillantes y silenciosas y a probarse a sí misma allí.

Cuando Chandra entró en el fuego sintió licuarse y derretirse el espiral mágico atando sus muñecas. Entonces la sábana que cubría su piel también se desprendió, liberándola. No supo si Walbert estaba soltando los hechizos, confiando en que el Fuego Purificador le dejaría impotente, o si el propio Fuego estaba comenzando a ejecutar su trabajo de eliminar la magia que había entrado en sus llamas con ella.

Chandra levantó los brazos y giró en un círculo, dando una vuelta lentamente en el interior de la fría llamarada blanca, descubriendo que la experiencia no era en absoluto lo que ella había esperado. En lugar de aterrorizada ella se sentía energizada. En lugar de derrotada se sentía triunfante.

Inclinó la cabeza hacia atrás, mirando hacia arriba a través de la translúcida luz ondulante que la abrazaba y se rindió: a sus actos, a su pasado, a su culpa, a su pesar. Sintió el peso de las cosas que había hecho y las cosas que había dejado de hacer. Aceptó la carga... y luego la dejó ir. Le dejó todo su peso al Fuego, aceptando lo que este pudiera hacer con los lamentos y los fantasmas que había traído con ella a su purificadora frialdad.

El incendio que la rodeaba aumentó su congelada intensidad, cerrándose sobre ella, abrazándola y engulléndola. Se volvió más denso y opaco, bloqueando a Walbert y los otros magos de la vista de Chandra. El Fuego la acarició a lo largo de su piel y se filtró dentro de su cuerpo, explorando su interior y exterior, buscando sus

secretos, su culpa, las manchas en su alma, descubriendo todo lo que ella hubiera tratado de esconder de su exploración, todo lo que alguna vez hubiera tratado esconder de sí misma.

El impacto de esta búsqueda fue tan contundente que Chandra no pudo respirar, no pudo pensar, ni siquiera pudo temer. No pudo evadir la íntima exploración del Fuego Purificador y no lo intentó. Se extendió a sí misma sobre los fríos brazos blancos de ese inclemente abrazo y se entregó a el sin reservas o inhibición.

Y cuando el Fuego premió su valentía aceptándola, ella lo supo. Ella lo sintió. La intensa búsqueda de las llamas se transformó en una inundación de bienvenida. Su frío penetrante se convirtió en una relajante frescura.

Cuando la opacidad se borró y las llamas danzantes se volvieron a convertir en translúcidas Chandra supo que ella era libre. Un dorado calor fluía a través de su sangre con una rica y tranquilizadora familiaridad cuando se volvió hacia Walbert.

Su dolor estaría siempre con ella pero ya no habría más pesadillas inquietantes. No más gritos y humo acre persiguiéndole a través de sus sueños.

Chandra salió del Fuego, del misterioso flujo de maná blanco que había abrazado a tantas almas durante tanto tiempo. Ahora sabía que Walbert había malinterpretado lo que había visto en el parpadeante resplandor blanco. Y si ella tenía, efectivamente, un destino en Regatha, si había una verdadera razón por la que ella había sido llamada a venir a ese plano... ahora ella sabía cual era.

El duro resplandor de la victoria estaba en los pálidos ojos azules de Walbert cuando él la vio salir del fuego y pararse delante de él.

"Las cosas tenían que ser de esta manera, Chandra," dijo con confianza. "Es lo mejor."

Ella lo consideró. "Tal vez."

No hubo necesidad de prepararse más. Ella había encontrado tal concentración, tal fuerza, tal certeza de intención en el Fuego Purificador, que todo lo que en ese momento tuvo que hacer fue inhalar profundamente, extender ampliamente sus brazos, y alcanzar con su voluntad el rico maná rojo de Regatha.

Walbert lo entendió un instante antes de que sucediera. "¡No!"

Chandra desató un hechizo que explotó con fuego dorado y furia por toda la caverna.

"Tenías razón," le dijo a Walbert alzando la voz para hacerse oír sobre el rugido atronador de su hechizo. "Al fin y al cabo supongo que era mi destino cambiar todo en este plano. De verdad soy el cataclismo que previste."

"¡No!" Walbert se tambaleó hacia atrás, la conmoción y el horror contorsionando su rostro.

El techo de la caverna comenzó a ceder por encima de ellos en respuesta al poder del hechizo que Chandra había empujado hacia el cielo con una furia sin límites.

Los magos de la Orden comenzaron a gritar y correr hacia el empinado túnel que conducía al palacio y a una posibilidad de

sobrevivir. Algunos de ellos lo lograrían. Otros ciertamente no lo harían. Muchos de ellos habían acudido allí para ver como Chandra era despojada de su poder para que su Orden pudiera comenzar una era de indiscutible dominación sobre Regatha.

"Mala decisión," dijo Chandra a sus espaldas huyendo cuando estos pasaron en estampida por delante de ella.

"¡No puedes!" gritó Walbert, ahora demasiado horrorizado por la destrucción de sus sueños y planes como para correr por su vida.

"Yo puedo," dijo. "Y estoy bastante segura de que en realidad estaba destinada a hacerlo."

Walbert había ido demasiado lejos. Había tratado de utilizar el Fuego Purificador para perturbar el equilibrio en Regatha, para pisotear las prácticas de otros magos y otras formas de vida. Le había faltado el respeto y desestimado el valor de todo el maná excepto del que le daba poder. Y ahora el flujo de maná blanco que corría muy por debajo de las llanuras de Regatha había abrazado y luego liberado a la piromante caminante de planos a quien Walbert había metido en esas antiguas cavernas para convertirse en la clave de su conquista.

Ahora todo realmente cambiaría.

La locura de la repentina, agonizante, e imprevista perdición retorció el rostro de Walbert y este atacó a Chandra, que estaba con la guardia baja, mirando como huían los celebrantes. Era más fuerte de lo que parecía y ella se tambaleó hacia atrás bajo el peso de su furioso asalto.

En lo alto, el techo de la caverna se abrió con un terrible crujido y una parte del Templo, que se había asentado en lo alto, se hundió en el fondo de la caverna. La luz de la luna perforó el enorme agujero que estaba volviéndose cada vez más grande por encima de la cámara, y polvo, rocas y cantos rodados volaron imprudentemente a través de la caverna a una velocidad mortal. Las paredes y el suelo temblaron y los gritos histéricos viniendo del mundo de arriba apenas fueron lo suficientemente fuertes como para escucharse sobre el rugido atronador de las piedras estrellándose y la rocosa faz gimiendo.

Una furiosa ráfaga de calor rojo y naranja rugió por toda la cámara. Fluyó sobre Chandra, mezclándose con el fuego que chispeaba a lo largo de su piel y las llamas que se prolongaron en su cabello.

Walbert gritó cuando el fuego que envolvió a los dos lo consumió. Trató de luchar contra el incendio con su poder pero Chandra pudo ver que nada de este vino a él cuando lo llamó. Al parecer el maná blanco que la había salvado a ella también había abandonado al sumo sacerdote del Templo. Chandra observó desapasionadamente como Walbert murió como cualquier hombre común.

* * * * *

"¿Chandra? Chandra?"

El sonido de su nombre hizo volver en sí a Chandra. Ella abrió los ojos y se preguntó por qué estaba tendida en el suelo de piedra dura.

La sangre que corría por su rostro cuando ella se sentó, así como la filosa piedra manchada de sangre caída cerca, respondieron a su pregunta. En ese momento ella recordó algo cayendo sobre su cabeza, algo pesado, momentos después de que había observado morir a Walbert.

Levantó la vista y vio a Gideon caminando entre los escombros y fragmentos de rocas mientras se acercó a ella. La luz de la luna bajaba brillando sobre el extremo más lejano de la caverna pero esa parte aún se apoyaba principalmente en las brillantes agujas de roca para la iluminación. Chandra miró a su alrededor y se dio cuenta de que algunas de esas agujas habían sido destruidas en el cataclismo.

El Fuego Purificador, sin embargo, brillaba blanco y fuerte, duradero, como siempre lo había hecho.

"¿Qué pasó?" Preguntó Gideon con voz ronca.

Chandra se tocó la frente ensangrentada. "Rocas cayendo desde lo alto. Me desmayé."

"No, quiero decir..." El se inclinó, la agarró por sus hombros, la puso de pie de un tirón, y le dio una fuerte sacudida. El cuello de ella crujió hacia atrás y su cabeza dolorida protestó cuando él gritó a su rostro: "¿Qué hiciste?"

Ella no dijo nada y él la volvió a sacudir. "¡Chandra! ¿Qué hiciste aquí?"

"Tú ya puedes ver lo que hice," dijo ella sintiéndose agotada. "Un hechizo de explosión."

Él la empujó con tanta violencia que Chandra rebotó en la pared detrás de ella y casi volvió a caer.

"¡Yo no te dije cómo salvarte para que pudieras hacer esto!" Su rostro estaba blanco de ira, pálido y rígido contra el negro carbón de su cabello.

Chandra miró la devastación que había causado. El fuego había sido tan caliente que había convertido los cuerpos en cenizas por lo que era difícil decir cuántos miembros de la Orden habían muerto allí. Supo que al menos debían ser una docena. Quizá más. También debería haber habido personas en la parte del templo que se había derrumbado y caído cuando parte del techo de la caverna había colapsado.

"El templo está en ruinas," supuso. "Y la Orden..." Ella tomó aire y lo pensó. "Bueno, en desorden, sin duda. ¿Destruida?" Ella se encogió de hombros. "No lo sé. El flujo de maná de aquí todavía es fuerte. Pasado un tiempo ellos se reagruparán. Pero tal vez recuerden lo que pasó aquí cuando su poder excedió su alcance."

Gideon la agarró de nuevo y se veía tan furioso que ella pensó que iba a golpearla. No se resistió ni trató de detenerlo. Sabía que él se sentía traicionado. Si ella hubiera estado en su lugar también habría querido atacar.

Pero él la soltó y se apartó, respirando con dificultad. "¿Cómo pudiste hacerlo?" preguntó en voz baja.

"En cierto modo creo que Walbert tenía razón," dijo ella. "Yo estaba destinada a venir aquí."

Él le dirigió una mirada de incredulidad. Cuando vio que hablaba en serio dijo, "Tú no crees en el destino. Y yo tampoco."

"Tampoco creo en visiones y sin embargo Walbert las tenía y yo estaba en ellas." Chandra se encogió de hombros. "Y aunque nada de eso haya sido cierto... sí es cierto que alguien tenía que detenerlo y que yo era la única que podía."

"No debería haberte ayudado." Dijo Gideon sin mirarla, casi pareciendo hablando consigo mismo.

"¿Y por qué lo hiciste?"

Ella creyó por un momento que él no iba a contestar pero luego este dijo con cansancio: "Porque aprendí en Diraden lo que era estar sin mi poder y pensar en que podría quedar atrapado en un plano por el resto de mi vida." Él la miró a los ojos. "Y debido a que allí vi lo que era eso para ti." Él apartó la mirada de nuevo. "No podía verte permanentemente así. No podía."

"Gideon, lo que Walbert quería hacer era malo," dijo ella.

"No. Lo que has hecho tú está mal. Y yo..." Él suspiró y cerró los ojos. "Yo te ayudé." Después de un momento él dijo fuertemente: "Tú planeaste esto. Es por eso que me pediste que me fuera."

"Sabía lo que haría si salía del Fuego con mi poder intacto," dijo ella. "Y no quise matarte."

El se quedó en silencio durante un largo rato y luego dijo: "Casi me gustaría que lo hubieras hecho."

"No," dijo ella. "Yo no... puedo."

El dejó escapar una larga, lenta y temblorosa respiración. "Será mejor que te vayas. Nadie más estará dispuesto a venir aquí abajo tan pronto después de... después de eso. Pero ellos vendrán pronto. Atacarán si todavía estás aquí. Y yo no quiero más muertes aquí esta noche."

Ella miró en la dirección del túnel de empinados escalones que conducían fuera de allí, a sabiendas de que los soldados probablemente estarían esperando en la parte superior. "No puedo irme por ese lado."

Y esa era la única salida, a menos que a ella le crecieran alas y saliera volando por el agujero abierto en el techo, en lo alto del fondo de la caverna.

"¿Acaso estabas pensando en quedarte en Regatha?" preguntó él con escepticismo. "¿Después de esto?"

"No," se dio cuenta ella, "supongo que no. Si los restos de la Orden piensan que estoy viva y en el monasterio sólo habrá más problemas."

Lo mejor será que todo el mundo en Regatha piense que ella había muerto en la llamarada incendiaria que había barrido a través de la caverna.

"Deberías irte ahora," dijo Gideon.

"¿Te refieres a caminar por los planos?"

"Empieza a prepararte," se corrigió él. "Después de que te hayas ido yo les convenceré de que has muerto y que tu cuerpo se ha convertido en cenizas."

Chandra no había pensado en esto de antemano y, por un momento, ella no tuvo ninguna idea de dónde ir.

Entonces ella se dio cuenta de cuál era el plano que ahora más quería encontrar. Y, a pesar de su cansada, ensangrentada, mareada y sedienta condición de repente deseó hacer ese viaje.

"Gideon..."

"Ya sé a dónde estas yendo," dijo él. "Sé lo que quieres." Él negó con la cabeza. "No lo encontrarás. Pero eso no va a impedir que lo intentes, ¿verdad?" Él la miró sin calidez. "Eres una tonta."

La ira brilló a través de ella y Chandra le dio la bienvenida a su simple y conocido calor. "Hay algo que no te dije acerca de la noche en que mi familia fue quemada viva en frente de mí."

"No me interesa." Respondió él apartándose de su lado.

Ella lo agarró del brazo. "Los soldados que los mataron pertenecían a una orden de magos que se había comprometido a traer armonía, protección y leyes a la tierra."

El se quedó paralizado.

"¿Eso te suena familiar, Gideon?" le presionó ella con una voz venenosa.

El giró la cabeza para mirarla. Su expresión fue una mezcla de sospecha, shock y revelación.

"Yo ya he enfrentado lo que hice," dijo Chandra, "y dejado descansar a mis fantasmas. Pero nunca voy a perdonar a esos hombres por lo que hicieron esa noche. Y todo aquel que cree en las cosas en las que ellos creyeron es mi enemigo. Ahora y para siempre."

La respiración de él se hizo más rápida a medida que la miró, absorbiendo lo que ella le estaba diciendo.

"Yo me guié por eso aquí y me voy a guiar por eso a donde quiera que vaya. ¿Me entiendes?" dijo con los dientes apretados.

"Entiendo," dijo él al fin, "lo que me estás diciendo."

"Entonces no te interpongas en mi camino." Ella soltó su brazo y se dio la vuelta, con ganas de salir de ese lugar. Con ganas de dejarlo.

"Chandra."

"¿Qué?" le espetó sobre su hombro con miedo a sentirse débil si lo volvía a mirar.

"Nos volveremos a encontrar."

Ella no pudo decir si eso había sido una amenaza o una promesa. De cualquier manera, y en contra de su voluntad, ella lo guardó en su corazón.

Chandra escuchó lo pasos de Gideon detrás de ella, retumbando suavemente en la caverna derrumbada y carbonizada mientras él se alejó. Ella no se dio la vuelta ni miró hacia atrás. Y cuando el eco de sus pasos ascendiendo por la escalera que conducía de vuelta al Templo devastado se desvaneció en el silencio ella se preparó para volver a caminar.

La amenaza de la dominación de la Orden había terminado en Regatha y el equilibrio se había restaurado. Aún habría cierta fricción entre los hieromantes de la ciudad, los magos de fuego de las montañas, y los magos verdes de los bosques. Pero no existiría más la amenaza de que un grupo dominara a los otros. No en esa vida.

En ese momento, mientras ella se sentó en el suelo de piedra carbonizada de la cámara del Fuego Purificador, Chandra volvió sus pensamientos hacia el futuro. Cerró los ojos, concentrándose en su respiración mientras se preparaba para caminar por los planos, y se imaginó el plano rico y misterioso de Zendikar y, en su corazón, ella supo que seguramente debía existir en alguna parte del enorme y maravilloso Multiverso.


MAGIC
The Gathering
THE PURIFYING FIRE
laura resnick
"Chandra Nalaar se ha ganado un lugar en una asociación libre de magos de fuego.
Pero ella todavía tiene mucho que demostrar...
Sobre todo a la Orden de Heliud,
una secta de magos empeñada en imponer su ley draconiana a través de la tierra,
una afrenta contra todo lo que Chandra considera sagrado:
libertad, individualidad, el derecho a la libre determinación y, sobre todo,
el derecho a hacer estallar cosas.
Una gran piromante dijo una vez que es mejor dejar la destrucción a los profesionales
y Chandra está demostrando ser de clase mundial en el arte de la explosión.
Por desgracia esa notoriedad está a punto de causarle un montón de problemas..."